el mejor periodismo chileno

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

2020



el mejor periodismo chileno

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

2020



El mejor periodismo chileno

EL MEJOR PERIODISMO CHILENO

Premio Periodismo de Excelencia 2020

Ediciones Universidad Alberto Hurtado

Alameda 1869 – Santiago de Chile

mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726

www.uahurtado.cl

ISBN libro impreso: 978-956-357-310-7

ISBN libro digital: 978-956-357-309-1

Junio 2021

Dirección colección Periodismo

Ximena Orchard

Edición al cuidado de

Roberto Herrscher y Montserrat Martorell

Directora editorial

Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva

Beatriz García-Huidobro

Diagramación interior y portada

Francisca Toral R.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

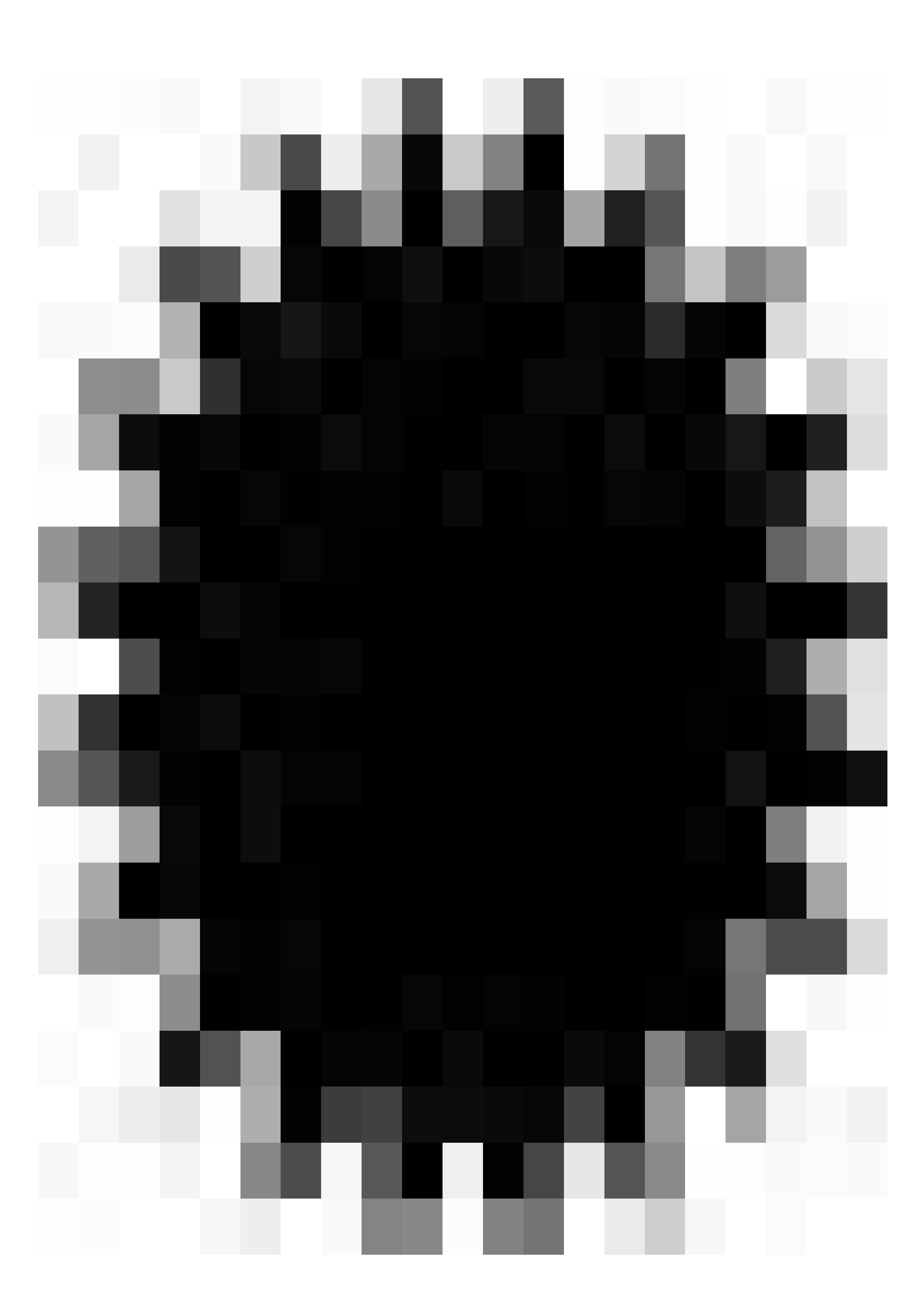
info@ebookspatagonia.com

El mejor periodismo chileno

Premio Periodismo de Excelencia
Universidad Alberto Hurtado
2020



TRABAJOS PREMIADOS



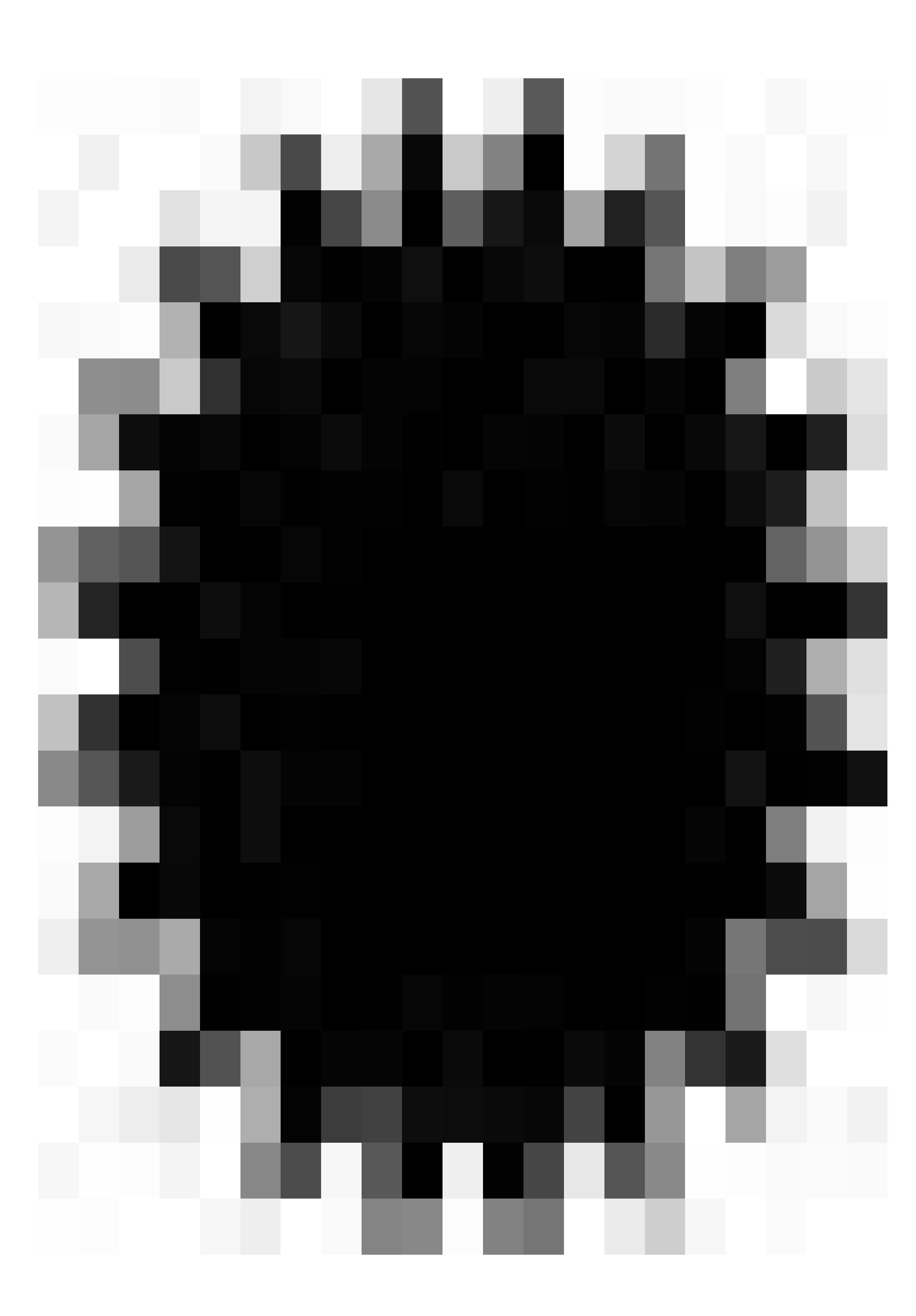
PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA ESCRITO

Soldaditos del narcotráfico

Matías Sánchez

Sábado, El Mercurio

TRABAJOS FINALISTAS



Claudio Bertoni: “Yo no vuelvo a googlear un síntoma ni aunque me torturen”

Daniel Hopenhayn

La Tercera

Me too: los archivos secretos del fútbol femenino en Chile

Antonia Fava y María Jesús Peralta Inda

Ciper

Los 12 de La Florida: crónica de una matanza frustrada

Claudio Pizarro y Sebastián Palma

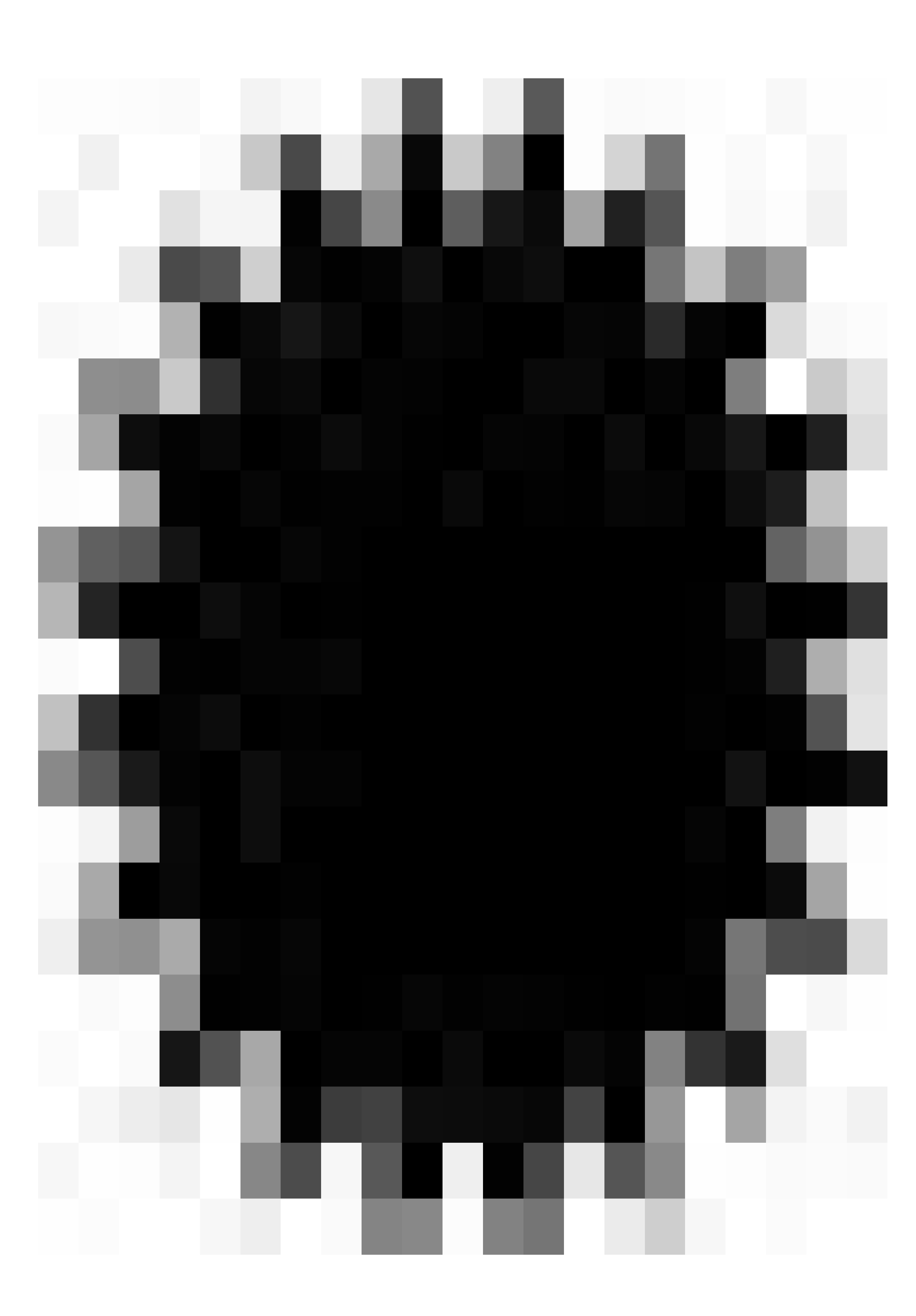
El Desconcierto

Carabinero infiltrado en Lo Hermida fue descubierto porque protagonizó programa de Canal 13 con su identidad real

Nicolás Sepúlveda

Ciper

TRABAJOS NOMINADOS



Reportajes

Carabinero en caída libre: la historia de Mauricio Jofré

Bastián Fernández y Pedro Thies

The Clinic

20 años y una cuarentena junto a mi agresor

Antonia Domeyko

Sábado, El Mercurio

Serie "Los testimonios que revelaron la manipulación de los datos Covid en el Minsal"

Nicolás Sepúlveda

Ciper

Las salas del adiós

Paz Radovic y Rosario Mendía

La Tercera

La pandemia y 50 vidas que ya no están

Equipo Sábado

Sábado, El Mercurio

Investigación

Serie: “Las fallas en la estrategia para enfrentar la pandemia de Covid”

Nicolás Sepúlveda

Ciper

Parques marinos de papel: flota de 300 naves chinas sorprende a Chile sin plan para controlar “in situ” la pesca ilegal

Alberto Arellano e Ignacia Velasco

Mongabay

Voces de Putaendo II: Las irregularidades del proyecto minero que se oculta en la cordillera de la Quinta Región

Constanza Cabrera y David Vásquez

Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales

Cable a tierra

Crónica o Perfil

La oscura vida radiante de Gustavo Gatica: retrato íntimo a diez meses que le arrebataran su visión

Claudio Pizarro y Sebastián Palma

El Desconcierto

El último viaje de una kawésqar

Gazi Jalil F.

Sábado, El Mercurio

Las voces de Jenny

Matías Concha P.

Revista del Hogar de Cristo

Diario de un urgenciólogo de la ex Posta Central

Antonia Domeyko

Sábado, El Mercurio

Entrevista

El duelo de Patricio Manns

Carola Solari

Sábado, El Mercurio

Entrevista inédita a Ángela Jeria: “Nunca he llorado a gritos”

Patricio de la Paz

The Clinic

Sol Serrano: “Si vamos a juzgar todo el pasado con los criterios morales del presente, habrá que borrar la historia completa”

Daniel Hopenhayn

La Tercera

Marta Cruz-Coke: La mujer del collar de diez pesos

Gabriela Hormaechea

The Clinic

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA UNIVERSITARIO

Sigma: El código secreto de los suicidios en el metro

Camila Bohle Silva y Valentina Medina Delgado

Universidad Diego Portales. Profesor guía: Alberto Arellano

PRÓLOGO

Mientras escribo estas líneas para presentar y celebrar lo mejor del periodismo escrito en Chile en 2020, llegan noticias terribles de Bielorrusia: el dictador Alexánder Lukashenko envió un cazabombardero para obligar a un avión de línea a aterrizar en su territorio y así detener a un joven periodista opositor que viajaba a bordo. Al redactar estas líneas, no se conoce el destino de Román Protasévich, fundador y editor jefe del canal de noticias Nexta, que transmite por la red de mensajería Telegram.

Nexta es parte de la vibrante y valiente ola de nuevos medios para un nuevo público. Transmitía en vivo para la juventud bielorrusa lo último de las protestas contra unas elecciones amañadas y la represión feroz de la policía. La amenaza de los líderes autoritarios y corruptos, en cambio, es más vieja que la imprenta de Gutenberg, mucho más vieja que los testimonios de la bielorrusa Svetlana Alexiévich de las madres de los soldados muertos en Afganistán y las viudas de los bomberos achicharrados en Chernóbil.

En América Latina las cosas no están mucho mejor. Decenas de periodistas como Javier Valdés y Miroslava Breach fueron asesinados en estos años por mafias del narco en México, la prensa libre es perseguida por informar sobre los desaparecidos en las revueltas de Colombia, y en Chile, si bien no se llega a esas cotas, el año pasado y este aumentaron los ataques del poder a la credibilidad y veracidad de los periodistas independientes.

También periodistas chilenos fueron vigilados por las fuerzas del orden, como Mauricio Weibel por el Ejército, cuyos negocios estaba investigando. Como el mismo Weibel denunció en televisión, en regiones muchos colegas son vigilados y amenazados, y están más expuestos y menos protegidos.

Muchos periodistas fueron detenidos, golpeados y sus instrumentos de trabajo fueron arrebatados durante el estallido. Un estudio del Observatorio del Derecho a la Comunicación cifra en 69 los casos de detenciones de periodistas en 2020, el mayor número desde la dictadura. Entre estos se encuentran los colegas Paulina Acevedo y Álex Cuadra, quienes fueron detenidos ilegalmente por Carabineros este año.

Un caso grave de ataque a periodistas, cuyos autores todavía no han sido identificados, se produjo contra el equipo de TVN dirigido por el periodista Iván Núñez, en la región de BioBío. Terminó con el camarógrafo Esteban Sánchez herido con cinco impactos de bala, los que lo dejaron con la pérdida de uno de sus ojos.

Todos estos casos nos llevan a estar alerta, denunciar los ataques a la prensa y la libertad de expresión y defender la información libre, que es uno de los valores centrales de un país democrático. Los que crecimos bajo dictadura, ya sea aquí o en países como el mío, Argentina, sabemos cuánto se pierde cuando una sociedad no puede contar con un periodismo libre, veraz, sólido y respetado.

Por eso es tan importante reconocer el trabajo que se logró hacer bajo extenuantes circunstancias, en medio de una triple crisis —de la economía nacional, de los medios y de las condiciones en que debieron trabajar los reporteros y editores—. Entre otras circunstancias, quienes lean este libro en años venideros deben saber que todo lo aquí publicado se investigó, escribió y editó bajo un toque de queda que comenzó en octubre de 2019 y que cuando escribo estas líneas, en mayo de 2021, pasó de ser una respuesta al estallido a intentar contener la pandemia sin pausa, y todavía rige.

Este libro es un reflejo de estos tiempos convulsos y fascinantes. Surgieron nuevos personajes perfilados, entrevistados, denunciados y celebrados en estas páginas: la clase media harta, los movimientos sociales (mujeres, indígenas, jubilados sin jubilación, enfermos sin hospital, trabajadores sin empleo, familias sin hogar, inmigrantes sin futuro). Los trabajadores de la salud y la educación, menospreciados por los millonarios de las finanzas y ahora convertidos en los esenciales.

Los jóvenes sin miedo que nos legaron un concepto nuevo: primera línea.

En estos reportajes, crónicas, entrevistas e informes de investigación se encuentra una vista atrás a los 30 años que colmaron el vaso con los 30 pesos. Una mirada a las instituciones otrora intocables, como los carabineros y los militares. Y nuevos dramas, como el narcotráfico, que se apropia de los barrios humildes y del futuro de los jóvenes sin futuro, como el protagonista del estremecedor texto ganador.

En estos relatos se cuenta cómo se queman iglesias y universidades, arden

llantas y bancos de madera, se lastiman ojos, se gasea y balea y se encarcela injustamente a manifestantes, se usan cartuchos de gas lacrimógeno como munición y cómo en casos extremos carabineros ebrios balean a mansalva y otros disfrazados de manifestantes incitan a la violencia.

Autoras y autores denuncian fraudes y robos privados y públicos, lamentan las muertes por coronavirus, celebran el enorme esfuerzo de los profesionales de la salud y cuestionan las cifras oficiales de la pandemia. Investigan un proyecto minero y la pesca ilegal. Viajan con un kawéskar y narran el horror de una mujer maltratada encerrada con su agresor. Como potente ejemplo de investigación de abusos sexuales contra las mujeres, dejan al descubierto el "me too" en el fútbol femenino. Y en las entrevistas, entre tanto protagonista joven en otras secciones, toman la palabra los sabios de la tribu: Claudio Bertoni, Ángela Jeria, Sol Serrano, Marta Cruz-Coke y Patricio Manns.

El periodismo que brilla en estas páginas no solo cuenta y explica con valentía la verdad. Nos ayuda a formar nuevas generaciones de un público ávido de saber, entender y participar con conocimiento de causa.

A las puertas de un proceso refundacional con la nueva constitución, lo más valioso del buen periodismo son sus lectores, oyentes, televidentes, usuarios activos. Es para ellos que tantos colegas se

juegan la salud y hasta la vida día a día en las calles y en las redacciones. Y también en las aulas: este año el premio universitario tuvo más postulantes que nunca, y de más universidades de todo el país.

¿Qué podrá encontrar un historiador del futuro en este libro sobre el periodismo de este año que comenzó en pleno estallido, siguió con una inesperada pandemia y terminó con un ilusionante referéndum para cambiar la constitución y soñar con un nuevo país?

Quienes organizamos el premio, el fervoroso ejército de prejurados y jurados, los autores y autoras de estos textos y sus editores, los fotógrafos, diseñadores e infografistas y el gremio entero pueden mirarse en el espejo de estos trabajos y sentir que falta mucho para construir el país deseado, pero que también hay mucho terreno ganado: calidad, rigor, ética, investigación acuciosa, preguntas punzantes, conclusiones sólidas, estilo que vuela y emociona.

Estas cosas, la mayoría dolorosas, injustas y repudiables, pasaron en 2020. Pero,

con limitaciones y dificultades inimaginables unos meses antes, la cofradía de profesionales de la palabra pudo hacer excelente periodismo.

Roberto Herrscher

Director del Premio Periodismo de Excelencia

Universidad Alberto Hurtado

Jurado del Premio Periodismo de Excelencia 2020

Jurado Premio Periodismo Escrito

Carlos Basso Prieto

Periodista de la Universidad de Concepción. Ha trabajado y colaborado en distintos medios de comunicación. Es autor de los libros Los enigmas del caso Matute Johns (Cesoc, 2001), El último secreto de Colonia Dignidad (Mare Nostrum, 2002), De Sarajevo a Nueva York (Cesoc, 2003), Los pasos perdidos de Shakespeare (Destino, 2008), La CIA en Chile (Aguilar, 2013), América Nazi (Aguilar, 2014) y Desaparecido en Concepción (Suma, 2014). En 2017 ganó la beca de creación literaria del Consejo Nacional de la Cultura y la Artes. Actualmente es profesor en la Universidad de Concepción.

Alejandra Carmona López

Periodista de la Universidad Andrés Bello, diplomada en Periodismo de Investigación Ciper-UDP. Se ha desempeñado cubriendo poder, Iglesia, salud, educación y temas sociales. Es coautora del libro El negocio del agua, cómo Chile se convirtió en tierra seca (Ediciones B). Ha trabajado en La Nación Domingo, Radio Chilena, Radio Cooperativa, La Tercera y El Mostrador, además de colaborar en revista Paula. En 2009 ganó la categoría Excelencia Periodística del Premio Pobre el que no cambia de mirada. Ha sido finalista, en tres ocasiones, del Premio Periodismo de Excelencia (PPE), de la Universidad Alberto Hurtado; y en 2014 fue finalista del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo como coautora del reportaje “A 40 años del golpe: los niños violentados”. En 2020 fue parte del equipo de The New York Times ganador, en

categoría documental, del World Press Photo con “It’s mutilation”. Actualmente es profesora en la Universidad de Chile donde imparte los cursos: Reporteo Avanzado, Reportajes y Electivo de especialización en pautas de medios.

María Constanza Castro Molinare

Periodista, Máster en Literatura Hispanoamericana de la Pontificia Universidad Católica de Chile y en Industrias Creativas y Culturales de la Kings College London, UK. Actualmente es académica asistente de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica del Norte. Se ha desempeñado en el área de gestión cultural e industrias creativas en Chile y en UK. Sus áreas de investigación están relacionadas con comunicación y cultura, estudios culturales, literatura y periodismo, principalmente. Ha participado en congresos y seminarios con ponencias sobre industrias creativas, consumo cultural, marca ciudad, literatura y ciudad y poscolonialismo. Fue columnista de libros en el diario El Mercurio entre los años 2013 y 2015, ha dirigido talleres literarios en Santiago y Antofagasta desde el año 2000 y ha estado a cargo de investigaciones, edición y publicaciones en el área de literatura en reiteradas oportunidades.

Guillermo Draper

Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay. Se desempeña como periodista de Búsqueda desde 2005, primero como redactor y luego como editor de Política. Desde mayo de 2018 es Miembro del Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación. Además, desde el año 2007 que integra el cuerpo académico de la Universidad Católica del Uruguay. Entre 2015 y 2018 integró el equipo del semanario que trabajó en la investigación internacional conocida como Panamá Papers, ganadora del premio Pulitzer al Periodismo Explicativo en 2017. Recibió una mención honrosa en el Congreso Latinoamericano de Periodismo de Investigación 2017 por el trabajo, en coautoría, “Las tarjetas corporativas y la renuncia de un vicepresidente”. Por esa investigación también se le otorgó el Premio Nacional de Prensa Escrita de

Uruguay 2017. Es coautor del libro Marihuana Oficial. Crónica de un experimento uruguayo (2017). El 2018 recibió el premio Bartolomé Hidalgo en la categoría Testimonios, Memorias y Biografías.

Juan Cristóbal Guarello

Periodista de la Universidad Diego Portales. Ha trabajado en diversos medios, tanto en prensa escrita, radio y televisión, como: El Mercurio, Publimetro, y en las revistas Triunfo y El Gráfico, donde se desempeñó como director. Ha sido comentarista deportivo en Radio Futuro, ha trabajado en Canal 2 Rock & Pop, TVN, La Red y TyC Sports. ha publicado cinco libros en coautoría con Luis Urrutia O'Nell: Anecdotario del fútbol chileno (2005), Historias secretas del fútbol chileno (2007), Historias secretas del fútbol chileno 2 (2008), Historia de la clasificación Sudáfrica 2010 (2010), Anecdotario del fútbol chileno II (2011). Es autor de la novela Gente mala (2014) y de Aldo Marín: carne de cañón (2018). Actualmente se desempeña como columnista y panelista de la sección deportiva del diario La Tercera, y como comentarista deportivo en Canal 13 y Radio ADN.

Roberto Herrscher

Es periodista, escritor y director del Diplomado en Escritura Narrativa de No Ficción de la Universidad Alberto Hurtado y de la colección Periodismo Activo de Editorial Universidad de Barcelona. También ha enseñado en universidades de Guatemala, Colombia, Asia Central, Nueva York, Italia, Gran Bretaña, Alemania y España, donde dirigió por 18 años el magíster en Periodismo de la Universidad de Barcelona y la Universidad de Columbia. Es autor de los libros Periodismo narrativo, El arte de escuchar y Los viajes del Penélope. Trabajó como reportero y editor en Buenos Aires Herald, agencia IPS y las revistas Hombres de maíz y Lateral. Sus textos han sido publicados en medios como The New York Times en español, La Vanguardia, Clarín, Ajo Blanco, Gatopardo, Etiqueta Negra y Página 12.

Ivonne Toro

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha realizado reportajes y diversos contenidos editoriales enfocados principalmente en investigación de corrupción y crónica en los diarios La Nación, The Clinic, La Tercera, El Mostrador y Ciper. Ha sido finalista del Premio Pobre el que no cambia de mirada (2014) y ha obtenido los años 2014, 2018 y 2019 el primer lugar en Crónica Periodística con "El sueño inconcluso de Machuca", "No es país para viejos: el pacto suicida de Jorge y Elsa" y "El estallido vital de Geraldine Alvarado", respectivamente. En el año 2016 obtuvo el Premio de Periodismo y Derechos Humanos del Museo de la Memoria por "Marta Ugarte y el horror de los cuerpos lanzados al mar en dictadura". En 2020 fue seleccionada como expositora en el Festival de Periodismo de Investigación Colpin por el reportaje "Los secretos del 'far west' de la compra de ventiladores de la CPC en China: especuladores corruptos, mercado negro y maletas de billetes". Desde 2013 además ha realizado clases como profesora titular en la Universidad Diego Portales.

Jurado premio universitario

Natalia del Campo

Periodista Universidad Católica de Chile con posgrado en Gestión Cultural. Trabaja en radio hace más de 15 años donde ha dirigido emisoras como Concierto y Paula FM, y ha sido conductora también en Duna y Radio Uno. También ha colaborado en los diarios El Mercurio, La Tercera y es parte del equipo de "Mediápolis", podcast sobre medios de comunicación. Actualmente conduce "Tarde universo" en Radio Universo.

June García

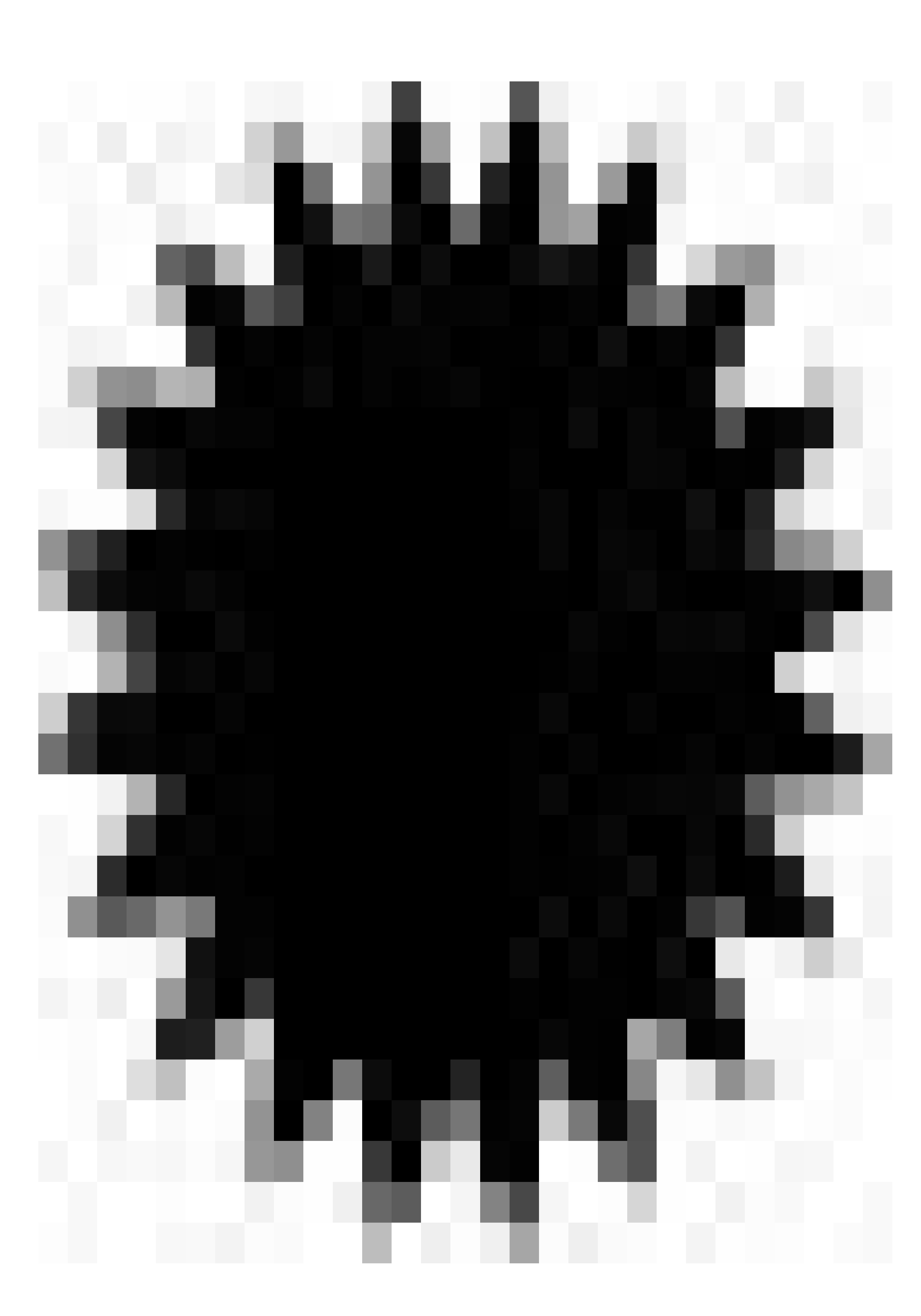
Periodista de la Universidad de Chile. Es autora de diversos libros infantiles y juveniles. Trabajo en distintas iniciativas de género, sexualidad y feminismo, a nivel nacional e internacional. Desde el año 2015 realizó talleres de feminismo (introducción y lecturas), NeoAmor (lecturas feministas sobre el amor), violencia en el pololeo y educación no sexista. Dictó la cátedra "Mujeres y feminismo en la literatura" en el diplomado de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer de la Academia Psicología y Bienestar y el taller de Lecturas feministas: literatura y ensayo, en la Universidad Adolfo Ibáñez. Actualmente se encuentra trabajando en la serie de libros de Lulú, historias para educar a niños y niñas en feminismo y derechos humanos, y en la Radio ADN con un programa semanal de cultura pop y feminismo. Pertenece al colectivo AUCH! (autoras chilenas).

Lorena Penjean

Periodista de la Universidad de Chile. Es guionista e investigadora. Fue directora de The Clinic, la primera mujer en dirigir el medio. Ha trabajado en Paula y las productoras Aplaplac (31 minutos) y Fábula (No, Neruda, El Club, Una Mujer Fantástica, entre otras).

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA

SOLDADITOS DEL NARCOTRÁFICO



Matías Sánchez

10 de abril

Sábado, El Mercurio

Como tanto del mejor periodismo, todo empezó con una noticia: en junio de 2019, “Emerson, de 17 años, falleció producto de infecciones en su cuerpo. Había quedado parapléjico tras participar en una persecución de carabineros. Al momento del accidente, su tuición legal estaba en manos de una supuesta traficante de drogas de La Pincoya,” según revela la introducción de este reportaje.

El joven reportero Matías Sánchez descubrió que, por años, la madre del joven había sido testigo de cómo él era usado para transportar y vender droga en la población. A pesar de que sus denuncias fueron transmitidas por los programas de protección a menores a los tribunales de familia y el Ministerio Público, nada se concretó. En una investigación que se extendió a archivos, pedidos de información oficial, funcionarios, expertos y repetidas entrevistas a los denunciantes descubrió que al menos a otros diez jóvenes habrían sido reclutados por la misma persona.

El día de su publicación fue de inmediato compartido por legiones en redes sociales. Combinaba perfectamente la investigación acuciosa, personajes inolvidables y lo mejor en los reportajes memorables: provocar emoción sin mostrar la que siente el autor. El tema era a la vez antiguo —el papel de un estado que le fallaba a los más vulnerables— y nuevo: el fenómeno del narcotráfico a nivel cercano, íntimo, extendido a casi cada casa en las poblaciones.

Por todo esto, el jurado del Premio Periodismo de Excelencia Escrito consideró que “Soldaditos del narcotráfico” merecía el premio máximo en la categoría Periodismo Escrito.

Esto dice el fallo del jurado: “Trata un tema relevante de forma original. Presenta una investigación profunda y meticulosa, excelente estructura y una escritura

cuidada, con finos detalles. Este reportaje da cuenta del abandono del Estado y de cómo se perpetúa la violencia en las zonas marginadas de Chile. Revela una situación grave y sus características actuales. Muestra el poder que adquiere el narcotráfico cuando el estado y la sociedad están ausentes. Toca distintos temas (narco, Sename, pobreza, desprotección ante el poder, consumismo) y ensambla todo en un texto coherente que alarma y emociona”.

10 de abril del 2017, 10:05 horas. La audiencia, realizada en la sala 9 del tribunal de familia de Santiago, es presidida por la magistrada Constanza Feliú. En la sala también está presente Carola Ortiz. El registro de audio, que es parte de la carpeta de investigación, capta, además, a las otras personas del lugar: una dupla psicosocial de un hospital y la madre de Ortiz y su hijo Emerson.

No es primera vez que Carola Ortiz está en una situación así. Pero ese día, a diferencia de otras veces, ella está frente a la jueza para saber si será autorizada a llevarse a su hijo a su casa los fines de semana. Luego de que la dupla psicosocial termina de declarar, se produce un silencio. Antes de que la magistrada tome la palabra, transcurren 18 segundos en los cuales solo se escucha sollozar a Ortiz.

Magistrada: Cuénteme, ¿por qué está tan apenada?

Carola Ortiz: Y me pregunta…

Magistrada: Sí, le pregunto, porque no la conozco.

Carola Ortiz: Porque mi hijo está así, me lo dejaron así.

Magistrada: Tuvo un accidente…

Carola Ortiz: No, no fue un accidente.

Magistrada: Ah, no fue un accidente. Ah, perdón, estoy equivocada. Tuvo una enfermedad, por eso él quedó así.

Carola Ortiz: No, él chocó con una camioneta. Venía de una persecución.

Cuatro meses antes de la audiencia, en diciembre de 2016, Emerson, entonces de 15 años, chocó contra una camioneta mientras escapaba de Carabineros. Horas antes había realizado un

portonazo junto a la hermana de V., su tutora legal, una supuesta traficante de la población La Pincoya, en Huechuraba. En ese accidente, Emerson terminó parapléjico.

Magistrada: Entonces fue un accidente. ¿Por qué dice que no?

Carola Ortiz: Porque no fue un accidente, venía de un robo. A él lo hicieron robar. Una magistrada entregó a mi hijo, a él (Emerson), a una persona que ni siquiera era de mi familia, que es traficante. ¿Entiende? Yo tengo muchos videos para mostrar cómo esa mujer le pegaba a mi hijo, cómo lo hacían trabajar, cómo él se volaba. Yo tengo muchos antecedentes de eso…

Por más de cuatro años, Carola Ortiz aseguró tener esas pruebas y denunció que su hijo era usado para vender y guardar drogas por su tutora legal, la que fue autorizada por el tribunal de familia a cuidarlo. Los programas de protección de menores recibieron las denuncias de Ortiz e informaron a diversos jueces del tribunal de familia y al Ministerio Público, según detallan los documentos. Sábado investigó las denuncias realizadas por los programas de protección y descubrió que, desde 2015, se han informado otros diez casos más de niños y adolescentes usados como “soldados” en La Pincoya, todos reclutados por la supuesta traficante.

Magistrada: Lo que les pase a los hijos es responsabilidad de los padres. Si el día de mañana tengo una hija drogadicta, va a ser porque yo no he sabido tener las herramientas suficientes, o lo que sea, para poder alejarla de las drogas. No puedo echarles la culpa a los demás.

Carola Ortiz: ¿De esa manera cuidaba a mi hijo esa mujer?

Magistrada: Pero si la que tiene que cuidar a sus hijos es usted. ¿Por qué no lo sacó de las mechas y se lo llevó a su casa?

Carola Ortiz: Porque la magistrada estaba al medio. Le dio la tuición…

Magistrada: No, no, no. ¿Qué tiene que ver la magistrada? Si yo tengo un hijo y veo que le pegan, me meto en la noche, vestida de negro, a punta y codo, lo saco y me lo llevo para mi casa.

Carola Ortiz: Saca pistola...

Mamá de Carola Ortiz: Ya, hija. Tranquila, no diga nada.

Magistrada: ¿Qué cosa?

Carola Ortiz: Ella saca pistola. Son narcotraficantes.

Ese 10 de abril del 2017, al salir de la audiencia, Carola Ortiz lloró.

—Me sentí tonta, ignorante. Yo no sé defenderme en un juicio —dice hoy a Sábado al recordar ese día.

Carola Ortiz baja el tono de su voz. Susurra. La mujer de 45 años se encuentra en su casa, en la población La Pincoya. Dice que allí, en el segundo piso, su vecina, V., la mujer a la que los tribunales de justicia le dieron la tuición de su hijo, no puede escucharla.

—Yo vivo al lado de ellos, están en la casa de la derecha —relata al teléfono.

Carola Ortiz es vendedora ambulante y madre de nueve hijos. Ninguna de las cinco parejas con las que estuvo asumió la paternidad económica ni de crianza. Ortiz, para mantener a su familia, vende envases de plásticos, escobas y palas en los alrededores de la población.

—Acá venden droga, pero está todo cerrado. Hay piedras, plantas y una cama elástica al medio de la calle para que ningún auto pueda subir o bajar. Ellos tienen dominado aquí. Ahora, con menos fiscalización, se paran hasta en la esquina, se hacen colas para comprarles drogas a los niños que venden.

—¿Quién domina esa calle?

—La V., mi vecina. Ella y su familia toman a los niños para salir a robar, para traficar. Muchos llegan a su casa buscando droga o para ser reclutados. También

he visto que llegan otras mamás como yo, alegando por sus hijos. Ellos les hacen daño a muchos niños.

A los 17 años, Carola Ortiz fue mamá por primera vez, cuando recién había completado la enseñanza básica. En 2001 tuvo a Emerson. Con 26 años y cuatro hijos más, Ortiz le pidió a su abuela materna que se hiciera cargo del menor. Cuando ella falleció, Carola Ortiz retomó el cuidado y la relación con Emerson en 2009. Él tenía ocho años.

—Siempre andaba con amigos, era loco por el fútbol. Pero después cambió —relata.

La historia de Carola Ortiz y los tribunales de familia comenzó en 2011, cuando cuatro de sus hijos robaban y pedían dinero en el mall Plaza Norte: K., de seis años; Y., de ocho; J., de nueve; y Emerson, de diez. Además, el grupo de niños también solía deambular, en la madrugada, cerca de la autopista Américo Vespucio. En más de una ocasión, Carabineros los trasladó hasta su casa.

A raíz de esas conductas, que se repitieron durante años, Ortiz fue acusada de vulneración de derechos a sus hijos. Como sanción, el Centro de Medidas Cautelares —área del tribunal de familia que se enfoca en causas de violencia intrafamiliar y medidas de protección a menores— dictaminó cumplir con diversos programas que ayudarían a reparar y reinsertar a la madre y a los menores.

Los cuatro niños también acumulaban varias inasistencias y tenían un significativo desnivel en sus etapas escolares, ya que algunos aún no pasaban de primero básico, cuando en realidad tenían que estar en quinto. Muchas de esas ausencias se debían a conflictos con otros alumnos, ya que eran molestados por su higiene y vestimenta.

—Les decían “Los bacterias”, porque siempre andaban sucios y pidiendo plata. Ellos tenían un rollo con una conocida traficante del sector, siempre robaban o amenazaban a los otros profesores

—recuerda un docente que conoció a los menores y que prefirió no revelar su nombre.

En más de una ocasión, Carola Ortiz pidió que sus hijos fueran internados en el Sename. Al no tener un trabajo estable, dice que era difícil ejercer la maternidad

de sus nueve hijos.

—Estuve bien mal, no tenía los recursos, no podía cuidarlos. Quería que los internaran, porque se portaban mal, salían a robar. Yo tenía que ir a trabajar y nadie me ayudaba. Se me fueron de las manos, nomás. Perdí el control de ellos. Perdí al Emerson. Como no iba al colegio, comenzó a reunirse con otros jóvenes, los que se pasaban el día afuera de la casa de mi vecina. Todos menores de edad. Él consumía marihuana, se volaba. Después, la vecina lo invitó a dormir en su casa. Le dije que no quería que pasara tiempo allí, pero como eran traficantes, venían todos a intimidarnos.

En diciembre de 2014, en la tarde del día de Navidad, Emerson, por voluntad propia, se mudó a la casa de su vecina. Sin zapatos y en la reja de entrada, pidió ser invitado a la cena, a lo que V. accedió. Según el propio relato de Emerson, incluido en informes del caso, ese día le regalaron un par de zapatillas nuevas. No serían los únicos regalos que le darían, recuerda su madre.

—V. le dijo a la magistrada que mi hijo había llegado muerto de hambre y sin zapatillas a su casa. El Emerson le siguió el juego, pero también mintió porque la Navidad sí la pasamos juntos. Le regalé unas zapatillas Nike. El problema es que no le gustaron porque eran de su hermano mayor. No podía regalarle unas nuevas, siempre le compré usadas, pero eran buenas igual —agrega Carola Ortiz.

En abril de 2015, el tribunal de familia recibió un informe sobre los avances de Carola Ortiz, en relación a la vulneración de derechos de sus hijos. En este se evidenciaba un cambio y un compromiso por haberlos matriculado en el colegio, lo que benefició a los menores, excepto a uno: Emerson.

“Durante enero y febrero no asiste a las actividades ni al colegio (…), tampoco ha sido posible tomar contacto con él, en el contexto de visita domiciliaria, debido a que el joven se encontraría viviendo con una vecina, la cual se dedica al tráfico de drogas. La madre da cuenta de que ella ha intentado ir a buscar al joven, sin mayores resultados”, consigna el informe.

Dos meses después, el 16 de junio de 2015, Emerson y V. asistieron voluntariamente al tribunal de familia. Según el acta de la audiencia no programada del Centro de Medidas Cautelares, V. contó que le dio un hogar al menor y que vivía con ella. También explicó que no podía mandarlo al colegio porque no era su apoderada. Allí V. solicitó el cuidado provisorio de Emerson. Él

declaró estar de acuerdo y bien con su vecina. Frente a la jueza Paulina Roncagliolo, ambos negaron el consumo y venta de drogas en el domicilio.

Según un informe social, en ese momento V. tenía 25 años, era madre de tres niños y había cursado hasta segundo medio. En su casa vivía con los menores, más tres adultos, hogar que mantenía como vendedora en un puesto de flores y con su pareja, que trabajaba como taxista. Pero esa versión sobre sus ingresos no pudo ser comprobada con ningún documento. Emerson tenía 14 años y solo había llegado hasta segundo básico. Nunca volvió a clases.

Antes de finalizar la audiencia, la consejera técnica del tribunal revisó el historial de vulneraciones de Emerson y de los otros tres hijos de Carola Ortiz, quien no estaba presente ese día. Luego, la jueza Paulina Roncagliogo autorizó entregar el cuidado provisorio de Emerson a V. Todo el proceso duró diez minutos.

En la madrugada, cuando salía de su casa para ir a trabajar, Carola Ortiz dice que solía encontrarse con la misma escena: su hijo Emerson parado en la esquina de su calle, con un banano negro colgando de un hombro. Allí guardaba la droga que vendía.

—Se amanecía en la calle. Me contó que le pagaban diez lucas por hacer esa pega. A él le gustaba la vida de traficante, tenía todo en bandeja y con eso era feliz —recuerda la madre.

A pesar de que la tuición de Emerson la tenía su vecina, Carola Ortiz seguía participando en programas de protección e intervención a menores. El Programa Especializado en Calle (PEC) de Recoleta fue uno de los primeros en escuchar e informar las denuncias de la madre.

El PEC Recoleta pertenece a la Corporación Asociación Chilena Pro Naciones Unidas (ACHNU), la que busca reducir o interrumpir el tiempo de permanencia de los niños y jóvenes en la calle, junto con la defensa y promoción de los derechos de estos. Además, ACHNU es una institución colaboradora del Sename.

Cuando V. recibió la tuición de Emerson, Gabriel Sáez, trabajador social, era director del PEC Recoleta. Para él, no era el primer caso de jóvenes reclutados por narcotraficantes.

—Ellos conocen así el rubro, tienen acceso a celulares, ropa y zapatillas. No lo connotan como algo negativo, al contrario, lo manifiestan como una manera fácil de obtener dinero todos los días. La mayoría de las familias que se dedican al tráfico reclutan a estos jóvenes, los usan como soldados y estos dejan de asistir al programa —dice Sáez.

Una situación similar vivió Emerson, asegura su madre.

—Mi hijo empezó a vivir otra vida, le regalaban ropa cara, zapatillas, Play Station, lo trasladaban en autos o manejaba moto. Cosas que yo no le podía dar, tengo muchos hijos y hago lo que puedo.

Según documentos, a los que tuvo acceso Sábado, el PEC Recoleta le informó al tribunal de familia —en julio y agosto de 2015— las denuncias de Ortiz. Este último expediente fue enviado a Paulina Roncagliolo, la jueza que autorizó la tuición del menor a V.

El protocolo para las denuncias de narcotráfico e informes realizados por estos programas son entregados al tribunal de familia, el que, a su vez, debería traspasar la información al Ministerio Público para que se investigue. Gabriel Sáez asegura que en denuncias anteriores, con otros casos parecidos, la fiscalía lo citó o le pidió más documentación del hecho. "Pero en este caso nunca me llamaron a declarar; asumo que no pasó nada".

En diciembre de 2015, Sáez dejó la dirección del PEC Recoleta y en su reemplazo asumió María Carreño, trabajadora social que conocía las denuncias de Carola Ortiz. Ese mismo mes, el PEC Recoleta envió por segunda vez un informe a la jueza Roncagliolo, del tribunal de familia.

En él se detalla que V. no cumplía con lo estipulado por el programa y el tribunal; que Emerson había vuelto a la casa de su madre, después de que ser golpeado por V. y utilizado para robar; y que "la mejor alternativa para los jóvenes (los cuatro hijos de Ortiz) es salir del espacio actual donde se encuentran e irse a uno más protector donde pueden ser restituidos sus derechos vulnerados y cuenten con un adulto responsable". Ese espacio era internarlos en una residencia del Sename, situación que había ocurrido en el pasado.

En esa ocasión, el PEC Recoleta consultó el ingreso de los niños en cinco residencias: una de ella no tenía vacante, dos tenían disponibilidad para los próximos meses y el resto no respondió la solicitud.

En junio de 2016, el PEC Recoleta volvió a entregar nueva documentación a la jueza Roncagliolo, esta vez solicitando el cese de los cuidados personales que tenía V. y el ingreso de Emerson y sus hermanos “a un hogar residencial de forma urgente”. En los dos años que María Carreño fue directora del programa, ella asegura que, a pesar de sus reiteradas entregas de información, nunca tuvieron audiencia con algún juez para formalizar la denuncia.

—Estábamos aburridos, siempre nos cancelaban las audiencias. Nos daban una fecha, llegábamos al tribunal y nos decían: “El niño está bien”, pero eso no era cierto. Enviamos informe tras informe, sin ninguna respuesta. Era muy frustrante, porque dimos todos los detalles posibles. Prácticamente era resolver en base a los contundentes documentos. Cualquier persona que los lea podría resolver un caso así de grave. En cambio, V. fue al tribunal, le programaron una audiencia, le dieron los cuidados de Emerson y ni siquiera nos preguntaron. No pidieron ningún informe, nada —sentencia.

Sábado procuró contactar, a través de llamadas y correos electrónicos, a la magistrada Roncagliolo, quien no respondió las solicitudes de entrevista.

Sin poder concretar la denuncia de la mamá de Emerson, la directora y el equipo PEC Recoleta comenzaron a investigar otros hechos similares. La idea era presentar un grupo de víctimas, todos menores de edad y usados por una red de narcotráfico. El 26 de julio de 2016, la Corporación Asociación Chilena Pro Naciones Unidas (ACHNU) presentó una denuncia en la Fiscalía Centro Norte detallando que en uno de sus programas se habían comprobado situaciones irregulares, las que involucraban a Emerson y a cuatro adolescentes más.

“En efecto, se ha tomado conocimiento de que al interior del domicilio, ubicado en (…) existe presuntamente tráfico de drogas, actividad que su propia dueña, V., ha confesado a profesionales de nuestra institución. Esta misma persona ha confesado que ha hecho industria de solicitar, a tribunales de familia, el cuidado personal de niños y jóvenes vulnerables de la comuna, a quienes utiliza en el comercio de drogas”, detalla el documento incluido en la investigación.

En esa fecha, los otros cuatro niños denunciados tenían entre siete y 18 años, todos con historial de vulneraciones.

Meses después de la denuncia en la fiscalía, María Carreño asegura que fue citada a un cuartel de la PDI para hablar del caso. Pero le explicaron que aún no

se iniciaban las diligencias y, según ella, le pidieron que tomara fotografías del tráfico y que diera una lista con nombres de los involucrados. Se negó a hacerlo.

—Frente a cualquier denuncia corríamos el riesgo de que las personas del sector se enteraran de que fuimos nosotros. Para entrar, de manera segura, hay que ganarse la confianza de la gente de la población. Investigar y tener pruebas era labor de la policía. Nosotros éramos los que seguíamos trabajando allí. Era mi vida la que estaba en riesgo.

Al salir del cuartel, María Carreño recuerda que sintió impotencia y tristeza. “Había usado todas mis herramientas para denunciar y todo el mundo sabía lo que estaba pasando. ¿Qué más podía hacer?”. En noviembre de 2016, la directora renunció al PEC Recoleta. Explica que, a pesar de haber logrado metas con varios jóvenes del programa, el nulo apoyo de las otras entidades relacionadas en el proceso perjudicó el trabajo realizado, situación que terminó por desanimarla.

—Muchas veces logras las intervenciones, pero no son sostenibles en el tiempo, porque no existe una red de apoyo. A los jóvenes podemos reinsertarlos en el colegio, pero que se mantengan es otro cuento. Además, el Sename nos establece un plazo máximo de dos años para trabajar con un adolescente. ¿Qué problemas estructurales puedes cambiar en ese tiempo? Ninguno. No consideran que te demoras, al menos, seis meses en encontrar a un niño. Hay que ir a buscarlos a la calle, a las poblaciones, a los terminales, y cuando los encuentras tienes de intermediario a un traficante.

Sábado se contactó con la Corporación Asociación Chilena Pro Naciones Unidas (ACHNU) para conocer más detalles de las denuncias realizadas por su programa PEC Recoleta, pero se excusaron de dar una versión, ya que, por políticas de la institución, no pueden hablar de jóvenes que estuvieron o están en el programa y que, en este caso, se desconocen más antecedentes de lo que pasó.

Un mes después de la renuncia de María Carreño, el 9 de diciembre de 2016, Emerson, junto con la hermana de V., se involucró en un portonazo. Tras escapar de una persecución de carabineros, el auto en el que iba chocó contra una camioneta. Después de ser operado, quedó parapléjico, en silla de ruedas, sin movilidad de la cintura para abajo y sin posibilidad de volver a caminar.

El 10 de diciembre, al otro día del accidente, Carola Ortiz se enteró de lo ocurrido con su hijo y que estaba internado en el Hospital Roberto del Río. La madre cuenta que intentó saber cómo estaba, pero al no ser su tutora legal le prohibieron el ingreso. Ese día, asegura Ortiz, igual ingresó hasta la habitación de Emerson. "Estaba lleno de máquinas y de cabros, todos cuidándolo. Me gritó, me dijo que me fuera. Tenía mucha rabia, no era el mismo de siempre. Al final, llegaron los guardias y me sacaron", recuerda.

Según el registro de una trabajadora social del hospital, "a Emerson le hacen compañía, durante el día, diferentes adultos y jóvenes, pero se percibía que solo estaban ahí para realizar

acompañamiento, para que Emerson no pueda tener mayores interacciones con otras personas".

El 11 de enero de 2017, Emerson ingresó al Instituto Nacional de Rehabilitación Pedro Aguirre Cerda. Al estar en un programa permanente e intensivo, dejó la casa de V. y se mudó al instituto que también asumió su tuición.

El accidente que sufrió Emerson, al estar bajo los cuidados de V., fue investigado por el Centro de Medidas Cautelares del tribunal de familia. El 1 de marzo de 2017, un consejero técnico informó sobre la situación de V. y evidenció que solo visitó dos veces al menor, por lo tanto, "esto podría estar relacionado con la sospecha de que utilizaba al joven en actividades delictuales y ahora que Emerson no puede realizar las mismas actividades de antes, lo abandona con excusas respecto a la imposibilidad de visitarlo, lo que afecta emocionalmente al joven".

—La V. ya no quería estar con mi hijo, porque ahora había que bañarlo, mudarlo, transportarlo; se desligó. Pero él se dio cuenta de eso, de que lo habían abandonado. Él me pidió perdón —agrega Carola Ortiz.

En esa ocasión, el consejero del tribunal de familia también recomendó prohibir que la tutora legal del menor se acercara al adolescente, lo que terminó con la suspensión de todas las visitas de V. y se le prohibió estar a menos de 200 metros del menor. Ese proceso, por parte del tribunal de familia, demoró cerca de dos semanas. En ese tiempo, Emerson se escapó del instituto de rehabilitación, pero regresó la misma noche porque olvidó sus medicamentos. "Llega en pésimas

condiciones de higiene, con compras realizadas. Se detecta que tenía en su poder bastante dinero, el que según refiere fue adquirido mediante la venta de ropa", detalla la constancia del instituto.

Luego, la jueza Constanza Feliú, la misma que autorizó la orden de alejamiento de V., citó a la madre para estipular las visitas del menor a su casa los fines de semana. Según el registro de la audiencia, los profesionales declararon que Emerson estaba de alta, que era independiente en su vida diaria y que había cumplido con las metas establecidas de rehabilitación física. También se aclaró que incluir a su madre en el proceso, marcó un antes y un después. Ella cumplió con todas las visitas estipuladas: día por medio y en las tardes ayudaba a Emerson en la nivelación escolar, pero para eso debió abandonar un trabajo de guardia que había conseguido hace poco. Con los avances de Ortiz, la magistrada Feliú autorizó a la madre a estar con Emerson de viernes a domingo.

Pero en la semana, cuando el menor regresaba al instituto de rehabilitación, se volvía agresivo con el personal, lo que terminó con su expulsión del lugar y su regreso, de forma permanente, a la casa de su madre y al lado de V. Ahí se movía en silla de ruedas.

—Él tenía mucha rabia, se llenó de amargura. Me decía que se quería morir. Tenía mucha pena porque tomó malas decisiones. Se dio cuenta de cómo había quedado. A veces, cuando veía a la V., le gritaba: "¡Mira cómo me dejaste!" —recuerda su madre.

Ortiz asegura que su hijo comenzó a escaparse de la casa. Se perdía por días y luego regresaba en malas condiciones de salud e higiene. "Salía a buscarlo, pero no lo encontraba. A veces, unos tíos de La Vega me llamaban y me decían dónde estaba. Me daba mucha pena, lloraba con él".

En mayo de 2019, carabineros de la Comisaría de Recoleta encontraron a Emerson viviendo en la calle. Llevaba varios días fuera de su casa, durmiendo en el suelo sobre unos cartones. Con una frazada tapaba las escaras que se habían formado en su espalda y glúteos. El adolescente quedó internado en el Hospital San José, donde falleció un mes después por una úlcera sobreinfectada, lo que le produjo un shock séptico.

En su casa, Carola Ortiz realizó el velorio de su hijo Emerson, de 17 años. Ese día, mientras fumaba un cigarro afuera de su hogar, recuerda que V. se le acercó.

Paradas en la calle, ambas se enfrentaron a gritos. De esa discusión, la madre dice que aún siente impotencia por la frase que le gritó V.: “No vayan a decir ahora que nosotros lo matamos”.

Tras la muerte de Emerson, la Oficina de Protección de Derechos (OPD) de Niños y Niñas —que pertenece a la Municipalidad de Huechuraba—, le informó a su equipo sobre lo ocurrido con el menor. Al escuchar la noticia, Paulina, una funcionaria de la oficina, no supo cómo reaccionar. Ella pidió cambiar su nombre real para este reportaje y dice que en más de una ocasión informó a los tribunales de familia sobre la situación de V. y Emerson, al que conocía desde hace un año.

Paulina, tras revisar los documentos de Emerson, cuenta que recordó otro caso similar: el de un padre, que en julio de 2016, denunció que S., su hijo de 13 años, había sido reclutado por su vecina, quien resultó ser V. Según documentos de la OPD de Huechuraba, compañeros del colegio de S. declararon que él “conducía una moto pequeña con la que trabaja como soldado para una red de narcotráfico que opera en el sector”. Ese año, Paulina asegura que se reunió con el Centro de Medidas Cautelares, con el Ministerio Público y el Sename. En las oficinas del tribunal de familia, realizó formalmente la denuncia sobre la situación de S. y la sospecha de otros casos más. En esa oportunidad, dice que vio cómo se firmó un oficio para ser enviado al Ministerio Público.

—Pero nunca encontré vestigios de esa denuncia. Le pregunté a compañeros y fiscales si podían buscar algo relacionado a V., pero no dimos con nada. No existía esa denuncia. No está dentro del sistema. No sé qué pasó —relata Paulina.

La última denuncia realizada al Ministerio Público sobre el caso de Emerson y nuevos jóvenes reclutados, ocurrió en diciembre del año pasado. La jueza Pilar Villarroel, del Centro de Medidas Cautelares, presentó la información a la Fiscalía Centro Norte. Pero ella dice a Sábado que no conoció el caso de Emerson por las denuncias de los programas de protección, sino que fue a través de otro hijo de Carola Ortiz: J. El menor, después de acudir a los funcionarios de la OPD de Huechuraba, se reunió con la magistrada en los tribunales de familia.

Villarroel accedió a escucharlo por dos razones:

—En mis 18 años de experiencia en causas familiares o con menores relacionados a delitos, en solo dos oportunidades ha llegado un joven espontáneamente al tribunal y ha pedido hablar conmigo. J. fue uno de ellos. Pero nunca me habían solicitado ser ingresado a un hogar del Sename y menos que no fuera visitado por su propia familia. Él estaba desesperado, me dijo: "Métame al Sename, estoy cansado de lo que estoy viviendo" —asegura la magistrada.

Pilar Villarroel relata que J. le solicitó salir de su casa porque estaba siendo obligado a delinquir por sus hermanos. "Lo golpearon tanto que J. denunció en Carabineros, pero, según su relato, no lo tomaron en cuenta, porque los policías sabían que su familia tenía problemas con los narcotraficantes, así que no hubo declaración ni constataron lesiones", relata.

J. denunció y se reunió con la jueza a escondidas de su familia. Es así como la magistrada revisó las causas anteriores del menor y las denuncias de Carola Ortiz. Ella asegura que no es primera vez que se entera de que las denuncias realizadas por los programas de protección a los tribunales de familia no son consideradas. Explica que uno de los motivos puede ser la alta carga laboral de cada magistrado, que bordean las 100 y 150 causas diarias cada uno, pero lo que realmente afecta, según ella, es lo rotativo que son los jueces en cada una de esas causas.

—El problema es que las causas complejas no radican en un solo juez. Un caso como el de Emerson puede pasar en un año de tramitación, fácilmente, entre 15 y 20 jueces. Ahí dependerá del criterio de cada uno si revisa o no los expedientes pasados. ¿Por qué el tribunal no hizo nada y por qué actuó de forma indebida? Es porque el sistema está mal hecho. Los magistrados de medidas cautelares vemos causas que tratan desde el bullying hasta niños que pueden ser usados como soldados de tráfico. Y ese problema ocurre en todos los tribunales de familia de Chile, por lo tanto, es importante reformar íntegramente la ley, y crear un sistema de protección administrativa, que sea previo a lo judicial, con una ley de garantías que reconozca los derechos de todos los niños, niñas y adolescentes del país.

Además, agrega Villarroel, otra falencia del sistema es la falta de asesoramiento legal que reciben los padres involucrados en vulneración de derechos de sus

hijos.

—Carola Ortiz nunca estuvo asesorada por un abogado que la pudiese defender del sistema, que la guiara en el proceso judicial. Por muy inhabilitada que esté una persona como madre o padre, ellos tienen derecho a tener un abogado que los apoye en el proceso. El sistema debería tener como objetivo no alejar a los niños de sus padres, al contrario, debería ser habilitar o rehabilitar las habilidades de estos padres para que puedan hacerse cargo. Pero, en este caso, el problema estuvo en que el tribunal de familia no verificó que esta vecina ya tenía denuncias previas de los programas.

Con los antecedentes, la magistrada Villarroel investigó en otros programas y dio con tres nuevos casos de jóvenes reclutados por V. “Ellos me informaron que existe un grupo organizado que va a los tribunales de familia o de garantía y piden la tuición o cuidados de niños vulnerados, los que no tienen un adulto responsable y hábil. Hoy, esos niños estarían siendo usados como soldados”. Además, la jueza asegura que pidió más datos sobre esos menores al Sename y a la OPD de Huechuraba, los que “fueron resistentes a entregar la información. Después, derechamente, ya no me respondieron más”.

Con la información que alcanzó a recopilar, Villarroel presentó la denuncia de diciembre pasado. “Lo hice como magistrada, con mi nombre, sin escatimar en los peligros que conlleva. No lo hice a nombre del tribunal de familia porque, lo más seguro, es que quedara en el aire”. Semanas después, dice que fue citada a declarar a la fiscalía y asegura que entregó todos los antecedentes a José Morales, fiscal jefe. Nunca más recibió información del caso ni de su denuncia. Sábado se contactó con el fiscal Morales para saber el destino de las tres denuncias —que realizaron los profesionales de programas y tribunales de familia— que involucran, al menos, a 10 menores de edad; y para conocer antecedentes de V., pero prefirió no referirse al tema.

En diciembre del año pasado J., el hermano menor de Emerson, ingresó al Cread Pudahuel. Lo hizo apoyado por una antigua profesora de su colegio, la que mantiene una estrecha relación con él.

La profesora confiesa que ella le recomendó pedir ayuda por las golpizas que recibía de sus hermanos, cuando no quería delinquir. Incluso, por solicitud del mismo J., el tribunal de familia prohibió todas las visitas de Carola Ortiz y de su familia. Excepto a la profesora, la que después pudo llevárselo a su casa, los

fines de semana. Junto a ella celebró su cumpleaños, Navidad y Año Nuevo.

En la dinámica del hogar, junto a su marido e hija, relata la docente, notaron las verdaderas carencias del menor. “Ahí me di cuenta de que él solo necesita cariño, que lo ayuden, que le enseñen cosas cómo cortarse las uñas, lavarse el pelo con champú”, agrega. La profesora explica que J. destaca por ser un joven con una sola meta en su vida: terminar el colegio.

—J. nunca faltó a clases. Es un chico amable, creó vínculo con los profesores, entonces, para él, fue una fortaleza estar en la escuela y rodeado de gente que lo apoyaba. Es muy querible, donde va, la gente le toma cariño. J. tiene unos ojos verdes hermosos y cada vez que lo veo, siento que sus ojos reflejan su alma. Suena raro, pero a él lo ayudó mucho ese tiempo en el Sename. No en rehabilitación ni en enseñanza, lo ayudó a escapar de lo que estaba rodeado. Hasta su cara cambió, era otro niño, uno feliz. Me decía que ahora podía dormir tranquilo. Pero se escapó.

J. alcanzó a estar siete meses en el Sename antes de volver a vivir con su madre, quien hoy tiene la tuición de todos sus hijos de nuevo, en La Pincoya.

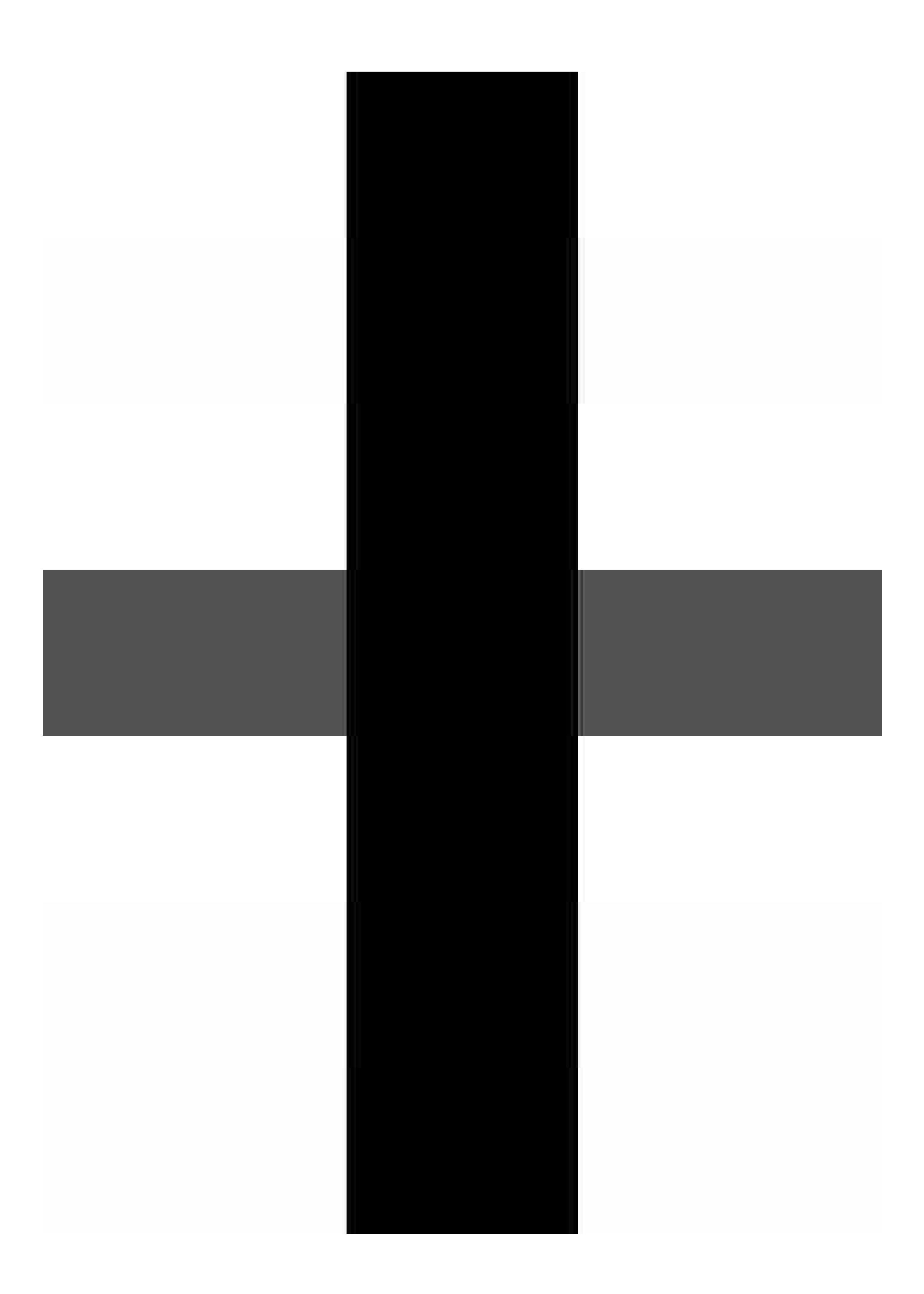
—A mis hijos los voy a tener siempre conmigo. No quiero que me los vuelvan a quitar, no quiero que los recluten los narcos. Si es necesario, me voy a andar arrancando siempre, pero no voy a volver a pisar un tribunal. Después de lo que pasó, no puedo confiar en la justicia —relata Carola Ortiz.

La semana pasada, J. se comunicó con la profesora.

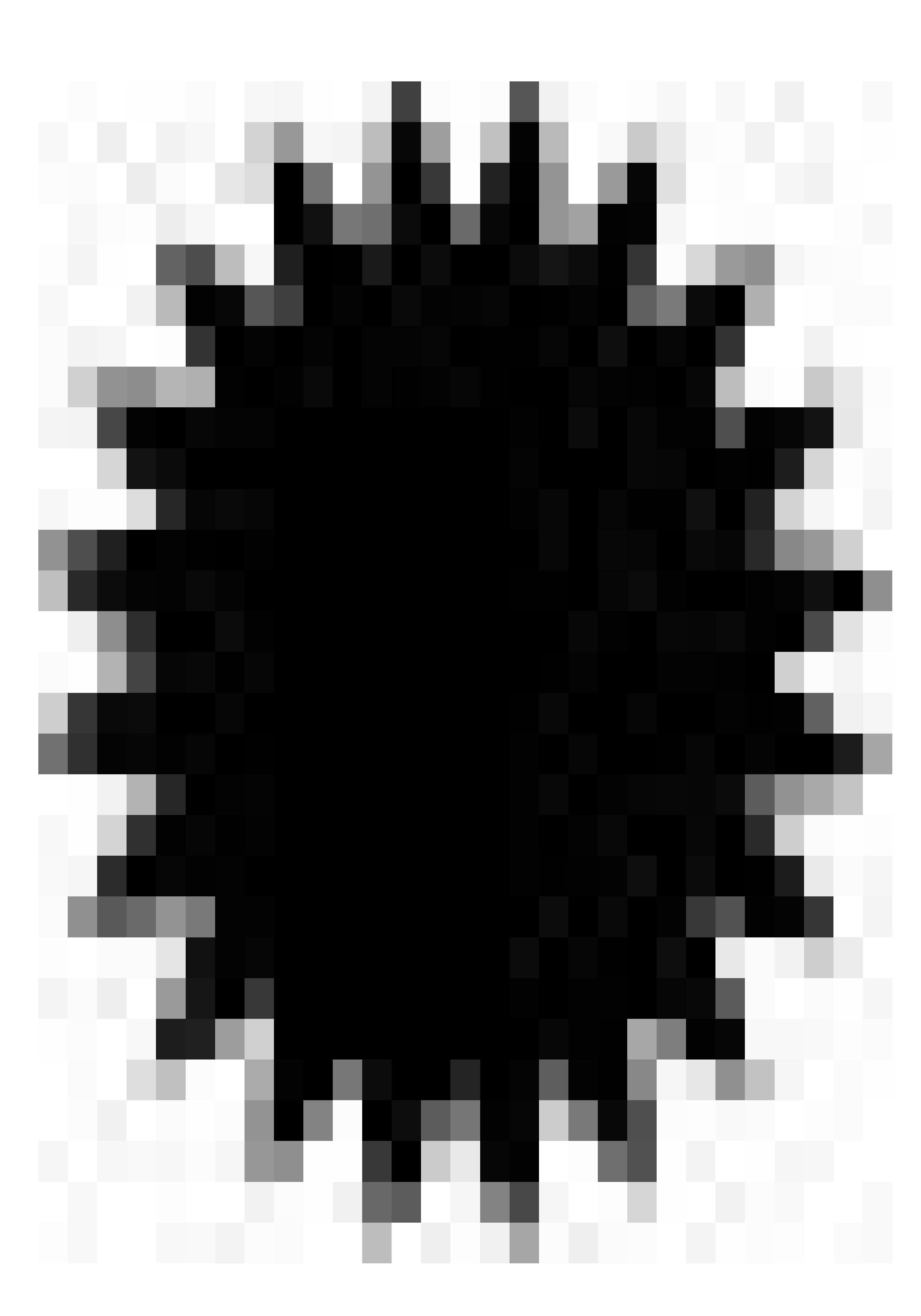
—Me llamó y me dijo que estaba bien. Estaba muy orgulloso porque va a ser el primero de su familia en terminas octavo básico. Y antes de cortar le pidió un último favor.

—Me dijo: “Tía, ¿me podría ayudar con las tareas del colegio? No me quiero atrasar. Quiero terminarlo luego, quiero salir de acá”.

TRABAJOS FINALISTAS



CLAUDIO BERTONI: “YO NO VUELVO A GOOGLEAR UN SÍNTOMA NI AUNQUE ME TORTUREN”



Daniel Hopenhayn

2 de mayo

La Tercera

En 2017, en el suplemento Babelia del diario español El País, Leila Guerriero comienza así una entrevista con Claudio Bertoni: “La casa del poeta Claudio Bertoni, en Concón, una pequeña ciudad balnearia a 20 minutos de Viña del Mar, Chile, es legendaria por lo austera: un cuadrado con techo de chapa que era el galpón donde se guardaban los trastos de una vivienda que ocupaban sus padres. Tiene dos habitaciones, una cocina y un baño. En la sala hay un desorden bestial que se conecta de mueble en mueble como un sistema de vasos capilares por el que circularan tazas, pedazos de cartón, ropa, libros”. El poeta vive recluido en Concón desde hace 45 años como un fugitivo del mundo, de la sociedad literaria y de la tecnología, y esta entrevista causó por partes iguales asombro, regocijo, alarma e identificación en su legión de lectores. A sus 76 años, Bertoni ha publicado más de 20 libros inclasificables que convirtieron en una rara avis en las letras chilenas. Con delicadeza y un profundo conocimiento de su obra, Daniel Hopenhayn logra llevarlo a lugares donde entrevistas anteriores no lo habían hecho.

El poeta habla de su relación de amor y odio con el presente y también con un lugar profundo de versos, autores, palabras y emociones que pocos trabajos periodísticos se animan a visitar. El jurado se puso de acuerdo de inmediato en que esta era la entrevista que más posiblemente quedará en la memoria colectiva cuando la pandemia y el encierro sean vistos como una pesadilla del pasado remoto.

Refugiado en Concón, donde reside hace 45 años, Bertoni enfrenta la pandemia con la paranoia que corresponde a un hipocondríaco sin cura. No le resulta fácil. Carece de habilidades para hacer trámites por internet y carece de resolución para hacer el aseo. Pero sus problemas más serios, y de los que habla con más entusiasmo por el teléfono, son los existenciales: la conciencia de habitar un mundo tan frágil como insondable, y donde la única verdad posible, asegura aterrado, fue establecida por Tribilín.

—Para enfrentar la pandemia, tienes la ventaja de que vivir aislado en tu casa es tu rutina hace décadas, pero la desventaja de ser un hipocondríaco. ¿Cuál de esos dos factores ha pesado más?

—La desventaja. Porque en términos de vivir cagado de susto, hace tiempo que las cosas han ido empeorando para mí. El escritor italiano Guido Ceronetti, en un libro absolutamente malvado que se llama El silencio del cuerpo, dice de repente: “Somos seres de una deslumbrante fragilidad y pequeñez”. Esa deslumbrante fragilidad a mí me corre por la sangre, pero ha recrudecido con el tiempo. Y la guinda de la torta ha sido esta cuestión del virus. La maldita paranoia que transmite la televisión, en la cabeza de un hipocondríaco como el que te habla, sube a unas alturas inconmensurables.

—¿Te has pasado películas con los síntomas?

—Tuve miedo por unas temperaturas raras que me dieron, de las que no te quiero hablar, pero que ya están como sanadas. Y también por la disnea, porque es un síntoma del coronavirus y fue uno de mis principales síntomas hace un par de años, cuando estuve muy mal y no podía llenar los pulmones de aire. Espero hablarte bien ahora, porque si no te voy a cortar y voy a quedarme respirando corto quizás por cuánto rato. Esa vez terminé cinco veces en la urgencia de la Clínica Ciudad del Mar, creyendo que tenía infartos. Era pa’ la risa, ya me decían

“don Claudio” cuando llegaba. Y ahí trataban de calmarme, pero yo pedía el electrocardiograma, porque era lo único que me tranquilizaba. Yo creo en la ciencia alópata, lo siento, sería maravilloso creer en una machi que quema unas hierbitas, pero no puedo. Fue tragicómico, terminé rebasando el límite mensual de Fonasa para hacerse electrocardiogramas.

—¿Y no tenías nada?

—Tenía angustia precordial. Yo nunca había usado el Google, pero mi hermana me lo mencionó, puse ahí lo que me pasaba, apareció la angustia precordial y saber que tenía eso fue mi salvación. Pero ahí tuve cueva, porque el doctor Google es horroroso. Después lo volví a usar y aparecieron un par de huevadas para salir arrancando.

—Siempre es cáncer.

—¡Exacto! No, yo no vuelvo a entrar a Google ni aunque me torturen. No es para alguien que tiene todas estas malditas huevadas en la cabeza. Que ojalá las tuviera en la pura cabeza, pero las tengo repartidas por todas partes. O sea, en la pura cabeza yo he tenido que hacerme tres escáneres y dos resonancias magnéticas. Una de las resonancias fue por un cuento demasiado choro, pero no te lo voy a contar. Me llevaron a las dos de la mañana porque me pasó una cosa rarísima con la memoria… Ya, lleguemos hasta ahí con eso.

—Por ahora, en Concón van recién 14 casos de Covid-19.

—Sí, eso me tranquiliza. Pero igual estoy con la súper paranoia de que no quiero acercarme a nadie, porque te cambian la información todos los días. Primero

dicen que para contagiarse hay que conversar con alguien a menos de un metro y por más de cinco minutos, pero después sale un sabio finlandés o un científico polaco diciendo “mira, si estás en el supermercado buscando el aceite, y otro huevón estornuda en el pasillo de los tallarines, te llegan los aerosoles y cagaste”. Y la mascarilla, que según la OMS era totalmente prescindible, ahora resulta que hasta tenís que dormir con la huevá. No, yo chanté la moto con esos datos. Tengo una televisión Sony que me regaló una amiga y ahí miro las noticias de CNN y las películas del I-Sat, esa es toda mi relación con los medios. Sé que en el computador se pueden ver los diarios, pero yo creo en los papeles. Y las redes sociales, para serte franco, hallo que son como unas redes en que caen los huevones como peces. Tengo 74 años y realmente estoy en otra parte.

—Cuando se habla de “los viejos”, ¿te das por aludido o todavía sientes que hablan de otra gente?

—Eso es muy raro: obviamente soy un viejo, pero si miro a los viejos no veo nada parecido a mí. Tengo amigas jóvenes que dicen “ah, estos viejos culiados”, pero se refieren a gente que no tiene más de 50 años. Lo que pasa es que son señores como gorditos, un poco pelados, que andan de terno y son como caballeros. Yo no me puedo ver de afuera como un caballero. Todavía me pasa en la calle una cosa que es súper dulce y hermosa: de repente la gente me habla. Y a veces me hablan unas señoras con sus maridos que para mí son la sal de la tierra, unos caballeros chilenos que usan chaleco y corbata, que son como bien silenciosos y andan con su señora que es arregladita y todo. Y las señoras me dicen: “Don Claudio, leí sus libros”. Te juro que me dan ganas de pedirles disculpas por las cochinadas que escribo. Para mí no son cochinadas, pero veo a esas señoras y son como mi mamá, aunque a veces sean menores que yo.

—Otro efecto del encierro es que manejarse en internet se volvió casi obligatorio. ¿Te has sentido discriminado por eso?

—Discriminado no, pero sí como con susto, porque estoy quedando totalmente

fuera. Ponte tú, para sacar plata de la Cuenta RUT yo tengo que ir en persona al banco, no lo sé hacer por el computador. Y si yo cago físicamente, que cada vez voy a cagar más, simplemente no voy a tener cómo hacerlo. Pienso en eso cada vez que me siento mal y creo que no me voy a poder mover. Además, como vivo de la plata que dejan los libros, me piden que mande una boleta por el computador, pero tampoco sé cómo hacerlo, dependo de que alguien venga y me ayude. Y tal como dices, esto del virus corona lo hizo mucho más patente, me siento más que nunca un poco herido por esa distancia. Hace poco me tuve que comprar un computador nuevo y ya no puedo usar el pendrive. En la máquina antigua era súper simple, pero en la nueva tú aprietas un botón y empiezan a salir rectángulos con tres opciones, y yo ahí cago. Tuve la cueva de que, cuando fue el estallido social, pensé que iban a cagar los bancos y fui a sacar un fajo de billetes naranjos de 20 lucas. Como gasto muy poco, con eso he podido sobrevivir ahora. Si no, tendría que estar comiendo raíces, porque con esta pandemia no me atrevo a tomar micros ni a tomar Uber ni a subirme a ninguna maldita huevá al lado de nadie.

—¿Y cómo te las arreglas para comprar comida?

—Hay una verdulería en la esquina que es el descueve, porque tú les pides por teléfono. Y de repente me pego un pique con máscara a un supermercado que hay acá atrás. Ahí compro agua mineral sin gas, fósforos, galletas de agua y una botella de vino que me dura un mes y medio. Eso no es drama, he vivido siempre así. Lo único malo es que no puedo caminar mucho y para mí caminar es como rezar, una gran cosa. Toda mi vida he caminado una hora o dos horas al día y eso me ha mantenido bien. Pero, ya antes del virus, he estado físicamente cansado, no entiendo por qué. Me he hecho exámenes, me vi la tiroides, todo, pero no es un cansancio normal. No es el cansancio rico del huevón que hizo su trabajo: sales, paseas tus ovejas por el cerro, llegas en la noche cansado, le das un besito y un abrazo a tu mujer y duermes como un tronco. Esto es otra cosa, es raro. Pero mira, ayer estuve un poquito mejor y hoy también, porque hablé con un médico y me tranquilizó mucho respecto de lo que me pasaba con la respiración y la temperatura.

—Aparte de la cabeza, ¿tienes alguna enfermedad real que sea peligrosa si te pilla el virus?

—No, soy súper sano. Pero en una cabeza que no se detiene, la razón funciona al revés. Siempre te dicen: los aviones no se caen. ¡Pero sí se caen, alguno se cae! Y el Kino nadie se lo saca, pero alguien se lo saca. Ese es el problema. Yo he leído su resto, pero lo más sabio y definitivo que he escuchado no es de un filósofo, es de Tribilín: You never know, uno nunca sabe. Si un marciano bajara a la Tierra, abriera un platillo y dijera “oye, ¿qué pasa aquí?”, yo le tiraría esa pura frase: You never know. Ese es el diamante de mi pensamiento. O sea, yo leo a Spinoza y le creo, leo a Heidegger y me lo trago, Schopenhauer me encanta, pero todos te dicen cosas distintas. Entonces, ¿quién es el único que tiene razón? Tribilín: uno nunca sabe, realmente estás al garete. Y si tú tienes esa conciencia metida en la sangre, estás cagado. No te lo recomiendo para cuando estés asustado.

—Para un hipocondríaco puede ser un alivio verse expuesto a un peligro concreto. Sé de algunos que, al preocuparse del coronavirus, dejaron de imaginarse otros problemas, porque siempre es uno a la vez.

—Ah, sin duda, eso para mí es matemático: tengo la zorra en el pecho, me tranquilizan con los electrocardiogramas, pasan unos días y de repente siento un ardor en la uretra. Es como si la cabeza dijera: “Ahí ya no funciona, ya no puedo huevear a este pelota ahí, me paso para allá”. Después fue el estómago. Empecé a bajar de peso y dije “cáncer a la guata”. Por suerte conocí a un médico muy choro, me hice un escáner y lógicamente no tenía nada. Si yo fuera Bill Gates, tendría en el pieza de atrás un gastroenterólogo, en la de adelante un cardiólogo, a la derecha un otorrinolaringólogo y a la izquierda un pichulólogo. Me viene cualquier huevá, aprieto un botón y que el huevón venga inmediatamente y me haga el escáner. Eso me tranquilizaría. Pero estoy en la antítesis de eso, viviendo en una cabaña donde no hago el aseo hace dos años. Este desorden es un gran enemigo, es un defecto horroroso mío y, para serte franco, ya es un problema de higiene. Está todo el polvo en el suelo, los boletos de micro, las boletas de

compraventa, en la silla que estoy mirando hay un cerro de un metro y medio de ropa: chalecos, calzoncillos, los abrigos de invierno… Sé que es chistoso, pero es grave. Por suerte tengo el humor, que me ha ayudado mucho. ¿Te cuento un cuento cortito sobre el humor? ¿O te da lata?

—No, dale.

—Es una de estas típicas historias chinas o japonesas que son tan sabias. Nieva, nieva fuerte, fuerte, sobre la rama tiesa de un pino. Tú sabes que los pinos son durísimos. Y nieva tanto sobre esa rama que la quiebra, por el peso. Pero esa misma nieve cae sobre un sauce, y la rama del sauce se dobla, se dobla y se dobla. Y cuando deja de nevar, porque no puede nevar para siempre, sale el sol, la nieve se derrite y la rama del sauce vuelve a vivir, a la vida de siempre. Eso es el humor para mí. Me ha salvado la vida a mí y a mucha gente. Yo creo que, sin el humor, no habríamos durado aquí ni diez minutos.

—La frugalidad, vivir con poco, comer lo justo, también ha sido una guía importante en tu vida.

—Absolutamente, para mí la frugalidad es una gran palabra. Si yo fuera el ministro de Salud y pudiera dar conferencias, diría “ese es el camino de la vida”. Pero eso también me está alejando del mundo, porque veo que todos ocupan su tiempo y su cabeza en buscar exactamente lo contrario. ¿De qué hablan todo el día? De comida, de tiendas y de la basura que juntan en el teléfono. Además, todos quieren tener un proyecto, y yo hallo que los proyectos son una huevá con patas, una equivocación absoluta. Hay un antiquísimo poema chino, anónimo, que dice: “Barro el patio y saco agua del pozo. Qué milagro”. Para mí esa es la papa. Ser primer ministro es un error garrafal. George Steiner, en un libro muy hermoso que se llama Diez posibles razones para la tristeza del pensamiento, concluye que hoy estamos más lejos de la verdad de lo que estaban los presocráticos, hace miles de años, cuando no había ni radio y los filósofos andaban cagando detrás de los arbustos. Si tú miras a los seres que viven a tu

alrededor, ¿podrías decirme que este mundo digital los está haciendo más sabios y felices? Otra cosa que dice Steiner es que finalmente hay un solo camino, y yo esto lo sé de todo corazón: el camino de las lágrimas. Yo soy muy llorón. Hay un poemita mío que dice: “Esté donde esté −sentado o de pie− si me descuido: lloro”. Eso me ha pasado siempre y me pasa cada vez más. Parece que los viejos se ponen llorones.

El único Dios

—Si tuvieras la garantía de que el coronavirus no te va a matar, ¿igual le tendrías pánico a pasar por la enfermedad?

—No, pero sí querría saber acerca de las molestias, de la cantidad de dolor. Porque ese es para mí el único Dios y el único horror que existe: el dolor. Cuando hablas del dolor de verdad, todo lo demás, incluso la muerte, son puros saltos y peos. Si la muerte no existe, lo que existe es la espera de la muerte. Pero la cantidad de dolor e injusticia que existen sobre la tierra es absolutamente inaceptable, demasiado superior a la cantidad de bienestar y de no dolor. Y mi problema es que tengo una empatía exacerbada, absoluta, intolerable, frente al dolor de otros seres. Cuando veo a esos niños que tienen fibrosis quística, como esa niñita que le mandó una carta a la presidenta Bachelet para que la dejaran morir, no lo puedo soportar. Por eso es que jamás podría haber tenido hijos. Humboldt, el científico, decía que engendrar es lanzar a esas pobres criaturas a la posibilidad de ser víctimas aleatorias de cosas horrorosas. Ese es el feeling que yo tengo. En los cinco años de terapia heavy que tuve con mi doctor, mi muro era que yo llegaba al dolor y me agarraba a cabezazos contra eso, no podía pasar más allá. Y cuando estoy muy propenso al llanto, veo personas sufriendo o simplemente imagino seres y me pongo a correr, a huir, porque quiero seguir vivo y no tengo una coraza contra eso.

—Y con esa omnipresencia del dolor, ¿por qué te sigue gustando más vivir que no vivir?

—Mira, Cioran es el típico huevón que no quiere ni a su abuela y tiene libros enteros recomendando el suicidio, pero también se ríe mucho y escribió cartas que le salvaron la vida a muchas personas. Y él dice una cuestión súper cierta: hay que pensar en lo que cuesta dejar cualquier vicio, y la vida es el peor vicio de todos. Hay montones de heroinómanos que se cortarían un brazo por dejar la heroína, pero no pueden. Con la vida pasa lo mismo, es un vicio demasiado fuerte, por eso cuesta tanto dejarlo. Y otra razón para seguir viviendo es saber que hay personas que me quieren, aunque también tengo miedo de que un día aparezca el maldito alzhéimer y convertirme en una carga para alguien. Lo que más me molesta de mi enfermedad es que yo no quiero molestar a nadie. Mi mayor terror no es morir, es quedar vegetal y que me enchufen. Burroughs, en el Yonki, tiene una frase que voy a usar de epígrafe para un libro que no he terminado: "Un hombre puede morir simplemente porque no puede resistir la idea de permanecer dentro de su cuerpo". Eso es lo que siento cuando estoy mal. Y no es que tenga ganas de suicidarme, pero uno de mis grandes miedos —esto lo confieso aquí, no debería decirlo— es que, llegado el caso, yo no me sé matar.

—Has escrito más de una columna en favor de la eutanasia.

—Hallo que un país sin eutanasia es un país de trogloditas. Tú deberías tener ese derecho aunque no tengas una enfermedad terminal. Si yo salgo al jardín, miro para el lado y no me gusta de qué lado se hizo la partidura el vecino, entro a la casa y me mato, problema mío. Es mi vida, no se la debo a nadie.

— "Mi norte es amigarme con la muerte", decías hace cinco años. ¿Crees que ese amigamiento pasa por pensar en ella o por dejar de hacerlo?

—Pasa por pensar en ella. Hay un dicho que dice: "El que huye de la muerte, la persigue". Eso es cierto. Y la estupidez y la ignorancia de esta época pasan, en buena medida, por que los seres humanos no quieren darse cuenta de lo que son. Cuando tú naces, cuando sales de entre los dulces muslos de tu mamá, no sabes nada de nada, salvo una pura cosa: que te vas a morir. Y hoy día los huevones

viven huyendo de eso. Mira Occidente, la única respuesta que tenemos para la muerte es el ruido y la luz. Cuando se corta la luz queda la zorra, a las tres horas ya están caminando por el techo. No, lo peor que puedes hacer ante la muerte es arrancar. Porque incluso si tú eres Mick Jagger y tienes a todas las minas y todos los autos que quieres, no puedes ser idiota todo el tiempo, es imposible. A los pocos años ya te aburre tener a todas las minas y te quieres tirar a las ovejas, y después empiezas a comer caca, porque no quieres darte cuenta de que te vas a morir, de que Heidegger tiene razón: eres un ser para la muerte. A lo mejor es una mierda, pero lo siento, existir es eso.

—Cuando transcriba lo que estás diciendo, va a sonar mucho más terrible de lo que suena escuchándote.

—Sí, hay gente que se imagina que soy un ogro, un huevón que si le tocas el timbre te va a mandar a la chucha, porque mi visión del universo simplemente es horrorosa. Pero yo soy una persona jovial, afable. No fui un niño hosco, me encantaba bailar, me la pasaba en la calle jugando pichangas, andaba con amigos quebrando ampolletas, robando pasteles, era totalmente normal. Pero obviamente mi corazón y mi cerebro están —y que esto no suene tan grandilocuente— en el enigma absolutamente insondable y monstruoso de tener conciencia y de haber aparecido acá, y en la absoluta certeza de que voy a terminar pronunciando las palabras de Tribilín: You never know. Dicho eso, jamás le diría una sola palabra a un ser humano para que deje de creer en aquello que lo alivia, así sean los cordones de sus zapatos. Por mí que creas en todas las vírgenes y santos y cabezas de pescado que te alivien el dolor, que es la única huevá que hay y es intolerable.

—Alguien que cree tanto en el dolor, ¿deja de ser un escéptico?

—Los místicos más cabrones pueden llegar a eso, pero yo estoy mil escalones más abajo, llegué hasta Tribilín. La Simone Weil, una mística francojudía que dice cosas increíbles, hace una lista de todos los horrores que hay en la tierra,

físicos y psíquicos, y dice “eso es el amor de Dios”. Y tú piensas “esta huevona está loca”, pero también tienes a Catalina de Génova, que dice: “Si una gota de lo que yo siento en este instante, una sola gota, cayera en el infierno, lo transformaría inmediatamente en el paraíso”. Cuando tú lees algo de ese tamaño, tienes que comprender que ahí no están hueveando. El problema es tú no lo puedes asimilar, porque no tienes idea. Por eso, yo hallo que la única entrada posible a Dios es la teología negativa.

—¿Cómo así?

—El Dionisio Areopagita, por ejemplo, para hacerte sentir lo que es Dios, hace una lista de todo lo que Dios no es: Dios no es bonito, ni feo, ni guatón, ni alto, ni hediondo, ni buena persona, ni conchesumadre, ni es un genio, ni es un asesino… entonces ahí tú vas cachando. Y hay un teólogo luterano, Tersteegen, que dice “Dios es lo absolutamente ininteligible”. Lo mismo que dice Lao Tsé en el Tao: el verdadero Tao no se puede nombrar. Ese es un conocimiento como visceral que yo tengo de la realidad: no tenemos el aparato para cachar de qué se trata realmente. De hecho, si en vez de ojos yo tuviera dos microscopios electrónicos, lo único que vería es un bullir de amarillos, rosados y celestes. O sea, en realidad solo sabemos lo que pasa en nuestra cabeza. De ahí viene esa famosa frase de Macbeth: la vida es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no tiene ningún sentido. Pero una cosa es comprender esto intelectualmente, como un profesor que se lo cuenta a sus alumnos y después almuerza tranquilo con su señora, y otra cosa es saberlo con toda el alma. Cuando tú sabes o intuyes estas cosas con toda el alma, tu vida es distinta y hay que defenderse.

—¿Y cómo te defiendes, al menos para atravesar el día?

—Bueno, siempre están la música y la lectura. ¿Y para atravesar el día? Bueno, me levanto, hoy me hice unos panes con palta, que ayuda; salgo, por suerte había sol, respiro, leo un poco si puedo, pongo una silla en la puerta de mi cabaña y

simplemente me siento y miro el jardín. Mi jardín es un pedazo de arena, unos pitósporos en la reja y un montón de pasto a mi izquierda que crece porque está encima de mi pozo séptico. Me da gusto que eso haga salir pasto de la tierra en vez de ir a ensuciar el mar. Y cuando no me duele nada y puedo respirar bien, me quedo horas ahí sentado, mirando para adelante y sintiéndome, diría yo, bien. Eso me basta, porque mi bienestar es alejarme del dolor y porque tengo la suerte de que lo que más me gusta en el mundo es no hacer absolutamente nada. Cuando tú puedes no hacer nada y te sientes bien, ese es el paraíso aquí en la tierra. Nāgārjuna, el más grande de los filósofos budistas, dice: "Nirvana es Samsara y Samsara es Nirvana". Nirvana es lo máximo para ellos —no el Cielo, porque no quiero sombras cristianas metidas en esto— y Samsara es esta conversación, son mis zapatos, es el presente inmediato. Y yo creo en eso: si voy en la micro de Viña, mirando un perro por la ventana, viendo pasar a una señora, eso es el Nirvana, lo máximo que me puede pasar aquí.

—Pese a todo lo anterior, acabas de publicar el libro Violeta (Ediciones Overol), mucho más cercano al encanto amoroso que a cualquier sufrimiento intolerable.

—Ah, es que ese libro es una mezcla extraña de lecturas que no te voy a decir cuáles son. Pero son textos de revistas antiguas, idiosincráticas, de un estrato cultural medio funky popular. Me gusta mucho el poema que salió de ahí, lo hallo hermoso. Es un poema de amor como divertido, pero es acerca del amorrr, del amor con tres erres. Aquí lo tengo, te voy a leer tres cosas: "El amor no es una mercancía que se ofrece al primero que se presenta". "Un corazón ama, cuando ama". "¿Cómo es posible prometer el corazón?". Y el libro entero es así. Y también en Overol, este año va a salir otro libro que se llama Miércale, que es muy curioso pero no te pienso decir de qué se trata.

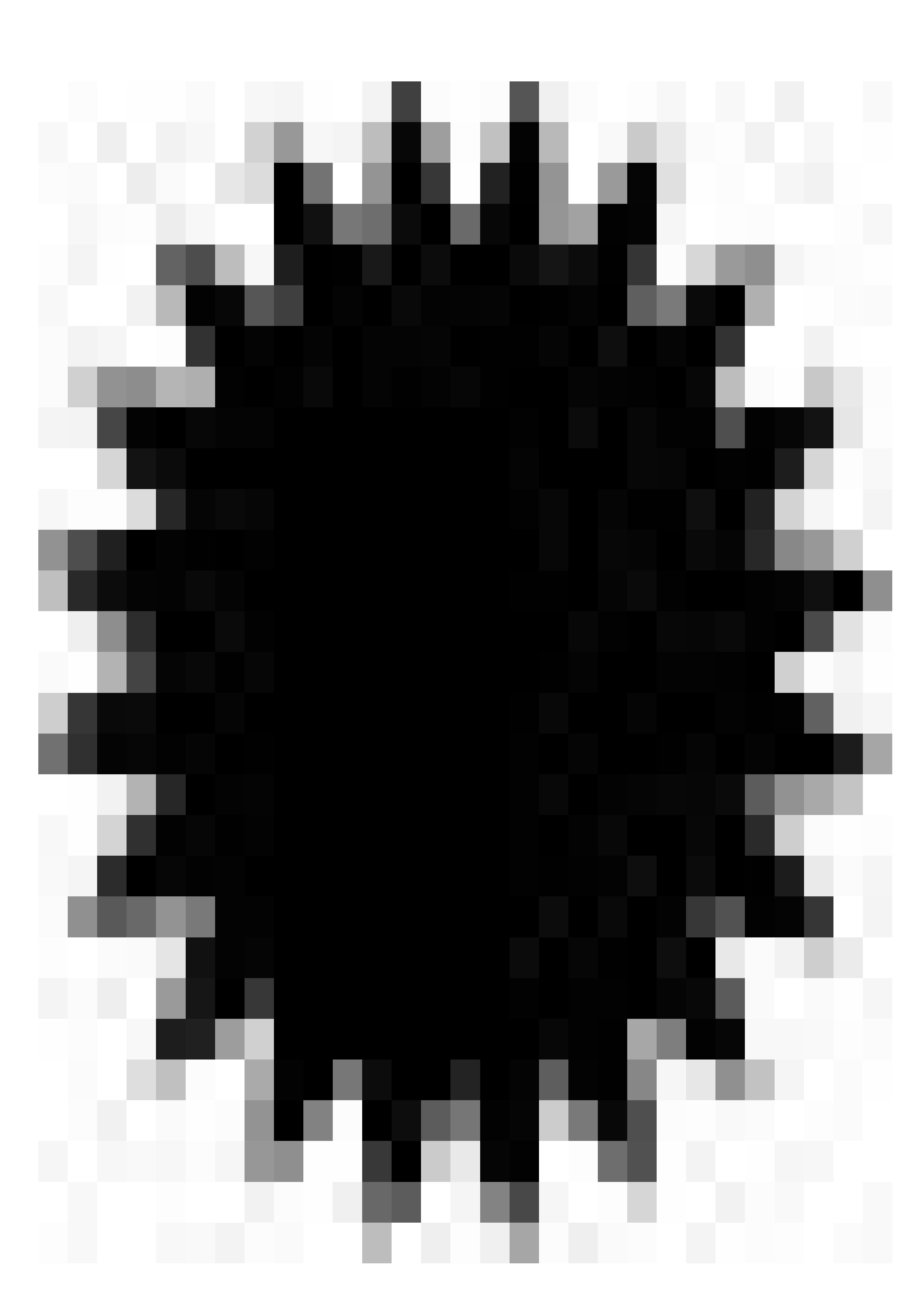
—Además, en Ediciones UDP van a reeditar tus dos libros de diarios (Rápido, antes de llorar y A quién matamos ahora) y están preparando tu Poesía reunida, un libro grande.

—Eso me pone súper bien, porque yo he hecho puros libros imperfectos, con poemas abollados, mal hechos, y para ese volumen de Poesía reunida —que va a tener todos mis libros— me di el gusto de sacar un montón de poemas que no debí haber publicado nunca. Por fin va a quedar un libro con el que voy a estar más o menos contento. Además, va a estar en la colección de poesía iberoamericana, donde están la Gabriela Mistral, Enrique Lihn y César Vallejo, el poeta, quizá, que más amo. Su poema "Voy a hablar de esperanza" es lo más profundo, fidedigno y conmovedor que he leído en mi vida.

—Y los poemas que dejaste afuera, ¿antes te parecían buenos o no te atrevías a botarlos?

—Dudaba, no sabía qué hacer con ellos. Y como soy tan irresoluto, ahora pienso que quizás borré mi Hamlet sin darme cuenta. A lo mejor dije: "¿Qué es esta huevada de to be or not to be? Estoy puro leseando, lo borro". Pero eso no lo voy a saber nunca, porque dudo y dudo. No soy un budista, soy un dudista. Para serte franco, esta mañana estuve a punto de decirte que no iba a dar la entrevista, porque dormí como las huevas, en la noche desperté tres veces en un desamparo más o menos. Pero estoy contento de haberla dado igual, porque no me ha parado la lengua y de lo único que he hablado es de lo que pensé que no iba a hablar: lo que realmente siento, cómo estoy. Que para mí, al final, la única huevá es poder respirar, que no me duela nada, comer frugalmente, que haya luz y que los demás no lo pasen tan mal. Soy así, no lo puedo evitar, tengo una visión muy fregada de la realidad. Y si siento eso de la existencia, me tengo que recoger, refugiarme en la Simone Weil, en Charlie Parker, en Parménides, hay como líneas espirituales en la historia que tú sigues. Eso es lo que a mí me tocó y a eso me aferro con dientes y uñas. No soy una Teresa de Calcuta, porque ella tiene a Dios detrás, pero yo abrazo a un huevón y soy un ancla, nos hundimos los dos. Esa es mi situación. Yo nací, no me quiero morir, parece que tengo buena salud, estoy muerto de susto, qué quieres que te diga.

ME TOO: LOS ARCHIVOS SECRETOS DEL FÚTBOL FEMENINO EN CHILE



Antonia Fava y María Jesús Peralta Inda

11 de octubre

Ciper

Uno de los grandes temas del año fue la extensión de las denuncias por abusos sexuales, acosos y conductas ilegales o inapropiadas hacia las mujeres, menores o mayores de edad. El camino imparable del "me too" chileno llega con este reportaje de investigación al fútbol femenino de la mano de dos estudiantes a punto de licenciarse de la Universidad Diego Portales. Su trabajo final, su tesis de graduación, se publicó en Ciper y causó una lógica indignación.

Mientas las calles de Chile y del mundo se llenaban con la coreografía de LasTesis "El violador eres tú", una veintena larga de jugadoras de fútbol se anima a acusar a los otrora poderosos entrenadores, profesores, funcionarios y dirigentes.

Tal como lo presenta el medio digital en su introducción a la primera de las cinco partes de este trabajo, "esta es la primera investigación extensa sobre abusos en el fútbol y desde el Gobierno esperan que el Ministerio Público investigue los casos más graves".

Los casos comprenden un kinesiólogo de Palestino acusado de abusos por una decena de jugadoras; un exentrenador de la selección nacional femenina condenado por violación de menor que siguió trabajando con la sub 16 de una filial de la UC; un DT vice campeón de Copa Libertadores femenina que maltrató por diez años a jugadoras de Everton y una adolescente acosada por un funcionario de Unión Española.

Es un texto potente, muy bien indagado, tratado con rigor ético y cuidado, que destaca por su ambición y por el gran potencial que muestran las flamantes periodistas.

PARTE I

El kinesiólogo de Palestino acusado de abuso sexual

En 2018, Ignacio Osvaldo Montano Guerrero, kinesiólogo de la Universidad Autónoma de Chile, de 24 años, comenzó a trabajar con los equipos femeninos del Club Deportivo Palestino. Atendía desde la serie sub 15 hasta el plantel de adultas. Fue el jefe de la rama de mujeres de la época, Claudio Quintiliani, quien lo seleccionó: "Necesitábamos un kinesiólogo recién salido de la universidad, porque no teníamos con qué pagar (…), era hijo único, de una familia clase media, me pareció bien".

Para Ignacio Montano fue su primer trabajo, estuvo un año y medio sin sueldo, hasta que el club le pudo pagar $ 150 mil mensuales.

El mismo año en que llegó a Palestino, Ignacio Montano atendió a Paz Espinosa, quien jugaba en la sub 17. Ella tenía 16 y ya llevaba un par de años en el club. Montano era cariñoso y "con algunas jugadoras tenía una cercanía distinta", explica la exfutbolista.

El kinesiólogo comenzó a atenderla por una tendinitis en una rodilla a semanas de ser citada a la selección y se convirtió en una de las niñas cercanas a Ignacio Montano. Conversaban por WhatsApp pero siempre cosas relacionadas al fútbol. "Me hablaba, diciéndome 'hola chanchita', 'hola mi amor'. Yo sentí que era normal, de amigos", cuenta Paz Espinosa. A medida que avanzó el tiempo, las conversaciones se volvieron incómodas para ella.

Ignacio Montano empezó a hablarle en las noches. A ella eso le pareció raro. "Una vez me dijo 'me duele el muslo' y me mandó una foto donde me mostraba su calzoncillo y su pene", recuerda. Paz Espinoza dejó de responder, pero él insistió.

A comienzos de 2019, la noche antes de un partido, Ignacio Montano le empezó a hablar y le insistió que fuera a su casa, pero ella se negó. Ante una de sus insistencias, ella le preguntó para qué y él respondió "para culear contigo", recuerda Paz Espinosa, quien dice que esas conversaciones se perdieron en un

cambio de celular. Ella cuenta que no volvió a contestar.

Al otro día la jugadora llegó al partido y evitó toparse con el kinesiólogo. Cuando terminó el encuentro, conversó con una amiga sobre los mensajes que había recibido la noche anterior. La amiga le advirtió que Ignacio Montano la estaba mirando y que se acercaba. Paz se puso nerviosa, no sabía qué hacer. Pero Montano hizo como si nada: “Se acercó a saludarme, me abrazó muy fuerte. Fue incómodo. Como si él no hubiese hecho nada”, recuerda.

A fines de 2019, con 17 años, se retiró de Palestino. “Me fui por Ignacio Montano”, afirma. Justificó su decisión con el argumento de terminar el colegio, porque nadie de su entorno sabía la verdadera razón.

El 21 de octubre de 2018 Boston College jugó contra Palestino. En la sub 17 del Boston jugaba Carla Pérez. Ella cuenta que llegó a ese partido con una lesión en el tobillo y que ese día su equipo no contaba con kinesiólogo. Pérez recuerda que Ignacio Montano le ofreció sus servicios, pero no aceptó. Días después se convenció de que necesitaba un kinesiólogo y sus amigas de Palestino le dieron el número de Montano. Ella lo contactó y él le ofreció sesiones gratis. Inicialmente, la atendió en la sede del club árabe y le solicitó que fuera con “ropa pequeña”, según recuerda, porque las conversaciones fueron borradas.

Ignacio Montano le dijo que las sesiones ya no se podrían hacer en la sede de Palestino, sino que debían ser en la “clínica” que tenía en su departamento. Carla Pérez aceptó. “Nunca hubo una clínica, no había ni camilla. Me atendió en la cama de su mamá”, cuenta la jugadora. En la siguiente sesión, Ignacio Montano le pidió reiteradas veces que se sacara el pantalón corto, pero ella no accedió.

Luego de esas incómodas insistencias, Carla Pérez dejó de ir, pero explica que continuaron el tratamiento a través de WhatsApp. Durante 2019, Ignacio Montano le mandaba mensajes coqueteándole: “Cosita más linda, pololea conmigo, te amo”, son algunos de los textos que quedaron archivados en pantallazos. La futbolista cuenta que no respondió esos mensajes y como no lo hacía, Ignacio Montano la llamaba. Pérez detalla que en 2020, en plena pandemia, Ignacio Montano la engañó, le inventó que su teléfono estaba malo y logró que ella le enviara su ubicación. Tras esa conversación, a Carla Pérez le llegó comida de regalo a través de servicios de entrega a domicilio en tres ocasiones. Ella le dijo que no lo debía hacer, que le resultaba incómodo. Cuenta que “cada vez era más degenerado con los mensajes” y sostiene que Montano le

envió videos y fotos de su pene con textos como “mira como estoy por ti”. La futbolista dice que borró de inmediato el contenido multimedia.

En enero de 2019 Tonka Diocares tenía 16 años y se incorporó a la sub 17 de Palestino. A la semana se lesionó el tobillo y debió atenderse con Ignacio Montano. Era un esguince. Debió asistir a kinesiología casi todos los días. Tras una semana compartiendo con Ignacio Montano, Tonka relata que él le empezó a hablar por Instagram. “En menos de un mes, él ya era una persona súper confianzuda. Me decía que me conocía de pies a cabeza”, relata Tonka. Agrega que por redes sociales le hablaba con garabatos y un lenguaje que no correspondía a la relación que tenían.

Tonka Diocares explica que, luego de sanar su tobillo, solía ir a kinesiología después de los entrenamientos porque le dolía la zona inguinal. En una de las sesiones Ignacio Montano le dijo: “Tonka si no se te pasa lo del tendón (en la ingle), voy a tener que introducir mis dedos en tu vagina y descontracturar por dentro, porque desde ahí comienza la lesión”. La joven dice que quedó paralizada. Ignacio Montano le planteó que, si había que hacer eso, ella debía firmar un papel de consentimiento porque era menor de edad. Verónica Aliaga, miembro del directorio nacional del Colegio de Kinesiólogos, afirma que según la ley 20.584, que regula la atención en salud, “el consentimiento puede ser otorgado solo por mayores de 18 años”. Agrega que, de no ser así, “se está incurriendo en una ilegalidad”.

Verónica Aliaga indica que el tratamiento que describía Montano existe, pero dice que “son diagnósticos muy específicos de naturaleza ginecológica-obstétrica u oncológica y no corresponden a mujeres jóvenes, deportistas y sanas”.

Tonka cuenta que dejó de asistir por una semana a kinesiología, a pesar de los dolores, pero quería evitar que Ignacio Montano hiciera lo que le había dicho. También decidió cambiar su actitud con él, ser más distante. Pero él insistió con mensajes por redes sociales. Tonka rescató pantallazos de las conversaciones que tuvo con Ignacio Montano por Instagram.

—Que toy enamorao —escribió Montano

—¿De quién estás enamorado? —respondió Tonka.

—De tus ojos y de tu corazón.

Las reacciones de Montano a las historias de Instagram de Tonka Diocares eran constantes: generalmente emoticones de risa o con corazones en los ojos. El 21 de marzo de 2019, Tonka publicó una foto con su hermano menor. Ignacio Montano respondió: “Me siento engañado”, con emoticones de corazones rotos.

La jugadora relata que el comentario la dejó aterrorizada y que a partir de ese momento intentó ir siempre acompañada a las sesiones de kinesiología. Agrega que, a pesar de tener una actitud distante, trataba de no ser pesada para poder mantener sus sesiones. Pero la incomodidad era constante: “Aunque te lesionaras el dedo chico del pie, Ignacio igual te terminaba sobando el calzón”, detalla.

Sofía Sáez ingresó a Unión Española en enero de 2019, con 17 años. En el segundo semestre de ese año, tuvo una tendinitis en la rodilla. Cuenta que coincidió que Ignacio Montano se comunicó con ella por Instagram para ofrecerle sesiones gratis de kinesiología a cambio de promoción de sus servicios por redes sociales. “Lo pensé, pero me dio confianza que era el kinesiólogo de Palestino, un club respetado”, dice Sofía Sáez. Aceptó.

Montano le pidió su número de celular para coordinar las sesiones que serían en su departamento. Ella se lo dio. Previo a la primera reunión, él le habló por WhatsApp y le pidió fotos en ropa interior para evaluar postura, cadera y abdomen. Sofía cuenta que le envió fotos de frente, de lado y de espalda, y luego él le dijo: “¿Puedes buscar ropa más chica para ver mejor los huesos de la cadera?”. Ella relata que no quería hacerlo, pero tras las insistencias le envió una foto. Ignacio Montano le dijo que la podía ayudar a mejorar su físico, porque él sabía que Sáez iba a jugar en la selección adulta el próximo año.

Para la primera sesión, Sofía le pidió a su mamá que la acompañara hasta el departamento de Ignacio Montano. “Conversaron, fue muy amable y utilizó lenguaje profesional todo el tiempo”, cuenta Sofía. Agrega que su madre se fue porque debía hacer trámites: “La primera sesión me evaluó y todo fue normal”.

La segunda, dice, le resultó incómoda. “Me tocó mis partes íntimas varias veces y justificaba que era propio del tratamiento”, detalla. La futbolista confió en su profesionalismo, pero le pareció extraño que Montano le pidiera que se quitara el peto deportivo para utilizar ventosas en su torso. Luego, para los siguientes ejercicios, no dejó que se vistiera y Sofía relata que debió realizarlos con sus pechos al descubierto mientras el kinesiólogo la observaba.

Sofía Sáez tuvo tres sesiones en el departamento de Montano. “Dejé de ir porque me sentía incómoda”, cuenta. El contacto siguió, pero solo por WhatsApp. Ella dice que aprovechaba que la atención era gratuita y le hacía consultas. La jugadora indica que intentó tener siempre una relación profesional con Ignacio Montano, pero él solía responder sus historias de Instagram: “Me decía ‘linda Sofi’ y a veces usaba garabatos que no correspondían de un profesional”, cuenta.

En uno de los mensajes, el kinesiólogo le pidió nuevas fotos semidesnuda. Sofía recuerda: “Me dijo que él ya me había visto entera así que no debía darme vergüenza”. Las jugadoras Carla Pérez y Tonka Diocares aseguran que vivieron la misma situación: Ignacio Montano les escribió para pedirles fotos, insistiendo que fuesen con ropa interior pequeña. Les dijo que era un trabajo para la universidad. Carla y Tonka le enviaron imágenes porque él les compartió las de otras mujeres que lo habían hecho y eso les dio confianza. Montano les aseguro que luego de usarlas, las borraba. Con el tiempo ellas se dieron cuenta de que las fotos que les enviaba como referencias eran de sus mismas compañeras.

La última vez que Sofía Sáez conversó con Ignacio Montano fue a principios de abril pasado, cuando ella le pidió ayuda por dolores en la rodilla. Él le mandó una pauta de ejercicios, pero “fue muy confianzudo para hablar”, explica Sáez. Cuenta que, debido a su actitud y al uso de garabatos, no le respondió más.

Camila Domínguez, atleta del Club Atlético Francés y enfermera de 25 años, conoció a Ignacio Montano en octubre de 2019. “Me acuerdo de todo y me da rabia”, dice. Él la buscó por Instagram y le escribió para ofrecerle ayuda kinesiológica. A ella le pareció una persona profesional y aceptó. La consulta fue en su departamento, donde él le dijo que solía atender.

Ignacio Montano siempre le habló en términos muy técnicos. “Se notaba que tenía conocimientos, pero ahí empieza a engañar”, relata Camila Domínguez. Al comenzar la consulta él le pidió tomarle unas fotos para ir registrando el avance del tratamiento, ella accedió. Pero él fue más allá y le pidió que se sacara las calzas, quedando solo en calzones. Todo seguía pareciendo profesional, por eso ella confió.

Después le pidió que se recostara en la camilla para aplicar ventosas. Ignacio Montano le dijo que para hacer el tratamiento tenía que sacarse el peto. Ahí, cuenta ella, comenzó a incomodarse. Además, le pidió que hiciera ejercicios semidesnuda. “Quedé sin nada y me pidió que hiciera unos ejercicios, en ciertas

posiciones. Me causó extrañeza”, cuenta Camila Domínguez.

Ignacio Montano le dijo que trabajarían la zona pélvica: “Me dijo que me iba a enseñar unos trabajos en esa área, todo con lenguaje técnico, y ahí me tocó mis partes íntimas”, recuerda Camila Domínguez. Él le explicó que debía hacerlos ella con sus dedos, pero que él se lo mostraría primero. Camila Domínguez quedó shockeada. Nunca más volvió a hablar con Ignacio Montano. “Él me buscó, me decía ‘bebé’, ‘mi amor’”, relata Camila Domínguez.

Los primeros días de julio de este año Tonka Diocares estaba en su casa conversando por videollamada con una compañera de equipo. Mientras hablaban, cuenta, recibió un mensaje de Ignacio Montano y ella dijo en voz alta: “Ya está hueveando este huevón”. Su amiga le preguntó quién era. “Empezamos a pelarlo”, dice Tonka. La compañera le contó su experiencia y agregó que Emilia Pastrián vivió una situación similar con Ignacio Montano.

El 4 de julio, Tonka Diocares visitó a Carla Pérez y comentaron sobre el kinesiólogo. Tonka le propuso que hablaran con la amiga con la que había conversado días antes, “porque a ella también le pasaron cosas, como a nosotras”. Inmediatamente, crearon un grupo de WhatsApp entre las tres y agregaron una futbolista de Universidad Católica y amiga de Carla Pérez, que también asegura que vivió acoso de Ignacio Montano.

El grupo lo llamaron “Funa”. Tonka Diocares aclara que el nombre se lo pusieron en tono divertido, sin tener la intención de denunciar a futuro en redes sociales. Una de las jugadoras propuso agregar a Emilia Pastrián y lo hicieron esa misma noche. Tonka Diocares cuenta que fue Pastrián la que dijo que debían contarle a Claudio Quintiliani, entonces jefe de la rama femenina de Palestino.

El 6 de julio Emilia Pastrián le pidió a María José Urrutia, jugadora adulta del club, que le contara a Quintiliani las acusaciones. El director técnico asegura que, una vez advertido, llamó a Ignacio Montano para encararlo y despedirlo. Horas más tarde, Emilia Pastrián publicó la denuncia en su Instagram. En la publicación se compartieron conversaciones de las cinco futbolistas del grupo de WhatsApp. Pero varios testimonios se agregaron después.

“Quedé impresionada cuando tantas niñas empezaron a compartir sus conversaciones con Ignacio, porque era como si él copiara y pegara los mensajes”, comenta Tonka Diócares.

El grupo “Funa” comenzó a crecer. Tras la publicación de Pastrián, tres jugadoras publicaron en sus cuentas de Instagram denuncias contra Ignacio Montano: Sofía Sáez (Unión Española); Natalia Paredes (fútbol sala de Coquimbo Unido) y Paz Espinosa (Palestino). Ninguna de las tres se conocía. Tonka Diocares explica que la acusación de Pastrián generó que muchas mujeres le comentaran en privado que también habían sufrido acoso y abuso sexual de parte de Ignacio Montano. Las fundadoras de “Funa” decidieron ir uniéndolas al grupo.

Hasta agosto pasado “Funa” tenía 18 integrantes, 16 se declaran víctimas de Ignacio Montano. Todos los testimonios de este reportaje son de deportistas que forman parte de ese grupo. Las dos restantes son Javiera Moreno y Paloma Bermúdez, fundadoras de la Asociación Nacional de Jugadoras de Fútbol Femenino (ANJUFF). La entidad gremial se contactó inmediatamente con las denunciantes, luego de la publicación en redes sociales, para brindarles apoyo psicológico y jurídico. El Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género (Sernameg) también les ofreció ayuda y con la ANJUFF realizaron una denuncia al Ministerio Público.

“Desde que conocimos todos los testimonios de las niñas, a mí no me gusta estar sola en mi casa. Me paso el rollo que Ignacio pueda aparecer y me haga algo. Todas las chiquillas piensan lo mismo porque prácticamente tiene las direcciones de todas”, afirma Tonka Diocares.

Ignacio Montano fue contactado para este reportaje, pero no quiso participar.

PARTE II

Ex DT de la Roja femenina condenado por violación de menor siguió trabajando en una escuela de fútbol de la UC

En 2009, Sergio Rojas Loyola fue condenado a siete años de presidio por violación de menor. Cumplió cinco años y siete meses. Aunque se le prohibió trabajar con menores durante diez años tras cumplir la pena, se hizo cargo de niños y niñas de 14 a 16 años en una escuela filial de la UC en Maipú. En el juicio se presentaron dos testimonios de abusos de exalumnas de un colegio donde hizo clases en los años 90. Él reconoce que ha tenido relaciones con menores. En la UC aseguran que no conocían sus antecedentes.

Desde 2016 la Escuela Filial de Universidad Católica en Santa Ana de Chena (Maipú), para niñas y niños, contó con Sergio Rojas Loyola (65) como entrenador de la categoría 14 a 16 años. Rojas es exjugador de fútbol y exdirector técnico de la Selección de Fútbol Femenino de 1994, la segunda en la historia de Chile. "Siempre ha sido muy respetuoso de todos, de los niños y de los papás", describe un apoderado de la escuela. "Llama la atención que esté trabajando ahí con la capacidad profesional que tiene", comenta otro. Lo que ellos no saben es que Rojas fue condenado por violar a una menor de edad y asumió en la filial de la UC aunque tenía prohibido trabajar con niños.

Sergio Rojas volvió a Chile en 1989 con 34 años, luego de haber jugado en Argentina, Italia, Inglaterra y Suiza. Al llegar instaló una fuente de soda en calle Chile España (Ñuñoa). A pocas cuadras vivía una niña de 13 años que caminaba frente al local en su recorrido al colegio. Según lo que relata él, fue con un par de piropos y comentarios al pasar, que comenzaron a conversar. De a poco establecieron una relación amorosa, pese a la enorme diferencia de edad. Para Rojas eso nunca fue un impedimento: "Salí con 200 menores de edad", afirma.

En 1990 fue contactado para hacerse cargo de la Escuela de Universidad de Chile en La Reina y luego del equipo de mujeres del mismo club. Ese año la Asociación Nacional de Fútbol Amateur de Chile (ANFA) decidió comenzar con un proyecto: la primera Selección Nacional de Fútbol Femenino. Un fútbol entonces desconocido por la mayoría, poco respetado y tampoco valorado. Para

los hombres de la época solo era atractivo por el “cambio de camisetas”, recuerda Ada Cruz, delantera de la primera selección.

Mientras Sergio Rojas se instalaba como director técnico, su relación con la niña de 13 años se fue estableciendo. “Yo sé que la cosa no es muy racional, muy equilibrada, pero son cosas que se dan”, dice Rojas, respecto a la diferencia de 19 años. “Son cosas que pone la sociedad. Yo le gusto, ella me gusta, está bien”, dice.

Ella no alcanzaba los 16 años cuando lo acompañaba a los entrenamientos en La Reina y luego a Quilín, cuando lo eligieron como técnico de la selección. Las jugadoras la recuerdan. Al rato formalizaron y oficialmente la presentó como “su mujer”.

Paralelamente a su trabajo como director técnico, Sergio Rojas hizo clases de educación física entre 1992 y 1995 en el Colegio Terra Nova de La Reina, donde asistían sus dos hijos mayores. Su salida se debió a una acusación por abuso y acoso sexual a una alumna de octavo básico. La menor nunca quiso hacer la denuncia formal, pero sí informó a las autoridades del colegio, las que desvincularon a Rojas.

“Yo no lo eché, él se echó solo”, recuerda Raimundo Ramos, director del Colegio Terranova en esos años. Ramos explica que Rojas nunca tuvo problemas dentro del colegio, era después del horario escolar que él establecía relación con las alumnas. “Les ofrecía el oro y el moro, como hacen todos los pedófilos”, dice.

En 1994, la ANFA recibió una invitación para participar en el torneo internacional Jayalalitha Cup en Madrás, India. El equipo quedó en manos de Sergio Rojas, que a la vez seguía a cargo de la Escuela filial de Universidad de Chile en La Reina. El que también dirigió, como una suerte de asesor técnico, fue Carlos Encinas González. También era parte del equipo técnico de Universidad de Chile femenino y por ende conocía a muchas de las seleccionadas. A pesar de que Sergio Rojas dice haber sido escogido por Miguel Nasur, en ese entonces presidente de la ANFA, Encinas se adjudica su reclutamiento: “Yo lo elegí, a Miguel Nasur le gustó también”.

Carlos Encinas y las jugadoras nunca supieron de la diferencia de edad entre Sergio Rojas y su pareja. En ese entonces ella recién tenía 18 años. Cuando se

les consultó si estaban al tanto de que la mujer que él llamaba su señora era menor de edad, las exseleccionadas se mostraron sorprendidas. Carlos Encinas lo pone en duda: “¿13 años? No, era una mujer”, dice.

Cuando seleccionó al equipo que fue al campeonato en India, Rojas tenía el criterio claro. No solamente tomó en cuenta el talento y la habilidad de las jugadoras, sino también el físico. “Tenía su prototipo de jugadora, monstruos en la cancha. Y las prototipo de jugadoras para la foto, las guapas”, recuerda Juana Astudillo, exjugadora que no fue elegida para conformar el grupo en esa ocasión por su baja estatura y delgadez. Años después Astudillo llegó a ser capitana de la selección.

El equipo tuvo un gran rendimiento en India, donde jugó con Hungría, Uzbekistán, Rusia y la selección local. “Regresamos con un tercer lugar. Muchas entrevistas, nos invitaron a programas y cocktails. Tuvimos harta difusión”, comenta Ada Cruz, destacada jugadora.

Las seleccionadas recuerdan la forma en que Rojas daba charlas y hablaba del nuevo proyecto que armaría en la selección. Frases inadecuadas y algunas acciones no hacían sentir cómodas a todas. “Tenía un comportamiento que no debiese ser el de un líder de una selección deportiva”, declara Alexandra Benado, exseleccionada nacional. “Mucha cercanía, mucha conversa”, agrega.

Él mismo recuerda que cuando asumió el puesto sus cercanos bromeaban. “Todos me echaban tallas: pusieron al zorro cuidando a las gallinas, decían”.

“Él tenía una personalidad bien coqueta, le gustaba conversar harto, era cariñoso”, agrega Ivonne Lobos.

En la actualidad Rojas se sigue jactando de su fama de galán. “Tenía una increíble fama con las mujeres. Yo tenía mi facha”, afirma. Y asegura que nunca tuvo relaciones con jugadoras que entrenó, menos con las seleccionadas. Según cuenta, jamás ha estado con mujeres que no cumplan un estándar físico tipo “modelo”. Y pone como ejemplo a su segunda pareja: “Si yo tengo de esposa a la reina del sector 5 de Reñaca, a la que le ganó el concurso a las hermanas Parsons, ¿Puedo acostarme con (menciona a una seleccionada) o la (nombra a otra)? No po’, es irracional. No tiene comparación”.

En junio de 2008 se ingresó una denuncia contra Sergio Rojas por violación a una menor de la familia. Rojas recuerda el día de la formalización: “Me presenté

con pantalón blanco y chaqueta piel de camello Zara, una polera en V y zapatos con punta, pensando que era un trámite más". Pero el juez dictó prisión preventiva.

En el juicio hubo dos testimonios claves desde el pasado del entrenador: exalumnas del colegio Terra Nova de La Reina. Entre ellas la mujer que en 1995 lo había denunciado a las autoridades del establecimiento. La testigo no llegó por casualidad al caso, fue la hija mayor de Sergio Rojas quien la llevó para testificar en contra de su papá. Se conocían del colegio, pero la hija de Rojas se enteró de este episodio en medio del proceso. No ha vuelto a tener contacto con él.

Otra testigo dijo que él la llevó a un parque e intentó abusar de ella. Él no niega lo que ocurrió. Cree que llamó la atención de las jugadoras por el auto que tenía y su físico. "Me decían: Checho regálame una minifalda. Y yo les decía: ya, pero te la quiero ver puesta, vamos al Parque Intercomunal. Ahí atraqué con ella", relata Sergio Rojas.

Otra prueba fue la carta que le envió el acusado a la madre de la menor, mientras estaba en prisión preventiva. En ella pedía que lo disculpara por un "error de segundos". Fue presentada en el juicio.

La sentencia fue clara: culpable de violación en grado consumado. Sergio Rojas Loyola fue condenado a siete años de prisión efectiva el 6 de febrero de 2009. Además se le dictó una medida accesoria: inhabilidad de diez años para trabajar con menores una vez cumplida la pena. Al día de hoy, según el Registro Civil, Sergio Rojas sigue inhabilitado para trabajar con niñas y niños.

Por buena conducta, cumplió cinco años y siete meses. Los registros muestran que en septiembre de 2014 salió en libertad.

Hasta hoy piensa que lo que le hicieron fue una "maldad". Afirma su inocencia férreamente. Dice que cuando salió de la cárcel encaró a la madre de la menor. "Le dije: mira, te voy a decir una pura cosa la reconcha de tu madre, yo te iba a matar a voh' y ¿sabes quién te salvó? Dios. Dios no quiere que me pase para el lado de los malos", relata.

Sergio Rojas está seguro que esto truncó su carrera como entrenador. "Yo como técnico tendría que estar en la Selección Chilena nuevamente o en un gran club", asegura.

Cuando salió, decidió volver a trabajar en lo mismo, ignorando la sentencia vigente que le prohibía trabajar con menores. Él asegura que "lo taparon en pegas" en distintas escuelas de fútbol. Según cuenta, lo primero que hizo fue recurrir a Miguel Nasur para pedirle algo de plata para comprarse un auto y empezar a rehacer su vida.

A finales de 2015 contactó a Fernando Astudillo, exjugador de Universidad Católica y coordinador de varias escuelas filiales de ese club. Eran viejos conocidos. Rojas le había dado trabajo a Astudillo como entrenador en los años 90, en la Escuela de Universidad de Chile en La Reina. Le tocaba a Astudillo devolverle la mano.

Según Astudillo, se enteró después sobre la condena que cumplió Sergio Rojas. Dice que por muchos años "le perdió la pista". Astudillo aceptó trabajar con él porque lo consideró inocente al escuchar la versión de Rojas. Lo que cuenta es lo mismo que relata el exentrenador de la selección femenina. Afirma que lo contrató para que dirigiera equipos en las escuelas porque lo conocía hace tiempo y nunca habían tenido ningún problema. "Dije: bueno, lo voy a tener en la mira", explica.

Sobre los papeles para hacer el contrato y formalizar el trabajo, Astudillo dice que desde el club Universidad Católica solo le piden el currículum y no un certificado de antecedentes. "Los técnicos nos conocemos casi todos", justifica.

Desde 2016 Sergio Rojas estuvo a cargo de niños y niñas de 14 a 16 años en la sede de la UC en Santa Ana de Chena. En agosto pasado se consultó a un funcionario de Universidad Católica sobre esta situación y afirmó que no estaban enterados (*). Los papás de la escuela se muestran sorprendidos al preguntarles acerca de la inhabilidad de Sergio Rojas: "Me toma por sorpresa", dice uno de ellos, quien tiene cuatro años como apoderado. "Nunca he visto nada, ningún tipo de esbozo de algo, nada", agrega.

Rojas señala que no cree en la justicia chilena, que volvió a trabajar con menores porque quiso "pasar por encima de las reglas" y que todo le da lo mismo. ¿Si es que ha pensado trabajar con mayores de edad para no tener problemas con la ley? Dice que no.

El 4 de octubre de 2018, el periodista Rodrigo Retamal lanzó su libro "La batalla de las pioneras", la historia de la primera selección femenina. En una de las sillas

del parque de Providencia llegó, para sorpresa de muchas, Sergio Rojas Loyola, quien no fue oficialmente invitado. La última vez que las exfutbolistas supieron de él, a través de rumores, era que había estado preso por casi seis años.

Llegó por invitación de Ada Cruz, figura y goleadora de la Roja femenina. Vestido con corbata, y chaqueta y pantalón en tonos claros, se acercó a Retamal antes que empezara el evento y le preguntó si su libro incluía la "hazaña" en la India, cómo él la llama. Pidió la palabra en la ronda de preguntas para hablar de su increíble trabajo, como él lo describe, con el equipo del 94. Cuando terminó la presentación, algunas jugadoras conversaron entre ellas. La presencia de Rojas las incomodó. "¿Y tú no me vai a saludar?", recuerdan algunas asistentes que les dijo a las que prefirieron no hablarle después de enterarse de los motivos de su condena.

PARTE III

Un intento de suicidio en Unión Española: jugadora sub 17 fue acosada por un funcionario del club

Guissel Carrasco se integró a la sub 17 de Unión Española en 2019. Pero su sueño de ser futbolista se hizo pedazos. No quiso seguir jugando y cayó en una depresión que desembocó en un intento de suicidio. Los mensajes grabados en su teléfono indican que fue acosada por Branko Zitkovich, entonces coordinador del Fútbol Formativo del club. Esos pantallazos fueron prueba suficiente para que el gerente de Unión Española lo despidiera de inmediato. Pero los padres de la adolescente dicen que no fueron alertados por el club, por lo que la falta de contención oportuna habría agravado su estado emocional.

Unión Española cerró su rama femenina en 2015 por problemas económicos, pero tres años después se vio obligada a rearmarla debido a una nueva regla de la Conmebol: todos los clubes que quisieran jugar un torneo internacional tenían que tener el equipo de mujeres activo. La Unión, entonces, suscribió un convenio con la Corporación de Deportes de Cerro Navia que le entregó un espacio donde entrenar, camarines y una parte del cuerpo técnico, mientras que el club puso el nombre, la vestimenta, materiales para los entrenamientos y el resto del cuerpo técnico.

Branko Zitkovich, de 29 años, recién había terminado de estudiar Administración de Empresas en el Duoc UC cuando entró a Unión Española en noviembre de 2018. Lo hizo como coordinador del Fútbol Formativo y en 2019 incluyó en sus funciones la rama femenina en las categorías sub 17 y adulta. Este fue su primer trabajo relacionado con el deporte, anteriormente había sido cajero en un banco y tuvo un cargo de administración en una empresa de servicio al cliente.

El 5 de enero de 2019 se realizaron pruebas masivas para el equipo femenino. Entre las decenas de mujeres que asistieron estaba Guissel Carrasco. Participó de los entrenamientos durante todo el verano para lograr el primer paso hacia su sueño: llegar a la selección chilena. El 22 de enero, el día que cumplió 17 años, le informaron que había pasado la primera prueba y a fines de febrero fue

formalmente admitida en la categoría sub 17 del club.

Su mamá, Marilyn Pizarro, cuenta que toda la familia viajó a Quillota para apoyarla en su primer partido oficial. “La alegría de mi hija antes y después de cada entrenamiento era mucha”, dice.

El domingo 25 de marzo, tras un partido, Guissel Carrasco volvió muy cansada a su casa. Tenía dolor de cabeza y se olvidó, en la cancha, de avisar al cuerpo técnico que ese día no asistiría al estadio a apoyar a sus pares hombres, como acostumbraban. Le escribió a su director técnico, Cristóbal López para excusarse.

Guissel logró recuperar algunos pantallazos de su celular y en ellos se lee que a las 00:45 de la madrugada, ya era el lunes 26, recibió un mensaje de Whatsapp: “Hola. Cómo está??”. El número no estaba registrado, pero ella se dio cuenta que era Branko Zitkovich, coordinador del club. Hasta ese día solamente habían compartido mensajes por un grupo que tenía el equipo con su cuerpo técnico. Guissel Carrasco pensó que Zitkovich le escribía por su inasistencia al partido de hombres y sintió que debía justificarse: le respondió que luego del entrenamiento no se sintió bien, que tuvo que ir al médico donde la pincharon y que ahora estaba mejor.

La jugadora creyó que la conversación llegaría hasta ahí, pero continuó hasta las 2:41. Branko Zitkovich le preguntó en que curso estaba, el liceo en que estudiaba, la comuna donde vivía y cómo se componía su familia. “Creí que a todas mis compañeras les hacía las mismas preguntas y por eso se las respondí. Como él era el encargado de esas cosas, pensé que era rutinario”, explica. Pero cuenta que empezó a sentir extrañeza cuando Zitkovich preguntó sobre sus gustos, pasatiempos y cosas más íntimas. “Pensaba que si no le respondía, él podía sacarme del equipo. Por eso le respondí las preguntas”, afirma.

Además, recuerda que él le insistía en que debía responderle porque necesitaba saber de ella. Branko Zitkovich se despidió esa madrugada y le dijo: “Sueña con una locura. Si la sueñas me la cuentas”. Guissel ya estaba dormida.

El lunes 26 de marzo Guissel Carrasco entraba temprano al liceo y a las 7:57 recibió un nuevo mensaje, un saludo de Branko Zitkovich. Ella le respondió horas después. El cuestionario continuó: le preguntó si estaba pololeando. “Me dio la sensación que él buscaba algo más. Me asusté mucho”, relata.

La joven cuenta que sin que ella hubiese preguntado, Branko Zitkovich le contó de su vida privada y sus fracasos amorosos. Le insistió con que a él le gustaba la locura y le preguntó a ella si le entretenía ser loca en otros sentidos. “Sus preguntas me hacían sentir súper incómoda y yo no tenía ganas de seguir hablando”, aclara Guissel Carrasco. “Por miedo a perder mi puesto en Unión Española, le seguí respondiendo”.

La rama femenina entrenaba tres veces a la semana en Cerro Navia. Cynthia Marambio, arquera del equipo adulto, comenta que nunca había visto un coordinador que visitara tanto los entrenamientos. “De los tres días, Branko iba a uno por lo menos”, detalla. Su compañera Nicole Tobar concuerda: “Pasaba muy metido en los entrenamientos y entre las jugadoras nos preguntábamos por qué”.

Un martes, a principios de abril, Guissel Carrasco estaba en el recinto deportivo de Cerro Navia y se cruzó con Branko Zitkovich. Ella cuenta que se saludaron amablemente y que siguió su camino hacia la cancha. Ese misma tarde él insistió con los mensajes. Según recuerda la joven, Branko Zitkovich le escribió: “¿Te gustaría escaparte conmigo?”. Luego le detalló que le gustaban las mujeres menores y que a ella la encontraba hermosa. “Me dio terror. Cambió totalmente el tono”, comenta.

Los mensajes eran constantes. Los pantallazos muestran que a las 18:07 Branko Zitkovich no tuvo respuesta e insistió a las 19:03:

—Cómo va el estudio??

Tampoco fue respondido. A las 23:03 sonó el teléfono nuevamente:

—Hola. Cómo estás. ¿Cómo estuvo tu día? —escribió Zitkovich.

Guissel le respondió y la conversación continuó.

—Yo igual soy muy de piel. Doy mucho cariño. Me excedo jajaja —comentó Branko Zitkovich a la 1:52 de la madrugada.

—Yo también… soy muy mamona no solo con mi familia si no con mi chico y mis amigos —respondió Guissel.

—¿Qué es lo que más te prende? —preguntó Branko Zitkovich.

—¿A qué te refieres? —respondió la futbolista.

—Lo que más te activa —dijo él.

En ese minuto, a las 2:01 Branko Zitkovich la llamó por videollamada pero ella le cortó.

Un jueves, a mediados de abril, día de entrenamiento, Guissel Carrasco se acercó a dos compañeras del equipo, entre ellas Anaís Novoa, para preguntarle si Branko Zitkovich les había hablado alguna vez en privado por WhatsApp. Ambas dijeron que no. Entonces siguió conversando con Anaís Novoa, porque le tenía más confianza. Le contó lo que le estaba pasando con Branko Zitkovich. La compañera le aconsejó que le dijera a alguien del cuerpo técnico.

Antes del entrenamiento, Guissel Carrasco quiso ir al baño y una compañera le pidió que le llenara su botella con agua. Al salir del baño la jugadora se encontró con Branko Zitkovich de frente. "Me asusté", dice, y explica que bajó la mirada de inmediato, pasó por el lado y siguió su camino. "Pero Branko me siguió, me agarró el brazo, me giré y quedé mirándolo. Me preguntó cómo estaba y le respondí", relata. Decidió continuar su camino, pero "Branko me tomó por la espalda, se me acercó al oído y me preguntó: ¿Quieres hacer cosas locas conmigo?". Ella dice que quedó paralizada. Cuenta que se le resbaló la botella con agua y que comenzó a llorar. En ese momento personas que se encontraban alrededor comenzaron a mirar, Branko Zitkovich la soltó y para no llamar la atención, le dijo: "tranquila, todo va a pasar". Guissel cuenta que agarró la botella y corrió a la cancha.

Nadie se dio cuenta de lo que había ocurrido. Guissel Carrasco dice que se secó las lágrimas para evitar preguntas. "No pude entrenar bien. Tenía mucho miedo, Branko estaba mirando a todas las niñas", explica. En medio de la práctica se alejó de sus compañeras. Anaís Novoa se acercó y le preguntó qué le pasaba. No logró ocultarlo. Le contó lo que había sucedido.

Anaís Novoa la impulsó para que le contara a alguien del equipo técnico. "Siempre pensé que Branko tenía más poder que yo y me daba mucho temor que no me creyeran", explica Guissel Carrasco. Pero la futbolista decidió hablar. Se acercó a Ignacio Cancino, preparador físico y le mostró los mensajes que le había mandado Branko Zitkovich. Cancino le dijo que hablara con Liliana Díaz, la paramédica del equipo. "Como ella era mujer, me podía entender mejor", fue

el argumento que le dio el preparador físico, recuerda la joven.

Según Guissel Carrasco, contarle a Liliana Díaz fue una muy mala decisión. La jugadora recuerda que la paramédica le dijo que no le contara a su mamá ni a sus compañeras porque ella lo iba a solucionar. Liliana Díaz hizo que Guissel le tomara fotos a las conversaciones con Branko Zitkovich y que se las enviara a su celular. “Después me dijo que borre las fotos, también las conversaciones con Branko y que bloquee su número. Confié y le hice caso”, cuenta.

Liliana Díaz niega haberle dicho a Guissel Carrasco que eliminara los registros. Luego cuenta que se dirigió a Elian Rosales, jefe técnico de la rama femenina y director técnico de la categoría adulta, y que mientras le mostraba las fotos le dijo: “Hay un problema muy serio y necesito resolverlo ahora. Branko se mandó este condoro”. Elian Rosales recuerda que le pidió que le enviara las pruebas, porque a la mañana siguiente iba al club. “Recibí la información en la noche y a la mañana ya estaba reunido con el gerente”, detalla Elian Rosales.

Ese jueves la jugadora terminó la práctica entre las 20:00 y 20:30. Recuerda que salió entre las primeras futbolistas que

abandonaron el recinto. Su padre solía estar esperándola, pero esa noche se demoró. Al salir, se encontró con Branko Zitkovich. Ella cuenta que él la tomó fuerte del brazo y le dijo: “No seas sapa. Sé todo de ti, dónde estudias y dónde vives. Te voy a ir a buscar por lo que me estás haciendo”. Guissel dice que se puso a llorar, que estaba asustada y que le pidió reiteradamente que la soltara. Relata que él dijo que la dejaría ir solo si ella le aseguraba que no diría nada más. En ese momento, cuenta, otras jugadoras comenzaron a salir del estadio y Zitkovich se fue.

Guissel Carrasco recuerda que estaba muy asustada. Le habían recomendado no decirle a nadie y la angustia, dice, se acumulaba. Esa noche recibió el último mensaje de Zitkovich. Como lo había bloqueado, él le insistió por mensajes de texto. La conversación quedó archivada en un pantallazo.

—Oye no te enojes, solo quise ser buena onda, que estés bien un abrazo nos estamos viendo— escribió Zitkovich a las 23:40.

—Por favor déjame tranquila… yo solo quiero cumplir mis sueños no te interpongas en ellos —le respondió.

Guissel Carrasco cuenta que lloró toda la noche.

La denuncia contra el coordinador avanzó en Unión Española. Elian Rosales le mostró las pruebas a Luis Baquedano, gerente general del club. Branko Zitkovich fue despedido de inmediato.

Después de contarlo en el club, durante una semana Guissel se guardó el acoso ante su familia. Pero, como inventaba excusas para no ir a los entrebamientos y no salía de su habitación, su mamá empezó a sospechar. El 30 de abril la familia estaba sentada en la mesa. Marilyn Pizarro decidió conversar con su hija y le comentó que era raro que no quisiera ir a entrenar, que la notaba diferente. Le dijo: “No me digas que pasó algo con algún profe”. La cara colorada de Guissel Carrasco la delató. Decidió contar todo.

“Tuvieron a mi hija una semana aguantando todo sola, porque en el club le recomendaron que no me dijera nada”, reclama Marilyn Pizarro. El jueves 2 de mayo fue al estadio de Cerro Navia a encarar al director Elian Rosales. Entró sin permiso a la práctica, cruzó la cancha y lo enfrentó: “Sentí que me estaban esperando”, cuenta Marilyn Pizarro. Ella piensa que él tenía preparadas las respuestas: “El club lamenta lo ocurrido y no te preocupes, Branko fue despedido”, recuerda que fueron las palabras de Rosales.

Para la madre, el despido no era la solución para su hija, porque estaba sufriendo y su estado emocional se agravó con la semana en que enfrentó sola lo vivido.

Marilyn Pizarro recuerda que Elian Rosales le pidió que no le contara a nadie, porque no querían que las jugadoras se enteraran y deseaban mantener la situación bajo perfil. El DT Cristóbal López, que por esos mismos días fue cesado en su cargo por rendimiento, concuerda en que el club “no quería que saliera a la luz pública”.

Pero Marilyn Pizarro estimó que era relevante advertir a los apoderados y esa noche les escribió al grupo de WhatsApp que también integran los miembros del cuerpo técnico del equipo.

Luego de recibir la denuncia y desvincular a Zitkovich, la gerencia de Unión Española informó a Felipe Rivera, encargado del área social del club. Rivera revisó los mensajes de WhatsApp que, según relata, “no correspondían al horario laboral y el contenido no se vinculaba a una relación entre coordinador y jugadora”.

Felipe Rivera y un psicólogo externo reunieron los antecedentes y conversaron con Guissel Carrasco y su madre. Además, presentaron una denuncia al área de protección del Servicio Nacional del Menores (Sename) de la comuna donde reside la joven. “Nosotros no podemos entrar en profundidad, ni somos expertos. Lo que la ley dice es que recurramos a estas áreas proteccionales de la comuna y derivar el caso a ellos”, explica Felipe Rivera.

El funcionario de Unión Española dice que se contactó con la familia para explicarles que buscarían la mejor alternativa para derivar el caso de su hija y que le ofrecieron apoyo psicológico, pero que les informaron que Guissel ya estaba en terapia. Según Felipe Rivera, luego de informar al Sename de la comuna, él hizo seguimiento y Guissel Carrasco nunca asistió a las reuniones programadas. Marilyn Pizarro explica que jamás se enteró que el club se había comunicado con el Sename y que ellas no fueron contactadas por ese servicio.

Jugadoras de la sub 17 de Unión Española cuentan que el club citó a sus apoderados a una reunión y luego las convocaron a ellas para explicar el despido de su coordinador. Belén Politis, jugadora de esa categoría, cuenta que les explicaron que el coordinador fue despedido y que la compañera afectada no volvería. “También nos pidieron que no divulguemos el tema”, comenta.

La categoría adulta también tuvo una reunión, debido a que Branko Zitkovich era su coordinador. La capitana Andrea Cerda comenta que el club no tuvo buen manejo en general, por falta de experiencia, empatía y recursos.

La familia Carrasco Pizarro se contactó con el abogado Fernando Álvarez para analizar las opciones legales que tenían. El abogado se reunió dos veces con Luis Baquedano, gerente de Unión Española. El club entregó los papeles que pidió el abogado para una posible acción legal, la que nunca ocurrió porque “la expectativa de justicia de Guissel no podía cumplirse con las pruebas que teníamos”, explica Álvarez.

Luis Baquedano confirma las dos reuniones con el abogado y dice que hicieron todo lo que pudieron haber hecho como club. “Leí las conversaciones y despedí a Branko de inmediato”, afirma. Agrega que “Guissel no debió seguirle el juego a Branko y debió haber denunciado antes”. Al consultarle por las versiones que indican que hubo peticiones para mantener en reserva lo ocurrido, Luis Baquedano dice que el club nunca tuvo esa intención y aclara que desconocía que funcionarios de la institución hubiesen solicitado eso a Guissel Carrasco y su

familia.

Marilyn Pizarro dice que Branko Zitkovich frustró el sueño a su hija de jugar profesionalmente y aclara que las consecuencias las vive hasta hoy.

Una mañana de mediados de 2019, el padre de Guissel Carrasco la dejó en la puerta del liceo y siguió a su trabajo. Minutos después, profesores de la joven se comunicaron con Marilyn Pizarro para preguntarle por qué su hija no había asistido. Recién al mediodía, recuerda la madre, recibió una llamada de un número desconocido. Era una señora que dijo haber encontrado a Guissel Carrasco perdida. “Estaba en una avenida lejos de su liceo”, cuenta Marilyn Pizarro. Sin saber lo que hacía, Guissel Carrasco había caminado y no se acordaba de nada.

La adolescente iba a terapia de psicólogo y psiquiatra. Ambos coincidieron en el diagnóstico: depresión. “Tenía mucho miedo de cruzarme a Branko en alguna parte. Lo que sufrí fue muy fuerte para mí. No quería vivir más. Me quise suicidar dos veces”, cuenta Guissel. Su madre se estremece al recordar el día que escuchó llorar a su hija en su pieza con la puerta cerrada: “Decidí entrar y la encontré con los brazos cortados, llenos de sangre”.

Marilyn Pizarro debió renunciar a su trabajo como vendedora de ropa para acompañar a Guissel durante el día. A veces, cuenta, no podía dormir por la preocupación de que pasara algo con su hija en la noche.

Desde pequeña, Guissel fue fanática del fútbol. Siempre quiso ser parte de un club para llegar a la selección. Tras el acoso que sufrió, Guissel Carrasco no podía ver un balón. “Ese fue uno de los mayores daños, abandonó totalmente su interés por lo que más quería”, dice su mamá. Pasaron meses de terapia para que su hija pudiera ver una pelota nuevamente. Pero la joven es enfática y aclara que no quiere jugar fútbol profesionalmente.

Branko Zitkovich fue contactado para este reportaje, pero no quiso participar.

PARTE IV

Diez años de malos tratos para las futbolistas de Everton

Mario Vera es uno de los entrenadores más exitosos del fútbol femenino chileno. Al mando de Everton fue bicampeón nacional y finalista de la Libertadores. Pero su registro contrasta con el maltrato que denuncian algunas de sus dirigidas. Gritos destemplados en los camarines, insultos y comentarios homofóbicos son parte de los episodios que varias de ellas hoy se atreven a revelar. Tras zamarrear a una joven sub17, la asociación nacional de jugadoras le abrió una investigación. Everton solo lo cambió de puesto y lo dejó a cargo del fútbol joven.

En 2007 Mario Andrés Vera Bazáez de 29 años, junto a Antonio Bloise, entonces presidente de Everton, crearon la rama femenina del club. Mario Vera fue su director técnico y no solo eso, fue durante tres años el entrenador de fútbol femenino más exitoso de Chile.

Everton salió campeón en 2008 y 2009, mismo año en que participó de la primera edición de la Copa Chile. Llegó a la final y se enfrentó a Colo-Colo. Cuatro a dos fue el resultado a favor de la escuadra de Mario Vera. Everton fue el primer equipo chileno femenino en participar en la Copa Libertadores en 2009 y 2010. En 2009 logró el cuarto lugar y en 2010 perdió la final por uno a cero frente al Santos de Brasil.

Nicole Tobar llegó a Everton en 2009, tenía 18 años y fue su primer club profesional. Ella junto a cinco compañeras, que venían del Lago Rapel, vivieron con Mario Vera en una cabaña en Quilpué. Como eran jóvenes y el fútbol femenino no es profesionalizado, había jugadoras que no tenían dónde vivir. Nicole Tobar entró a Everton con la promesa de recibir $ 60 mil mensuales y que sus servicios básicos estarían cubiertos: comida, transporte y residencia. El compromiso era con Mario Vera, pero no todo se cumplió. El dinero pactado no llegó hasta su tercer mes en Everton y Nicole Tobar recuerda: “Muchas veces pasamos hambre, no teníamos dinero, tampoco había almacenes cerca de la casa, porque quedaba en un lugar retirado y Mario no siempre nos tenía comida para cocinar”.

Mario Vera explica que en esta época muchas jugadoras querían ir a jugar a Everton porque era el equipo campeón. Pero reconoce que “al fútbol femenino jamás le han dado la importancia que merece”. Entonces, dice, él trataba de ayudarlas. Mario Vera no vive del fútbol femenino, desde 1999 es dueño de una empresa de arriendo de maquinarias y ese es su principal ingreso. Según Vera, su mamá le daba la comida diaria a las jugadoras, pero Nicole Tobar lo desmiente y cuenta que “cuando Mario se olvidaba de abastecernos con comida y andaba apurado, nos dejaba en la casa de su madre antes de ir a entrenar y nos daba once. Porque sabía que ella siempre nos daría algo”.

Además de incumplir compromisos económicos, el maltrato como director técnico es lo primero que recuerdan las jugadoras al preguntarles por sus años en el club. Gloria Cantillana también entró a Everton en 2009. Ella era de Rancagua, se integró con 15 años al equipo sub 17 y se quedó hasta 2012 en una primera etapa. “La relación con Mario era mala. Yo no tenía a nadie que me fuera a defender, alguien que fuera a decir: Oye, ¿qué te pasa con mi hija? De repente una se equivocaba en un pase y te echaba del entrenamiento”, recuerda.

Mario Vera estaba a cargo de la rama femenina del club y era director técnico de la sub 17 y de la adulta. Sobre el trato, Gloria Cantillana es enfática: “Hacía lo que quería con nosotras en la sub 17, como sabía que nos gustaba tanto el fútbol, nos podía tratar mal y siempre estaríamos ahí”.

Nicole Tobar recuerda el partido contra Colo-Colo en 2009: “Era el entretiempo, íbamos perdiendo y nos fuimos al camarín. Mario Vera le preguntó gritando a una compañera: ¿Qué te pasa? Ella respondió que nada y trató de excusarse cuando Mario le dijo que se pusiera de pie, le puso la mano en el short y le gritó: ¡Mira, estás toda cagada! ¡Avísame cuando sepas jugar a la pelota!”. La protagonista de ese episodio, que prefirió no dar su nombre, confirmó lo ocurrido: “Me gritó que tenía un mojón en el short”.

Una compañera que fue testigo, agrega: “Me acuerdo que hizo que se parara, le tocó el poto y le gritó. Todas quedamos paralizadas y nadie se atrevió a decirle algo”. Mario Vera niega haber tocado a la futbolista. Según su versión, en la cancha debe sacarle los miedos a sus jugadoras, pero asegura que nunca usó esas palabras. Nicole Tobar reflexiona que en el equipo había mucha normalización de los comentarios y gritos de Mario Vera.

Constanza Villanueva jugó en Everton como refuerzo para la Copa Libertadores

de 2010 y en 2011, con 21 años, entró oficialmente al club. Se quedó hasta 2013 en una primera etapa. Ella coincide con Nicole Tobar y asegura que normalizaba el trato y lo trataba de justificar, pensando "Mario es así". Hoy está en su último año de pedagogía y reflexiona: "Ahora entiendo que ese no debiera ser el trato a un deportista y pienso ¿cómo aguanté tanto?".

"Para mí ha sido el DT que más me ha marcado. Me enseñó en la parte técnica súper bien, pero como persona, siempre falló", explica Gloria Cantillana. En los primeros cuatro años que ella estuvo en Everton, la actitud de Mario Vera no cambió: "Nos decía que éramos malas y que no servíamos para el fútbol". Agrega que ni su madre conoce todo lo que le tocó vivir en Everton en esos años: "Me gustaba tanto el fútbol que me la comí sola y me dejé pasar a llevar mucho". A Gloria Cantillana le afectó psicológicamente lo vivido con Vera. "Creo que hasta hoy me afecta, porque me cuesta creer en mis capacidades. Pienso constantemente la frase que Mario me decía sobre que no iba a lograr nada", detalla.

Verónica Riquelme jugó solo en 2013 por Everton y recuerda episodios donde le tocó ver gritos y comentarios hirientes a compañeras. "¡Sácate los pañales, estás toda cagada jugando! ¡Empieza a despertar!", son algunos de los gritos que recuerda Riquelme en su año con Mario Vera. El director técnico justifica que el dicho de los pañales se lo ha escuchado a 20 técnicos del fútbol femenino, explica que "es una expresión, no es una humillación" y que todo depende del contexto. Pero Javiera Moreno, vicepresidenta y jefa de Género y Desarrollo de la Asociación Nacional de Jugadoras de Fútbol Femenino (ANJUFF) es enfática:

"Es una frase inaceptable. Es un ataque directo y una humillación. Además traspasa el límite de lo que sí corresponde como frases de motivación para las jugadoras. Urge hacer un cambio cultural para erradicar ese tipo de frases".

Esos comentarios, dice Verónica Riquelme, generaban miedo en sus compañeras: "Las que eran débiles de mente cagaban. Mario se las comía. Pero las que éramos más fuertes, tratábamos de no pescarlo ni caer en su juego".

En 2013, Gloria Cantillana vivió un proceso de selección para representar a Chile en la categoría sub 20, equipo dirigido por Ronnie Radonich. Cuando asistió a entrenar, el seleccionador le dijo que la habían llamado dos veces antes y le preguntaron por qué no había asistido. "Quedé en blanco", dice la jugadora. Nunca supo de los dos llamados previos. Constanza Villanueva asegura que le

pasó lo mismo por lo menos una vez. Mario Vera se justifica y explica que "deben haber más de 100 llamados y dos se me pasaron… todas las demás fueron". Él reconoce que no le gustaba el manejo de Marta Tejedor, entrenadora de la selección entre 2007 y 2011, porque a su juicio armaba un grupo de amigas y no una selección. Pero las jugadoras no opinan lo mismo.

Cuenta Gloria Cantillana que a Mario Vera no le gustaba que fueran a la selección chilena y filtraba a las que podían asistir. "La selección es para ir a huevear, es para volverse lesbiana", recuerda Cantillana que eran las palabras de Mario Vera. Lo confirma Nicole Mariñelarena, actual jugadora de Everton. Mariñelarena y Sofía Rojas, quien también integra el plantel del club, cuentan que se burlaba de las seleccionadas en sus charlas de entrenamiento. Ambas recuerdan que se refirió a una jugadora (cuya identidad Ciper mantiene en reserva) como "mongólica".

Sofía Rojas llegó en 2014 con 15 años al equipo y tiene marcada una escena que vivió en el camarín. Fue en un entretiempo de un partido sub 17 contra Santiago Morning en la cuarta fecha del Torneo de Apertura de ese año. Jugaban en Viña del Mar y perdían por tres goles a cero. Entraron a los vestidores y Mario Vera estaba enfurecido: "Se descontroló y comenzó a pegarle a las paredes y a gritarnos cagonas", dice Sofía. A algunas jugadoras, agrega, les gritó directamente en la cara: "¡Eres una cagona de mierda!".

Karime Orozco, compañera de Rojas, tenía 14 años y confirma la escena. Ella cuenta que en la fecha siguiente, contra Ovalle, en un partido de la categoría adulta pero donde jugaban en su mayoría niñas de la sub 17 por falta de equipo, ocurrió algo similar. En el entretiempo Mario Vera entró gritando al camarín, le pegó a la pared y se quebró la mano, detalla Karime Orozco. Vera entrega su versión: "No golpeé a nadie, ni le grité a nadie. Perdimos y por la rabia le pegué a la pared y me quebré la mano".

A fines de 2014 Everton cerró su rama femenina y Mario Vera se hizo cargo del fútbol joven del club. Pero un grupo de hinchas y apoderados crearon Deportes Viña del Mar Fútbol Femenino. En 2015 hicieron un trato con Everton que les permitió jugar en el campeonato nacional y llevar su nombre. Varias exbasquetbolistas de la zona se sumaron para poder armar un equipo. En 2017, quienes dirigían el equipo le pidieron a Mario Vera hacerse cargo de la escuadra y le ofrecieron un sueldo. Según afirma Cristián Díaz, dirigente de la época, desconocían las actitudes de Mario Vera hacia las jugadoras.

El entrenador consiguió una cancha donde entrenar, reorganizó el plantel, fichó nuevas jugadoras y dejó fuera a otras. Uno de los fichajes fue el de Gloria Cantillana. Ella dice que retornó porque Mario Vera la convenció de que estaba más calmado y decidió darle una segunda oportunidad. Carolina Berkhoff era una de las

basquetbolistas que se sumó al plantel, sobre la vuelta de Vera asegura que "muchas veces cedimos en el trato por tener una persona que nos podía ayudar a surgir. Porque ser Mario Vera te abre puertas y dejamos que hiciera lo que quisiera".

Nicole Mariñelarena fue entrenada por Mario Vera en 2008 y volvió al club diez años después. Ella comenta que en ese primer año el director técnico solía comentar y burlarse de la orientación sexual de las jugadoras. "¡No la vas a dejar pasar porque te la comiste!" y "no se corten el pelo como hombre", recuerda Mariñelarena y Gloria Cantillana que eran algunas de las frases que decía Mario Vera. Al reflexionar sobre su segundo período en el equipo, Nicole Mariñelarena dice: "Volver fue revivir todo, pero diez veces más".

Una de las jugadoras que fichó en 2019 en Everton fue Carol Negrón. Volante con más de diez años de experiencia en el fútbol, llegó desde Puerto Montt a los 29 años. Las negociaciones las hizo con Mario Vera. Él le ofreció alojamiento y $ 300 mil mensuales. "Todo quedó en nada, las 300 lucas me las pagó dos meses, después 100 lucas, luego 50 y finalmente, nada", dice Negrón. Con la casa sí cumplió. Ella cuenta que vivió en una cabaña de Mario Vera al oriente de Quilpué. Le quedaba lejos del centro de entrenamiento y no tenía transporte. Vera la llevaba y traía.

Carol Negrón fue testigo de constantes gritos a sus compañeras. Cuenta que generalmente gritaba "marca a la negra, a la guatona o a la huevona". Ella se preguntó por qué nadie le respondía y sus compañeras le dijeron que siempre había sido así.

El jueves 4 de abril de 2019, Pía Zamorano, segunda arquera de Everton, se lesionó. La falta de apoyo del club a la jugadora indignó a Nicole Mariñelarena, capitana de la época, quién denunció ese mismo fin de semana por redes sociales lo ocurrido.

La denuncia tuvo repercusiones. Una fue la respuesta del club en relación a la

cobertura de las lesiones. Gustavo Dalsasso, gerente deportivo de Everton, dijo que desde ese momento la institución iba a correr con los gastos de las lesiones del plantel. Otra consecuencia la vivió Nicole Mariñelarena, porque en el entrenamiento siguiente, Mario Vera la castigó por la publicación y le quitó la capitanía a ella y a la segunda capitana, Joanna Osorio. “Por reclamar por lo justo, Mario me gritó y me dijo que nunca más sería capitana”, cuenta Mariñelarena. Agrega: “Mario siempre nos decía que con poco debíamos hacer mucho y ese pensamiento nos estancaba”.

Tras la conversación en que Mariñelarena y Osorio perdieron la capitanía, Carolina Berkhoff dio su opinión. Mario Vera la quedó mirando fijo y empezó a encararla: “¿Tú, quién eres? Primero debes rendir en la cancha para hablar. No sirves para nada, no puedes opinar”, recuerda Berkhoff que fueron algunas de las palabras del director técnico. Ella le respondió que esa discusión no era para ese momento, pero él continuó gritando. Nicole Mariñelarena junto a otras compañeras la defendieron. Sofía Rojas cuenta que “la empezó a atacar y menospreciar. Le decía que era mala”. Carolina Berkhoff comenzó a llorar y Mario Vera dijo que ninguna estaba obligada a estar ahí. Eso provocó que varias jugadoras abandonaran el entrenamiento, entre ellas Nicole Mariñelarena, Sofía Rojas, Carolina Berkhoff, Tania Hidalgo y Gabriela Herrera.

Al preguntarle a Mario Vera por el conflicto con Carolina Berkhoff, dice que nunca le gritó, solo le explicó que ella no estaba en los planes del equipo y que entrenaba para hacerle un favor.

Tras lo ocurrido, Mariñelarena, Rojas, Berkhoff y Herrera se ausentaron por varios días y fueron eliminadas del grupo de Whatsapp del equipo. Gustavo Dalsasso se comunicó con ellas y las citó a una reunión. Las cuatro le relataron lo que pasó en ese entrenamiento y cuentan que Dalsasso desconocía la real discusión. En consecuencia, se disculpó por lo ocurrido y les pidió que se reintegraran. Pero ellas le explicaron que Mario Vera era el que no quería su retorno. Según las jugadoras que estaban en la reunión, el gerente deportivo decidió llamar a Mario Vera frente a ellas y le dijo:

—Mario, tengo cuatro chicas acá que el lunes vuelven a entrenar.

Mario Vera no entendió a quienes se refería y Dalsasso decidió darle los nombres. Las jugadoras confirman que escucharon claramente la respuesta, aunque Dalsasso no tenía su teléfono en altavoz.

—¡Sofía Rojas, esa concha de su madre no vuelve a entrenar! —respondió Mario Vera.

Gustavo Dalsasso y otros directivos del club fueron contactados, pero no quisieron participar del reportaje. “Everton de Viña del Mar está en un proceso de reestructuración de su área femenina”, respondió el club.

Después de unas semanas Sofía Rojas, Carolina Berkhoff y Gabriela Herrera, abandonaron el club. “No me daban ganas de entrenar. Me fui de Everton por Mario Vera”, aclara Sofía Rojas. Para Carolina Berkhoff su salida fue difícil y relata: “Tenía 32 años, Mario siempre se dedicó a denigrarme, a pesar de mi esfuerzo por mejorar. Psicológicamente me dejó muy mal”. Por motivos económicos Berkhoff no asistió a un psicólogo, a pesar que sintió la necesidad.

El 14 de septiembre de 2019 Everton enfrentó a Santiago Wanderers, el clásico regional, en el estadio de Villa Alemana. Primero fue el partido de la sub 17 y a continuación jugó el plantel adulto. En el entretiempo del equipo juvenil, el marcador estaba igualado sin goles y las adultas ya estaban en los vestidores preparándose para su partido. Las jugadoras dicen que Mario Vera ingresó golpeando las paredes y gritando. Según cuentan Nicole Mariñelarena, Carol Negrón y otra entrevistada que prefirió no ser mencionada por miedo a represalias, el DT se paró frente a Trinidad Bernales, la tomó de los hombros, la zamarreó contra la pared y le gritó al oído: “¡Corre, corre, corre!”. La joven lo empujó para alejarlo, comenzó a llorar y se fue a los baños.

Las jugadoras juveniles quedaron paralizadas. Fueron algunas de la categoría adulta las que alzaron la voz para pedirle a Mario Vera que se detuviera, que se calmara. “Mario, ¿qué estás haciendo? ¡Para! ¿Cómo tomas así a una cabra chica!”, le gritaron.

Mario Vera cuenta su versión de lo ocurrido con Bernales: “Cometí un error. No eludo mi responsabilidad. Yo le grité más o menos cerca del oído, pero jamás la toqué”, explica. Cuenta que en esa ocasión puso su cargo a disposición, que habló con la jugadora y sus papás, que les explicó que estaba pasando por un mal momento, porque se estaba separando de su pareja y que ellos lo entendieron. Tras lo sucedido, reflexiona: “Cada día creo que no estoy para dirigir niñas chicas”.

Lo ocurrido el 14 de septiembre hizo que las jugadoras se cuestionaran el actuar

que Mario Vera ha tenido por años. “Yo soy profe, el día de mañana voy a ejercer mi profesión y no puedo quedarme con eso en mi cabeza”, pensó Carol Negrón. Fue ella, junto a Nicole Mariñelarena y otras jugadoras, las que se organizaron. Recopilaron información, audios y contactaron a la Asociación Nacional de Jugadoras de Fútbol Femenino (ANJUFF).

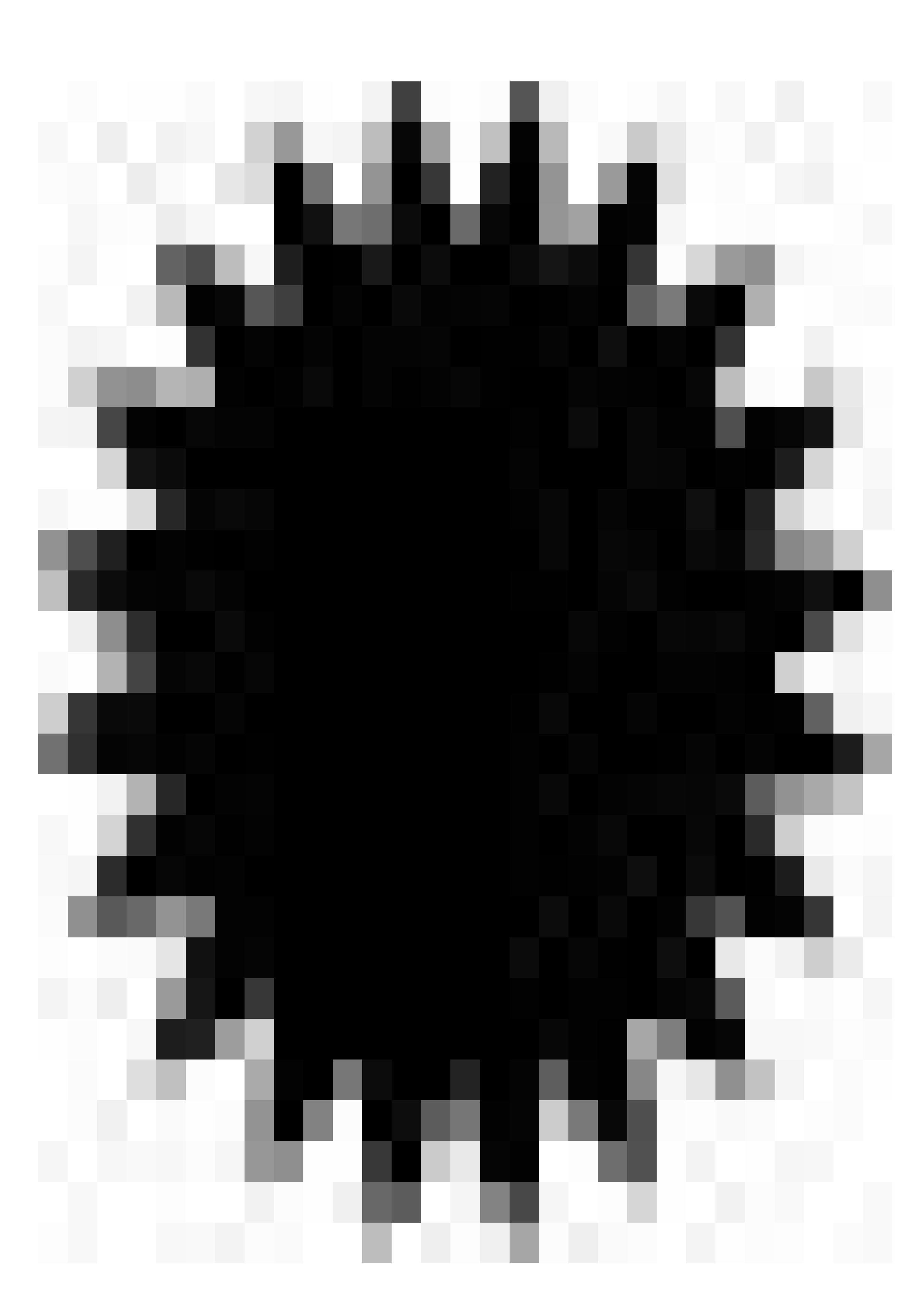
En mayo de 2019 la ANJUFF estrenó su Protocolo de Abuso y Acoso Sexual, documento pionero dentro del fútbol femenino de Latinoamérica. Este protocolo comienza a operar una vez recibida la denuncia en la página web de la ANJUFF o a través de un correo electrónico que se dispuso exclusivamente para ello. Luego, la asociación se contacta con la denunciante para reunir antecedentes y entregar apoyo jurídico, comunicacional o emocional. La ANJUFF asesora y acompaña a la denunciante, protegiendo su identidad.

Javiera Moreno fue la encargada en la ANJUFF de llevar la investigación sobre Mario Vera. Desde que recibieron la denuncia hasta diciembre pasado se reunieron 13 testimonios bajo reserva de identidad. Se redactó un informe donde se enumeraron las conductas inapropiadas del director técnico y a mediados de diciembre lo presentaron a los dirigentes de Everton. Javiera Moreno cuenta que los directivos ya estaban al tanto de algunas de las actitudes de Mario Vera y que quedaron en hacer una investigación interna.

Hasta febrero de 2020 la ANJUFF no tuvo noticias de Everton. La primera semana de ese mes, la asociación insistió y la dirigencia le respondió que decidieron desvincular a Mario Vera de la rama femenina. El club no lo despidió, sino que lo dejó a cargo del fútbol joven. Según Mario Vera, él no fue cambiado de función por la denuncia y le quita valor a la investigación. De acuerdo con su versión, el real motivo sería una disputa interna con un compañero que quería su puesto.

LOS 12 DE LA FLORIDA:

CRÓNICA DE UNA MATANZA FRUSTRADA



Claudio Pizarro y Sebastián Palma

18 de mayo

El Desconcierto

No era una tarea fácil: para cumplir rigurosamente con el ambicioso plan, había que recoger las historias de una docena de personas desperdigadas, temerosas y probablemente con pocas ganas de salir en la prensa.

Pero al leer este trepidante relato se comprueba que la combinación de lectura profunda de los clásicos, investigación a fondo y pericia narrativa rinden frutos como este. El 27 de abril de 2020 en La Florida ocurrió un hecho insólito, que al mismo tiempo era representativo de lo desorbitada y perdida que estaba tras el estallido gran parte de la fuerza pública chilena.

En la plaza donde había alrededor de 30 manifestantes, una pareja de carabineros de franco disparó más de una decena de balas que dejaron12 heridos y, milagrosamente, ningún muerto. La balacera fue un episodio que afortunadamente no terminó en masacre, y que Pizarro y Palma cuentan tras entrevistar a cada uno de los heridos. Aquí relatan cómo lo vivieron, qué les pasó luego, qué sienten ahora. Está armado como el clásico Hiroshima de John Hersey, pero en vez de seis víctimas de la bomba atómica, aquí hay el doble de civiles atacados por los que supuestamente están encargados de defenderlos.

Se enteraron por un flyer de Instagram, al igual que todo el mundo. Nayareth (23) pasó a buscar a Jocelyn (30) a su casa y de ahí partieron juntas al metro Trinidad. Eran las siete y media de la tarde del 27 de abril. En el camino se toparon con más gente. Personas que agitaban banderas y que en teoría se dirigían al mismo lugar que ellas. Carolina Adasme (33) no tenía muchas ganas de ir. Había pintado un lienzo en la tarde, previo al día del trabajador, y se sentía cansada. Pensó en un momento subirse a la bicicleta, pero luego se arrepintió. Así que se devolvió a su casa, tomó una mascarilla y partió a pie rumbo a la manifestación. Ahí se encontraría con sus amigos de la asamblea territorial Santa Raquel.

Alrededor de las ocho de la noche llegó Ricardo Rubio (36), un trabajador social del Hogar de Cristo que trabaja con personas con discapacidad mental, haciendo sonar su trutruca acompañado de tres amigos, entre ellos Gonzalo, un joven soldador de 21 años que comenzó a agitar una bandera con la frase "ni perdón ni olvido". Se veían pocos manifestantes. La convocatoria parecía destinada al fracaso.

—Esto no prendió —bromeaba Nayareth.

A César Herrera (42) y Gabriela Collinao (42) los invitó su hijo mayor al "cacerolazo" y tuvieron casi la misma impresión cuando llegaron al lugar. "No hay nada, parece que te equivocaste", le dijeron. Hasta que vieron a un lote que se aproximaba con una bandera y unas mujeres que conversaban en la esquina norponiente de Vicuña con Trinidad.

—Somos pocos pero locos —le dijo Nayareth a Jocelyn, intentando subirle el nivel a la convocatoria.

Al otro lado de la calle, en un local de Pizza Hut, Javier (20) y Luca (20) acababan de comerse el último trozo de pizza. Eran compañeros del colegio y se volvieron a encontrar en una marcha, un mes después del asesinato de Camilo Catrillanca. Desde entonces empezaron a ir juntos a las manifestaciones.

—Escuchamos bulla, cacerolas, un compadre con una trutruca, empezaron a golpear unas latas, así que apuramos las pizzas y partimos caminando hacia donde estaban todos —recuerda Javier, estudiante de enfermería.

Diego López (26) nunca tuvo planes de estar ahí, se encontró con dos amigos en la calle que lo invitaron, pero terminó cantando en la misma esquina que todos. Allí se encontró con Carolina Adasme, una amiga suya de la Garra Blanca, que conversaba con Ricardo Rubio. “Era una manifestación pacífica, alegre”, recuerda. “Yo he ido a manifestaciones donde se espera el enfrentamiento, pero aquí no. Había una sensación media vecinal”, dice el joven de 26 años que vende flores de goma eva en Bellavista.

La tarde estaba nublada, hacía frío y Juan Carlos (27) pensó que hasta se podía largar a llover. Pero como vivía tan cerca, a solo un par de cuadras, decidió ir aunque fuera un momento a sacar fotografías. “Mi forma de protestar es sacando fotos y luego subirlas a redes sociales”, cuenta.

Al llegar sintió el ruido de un instrumento mapuche y comenzó de inmediato a sacar fotos con su celular. Recuerda que había gente cantando consignas contra Piñera y que lentamente se fueron sumando más personas.

—Se empezaron a armar grupitos de dos o tres, en total no éramos más de treinta. Era como un carrete fome. Una manifestación bien pobre, con decirte que se armó una fogata con cartones y cajas de pollo, dejando un lado para que pasaran vehículos. La gente tocaba la bocina —describe Jocelyn.

La última en llegar fue Thiare Korner, una joven malabarista de 18 años que no tenía idea que la convocatoria en contra del día del carabinero, se realizaría en la misma esquina donde acordó juntarse con su mamá. Mientras la esperaba se puso a conversar con un amigo que estaba protestando en el mismo lugar.

Todos fueron testigos como la improvisada manifestación comenzó a animarse. Los cánticos se escuchaban cada vez más fuertes, junto al sonido de silbatos y el estruendo de piedras sobre los postes metálicos. En eso estaban, cuando sintieron el primer disparo, y luego otro y otro. Todos recuerdan escenas difusas. Gritos. Llantos. Sangre. Uno a uno, comenzaron a caer al pavimento. Fueron doce en total. Los doce baleados de La Florida.

La balacera

Cuando sintió los disparos, Gonzalo Gómez (21) pensó que se trataba de unos tronadores que alguien había tirado a la fogata. Empezó a caminar, tapándose los oídos, hasta que todos comenzaron a correr en estampida.

—Pensé que eran perdigones, arranqué, vi a una niña tirada. Ricardo venía cojeando. Llegué a un colegio en Trinidad, ya no aguantaba el dolor. Me senté en un paradero, me bajé el pantalón, me toqué, tenía la mano llena de sangre —recuerda.

Carolina Adasme estaba revisando su celular, con un grupo de amigos, cuando escuchó el estruendo de unos “petardos”. Eso fue lo que pensó al comienzo, antes de ver caer a varias personas a su lado. “Estaba arriba de la vereda y sentí que algo me golpeó fuerte en la espalda, me tiró hacia delante y quedé agachada. Pensé que era una lacrimógena, pero no había ni carabineros, ni guanacos, nada. Alcancé a dar unos pasos y empecé a vomitar sangre”, cuenta.

César Herrera sintió un golpe fuerte en la pierna, primero, y luego un dolor intenso. Cayó al suelo, intentó levantarse, dio otro paso y volvió a caer. Otras veces había recibido perdigones en

protestas, pero esta vez era diferente. “Sentía la pierna muerta y perdí la sensibilidad en los dedos, me tomaba el pantalón y la pierna se me doblaba sola”, explica. Gabriela, su esposa, yacía en el suelo unos metros más allá. También había recibido un impacto de bala en la pierna. Su hijo apareció a los minutos y ayudó a trasladar a sus padres a una camioneta.

Fue todo tan rápido —sin enfrentamiento previo, ni voces de alerta— que Diego López pensó, mientras corría despavorido, que podía tratarse de algún sociópata o seguidores de Sebastián Izquierdo, el líder de Capitalismo Revolucionario, quien advirtió por redes sociales que saldrían a “matar a todos”. La hipótesis no le pareció tan rara, luego de verse el dedo meñique colgando y comenzar a sentir un dolor agudo en la pelvis.

—Seguí arrancando, me veo la mano y quedé en shock, ahí empiezo a sentir un dolor fuerte en la entrepierna y comencé a cojear. Tuve que parar. Empiezo a mirar para todos lados, dándome cuenta que había mucha más gente herida —recuerda.

Apenas Javier vio la mano lastimada de Diego, abrió su mochila y le ofreció un guante para que pudiera afirmarse el dedo. Fue tanta la adrenalina que el

estudiante de enfermería corrió a una bencinera y le pidió al conductor de una camioneta que trasladara a los heridos a un consultorio, sin reparar que él también tenía en su cuerpo alojadas dos municiones, una en la pierna y otra en la cadera.

—Yo era uno de los más cercanos al auto que nos disparó, sentí que me llegaban cosas en el cuerpo, pensé que eran perdigones. Me acuerdo que me cubrí la cara porque me acordé de los heridos con trauma ocular. Ahí empecé a escuchar los gritos de la gente y partí a buscar ayuda —recuerda.

Ricardo Rubio sintió el estruendo y luego escuchó gritos por todos lados. Dice que perdió la visión periférica y avanzó unos metros hasta donde Gonzalo Gómez. "El cabro estaba desbordado, tenía mucho más dolor que yo, lo empezamos a auxiliar. Yo tenía algo acá en el muslo, pero no le di mucha importancia, pensé que podía ser un perdigón. Me preocupé en ese momento de la Carolina que también estaba herida y que al parecer era algo grave", cuenta.

—Yo no entendía lo que estaba pasando realmente, todo fue así como de la nada, veo al Diego que se estaba sujetando los dedos, tenía el hueso hacia afuera, era tremendo, y yo lo único que hacía era vomitar sangre. Empezaron a subir a varias personas a una camioneta y en eso se baja una mujer del asiento del copiloto y me dice hueona, súbete, mira como estai —relata Carolina Adasme.

Jocelyn y Nayareth arrancaron juntas por avenida Trinidad hacia el poniente. Justo le estaban respondiendo un whatsapp a la mamá de Nayareth, cuando sintieron los primeros disparos. Jocelyn, en plena carrera, sintió como un hilo de sangre saltaba de su pierna, mientras Nayareth gritaba desde más atrás: "Me llegó, me llegó".

—Unos locos en bicicleta nos dijeron que eran pacos, otros decían que era un ajuste de cuentas entre narcos y otros que era como estos grupos de extrema derecha —cuenta Jocelyn.

Lo cierto es que no todos sabían con exactitud que era lo que les había pasado, pero en el traslado al consultorio comenzaron a sospechar que se trataba de balas de verdad.

Juan Carlos también se subió a la camioneta, donde ya estaban Diego, Carolina, César y Gabriela. Los otros heridos fueron trasladados a diversos consultorios del sector y luego derivados al nuevo Hospital de La Florida. Carolina estuvo a

punto de morir. La bala, supo después, estuvo a punto de perforarle el pulmón. Ninguno, milagrosamente, murió.

Regreso a casa

La vida en la casa de los Herrera-Collinao no es la misma desde el 27 abril. César Herrera, se encuentra postrado en una cama de una plaza con su pierna en altura, tras permanecer una semana internado en el Hospital de La Florida. Pese a que le recetaron dos potentes fármacos para evitar el dolor, tramadol y metadona, desde hace dos días que no puede dormir.

La bala le destrozó una pierna y las dos operaciones a las que fue sometido para reconstruirla le quitaron dos centímetros de largo: quedará cojo de por vida. Además de eso, el equipo médico le informó que varias cicatrices desfigurarán su extremidad para siempre, a menos que le injerten piel de sus glúteos. Él, en su cama, dice que ya no le importa cómo lucirá y que no quiere volver a entrar a un quirófano en su vida.

En otra cama en la misma habitación, está Gabriela Collinao, su mujer, que también recibió un impacto de bala en una de sus piernas. “Me quedaron restos adentro”, dice. Las tareas en el hogar las realizan ahora sus hijos mayores, de 14 y 17 años, quienes van a comprar al almacén y a pagar las cuentas. Ella se traslada a duras penas en una silla de escritorio para ir al baño y su hermano que vive cerca les trae la comida todos los días.

La familia se acaba de reunir por primera vez luego de una semana en la que César estuvo internado. La recuperación se demorará seis meses y no podrá trabajar en su oficio: la desabolladura de automóviles. Se viene tiempos difíciles. Herrera está planificando qué hacer, mientras asimila todo lo que ha pasado. “Pudimos haber muerto o haber matado a algunos de mis hijos. Además, voy a quedar cojo y teniendo tres hijos que mantener. Todo por culpa de un hueón cagado de la cabeza que va y dispara dejándonos así”, se lamenta.

A pocos metros de la casa de los Herrera, Javier, estudiante de enfermería, muestra las heridas en su cadera y su pierna. Las dos balas de 9 mm que recibió siguen alojadas en el interior de su cuerpo y lo más probable es que se queden

allí por un buen rato. “Las balas solos las sacan en las películas de vaqueros”, le dijo un doctor en el hospital. Si se quedan aquí, dice, que al menos tengan algún sentido.

—Quiero que estas balas que tengo en el cuerpo valgan la pena y metan presos a estos pacos —reclama.

Junto a él está su amigo Luca Pineda: flaco, alto y de look punketa, estilo que no impide camuflar el miedo que aún mantiene tras el tiroteo. No ha podido dormir y los ruidos de balas, petardos y fuegos artificiales —los que son pan de cada día en su barrio de La Florida— lo hacen evocar el tiroteo donde una bala le rozó la mano.

Para Gonzalo Gómez la situación no es muy distinta. Debe desplazarse por su casa en una silla de ruedas que le prestó un vecino. En su celular, muestra una fotografía de su muslo abierto por el roce una bala que le dejó una cicatriz de 12 puntos de sutura.

El joven soldador, fanático de Colo-Colo, se encuentra terminando la enseñanza media en un 2 x 1. Hoy, en casa de su madre, reflexiona tras el tiroteo: “Estos dos carabineros de civil dispararon para matarnos. Si no hubiese sido así hubiesen disparado al aire, como para asustarnos, echarnos. Ellos nos querían matar”, reflexiona.

En el pasaje paralelo al de la casa de Gonzalo vive Ricardo Rubio, el asistente social que tocaba la trutruca el día de la manifestación. Rubio tiene una bala alojada en su canilla y aún no sabe si podrá volver a jugar a la pelota o incluso a caminar normalmente. “Yo espero que esta bala me la saquen, no sé si alguien puede vivir de forma digna con una bala dentro del cuerpo”, dice sentado en el living de su casa.

El dirigente de la Asamblea Santa Raquel, añade que no puede desprenderse de su profesión a la hora de reflexionar sobre los carabineros que lo atacaron a él y a otras once personas, entre ellos varios de sus amigos y compañeros de la asamblea territorial.

“Yo no creo que estas personas hayan tenido intención de ir a matarnos. Estoy convencido de que estaban conmemorando su día y se tomaron una botellas de whisky y quedaron raja de curados, llegando a un punto donde se sintieron amenazados por nosotros que estábamos manifestándonos en contra de su

institución, la misma que les dio la oportunidad a ellos de ser alguien. Yo de verdad creo que estos gallos también son víctimas de la injusticia del sistema, o sea de la institución de Carabineros de Chile”.

Carolina Adasme, otra integrante de la asamblea Santa Raquel, fue otra de las más afectadas por la balacera. El proyectil que recibió ingresó por su espalda, rebotó en una de sus costillas y salió por la parte superior de su pecho. Su paleta y varias costillas están fracturadas, además de una leve perforación pulmonar. El impacto del proyectil, relata, estuvo a siete milímetros de causarle una herida mortal.

Carolina se mueve lento y pausado, jadea al respirar y no puede tomar a sus pequeños gemelos en brazos. A uno de ellos debieron enviarlo donde unos parientes en el campo, para que no la viera en ese estado. A su hijo mayor que alcanzó a ver algunas imágenes en los matinales, Carolina le explicó que recibió unos balazos de unas personas malas, pero omitió quienes eran realmente.

“He tratado de mantenerlo al margen, él no tiene por qué sentir odio”, recalca. Luego agrega: “¿Qué hubiera pasado si nosotros hubiéramos baleado a Carabineros? El Gobierno nos hubiera acusado de terroristas. A ellos en cambió no les pasó nada, pero lo que hicieron con nosotros, yo al menos lo veo como un acto terrorista, un acto de odio”, dice.

Para Diego López, amigo de Carolina, la situación también es delicada. El joven artesano y guitarrista estuvo a punto de perder uno de sus dedos. López se encuentra haciendo reposo en la casa de su hermana en el centro de Santiago.

—Lo único que quiero es recuperar la movilidad de la mano para poder seguir tocando guitarra y para no estar recordando esto toda la vida, porque me imagino que cada vez que me vea mano, si no la puedo ocupar, va a estar ese fantasma. Pero no quiero echarme a morir —recalca.

Tampoco Thiare Korner, la malabarista de 18 años que ni siquiera participaba de la manifestación cuando una bala le atravesó el muslo. A días del ataque, en su casa junto a su pololo y sus parientes, cuenta que es muy difícil “sacarse de la cabeza que intentaron matarnos”. “Más aún si se supone que es alguien de una institución que debe cuidarnos y resguardarnos. Me quedó marcada la bala, esto no es para la risa, creo que ellos son unos delincuentes”.

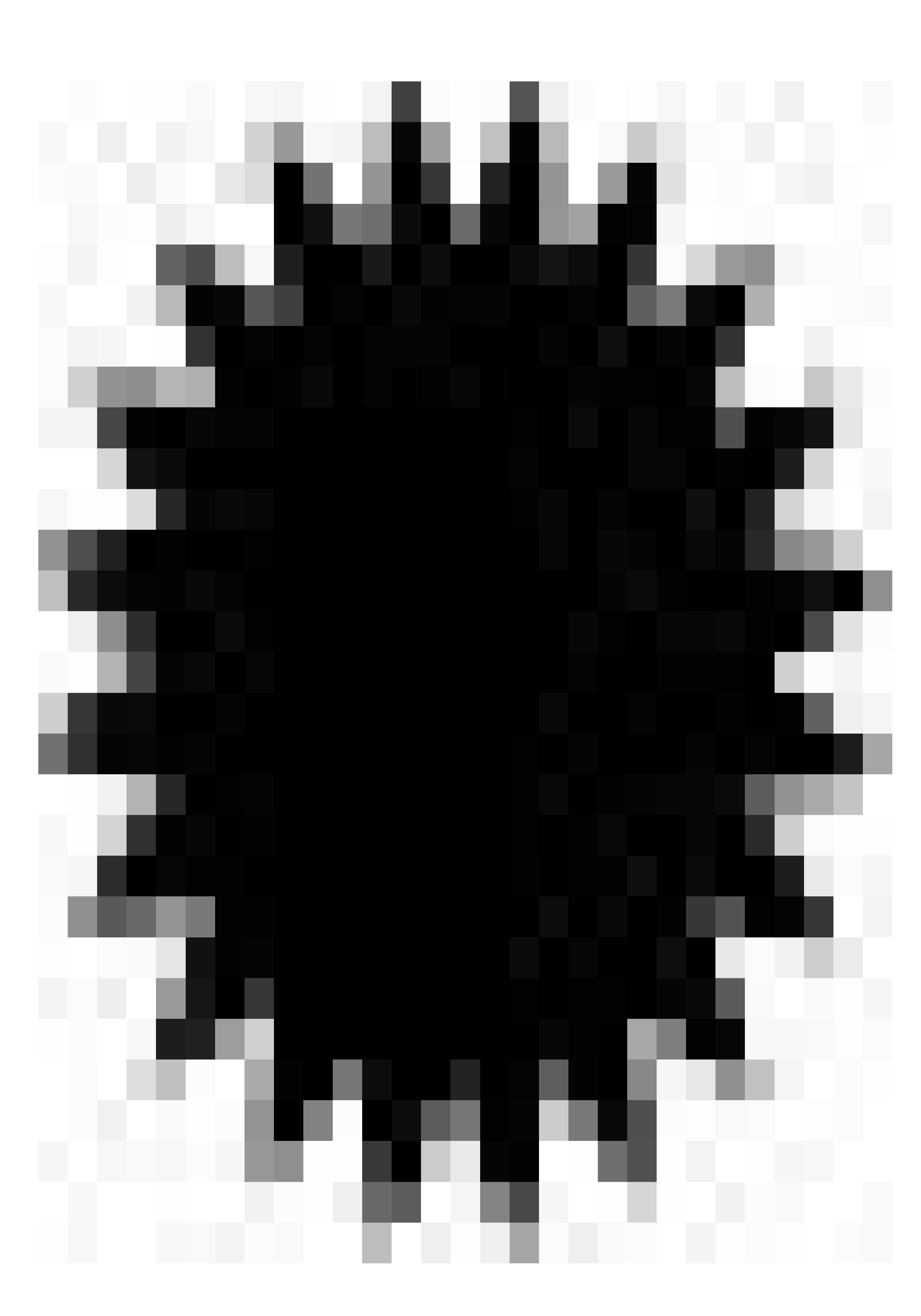
Para Nayareth y Jocelyn, las amigas que fueron juntas el 27 de abril, la vida

también les ha cambiado. Pese a que una de las balas les dañó el muslo, Nayareth piensa que seguirá manifestándose una vez que se normalice la situación sanitaria.

Jocelyn tiene una bala alojada en una pierna y, a diferencia de su amiga, dice que no va a volver a salir a manifestarse por miedo a dejar a su pequeño hijo solo. Al igual que Carolina Adasme, ha preferido no contarle quiénes fueron los que la hirieron en el pie. “Solo le dije que tuve un accidente corriendo. No tiene para que saber esas cosas; después les va a tener miedo a los carabineros”, dice.

Para Juan Carlos, el fotógrafo aficionado que recibió un balazo en su glúteo, el recuerdo de la balacera siempre estará allí. Vive a escasas cuadras de la estación Trinidad y pasa casi todos los días por el lugar. Dice que no tiene odio, ni sed de venganza contra los culpables del tiroteo, pero qué si se los encuentra algún día, no se iría a las manos con ellos. Haría algo mucho más simple y directo. Los miraría a los ojos, dice, y les preguntaría: ¿Por qué lo hicieron?

CARABINERO INFILTRADO EN LO HERMIDA FUE DESCUBIERTO PORQUE PROTAGONIZÓ PROGRAMA DE CANAL 13 CON SU IDENTIDAD REAL



Nicolás Sepúlveda

15 de octubre

Ciper

La mayoría de las historias de saqueos, destrucción, ira popular, represión policial y carabineros infiltrados en grupos de protesta son angustiantes, dolorosas, difíciles de leer. Este en cambio es un relato con un punto de hilaridad que lo hace inolvidable. A medio camino entre la picardía de Cantinflas y la torpeza de Mr. Bean, un innominado carabinero infiltrado fue descubierto por los pobladores de la comuna donde participaba entusiastamente en las movilizaciones por su fatal afán de celebridad televisiva. Parece casi de manual de primera clase de policía infiltrado que por ningún motivo debe aparecer en público con su identidad y nombres reales, y sin embargo, a este aspirante a Mata Hari sureño el gusto por ser reconocido se le subió a la cabeza.

Como explica el medio donde apareció este excepcional reportaje divertido, "en junio de este año un hombre comenzó a colaborar con organizaciones territoriales de Peñalolén: ayudó en las ollas comunes y repartió mercadería. Constantemente incitaba a otros integrantes de la organización a enfrentarse 'con los pacos' y les decía que había integrado la 'primera línea' en Antofagasta. Incluso, les propuso realizar un ataque sorpresa a la subcomisaría del sector".

Pero sucedió lo que nunca había previsto: un viejo programa de Canal 13 donde concursaba con su nombre y placa de cabo de Carabineros fue retransmitido por el canal, y una vecina alcanzó a ver con estupor el anuncio en la tele de un consultorio dental.

Una de las virtudes de este trabajo de Nicolás Sepúlveda es que, si bien aprovecha la comicidad del episodio, no se queda en la anécdota: este y otros hechos muestran cómo una de las funciones de los infiltrados sobrepasa con creces el de vigilar y juntar pruebas contra los destructores del patrimonio: ellos fomentan, alientan, invitan y convencen a sus víctimas para que cometan las acciones por las que después serán acusados. En el fondo, esta es una revelación de una enorme gravedad.

Giovany Arévalo Álvarez no ocultaba sus deseos de atacar a Carabineros. Planificaba fórmulas para sorprenderlos desprevenidos. Y, a través de mensajes en Whatsapp, trataba de convencer a los integrantes de una organización social de la población Lo Hermida (Peñalolén) para que participaran. Su cantera de ideas era su supuesta experiencia previa en la "primera línea" de Antofagasta. Uno de sus planes más atrevidos fue realizar un ataque sorpresa a la subcomisaría de la Población Lo Hermida, en Peñalolén, y lo compartió en el siguiente mensaje de audio que envió a uno de los pobladores a mediados de este año:

"Así lo hacíamos allá en Antofa. Imagínate que no subíamos ninguna huevá, ni a Facebook, ni a Instagram… ir así un día específico, para que los huevones no estén preparados, que no nos estén esperando, y empezar a atacarlos, hermano, empezar a atacar a los culiaos. Esa es la mano, porque si es que empezamos a subir hueás diciendo 'ya, mañana a tal hora', los huevones se van a preparar y nos van a estar esperando".

Aunque hay un RUT y una cédula de identidad asociada a Giovany Arévalo Álvarez, se trata de un nombre ficticio. Una chapa utilizada por un cabo segundo de Carabineros. Ciper confirmó la verdadera identidad del policía y consultó formalmente a Carabineros por las actividades que desplegó, al menos hasta septiembre pasado, en Lo Hermida. La respuesta institucional no aportó detalles, limitándose a señalar que "el carabinero está bajo el amparo de la Ley de Inteligencia, no podemos revelar antecedentes".

Tampoco hubo respuesta oficial a la consulta de Ciper respecto de si un carabinero infiltrado, además de recabar pruebas de eventuales delitos o recoger información para análisis de inteligencia, puede promover acciones violentas, como instigar a un enfrentamiento con las mismas fuerzas policiales. Respecto de este punto, Carabineros solo indicó que las operaciones de inteligencia, por ley, no pueden comentarse.

El tema adquiere relevancia, pues en la madrugada de este jueves 15 el Ministerio Público y Carabineros realizaron allanamientos en la población Lo Hermida y detuvieron a diez personas acusadas de atacar la misma subcomisaría de Peñalolén que estaba en la mira del agente "Giovany". En todo caso, ninguno de los detenidos pertenece a la organización social en la que se infiltró el cabo

segundo.

Lo curioso de este caso, es que el infiltrado fue detectado por los pobladores porque protagonizó un capítulo de un docureality que transmite Canal 13. El programa no tiene relación con sus labores policiales, sino con aspectos de su vida privada. Ciper pudo comprobar que, efectivamente, en ese programa el carabinero aparece con su nombre real y corresponde a la misma persona que se presentaba en Lo Hermida como integrante de la "primera línea".

Ciper también consultó a Carabineros cómo se selecciona al personal que hace estas labores de inteligencia y por qué razón se escogió a un funcionario que había protagonizado un programa de TV de alto rating, lo que evidentemente lo expone a ser descubierto. No hubo respuesta formal a esta pregunta. De hecho, el programa en el que aparece el cabo segundo también está en Youtube, donde acumula más de un millón de visitas.

"Hay que quemarlos"

Ciper comprobó que en los mensajes enviados por "Giovany" a los pobladores a mediados de este año, el agente insistía en que andaba "detonao" y que tenía ganas de enfrentarse con la policía. "Pacos culiaos, me tienen brao del norte", escribió en una oportunidad. "Hay que quemarlos", dijo en otra ocasión.

En esas fechas, en pleno peak de la pandemia de Covid, la organización vecinal en la que estaba infiltrado se dedicaba prioritariamente a organizar una olla común y repartir alimentos. Por lo mismo, la permanente insistencia de "Giovany" para que el grupo participara en enfrentamientos con Carabineros comenzó a ser sospechosa para los dirigentes. En los chats a los que Ciper tuvo acceso, se leen las respuestas que le daban a sus proposiciones: "Lo principal es fortalecernos como organización, y levantar un buen trabajo en el territorio".

"Giovany" también participó en las actividades de la olla común y de auxilio a los hogares afectados por el desempleo. Incluso depositó dinero varias veces para financiar la ayuda social. Los comprobantes de esos depósitos indican que lo hacía desde una cuenta RUT de BancoEstado. "'Tomen ahí hay $ 30.000 o ahí hay

$ 25.000’, siempre disponía de plata. La pasaba en efectivo o la depositaba. Nosotros le decíamos ‘andai terrible regalón’, y nos respondía que le estaba yendo bien en la pega”, cuenta uno de los jóvenes que participa en la organización.

Las sospechas se acrecentaron porque no tenía amigos ni conocidos en el sector. Había llegado al lugar tras contactar por redes sociales a un tatuador del barrio. Hubo varios episodios que incrementaron las dudas. Uno de los integrantes de la organización fue alertado por un vecino porque “Giovany” había asistido a una reunión para coordinar el aniversario de la población y lo vieron sacando fotos a las patentes de los autos de quienes estaban en la cita.

En otra ocasión, durante un conversatorio sobre la crisis social, fueron evidentes sus esfuerzos para conseguir los teléfonos de las personas con las que hablaba.

Los integrantes del grupo intentaron chequearlo. En una oportunidad le pidieron su cédula de identidad y en otra le revisaron el celular: “Tenía contactos muy precisos y fotos de manifestaciones, pero todo muy reciente. Cuando le preguntamos, dijo que el celular era nuevo porque se le había perdido el anterior”.

Al principio, el agente se tomaba las sospechas con humor, pero luego manifestó su molestia. En un mensaje de audio que le mandó a uno de los pobladores, le dijo que “estaba bueno ya”.

“Me da rabia, porque estoy trabajando y todos me preguntan, hermano, ¿cuándo llegai? y está bien, si yo sé que tengo que llegar, pero yo tengo que trabajar, si estoy a pura pega acá. Y en Antofagasta era otra volá, puro carrete con los cabros, pero igual los cabros eran apañadores… a ustedes les mostré mi carnet, toda la weá. Si tengo cualquier antecedente, hueón. Por desórdenes, toda la weá, y ustedes andan con la desconfianza, hermano. Yo entiendo la desconfianza, pero la weá es molestosa ya po”.

Un agente que aparece en la tele

Lo que terminó de derrumbar las coartadas de “Giovany” fue una urgencia

médica. Una de las jóvenes que participaba en las ollas comunes asistió a un centro médico en septiembre. En el televisor de la sala de espera vio al joven que supuestamente había llegado de Antofagasta. Aunque en la pantalla aparecía con otro nombre, con el uniforme de Carabineros, con pelo corto y no con las trenzas que ella le conocía, lo reconoció de inmediato.

En septiembre de 2019, Canal 13 exhibió el capítulo de un docureality cuyo protagonista era un cabo segundo de Carabineros. Parte de ese capítulo es el que la joven de Lo Hermida vio en el televisor de la consulta médica. Era una promoción del canal que anunciaba la repetición del programa. Pero esa reiteración nunca se concretó. Ciper comprobó que Carabineros le solicitó al canal no volver a emitir ese capítulo.

El cabo segundo que operó como “Giovany” es oriundo de Alto Hospicio. Cuando apareció por Lo Hermida su aspecto era muy distinto al que tenía cuando protagonizó el programa de Canal 13. En su nuevo rol lucía trenzas azules, bigote y barba tipo candado. Un aro con expansión en su oreja y, después de junio, un tatuaje en su brazo derecho con un diseño alusivo a las protestas.

Los dirigentes sociales dicen que iba a reuniones y actividades durante una semana y luego desaparecía las dos siguientes. Su excusa era que trabajaba para contratistas de construcción y muchas veces debía salir de Santiago. De hecho, mantenía una cuenta de Facebook bajo la identidad falsa de “Giovany” —que fue eliminada después de que Ciper preguntó por él en Carabineros— en la que hacía alusión a viajes a Pucón (La Araucanía).

El modus operandi de “Giovany” es muy similar al que utilizó Carabineros en la “Operación Tarzán”, cuando en 2013 un agente fue infiltrado en una comunidad mapuche (vea el reportaje de Ciper “Informes reservados de Carabineros: así se infiltran los agentes encubiertos en la zona mapuche”). La Ley de Inteligencia faculta a la policía a utilizar agentes infiltrados sin autorización judicial, por lo que ninguna autoridad civil supervisa su accionar, el que se financia mediante fondos reservados.

Carabineros también solicita al Registro Civil la entrega de identidades falsas para que sean utilizadas por los agentes. Eso podría explicar por qué “Giovany” tenía una cédula y una cuenta RUT del BancoEstado, las que utilizaba para dar sustento a su historia. Desde el Registro Civil no respondieron las preguntas de Ciper.

Policía de "primera línea"

Antes de confirmar su identidad real por el programa de televisión, dos episodios alimentaron con más fuerzas las sospechas de los dirigentes de Lo Hermida. El primero fue una supuesta detención que "Giovany" sufrió después de una cicletada de conmemoración de los 50 años de la población. Al evento, el agente llegó con una enorme bandera mapuche. Luego de que la cicletada fue dispersada por Carabineros, se perdió su rastro. Comenzaron a llamarlo a su celular para saber cómo estaba, pero no respondía. Cuando finalmente entró la llamada, al otro lado de la línea no se escuchó su voz: "Se escuchaban puros pacos hablar y después cortaron. Nosotros pensamos que a este loco le estaban revisando el celular", dice una de las personas que escuchó ese llamado.

El agente explicó después que había sido detenido y que lo estaban acusando de portar un cuchillo. Incluso, apareció con un moretón en un brazo y un rasguño en el cuello, heridas que, según su versión, le había provocado la policía. Cuando le ofrecieron presentar una denuncia, se negó.

Un día después, el 6 de septiembre, temprano en la mañana, un integrante de la organización fue a dejarlo al aeropuerto. Les había contado que tenía que viajar al norte a ver a su familia. Pero apenas "Giovany" se bajó del auto, un radiopatrullas interceptó el vehículo. Al conductor le pidieron los documentos y luego revisaron los asientos, la maleta y hasta sacaron la rueda de repuesto, pero no encontraron nada. El joven que fue sometido a ese control cuenta: "Al final el paco va y me dice '¿sabís por qué te estamos controlando? A mí me mandaron a fiscalizarte. Si tú sabís en lo que andai metido… vo andai metido en protestas. Ten cuidado no más'".

La participación del agente "Giovany" en protestas violentas estaría acreditada en fotografías que él compartió con jóvenes de Lo Hermida para ganarse su confianza. En uno de esos registros aparece encapuchado al lado de una barricada en el norte del país. En otra figura, también encapuchado, durante manifestaciones en Plaza Italia. El particular color de sus ojos lo delata.

Algunos de estos registros los compartió en la cuenta de Facebook que utilizó bajo su identidad falsa desde fines de 2019, llamada "Charlie Charlie". Allí

había agregado a numerosas cuentas relacionadas con el estallido social, compartía memes y propaganda de la campaña “Yo no voto, me organizo”, que llama a la abstención en el plebiscito constitucional. En su cuenta también abundaban las bombas molotov y fotos de enfrentamientos de manifestantes con Carabineros.

En esa cuenta de Facebook el agente también cometió errores, como incluir en la inscripción de la página parte de su nombre real y darle “me gusta” a la cuenta del programa de Canal 13 que lo había entrevistado.

Fue a través de esa cuenta de Facebook que se acercó a las organizaciones de Lo Hermida. A mediados de mayo había comenzado a responder las publicaciones de una organización de ese sector: “Bkn cabros, arriba los que luchan”; “Excelente, los mejores”. Luego pasó a comunicarse por chat, pidiendo reunirse con los dirigentes de esa organización para ayudarlos. En paralelo, llegó a tatuarse con un vecino de la población, al que contactó por Instagram. Esa vez también contó que era de la “primera línea” de Antofagasta, que quería enfrentarse “con los pacos” y que andaba “detonao”.

Los participantes de la organización social de Lo Hermida que fue infiltrada por “Giovany” dijeron a Ciper que están preocupados: “Nos sentimos súper vulnerados, muchos lo invitamos a nuestras casas. Nos sentimos amenazados también, por el constante hostigamiento de la policía (…). Es como que quisieron inducirnos a participar en actividades provocativas, para inculparnos. Creo que uno de sus objetivos era que engancháramos con alguna de sus propuestas, como cuando nos propuso hacer una emboscada contra Carabineros. Y después nos podían hacer un montaje y presentarnos como los violentistas de Lo Hermida”, señaló uno de los dirigentes.

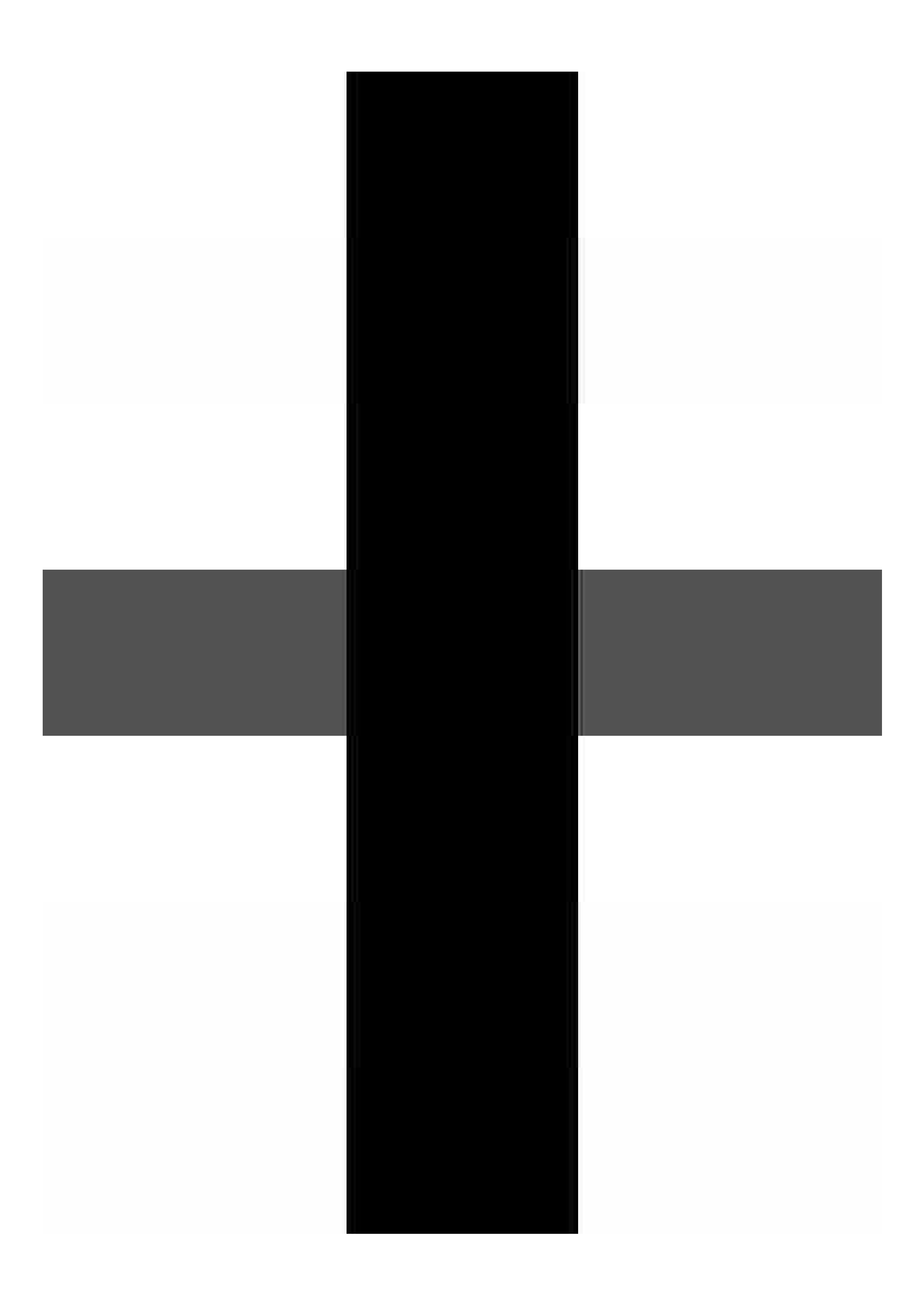
Los pobladores denuncian que hace meses sufren hostigamientos y seguimientos por parte de policías. “Para Carabineros las organizaciones sociales somos sus enemigos al interior del territorio”, dijo una joven, quien contó que cuando repartían canastas de mercadería durante el invierno pasado, constantemente eran seguidos por un retén móvil de Carabineros. Y que para ellos ya es habitual tener uniformados afuera de sus casas, o drones policiales sobrevolando los lugares en los que se reúnen.

Ángela, quien se presentó como coordinadora metropolitana de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, contó que ya presentaron un recurso de amparo

a favor de una integrante de la organización social de Lo Hermida por este caso: “Ella tiene presencia policial permanente afuera de su casa y la han estado buscando efectivos de la PDI, han ido a su casa citándola a ciertos lugares sin portar ningún certificado. Tampoco le han dicho por qué causa es. Ella declara que ha ido al cuartel de la PDI de Peñalolén y al de Providencia, y que allí le dijeron que no formaba parte de ninguna investigación y que no estaba citada a declarar”.

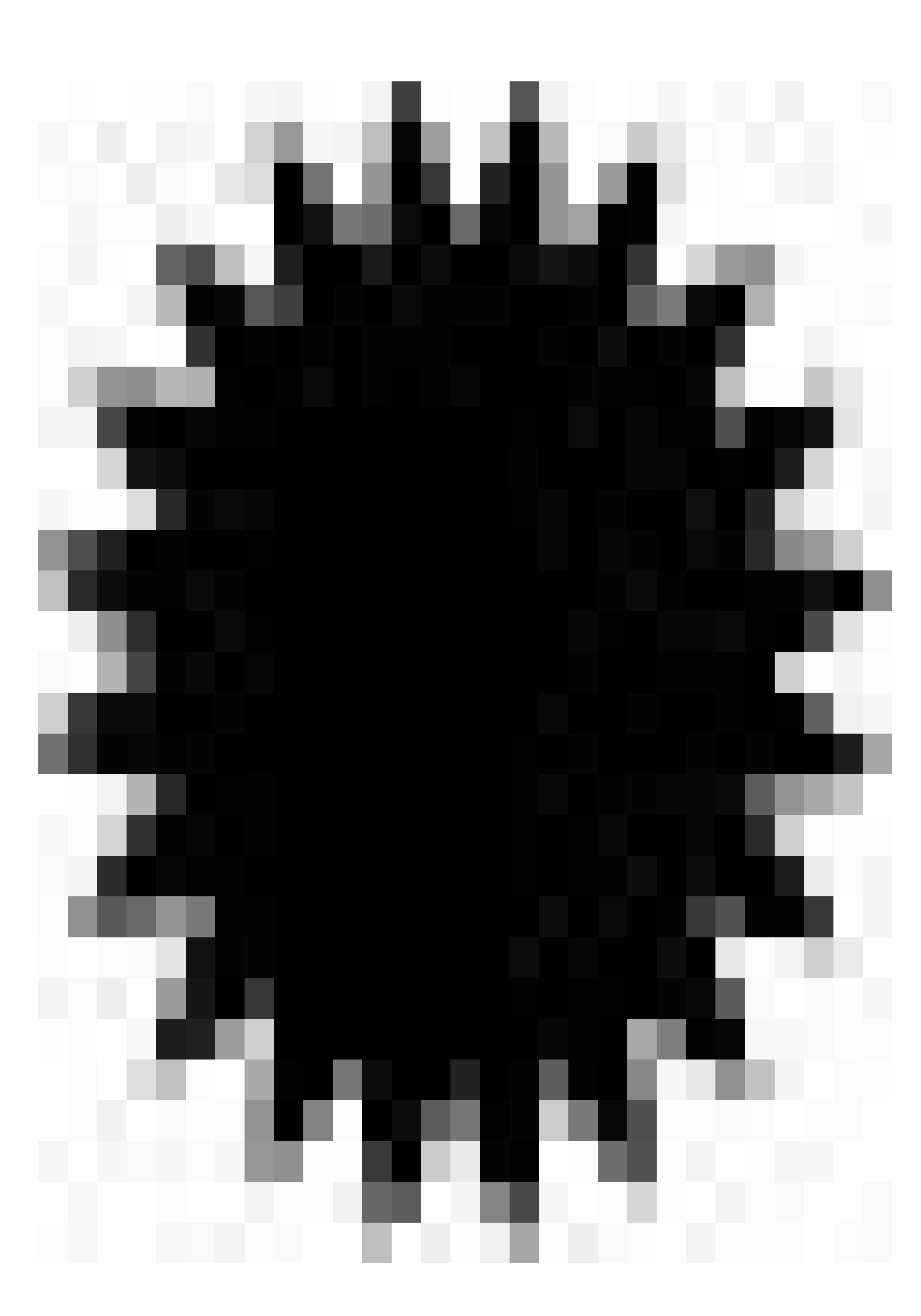
El año pasado, durante las protestas del estallido social, las organizaciones de Lo Hermida denunciaron a Carabineros por maltratos y vejámenes. Organizaciones internacionales, como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, visitaron la población para constatar in situ las denuncias, y el Instituto Nacional de Derechos Humanos anunció, en noviembre de 2019, la presentación de 20 querellas por violaciones a los derechos humanos en ese sector.

TRABAJOS NOMINADOS



REPORTAJES

CARABINERO EN CAÍDA LIBRE: LA HISTORIA DE MAURICIO JOFRÉ



Bastián Fernández y Pedro Thies

8 de octubre

The Clinic

Esta es de las historias que rara vez se ven en la prensa chilena desde el comienzo del llamado estallido social. Pero es de esas historias que muestran la madurez y apertura de un sistema periodístico donde hay lugar para el reconocimiento de "el otro", de sentir empatía y solidaridad y comprensión por los que en todos estos meses han sido vistos por muchos como máquinas sin corazón y con poco cerebro, ocultos tras cascos y máscaras, los personajes que eran vistos como un todo amorfo y uniforme: los pacos.

Esta es la historia de un carabinero destrozado por la institución en la que creyó, en la que puso su ilusión, su vida, su vocación. Mauricio Jofré ingresó a Carabineros para seguir la tradición familiar y cumplir el rol social de la institución. pero cuando vistió el uniforme finalmente en 2017 se encontró con una realidad muy distinta a la que escuchaba en casa. Primero fue el "Pacogate", luego los malos tratos de sus superiores y el ataque recibido durante el estallido social.

En febrero del 2020 se suicidó. En este valiente perfil se quita su historia de la lógica de la cobertura maniquea de buenos y malos, para mostrar la fragilidad y los problemas mentales en un personaje con quien un lector puede terminar identificándose sin haberlo previsto al comenzar la lectura.

12 de febrero de 2020, calle Brown Norte, Ñuñoa.

—¡Me lo mataron! ¡Ellos me lo mataron! —gritó Luisa Leal (57) llorando al ver a su hijo, el subteniente de Carabineros Mauricio Jofré Leal (26), en el piso y con una camisa en su cuello en el departamento de una de sus hijas. Su marido, el coronel en retiro de Carabineros, Pedro Jofré Montero (62), intentó calmarla y buscó ayuda.

Cerca de las 19:00 horas, la Central de Comunicaciones de Carabineros (Cenco) había recibido el llamado. Al lugar fue el subteniente Carlos Salazar y el carabinero Matías Rodríguez acompañados por una ambulancia. La enfermera Rosario Jiménez subió al departamento lo más rápido que pudo. Intentó reanimar a Jofré por 30 minutos.

Los padres comenzaron a dar la noticia a sus cercanos. Sus hijas, las capitanas de Carabineros Luisa (38) y Daniela Jofré (35) estaban en Curicó. Al enterarse viajaron a Santiago. Pedro Jofré Leal (31), el otro hijo de la familia se encontraba en Iquique, lugar al que fue destinado por el Ejército. Él fue quien advirtió a sus padres que algo pasaba con su hermano. Horas antes, Jofré le había mandado un mensaje despidiéndose y días atrás le comentó a su familia que quería ir al psicólogo. No se sentía bien.

A las 19:30 llegó la PDI a realizar los peritajes. A esa hora la información ya había sido compartida en los diferentes grupos de Whatsapp de los funcionarios de Carabineros: uno de ellos había caído. Comenzaron a circular versiones.

Ese 12 de febrero, los Jofré-Leal no solo perdieron al menor de su familia, también comenzaron a ver un lado desconocido de Carabineros, ese que en los más de 30 años de su relación con la institución notaron por primera vez.

Los primeros golpes

2012. Cuando Mauricio Jofré cursaba tercero y cuarto medio en el instituto 2 x 1 Tabancura de Providencia, le contó a su familia que quería ser carabinero.

Para ellos no fue sorpresa: toda la familia era uniformada. Pero a diferencia de ellos, él quería estar en la calle y no en una oficina.

Su papá cuenta que le aconsejó postular al Ejército, como lo hizo su hermano Pedro. O que mejor estudiara una carrera, porque le podían pagar cualquiera. Tenía miedo de que le pasara algo en la calle.

Jofré terminó escogiendo la Escuela de Oficiales de Carabineros. Ingresó el 16 de enero de 2013. Estaba feliz. En su primer fin de semana de franco, amigos del carabinero comentan que los fue a ver a sus casas con el uniforme puesto y que lo vestía orgulloso. Su familia creó un chiste: era capaz de usarlo como pijama.

Sus compañeros de Escuela comentan que era sociable y que nunca lo vieron solo. Durante su etapa de formación conoció a Monserrat Echeverría, hija de Flavio Echeverría, uno de los cabecillas del "Pacogate". Con ella comenzó una relación en 2014. Fueron una de las parejas más conocidas de su generación. Ambos eran hijos de carabineros de alto rango, sociables y atractivos: carabineros de poster.

Egresó de la Escuela en 2016. Durante su etapa formativa fue destinado en 2015 al norte, por los aluviones de marzo, lo que reforzó una idea que escuchó de niño: que ser policía era motivo de orgullo, fuente de estatus social.

En noviembre de 2016, le avisaron que su primera unidad sería la 37ª Comisaría de Vitacura. Se sentía motivado por su debut.

02 de enero de 2017. Mauricio Jofré vestido con su uniforme, se reunió a las 07:00 am con dos compañeros de la Escuela de Formación, en la casa de uno de ellos. También habían sido destinados a la 37ª. Los tres estaban nerviosos. Era su primer día.

A las 08:00 am se presentaron en la 37ª. Cuando llegaron los hicieron pasar al casino. Les preguntaron sus nombres, dónde vivían, a qué se dedicaban sus papás y qué cosas hacían en su tiempo libre. Según carabineros de la unidad, ese día Jofré saludó a la capitana Claudia Iglesias, quien lo miró a los ojos y le dijo "te pareces tanto a tu hermana, así que no te preocupes, estás abonado". Él quedaba protegido de "caerse al ácido", es decir, no le darían más trabajo que al resto.

Iglesias había conocido a su hermana, Daniela Jofré, en la Escuela de Carabineros, cuando ambas ingresaron en 2006.

En Carabineros, según explican funcionarios, a los recién egresados y en especial a los oficiales de bajo rango como Jofré se les sobreexige. Según la lógica interna, de esa forma creen que los nuevos aprenderán más rápido, fórmula que ha encontrado cierta resistencia entre los más jóvenes.

Al subteniente le fue bien en sus primeros dos meses. El 11 de febrero de 2017 recibió en su hoja de vida una anotación positiva por "la captura de 10 delincuentes, recuperación de especies, incautaciones de vehículos y herramientas".

El 6 de marzo de 2017, estalló el "Pacogate". Un escándalo de malversación de fondos que venía desde 2006. Primero se habló de un fraude que bordeaba los ocho mil millones de pesos. Luego, la cifra aumentó a más de 28 mil millones de pesos, dinero que se usó para la compra de vehículos, propiedades y otros bienes por parte del alto mando. Fue el primero de una seguidilla de desprestigios para la institución, que afectaba, sobre todo, a quienes trabajaban en la calle.

Una semana antes de que se conociera públicamente el caso, Monserrat Echeverría terminó con Jofré. Le comentó que estaba con un capitán del Grupo de Operaciones Especiales (GOPE). El golpe fue duro. Dentro de la institución el personal del GOPE es admirado por su valentía y preparación.

Cuando se enteró del rol de su exsuegro en el "Pacogate", Jofré no lo podía creer, según sus amigos. Les decía que ellos se veían como una familia humilde y que solo le extrañaba que su casa fuese grande. Según la investigación judicial, el oficial Flavio Echeverría falsificó documentos de Carabineros entre 2008 y 2012, además se quedó con cerca de $ 420 millones de pesos de la institución. Sobre el "Pacogate" tenía una visión clara: "por culpa de unos pocos, cagamos todos", cuentan sus compañeros de la 37ª.

El día en que estalló en la prensa el fraude, Jofré junto a otros compañeros tomaba desayuno en el casino de la 37ª. En ese momento, testigos dicen que él, la capitana Iglesias y un prefecto, comenzaron a hablar del caso. Iglesias comentó que los carabineros del grupo Intendencia, los que están ligados al fraude y al que pertenecían el papá y hermanas de Jofré, eran todos ladrones, palabras que compartió el prefecto. Al escuchar eso, el subteniente golpeó la

mesa diciendo que ponía las manos al fuego por su familia. Sus compañeros intentaron calmarlo, para que no recibiera una sanción administrativa, pero él se levantó de la mesa.

El mismo día en la tarde, Jofré llegó al departamento a contarle a sus papás lo ocurrido. Al otro día su papá se presentó en la 37ª para hablar con el prefecto. Tuvieron un encuentro a puertas cerradas. Él se arrepintió de sus palabras y pidió disculpas. Les dijo que estuvo mal al generalizar. El subteniente se libró de sanciones, pero quedó en la mira de sus superiores directos: el papá lo había ido a defender.

Por el fin de su relación y el "Pacogate" quedó dolido, según cuentan sus cercanos. Un compañero de la 37ª recuerda que "me tocó verlo llorar de la nada muchas veces mientras estábamos de turno o almorzando en la unidad. En esa etapa andaba con la cabeza en otra".

Compañeros de Jofré comentan que desde el episodio del casino comenzaron malos tratos por parte de la capitana Iglesias. Ella comenzó a decirle al subteniente que tenía privilegios por tener familiares del alto mando. Cuando no atacaba a su familia, le decía "¿cómo pudiste haber estado con ella?", por la hija del general Echeverría, recuerda un compañero de unidad. También agrega que lo dejaban trabajando más horas que al resto.

A Jofré también le hacían presentar varios oficios por semana. En Carabineros los oficios se utilizan para que un funcionario con más años de antigüedad le pida explicaciones por escrito a un subalterno por situaciones ocurridas durante una jornada laboral. Esto no necesariamente corresponde a un llamado de atención. Pese a que no se trata de una amonestación, puede servir como puerta a un sumario interno y a una posterior sanción, dependiendo del caso.

Iglesias también estuvo en la muerte de Manuel Gutiérrez, quien falleció en una manifestación en Villa Jaime Eyzaguirre, Macul, el año 2011, durante las movilizaciones estudiantiles de ese año, otro hito en el desprestigio de la institución en la última década. Ella encubrió al exsargento Miguel Millacura, quien le disparó a Gutiérrez con un arma UZI, según señala el fallo del Juzgado Militar en 2014. Fue dada de baja ese mismo año, pero apeló por fuero maternal y regresó a la institución.

David Hernández, amigo de Jofré, comenta que el hostigamiento al subteniente

no paró ni en sus tiempos libres. “Perdí la cuenta de las veces que estábamos carreteando con Mauricio cuando había salido de la pega o estaba libre, y la capitana Iglesias lo llamaba por teléfono para pedirle completar informes o decirle que debía presentarse en la comisaría”, recuerda.

Según relata personal de la 37ª comisaría, a Iglesias le molestaba la relación de Jofré con los carabineros de menor rango, ya que trataba a todos por el nombre cuando en la institución se suele referirse a un compañero por el apellido. Además, el subteniente se caracterizaba por ser directo y hacer notar las situaciones que no le parecían.

Para este reportaje en varias ocasiones se intentó hablar con la capitana Claudia Iglesias, pero se negó a entregar su versión.

Entre finales de noviembre y principios de diciembre de 2018, a Jofré le comunicaron que sería trasladado a la 32ª Comisaría del Tránsito, ubicada en calle Santo Domingo, Santiago. Al enterarse le contó a su familia y amigos la noticia. Ellos estaban felices porque ya no estaría cerca de Iglesias. Una de sus amigas comenta que “estaba feliz porque ahora iba a andar en moto todo el día”.

Volver a empezar

2 de enero del 2019. Arriba de una moto BMW Gs 700, Mauricio Jofré patrullaba por la Alameda. Era su primer día en la 32ª Comisaría del Tránsito. Vestía chaqueta verde y lentes de aviador. Era parte de la “comisaría de los pacos bonitos”, así se le conoce internamente a la 32ª, en la que sus funcionarios constantemente son fotografiados y aparecen en los medios. Ahí sus labores fueron: patrullar; fiscalizar a los carabineros que estaban bajo su mando, los que por lo general eran entre 20 y 30, y hacer papeleos. Estos últimos podían ser informes sobre las distintas situaciones del día, armar el registro de los partes emitidos, entre otros. Respecto a sus turnos —los que por lo general se alargaban— se dividían en dos: de seis de la mañana hasta las tres de la tarde, y de las tres hasta las nueve de la noche.

Cercanos al subteniente comentan que los primeros meses en la 32ª fue feliz. Estaba lejos de los hostigamientos de la 37ª, recorría Santiago en moto y logró

mantener sus actividades fuera del trabajo: jugar fútbol, salir a fiestas, a estas por lo general iba con amigos carabineros a bares y discotecas como Red Light, Blue Light, Las Urracas, Teclados y Club Eve. También practicó paracaidismo desde 2018.

A finales de marzo de 2019 comenzó a reclamar por las condiciones laborales. Durante sus patrullajes Jofré y sus subalternos no podían ir al baño y tampoco podían comprar comida. Además, en las mañanas no tenían un horario para tomar desayuno, por lo que el motorista comía a escondidas en la calle, o en la 1ª y 3ª Comisaría. Según personal de la 32ª, el reclamo de Jofré era justo, pero lo hizo alzando la voz, algo que no les gustó a sus superiores y afectó al clima laboral.

Los altos mandos de la 32ª —el mayor Carlos González, los capitanes Cristián Moraga, Fernando Norambuena y Luis Marchant— no eran personas con mucha paciencia. Cuentan que a ellos les gustaba tener a sus carabineros en la calle, en especial a González. Norambuena era burlesco, molestaba al subteniente por hacer paracaidismo, le decía “para qué haces eso, si no te sirve para nada”, detallan testigos.

A mediados de 2019, los estudiantes secundarios comenzaron a manifestarse por el proyecto “Aula Segura”, el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, más conocido como TPP11 y por una mejor calidad en su educación. Las marchas modificaron el tránsito, por lo que en la 32ª tuvieron más trabajo. Los turnos de Jofré se empezaron a extender y cada vez salía menos. Un amigo del subteniente comenta que el motorista llegaba tarde a las fiestas y se iba temprano. Se comenzó a quedar sin su válvula de escape.

El trabajo tenía estresado a Jofré, cuentan sus cercanos. Además, la relación de Carabineros con la ciudadanía estaba debilitada. El “Pacogate” en 2017, la muerte del comunero mapuche Camilo Catrillanca y el Caso Huracán al año siguiente, tenían la imagen de la institución por el suelo, lo que empezó a tener efectos prácticos en la vida privada de los policías. Jofré, que antes no se sacaba el uniforme, empezó a ocultarle a la gente nueva que conocía el hecho de ser carabinero. “Tenía miedo de ser criticado antes de que lo conocieran”, señala una de sus amigas. Su familia dice no haber visto que negara a la institución.

El 18 de octubre del 2019 Jofré terminó su primer turno y se fue a la 32ª, cerca de las 14:00 horas. Los estudiantes secundarios estaban realizando

manifestaciones tanto dentro como fuera de las estaciones de la Línea 1 del Metro. A las 15:30 la batalla entre carabineros y estudiantes ya estaba totalmente desatada, por lo mismo se les solicitó a los uniformados que se replegaran para evitar más lesionados, de ambos bandos. Cuando iban de vuelta, se avisó por radio que un cabo de la 32ª estaba acorralado entre manifestantes en la intersección entre la calle Manuel Rodríguez con Alameda.

Jofré escuchó la información por radio y se fue en moto al lugar para intentar sacar al cabo, según cuenta personal de la 32ª. Al llegar se dio cuenta que solo no podía, por lo que pidió refuerzos por radio. Nadie llegó. En el lugar se encontraba un grupo de manifestantes, los que estaban armados con palos y piedras. En ese momento, uno de los manifestantes lanzó un pedazo de concreto que impactó en la parte trasera del casco del subteniente. Jofré alcanzó a avanzar un par de metros hasta que producto del impacto perdió el equilibrio y se desplomó en el pavimento. En medio de toda esa secuencia el cabo, atemorizado por la situación, alcanzó a escapar justo del enfrentamiento. Mientras que el grupo de manifestantes, aprovechando que el motorista se encontraba en el suelo, se acercaron a él gritando: “¡Maten al paco culiao!”. Jofré confundido solo atinó a proteger su arma de servicio.

Un carabinero que llegó después se acercó a él, lo tomó y avisó por radio, para que se llevaran a Jofré en ambulancia al servicio de urgencia más cercano, en este caso la Posta Central. Al llegar al Centro de Urgencias Jofré estaba inconsciente. Los carabineros que seguían en servicio no sabían qué hacer. Las manifestaciones de ese día fueron históricas y las autoridades se vieron sobrepasadas, al punto que el presidente Sebastián Piñera decretó Estado de Emergencia.

La noticia de que Jofré había sido atacado y se encontraba en la Posta Central comenzó a circular mediante los grupos de Whatsapp de carabineros. Alguien leyó esta información y contactó a la hermana del subteniente, la capitana Daniela Jofré, para contarle. Ella pidió permiso para salir de su trabajo y llamó a su hermana Luisa Jofré. Luego, gestionó todo para que trasladaran a su hermano al Hospital de Carabineros (Hoscar).

A eso de las 19:00 horas, Mauricio Jofré fue llevado en ambulancia hasta el Hoscar. En el traslado lo acompañó Daniela Jofré. Durante ese viaje Jofré recuperó la conciencia. Solo decía: “¿Dónde está mi armamento? Si lo pierdo me van a sancionar”.

Una nube cuelga sobre mí

Jofré quedó hospitalizado en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) del Hoscar el 18 de octubre. Estuvo ahí cinco días. Su diagnóstico fue un traumatismo encéfalo craneano.

El 19 de octubre Jofré fue visitado en el Hoscar por el general director de Carabineros, Mario Rozas. El general director se tomó una fotografía con el subteniente, la que fue subida a las redes sociales de Carabineros, en ella Rozas le da la mano al motorista, quien aún estaba en camilla. El carabinero nunca recibió apoyo de la institución, ni pudo recordar nada de lo que pasó la tarde del 18 de octubre, ni del encuentro con la máxima autoridad de Carabineros, según cuenta su familia y amigos.

Para este reportaje se contactó al general director Mario Rozas, pero se negó a entregar una versión por temas de agenda.

Tras el ataque, Carabineros realizó una investigación interna para determinar si las lesiones del subteniente ocurrieron en acto de servicio. La familia dice que no se aplicó el artículo 90 de la ley 18.834 del estatuto administrativo que dice que "los funcionarios tendrán derecho, además, a ser defendidos y a exigir que la institución a que pertenezcan persiga la responsabilidad civil y criminal de las personas que atenten contra su vida o su integridad corporal".

Después de la hospitalización Jofré estuvo con licencia médica en su casa. Según cuenta su mamá, se quedó en su pieza con las cortinas cerradas, y las pocas veces que hablaron del ataque, le decía llorando que pensó que iba a morir. Además, comenta que en esos días "unos capitanes lo llamaban constantemente para decirle que tenía que regresar y que no fuera cagón. Yo le insistí para que se esperara, que debía recuperarse, pero esos oficiales no lo dejaron tranquilo".

En el tiempo que Jofré no estuvo en la 32ª otros compañeros debieron cubrir sus turnos. Personal de la Comisaría de Tránsito comenta que, por lo general, tratan de no faltar porque eso significa una carga extra para otro funcionario. Los jefes

suelen presionar con esa culpa, aunque a veces ni hiciera falta: el mismo Jofré veía por televisión cómo terminaba cada marcha y cómo la valoración social de Carabineros caía a niveles históricos por denuncias de violaciones a los derechos humanos en el marco de las protestas.

A principios de noviembre a Jofré se le terminó la licencia y volvió a trabajar. No le hicieron ningún examen psicológico para saber si estaba apto para volver a la unidad, cuenta su familia. Para ellos él tuvo un estrés post traumático no diagnosticado. Después de sus primeros turnos, le contó a su papá “que le temblaban las manos al subirse a la moto de servicio y que el corazón le latía fuerte”. La mamá del subteniente dice que por primera vez lo escuchó decir que tenía miedo de salir a la calle.

Por la contingencia, las funciones de Jofré cambiaron. En las mañanas debía fiscalizar el tránsito, para luego patrullar por la Alameda, en el sector del Metro Los Héroes, lugar donde fue atacado. En las tardes, muchas veces quedó de punto fijo en la Plaza Baquedano. Sus turnos comenzaban a las seis de la mañana y terminaban cerca de las 22:00 horas.

Según se menciona en la Circular Digcar N° 1.533 del reglamento de Carabineros, cuando un uniformado se lesiona en horario laboral, el subcomisario de servicio tiene la obligación de fijar los servicios del funcionario acorde a su condición hasta que esté totalmente recuperado psíquicamente. Esto no ocurrió con Jofré, según cuenta su familia y personal de la 32ª, ya que debió patrullar en el sector que fue agredido. En su ficha del Hoscar no registra atenciones psicológicas.

Un alto mando de la 32ª Comisaría desmiente los malos tratos señalando que a Jofré siempre lo apoyaron después del ataque.

Personal de la 32ª comenta que la unidad fue un caos durante el estallido social. Andaban todos de mal humor por la falta de sueño, algunos incluso se quedaban a dormir en la comisaría, ya que no les alcanzaba el tiempo para hacerlo en sus casas. También dicen que muchas veces debieron cuidar el cuartel en las noches por amenazas de ataques.

Un informe de Human Rights Watch de noviembre del 2019, menciona que Carabineros durante el estallido social cometió graves violaciones de derechos humanos, que incluyeron uso excesivo de la fuerza en las calles y abusos en la

detención de manifestantes. Las largas jornadas laborales de hasta 16 horas, sin descanso ni remuneraciones de horas extras, fueron unas de las principales razones de estos actos según el reporte. Además, se indica que de los 20.000 carabineros que estuvieron en las calles durante el 18-O, solo 1.400 eran miembros de las Fuerzas Especiales, unidad encargada para este tipo de labores. En el informe se dice que algunos funcionarios tuvieron apenas un día de capacitación.

Según información obtenida por Ley de Transparencia, Carabineros cuenta con 32 psicólogos y 19 psiquiatras para los más de 60 mil funcionarios que trabajan en la institución, según datos de la Cuenta Pública de Carabineros de Chile de 2019. Además, también atienden a los familiares de los uniformados.

Néstor Tobar, presidente de la Organización Ex Carabineros de Chile (Excar), dice que durante el estallido social "los carabineros vieron en el alcohol una forma de refugiarse, para matar el hambre y la angustia. Yo tengo un teléfono en el que carabineros me mandan denuncias anónimas, ahí ellos me dicen que sienten dolor porque la institución y el Gobierno los han abandonado. Además, han sido explotados".

Mediante datos obtenidos por Ley de Transparencia, se consigna que entre el 18 de octubre y el 25 de marzo de 2020 la institución aceptó 260 licencias por salud mental en todo el país. Además, entre el 18 de octubre del 2019 y el 30 de junio del 2020, 1.430 familiares de carabineros asistieron a citas con psicólogos de la institución. Según cuenta personal de Carabineros, esto se dio porque ellos empezaron a tener problemas, incluso a sus hijos los molestaban en el colegio. Tobar señala que "la ciudadanía odia a los carabineros y ellos a la ciudadanía, después del estallido social. Me he dado cuenta de que se ha perdido el respeto mutuo y hay un descontrol de los organismos del Estado".

El ataque y el estrés cambiaron la personalidad de Jofré, según detallan sus amigos. "Lo vi más irritable y enojón, al menor problema se molestaba. No conversé puntualmente con él de cómo lo del Estallido lo había afectado en la parte mental. Quizás, porque siempre los carabineros tratamos de ser y mostrarnos fuertes", comenta Daniel Millas.

Su mamá comenta que verlo trabajar después del estallido fue muy difícil. Señala que lo más que más resaltaba de la cara de su hijo eran sus ojeras, además que llegaba muy cansado. "Ni siquiera podíamos fumarnos nuestro cigarro en la

terraza, porque tenía que responder informes a sus superiores”.

Durante el estallido, el subteniente publicó en sus redes sociales que estaba harto de leer críticas al personal de Carabineros. También dijo que no todos eran iguales y que él no apuntaba con el dedo a las personas por su profesión.

Trinidad Gen, una de sus amigas, comenta que ella posteó mensajes contra Carabineros y que Jofré la bloqueó de sus redes sociales. “Él hizo lo mismo con muchas personas. Por un amigo me enteré de que fue por su salud mental, no podía ver esos comentarios porque le estaba afectando mucho”, dice.

“Antes había un estándar de prestigio en Carabineros, estaba bien visto ser parte de la institución. La confianza se trabaja día a día, pero se pierde en un minuto. Eso pasó con el estallido social. Va a costar mucho recuperar la confianza de las personas”, comenta Marcos Herrera, suboficial retirado.

Durante el estallido social, algunos carabineros comenzaron a abandonar la institución. Según datos obtenidos por Ley de Transparencia, desde el 18 de octubre de 2019 hasta el 30 de julio del 2020, 779 carabineros han pedido su retiro. De ellos 72 son oficiales y 707 suboficiales.

Esteban Infante, suboficial en retiro y director de Defensoría Solidaria Policial confirma que muchos carabineros han dejado la institución desde que comenzó el estallido social: “Si esto sigue de la misma forma, con el poco respaldo de los altos mandos y el Gobierno, va a haber una fuga masiva dentro Carabineros. Por eso ellos inventaron, y de forma totalmente arbitraria, una sanción para que los oficiales que se retiraran a los cinco años de servicio tengan que pagar una multa de casi $ 30 millones si quieren abandonar la institución. Esto antes del 18-O no existía. Lo de octubre generó una crisis interna”.

En diciembre, Jofré comenzó a hablar con sus cercanos de una posible salida de Carabineros. Sus amigos le recomendaron aguantar unos meses, ya que supuestamente el estallido social iba a pasar y las cosas cambiarían. Hizo caso a los consejos y se quedó. David Hernández recuerda que “su plan era hacer un emprendimiento relacionado con el paracaidismo. De hecho, varias veces me pidió que lo ayudara con eso”.

Del 2 al 11 de enero Jofré junto a su hermano Pedro Jofré se fueron de vacaciones a Colombia: fue un alto en la tormenta, pero cuando volvió ya de nuevo no tenía tantas ganas de seguir en Carabineros.

El fin

El viernes 24 de enero, Jofré se juntó con un amigo carabinero cerca de las 20:00 horas en Barrio Italia. En esa junta se rieron y se pusieron al día con sus vidas. "Me dijo que algunos oficiales lo trataban mal por decir que no se sentía bien al subirse a la moto. Le dije que no fuera leso y que no le importara lo que dijeran y que care' palo fuera al psicólogo. Pero me respondió que mejor no, porque no quería más atados", dice. Esa fue la última vez que se vieron y conversaron.

Personal de Carabineros comenta que dentro de la institución existe miedo a las licencias psicológicas, porque los pueden dar de baja por considerarlos incapacitados para sus labores. El Reglamento de Carabineros, en el artículo 18° de la sección Feriados, Permisos, Licencia y Otros Beneficios dice que "una Comisión Médica podrá pronunciarse sobre si el estado de salud de algún funcionario es o no recuperable. Si no lo fuere, deberá retirarse de la institución dentro del plazo de seis meses, a contar de la fecha en que se le notifique la resolución por la cual se declara la irrecuperabilidad".

Según datos obtenidos por Ley de Transparencia, desde el 18 de octubre de 2019 hasta el 5 de abril del 2020, 238 personas han sido desvinculadas de Carabineros. Dentro de las principales razones está la categoría "No Corresponde/No Registrado", la cual agrupa imposibilidad física, fallecidos, rendimiento académico y ética, en la que se registran 150 personas (63 %).

El 25 de enero, Jofré se tiró por última vez en paracaídas. Daniel Millas, su compañero en esta actividad, dice que ese día estaba feliz y que pudo hacer el salto "Big Way", que consiste en que cuatro paracaidistas se juntan en el aire y forman una figura.

La tarde de ese día, el motorista se reunió con David Hernández en Santiago. Durante su junta fueron a comprar bebidas a un minimarket que se encuentra ubicado en Carlos Antúnez con Nueva Providencia. En el trayecto, Jofré vio en un mural la frase "paco violador". Al leerla, se descontroló. Le dijo a Hernández, "estoy aburrido de que todo el día me traten de violador. ¡Yo no he violado a nadie!". Su amigo, sorprendido, le respondió "para qué pescas esas cosas", a lo que el subteniente contestó "sí, pero cuando te gritan eso todo el día, te escupen

y recibes piedrazos por la espalda o en la moto, uno se chatea’”.

31 de enero. A las 22:00 horas Jofré recibió un llamado de la cabo segundo Estefany Méndez, debido a que debía trasladarse junto a tres funcionarios más a las intersecciones entre Avenida Santa Rosa con Alameda y San Antonio, para activar el tránsito en ese sector. A esa hora se estaban realizando manifestaciones por la muerte del barrista de Colo-Colo, Jorge Mora, quien fue atropellado por un carabinero el 29 de enero a las afueras del Estadio Monumental.

Según relata Jofré en un oficio de Carabineros, al que se tuvo acceso para este reportaje, esa noche “no era posible despejar la zona, debido que en el lugar había una barricada y un grupo de manifestantes”, que en palabras del subteniente “se expresaban agresivamente”. Cuando vio que en la Alameda manifestantes comenzaron a lanzarles latas de cervezas para acorralarlos, avisó a Comando y Control la situación. No le respondieron. Así que avisó por radio que el personal debía irse al área de seguridad.

En la Alameda con Morandé se encontró a la mayor Estrella Sotelo de la 57ª, quien en ese momento estaba recibiendo instrucciones por teléfono del Jefe de Zona Metropolitana Oeste, el general Enrique Monrás. En el lugar también se encontraba el capitán Luis Marchant. Al ver a este último, el subteniente bajó de la moto, y se le acercó alterado gritando: “¡Mi capitán, mire como estoy todo mojado y golpeado! Normalice esto rápido. Por la seguridad de nuestro personal. ¡Ya basta de arriesgar sin los medios de protección necesarios!”.

La mayor de la 57ª le dijo a Marchant “¿Vas a dejar que un suche te trate así?”. El capitán lo retó y le pidió al motorista tomar tres pasos de distancia en posición firme para retarlo.

Tras el reto, Jofré volvió a decir que no podía seguir en el lugar. Se estaba arriesgando demasiado. No quería ser atacado como el 18 de octubre.

“En Carabineros la salud mental no es prioridad. Los recursos están destinados a funcionarios activos que tienen que controlar protestas y herramientas de dispersión como guanacos, lacrimógenas, etc. En la institución aún persiste la imagen de los carabineros como hombres de hierro por parte de los funcionarios más antiguos. Sin embargo, eso ha ido cambiando con las nuevas generaciones”,

comenta un exespecialista del área de salud mental del Hoscar.

Un subteniente señala que durante los días del estallido social no hubo ninguna preparación ni charla previa enfocada al odio que recibían diariamente. Desde los altos mandos les dieron la instrucción de aguantar lo que más pudieran y replegarse cuando las cosas se pusieran complejas. Pero si alguien abandonaba su zona, lo retaban igual por dejar su puesto, como le pasó a Jofré a finales de enero.

En la primera semana de febrero, Jofré comenzó a subir publicaciones relacionadas a su cumpleaños, el 19 de febrero. Según su amigo David Hernández, el subteniente estaba muy motivado. Quería hacer algo grande en el que estuvieran todos sus amigos y conocidos.

La semana del 3 de febrero, Jofré le comentó a su familia que quería irse de Carabineros. A su mamá no le sorprendió. Ella lo notaba cansado y aburrido de su trabajo. Su hermano, hermanas y papá le aconsejaron seguir más tiempo en la institución. Tenía seis años de servicio y desde los 20 años se podía retirar pensionado. Además, había reservado un departamento que se estaba construyendo en Macul, cerca del Inacap de Vicuña Mackenna, y abrió su libreta de la vivienda con Carabineros. Alcanzó a juntar $ 1.073.863 y tenía una deuda de $ 5.026.508 por un crédito de consumo por la compra de una moto, según se indica en el Sumario Administrativo de los beneficios que debía recibir su familia después de su muerte.

Jofré también le dijo a su familia que quería ir al psicólogo. Sus hermanas buscaron una hora en el Hospital de Carabineros, pero no quedaban. Su única opción era ir después de las 18:00 al Hoscar, en caso de que tuvieran a un especialista disponible en Urgencias. Esa hora no calzaba con sus turnos. No quiso pedir permiso, para evitar las burlas de sus superiores. Además, ir significaba que alguien debía cubrir su turno y no quería darle más carga laboral a algún compañero.

Sobre la salud mental de carabineros, desde comunicaciones de la institución comentaron que están construyendo una unidad de hospitalización psiquiátrica de corta estadía. Además, cuentan con telemedicina.

Según la familia Jofré-Leal, el subteniente se veía cansado por lo que pidió que le dieran franco el 12 de febrero. Una fuente de la 32ª comenta que le costó

convencer a sus superiores. Esa noche se juntaría con dos amigos en Barrio Italia para buscar algún local en el que festejaría su cumpleaños.

El mismo 12 de febrero, su familia celebraría el cumpleaños de su papá, en Curicó, en la casa de unos tíos del subteniente. El motorista avisó que no asistiría. El día anterior, su hermana Luisa Jofré viajó a Curicó. El motorista le pidió el departamento para hacer una fiesta esa misma noche e intercambiaron autos. Ella se lo prestó.

Para la junta en el departamento llegaron dos amigos y tres amigas del subteniente. Todos carabineros: es otro de los efectos del desprestigio social de Carabineros, se terminan juntando socialmente solo entre ellos. Esa noche, se hicieron algunas fiestas y juntas de uniformados, a la que Jofré no fue invitado. Un amigo carabinero del motorista que organizó una de ellas, dice que no lo invitó porque se le olvidó. Pero que todos estos meses se ha preguntado qué hubiera pasado si lo llamaba para que fuese a su casa.

Esa noche Jofré y sus amigos bebieron alcohol, comieron, conversaron de la vida, se rieron, escucharon música a lo máximo que daba el parlante, incluso, los llamaron de consejería para bajar el volumen, bajo amenaza la llamar a Carabineros. También fueron a una discoteca. Las cinco personas que lo acompañaron se quedaron a dormir en el departamento.

Las personas que estuvieron con Jofré dicen en la carpeta de investigación de Fiscalía que esa noche estaba triste, no era el de siempre. También señalan que bebió poco en comparación a otras fiestas y que intentaba darse ánimo con la celebración de su cumpleaños.

Jofré y sus amigos se acostaron cerca de las 06:00. A las 10:00 le hizo una videollamada a su amigo Daniel Millas. Le contestó para decirle que estaba durmiendo y le colgó. Millas dice que no recuerda mucho de ese momento, porque tenía mucho sueño. Minutos después, Jofré posteó en Instagram una foto en la que sale con su traje de paracaidismo, sonriendo y con la frase “lo que más amo en la vida”.

Al mediodía, se fueron del departamento los amigos del motorista. A esa misma hora, Daniel Millas le devolvió el llamado, pero Jofré no le contestó. En ese momento le llegó un mensaje al subteniente de la Comisaría del Tránsito para presentarse en la unidad a terminar un procedimiento de cadena de custodia.

Jofré salió del departamento cerca del mediodía en el auto de su hermana. Iba solo. No volvió al edificio hasta las 15:30. En el transcurso cargó bencina en una bomba de Irarrázaval cerca de las tres de la tarde.

Cuando volvió al departamento, envió mensajes a su familia y a sus amigos más cercanos. Escribió que los quería mucho y aprovechó de agradecerles por todo. "Los cuidaré desde el cielo" fue lo último que decía el mensaje junto a una lista de personas de las que se despedía.

Su hermano leyó el mensaje. Comenzó a llamar a su familia y les pidió que fueran al departamento. Sus padres iban camino a Curicó para celebrar el cumpleaños del coronel. Se devolvieron lo más rápido que pudieron a Santiago. En el trayecto llamaron a Jofré. Él no respondió.

Llegaron cerca de las 18:00. Luego de intentar contactar a Jofré llamaron a un cerrajero para romper la chapa. Entraron y vieron a su hijo muerto en una de las piezas. Su mamá se puso a llorar y a gritar que Carabineros le quitó a su hijo.

Un mes después de la muerte del subteniente, Daniela Jofré visitó la 32ª Comisaría por si el motorista había dejado una carta en el casillero de la unidad. Un subteniente la llevó hasta la oficina de un capitán de la unidad en la que estaban las cosas de su hermano en dos cajas de cartón y una bolsa de basura.

Daniela Jofré abrió una de las bolsas y encontró la gorra del capitán Moraga, no la de su hermano. Le dijeron que ellos se llevaban bien. En el reclamo que la familia presentó por las cosas del motorista, se señala que la familia sabía que Moraga hostigaba laboralmente al subteniente. Finalmente, se llevó el resto de las cosas del motorista y firmó una declaración por el retiro de estas.

Antes de que se fuera, los subalternos que estuvieron al mando de Jofré le mostraron una animita que hicieron para el subteniente. Esta estaba adornada por varios ramos de flores; dos fotos de Jofré, en una de ellas salía mirando de frente con el uniforme y en la otra aparecía con lentes y su traje de paracaidismo junto con la frase "vuela alto querido Mauri". Debajo de ellas, había un vaso lleno de cigarros, un oso de peluche vestido de carabinero y sus guantes blancos.

Los Jofré-Leal presentaron un reclamo por esta situación el 31 de marzo de 2020, dirigido al general director Mario Rozas, a Gonzalo Del Alcázar, general inspector y al contralor general de Carabineros. Al final de ese documento, piden que se revisen los protocolos de salud mental, en especial el de liderazgo del

mando de los subalternos, ya que este año se presentará el proyecto de reforma a la institución.

En mayo de 2020 el fiscal encargado del sumario interno de Carabineros llamó a la familia. Les comentó que el suicidio no era algo nuevo, ya que uno de los hermanos de Jofré supuestamente se había matado antes que él. El carabinero se refería a Jaime Jofré Leal, quien falleció a las dos semanas de vida por una negligencia médica. También señaló que los suicidios en la institución era algo normal y que se pudo deber a problemas amorosos o familiares.

Han pasado más de siete meses desde la muerte de Jofré. Desde su institución determinaron que la muerte no tiene relación con ellos. La Fiscalía Oriente está cerrando la investigación sobre la muerte del motorista.

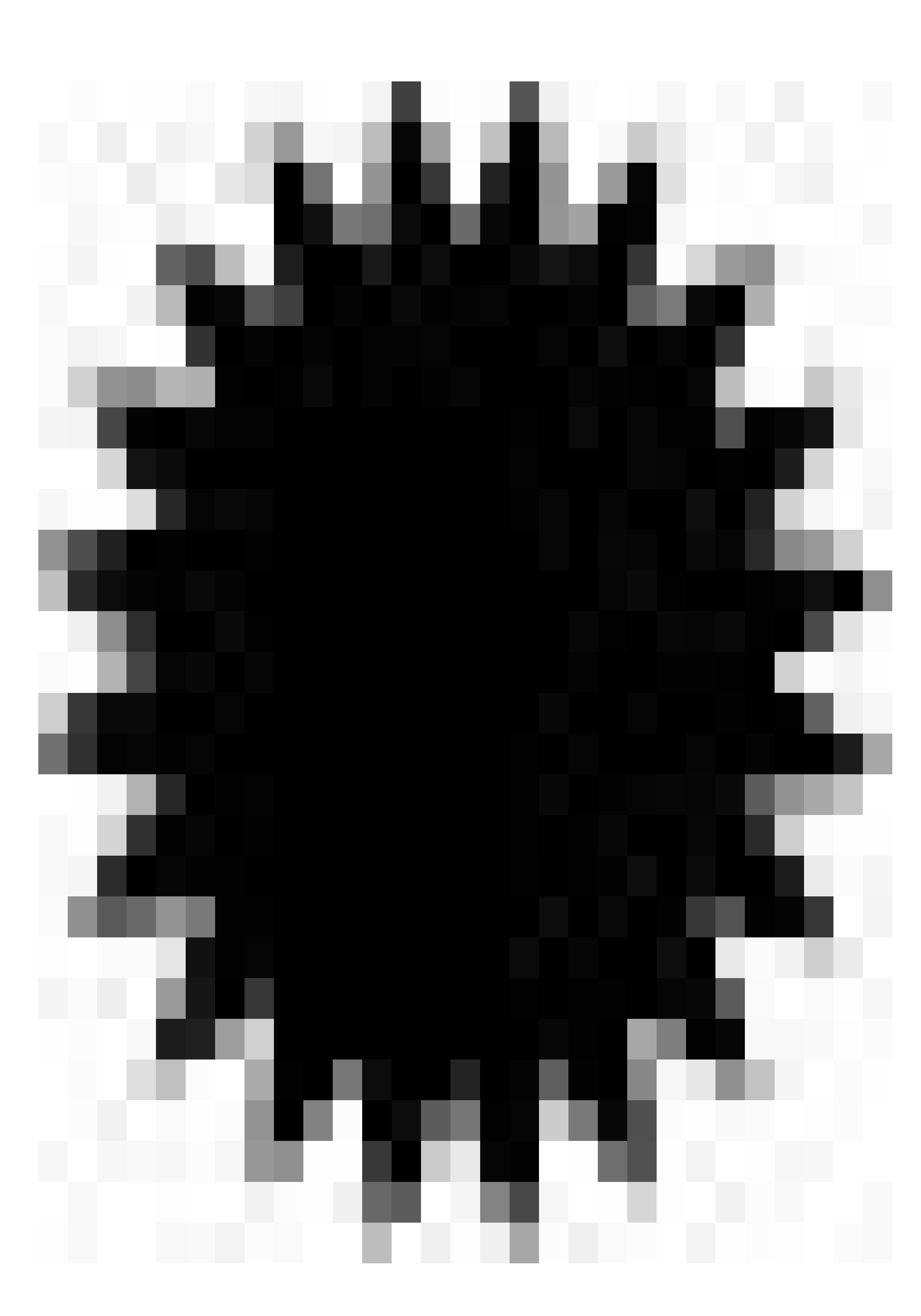
Constanza Burgos, amiga del subteniente comenta "por como veo las cosas, él prefirió suicidarse antes de renunciar a la institución. Creo que por lo que valía su apellido adentro y lo que significaba ser parte de Carabineros en su vida, era mejor eso".

Steffano Palavecino, amigo del carabinero, dice que "sus superiores no fueron capaces de darle contención, y peor aún, no aceptaron que Mauricio necesitaba ayuda psicológica urgente. En lugar de apoyarlo le exigieron más".

Su papá, Pedro Jofré, señala que él y su esposa están seguros que Carabineros es responsable de la muerte de su hijo. "El accidente del 18 de octubre le provocó un estrés postraumático que lo desequilibró psicológicamente, el que no fue diagnosticado ni tratado por parte de la institución, exponiéndolo al servicio en el mismo lugar del ataque, más el bullying que sufrió por parte de oficiales destruyeron la vida de Mauricio, que siempre fue feliz, entregado al servicio, a la gente y a sus carabineros".

Mauricio Esteban Jofré Leal tenía 26 años cuando murió. En total, le entregó a Carabineros seis años, 11 meses y 27 días de su vida.

20 AÑOS Y UNA CUARENTENA JUNTO A MI AGRESOR



Antonia Domeyko

8 de agosto

Sábado, El Mercurio

Ya se habían publicado reportajes, crónicas, entrevistas y perfiles sobre mujeres sometidas a maltrato, violencia física, emocional y verbal, amenazas y agresiones físicas. Esto dio lugar a una nueva palabra en la última década, el femicidio, y a legislación para intentar prevenirla y castigarla con rigor. Pero uno de los efectos secundarios de la pandemia y el confinamiento fue el que muchas mujeres tengan que pasar cuarentenas y encierros con sus agresores. Desde marzo de 2020 se cuadruplicaron las llamadas al teléfono de orientación para violencia intrafamiliar del Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género (SernamEG).

Sin embargo, abogados expertos consultados para este reportaje informaron perplejos que el número de denuncias bajó. Lo atribuyen a los peligros de convivir con los agresores a los que temen y no ver salida a su drama. La dramática historia de Cristina, que se recoge en este texto, es ejemplo cabal de esta otra pandemia machista.

“Tengo que resistir”, dice Cristina. Antonia Domeyko la llama, respeta sus códigos y sus precauciones, y nos coloca como lectores en el angustioso sitio de testigos de un temor horrible sin solución a la vista. El recurso de describir las condiciones en que se realizan las llamadas telefónicas es un recurso excelente. La prosa tersa y los diálogos susurrados transforman este relato de terror en una pesadilla difícil de olvidar.

—Espéreme un poquito —dice Cristina en voz baja al otro lado del teléfono.

Se escuchan los ruidos que hace al buscar las llaves en su cartera.

—Voy a ponerme la mascarilla para salir. Es que no puedo hablar acá —agrega casi susurrando.

Por el auricular se oye su respiración. Sus pasos bajando una escalera. Luego, el chirrido de una reja.

—Ya, ahora sí. Estoy en la calle.

Cristina inhala y exhala.

—Aquí puedo hablar.

Son las 20:00 horas del domingo 12 de julio. Es casi lo único que se puede revelar en este momento de la situación de Cristina, cuyo nombre así como otras situaciones fueron cambiadas para resguardar su seguridad. También se puede decir que hace frío, que todo está oscuro y que ella está alumbrada apenas bajo la luz de un poste, en el pasaje que da al edificio donde vive. No se puede mencionar en qué ciudad del país está, ni la dirección. Precisar su edad también podría ser riesgoso.

—Si él me escucha hablando sobre esto, se me tira encima. Cualquier cosa, él cae al tiro en la agresión. Y cuando se pone violento yo me paralizo, por eso intento consentirlo y decirle que sí a todo, para evitar los estallidos que él tiene. He vivido así casi toda mi vida y con la cuarentena esto no para —explica Cristina.

Para este artículo, ella ha preferido llamarlo Mario. Es su pareja desde hace más de 20 años. En estos momentos, él está acostado en su habitación, y Cristina confirma que desde el rincón del pasaje donde ella está hablando él no puede verla ni oírla.

Para llamar a Cristina durante el día hay ciertas precauciones. Por resguardo, en

caso de que estuviera cerca de su pareja, al inicio de la llamada hay que hacerse pasar por una ejecutiva de Ripley. Esa es la señal acordada con Cristina. En caso de estar cerca de su pareja, ella dirá que está ocupada y pedirá que la llamen en otro horario. Si está sola, saldrá a la calle a hablar.

Hoy, martes 14 de julio, al mediodía, está en el antejardín del edificio y puede hablar con un poco más de calma. Viene saliendo del departamento de una vecina, a quien le hace manicure. Antes trabajaba con varias clientas del sector, pero con la pandemia ahora solo continúa con dos.

Cristina cuenta que ella conoce a la mayoría de los vecinos del barrio, compuesto por una villa de edificios separados por estrechas calles interiores. Desde su juventud que vive en ese sector, y fue ahí también donde conoció a Mario. En ese entonces ella tenía dos hijas pequeñas y acababa de separarse de su marido, quien tenía problemas de alcoholismo, dice. Su madre la había recibido en su casa, pero con la condición de que pagara la mitad del arriendo, la mitad de las cuentas y su propia comida y la de las niñas.

—Como el papá de mis hijas era irresponsable, yo tenía que andar corriendo para que a ellas no les faltara el plato de comida. En la madrugada me iba a la feria a vender, después en las tardes hacía manicure y en la noche iba a un restorán a lavar platos. Con esa plata tenía para la semana. Además, mi mamá no podía ayudarme económicamente, me escondía las cosas, hasta el azúcar, para que no le sacara. Mi papá había fallecido hace unos años y no nos había dejado nada —relata Cristina.

Así transcurría su vida cuando conoció a Mario. El primer encuentro, dice, fue inesperado: ella caminaba tranquila por el barrio cuando él, siendo un desconocido, la interceptó. Le dijo que hace tiempo se había fijado en ella y que quería conocerla más. La invitó a salir y más tarde se pusieron a pololear.

—En un principio yo creo que me enamoré. Hubo un sentimiento. Pero fue por otras cosas también. Pronto él me ofreció irme a vivir con él junto a mis hijas. Acepté. Pensé que podía estar más tranquila y no corriendo para todos lados buscando el dinero. Además, estaba cerca de mi mamá, entonces, entre comillas, fue como una salvación. Pero finalmente resultó ser todo lo contrario.

Son las siete de la tarde del viernes 17 de julio. Ahora Cristina está en el

departamento de su madre. Ella recibe la pensión básica solidaria con la que paga el arriendo y la comida. Como vive en un edificio cercano, Cristina se escabulle durante la semana, sin permiso temporal, para ir a prepararle comida. Sabe que ir para allá es un problema, no solo por incumplir la cuarentena, sino que también es un conflicto con Mario, su pareja.

Todos los días, cuenta, ella debe seguir una rutina para atenderlo a él. Comienza la jornada llevándole el desayuno en bandeja a la cama. Luego debe hacer las labores de la casa, aseo y lavado. Debe prepararle el almuerzo y más tarde la once. Todo siempre a la misma hora. Por la cuarentena, él trabaja desde su habitación y le pide a ella que siempre esté cerca, atenta, por si él necesita algo para comer o algún favor. Cada vez que quiere algo, cuenta Cristina, él la llama desde su habitación con un grito punzante. Pero la semana pasada, a pesar de que ella le avisó que iría donde su mamá a cocinar, él se enfureció al no encontrarla y amenazó a la nieta de Cristina, una adolescente que vive con ellos.

—Agarró a mi nieta y le dijo: “Tu abuela no me sirve”, la amenazó con que iba a vender la casa y le advirtió: “No sé dónde se van a ir ustedes dos, pero se van a ir de acá”. A mí me ha amenazado muchas veces con echarme, y hago lo posible para disuadirlo, hasta pedirle de rodillas que no nos eche. Pero a mi nieta nunca se lo había dicho, ella estaba angustiada y me dijo que nos teníamos que ir cuando llegué ese día de vuelta a la casa. Yo traté de calmarla… Mario después no me contó nada. Yo tampoco he querido decir nada, porque si realmente nos echa, no tenemos dónde ir.

Cristina relata que la violencia por parte de Mario comenzó años atrás, al poco tiempo de irse a vivir con él. Ocurría principalmente los fines de semana, cuando él regresaba de madrugada, luego de tomar y fumar marihuana con sus amigos.

—Llegaba drogado y cuando yo le pedía que por favor no fumara tanto, entonces se enfurecía y me golpeaba en los brazos, siempre en los brazos. Al otro día llegaba con una torta y me decía que nunca más lo iba a hacer, que lo perdonara. Durante años hizo eso. Yo debería haber tomado la decisión de escapar, pero no podía. Entonces, mis hijas eran chicas, se estaban educando y yo estaba sola con ellas —asegura Cristina.

Dice que la mayoría de las veces él esperaba que estuvieran solos para golpearla. En ocasiones ocurría cuando las niñas estaban durmiendo. Nunca la agredió frente a ellas. Sin embargo, su hija Isabel —cuyo nombre también fue cambiado

— dice al teléfono que ella y su hermana siempre supieron de la violencia.

—Yo veía que tenía moretones en los brazos y al preguntarle me decía que se había pegado con una puerta de la cocina, pero yo sabía que no era así… Cuando salíamos un rato con mi papá, al volver encontrábamos a mi mamá llorando. Sabíamos que había problemas, que mi mamá estaba mal. A veces yo dejaba de salir a fiestas o con mis amigas, no quería dejarla sola, porque sabía lo que iba a pasar —recuerda Isabel.

A los pocos años de irse a vivir juntos, Cristina y Mario comenzaron un emprendimiento juntos, lo que, dice, la hizo mirar el futuro con la esperanza de una buena situación económica, a pesar de la violencia. Se trataba de una empresa de reparación electrónica, que Mario creó a nombre de Cristina. Ella se encargaba de conseguir los clientes y él, de hacer las reparaciones.

—Al principio yo pensé que era bueno que el negocio estuviera a mi nombre. Partimos trabajando codo a codo y nos fue bien. Conseguí muchos clientes, empresas enteras que nos pedían reparaciones. Pero pasaba el tiempo y yo no recibía nada. Le empecé a preguntar a Mario cuándo me iba a pagar algún sueldo o ganancia por la empresa. Al principio no era muy claro o me decía que lo viéramos más adelante. Yo seguía preguntando, hasta que me dijo que él me estaba dando la casa y el alimento, que qué más quería. Él sacaba la cuenta que eran 400 mil pesos por el techo, más la comida, unos 600 mil pesos mensuales. Y que con eso yo debía contentarme —cuenta Cristina.

Ella siguió insistiendo en que le correspondía recibir algo. El resultado fue que él accedió a entregarle la plata, que, de acuerdo a sus cálculos, correspondía a la comida, y definió que le daría diariamente un monto que le alcanza para dos cajas de leche, una bolsa de pan, una bandeja de pollo y una malla de cebollas. Hasta hoy es lo único que le entrega en dinero.

—Nunca recibí nada de la empresa. Cuando yo quería saber sobre el negocio, él me violentaba. Era tanto, que me fui alejando. Aunque está a mi nombre, nunca me quiso mostrar cómo funcionaba. Finalmente, él me reconoció que había puesto el negocio a mi nombre para que él no figurara como dueño, y así evitar que su exmujer le pidiera más dinero por la pensión alimenticia de su hijo —explica.

Cristina, en paralelo, nunca dejó de trabajar haciendo manicure. Con eso ella

pagaba las cuentas del agua y luz de la casa, más lo que sus hijas necesitaran para el colegio. Y por el tiempo que destinaba a conseguir clientes para la empresa recibía solo el monto diario para la comida. Pero a veces pasaban semanas sin que Mario le pasara el dinero. Cristina dice que esto ocurría especialmente cuando ella se rehusaba a tener relaciones con él.

—Llegaba a la cama de madrugada, drogado, me tocaba y yo le decía que por favor me dejara. Ahí me decía: “Ya vai a ver, nomás. Vieja asquerosa”. Las pocas veces que me negué, después no me daba la plata para la comida. Yo tenía que andar consiguiéndome y una vecina me traía comida para mis hijas. Muchas veces tuve que acceder obligada a intimar con él. Yo me sometía. Era como estar muerta… pero qué podía hacer…

Durante todos estos años, su vecina del departamento contiguo, quien se identifica como Maribel, cuenta que ha escuchado los insultos, los gritos, los golpes de Mario. Pero lo que le resuena con más fuerza es el silencio de Cristina.

—En la noche es cuando se escucha que él la sube y la baja. Los garabatos son impactantes. La insulta y la insulta. “Maraca desgraciada, me tení aburrido”, pero la voz de ella casi ni se escucha. Solo se le oye diciendo “suéltame, por favor” o pidiéndole que baje la voz. Me daban ganas de ir y tocar el timbre, pero mi marido me decía que no me metiera, que eso era íntimo, que íbamos a tener problemas.

Es nuevamente domingo, la fecha es 19 de julio y son las 20:00 horas. Mario está en su habitación, acostado. Cristina contesta el teléfono y sale a la calle. Está un poco agitada. Comienza a hablar rápido. Casi sin respirar, cuenta que hace unos días él le había solicitado un correo electrónico para enviarle a ella, como dueña de la empresa, una licencia que él se pidió. Cristina le contestó que ella no tenía correo electrónico. Dice que fue una gran pelea, pero que no supo más del tema. Hasta hoy.

—Hace un rato vi una foto de la licencia que dejó sobre la mesa y me encuentro con un correo Gmail hecho con mi nombre. Yo jamás le he dado autorización para que me haga uno. Traté de meterme y no me sé la clave. He estado con una angustia muy grande, porque es mi nombre, es mi privacidad, y él no para, yo no tengo nada mío, yo ya no se quién soy —explica Cristina desesperada.

Al otro lado del teléfono, explica que hace unos diez años hubo un momento, cuando su hija mayor salió del colegio y la menor estaba en cuarto medio, en el que pensó que había cerrado una etapa y que quizá podría escapar. Sin embargo, ese año su hija menor, en ese entonces de 17 años, quedó embarazada.

—Primero estaban mis hijas, y después vino la vida de mi nieta, y yo no tenía dónde más llevármelas —explica Cristina.

Isabel, su hija, recuerda que cuando le contó a su mamá sobre su embarazo, ella la apoyó. Mario, por su cuenta, ofreció por primera vez pagarle algo.

—Me ofreció un aborto. Me dijo que él me lo pagaba, que yo lo pensara… Me dio pena, nunca quise hacerlo. De todos modos, cuando llegué a la casa con mi hija él no me dijo nada y la aceptó —recuerda Isabel.

Luego de tener a su hija, relata Isabel, se dio cuenta de que ella misma repetía la historia de su madre. Admite que durante mucho tiempo estuvo ocultando el tipo de relación que tenía con el padre del niño. El joven, un poco mayor que ella, la agredía, pero Isabel no quiso decir nada.

—Me golpeaba y a veces me ahogada con almohadas hasta que lograba esquivarlo. Mi mamá, me acuerdo, sin saber por lo que yo estaba pasando, me decía: "Tú ya no importas, lo primero que importa es tu hijo. Tú no tienes derecho a llorar". Y yo me quedé con eso. No la culpo, pero a lo mejor yo me basé en lo que ella me decía; entonces, aguantaba y aguantaba para que mi hija estuviera bien. Pensaba que era lo que me había tocado nomás… ya lo había vivido en la casa de mi mamá —cuenta Isabel.

Pronto la violencia con el padre de su hija llegó a un límite en el que Isabel desesperada llamó a Cristina.

—Él me sacó la ropa y me trató de ahogar en la tina. Me pude escapar y llamé a mi mamá, y después él me hizo tira el teléfono. Mi mamá llegó, pero él cerró con llave el departamento. No quería abrir, entonces el conserje llamó a Carabineros —cuenta Isabel.

Ese día Isabel puso una denuncia. Más tarde el tribunal estableció una orden de alejamiento y prohibición de visitas para el padre. Isabel comenzó a asistir a un Centro de la Mujer para recibir apoyo psicológico sobre lo que había vivido. Cristina siempre la acompañaba, hasta que un día la psicóloga de Isabel decidió

citarla solo a ella.

—Mi hija le contó mi situación, que era violentada por mi pareja. La psicóloga me pidió que denunciara, pero en ese momento yo le dije que no se preocupara de mí, que lo que importaba era que se recuperara mi hija y mi nieta. No quería que se desviaran las fuerzas en apoyarlas a ellas —dice Cristina.

Domingo 26 de julio. Es de noche. Cristina está afuera de la casa, en la calle. Mario está en el comedor del departamento caminando y hablando por teléfono.

—Mario lleva un rato dando vueltas por la casa. Estoy esperando que vaya a acostarse para avisarle a Isabel —dice Cristina murmurando. Luego corta el teléfono.

Queda solo una hora para que comience el toque de queda, e Isabel está un poco más allá, en un paradero, haciendo hora e intentando ocultarse. No tiene permiso temporal. Está esperando que Mario se vaya a acostar a su habitación para ella poder entrar al departamento sin que él la vea. Es la única manera que tiene para visitar a su hija durante la cuarentena, ya que hace un año Mario la echó de allí.

—Como mi hija no puede salir por la cuarentena, voy de repente en la noche para poder verla. No quiero perjudicar a mi mamá ni a mi hija, porque él no quiere saber nada de mí. Me paso un rato dando vueltas en la calle para esperar el momento. Ando bien alerta, porque no me quedan permisos. Una vez me fiscalizaron los carabineros, les dije que yo vivía aquí. Por suerte, Maribel, la vecina, estaba en el antejardín y me dejó entrar al edificio. Así me creyeron —cuenta Isabel, quien guarda una bolsa escondida en la pieza de su hija con su ropa.

Isabel recuerda el día en que Mario la echó de la casa. Ella se había levantado temprano, quería aprovechar de ayudar a su mamá con el aseo, ya que hace un par de meses estaba desempleada luego que perdiera su trabajo en una fábrica. Comenzó a colgar la ropa y recuerda que sin querer botó una tabla que hizo mucho ruido.

—A él le gusta que cuando duerme no haya ruido. Entonces salió del dormitorio y empezó a gritarle a mi mamá para que yo no molestara. Yo exploté y por primera vez lo encaré. Le dije: “Hasta cuándo usted le da con mi mamá, hasta

cuándo abusa de ella. Dé la cara, dígame las cosas a mí". Empecé a gritarle que era un abusador. Se armó la grande, me dijo que agarrara mis cosas y me fuera, que iba a llamar a los pacos —relata Isabel.

Sin trabajo, se fue unos días donde su abuela. Intentó volver, pero él no la dejó. Mientras tanto, Cristina consiguió que un vecino la acogiera. Isabel le paga por alojarla esporádicamente, cuando consigue algún trabajo cuidando niños.

Desde que Isabel se fue de la casa a fines del año pasado, cuenta Cristina, Mario no ha parado de amenazarla.

—Me dice: "Pobre de que pille a la Isabel acá adentro, vai a ver lo que puedo hacer, de lo que soy capaz" —explica Cristina.

Hablando sobre su hija, agrega, las amenazas han sido cada vez peores. Hasta que ocurrió un episodio que la motivó por primera vez a hacer algo al respecto.

—No recuerdo por qué estábamos peleando. Me dijo: "Voy a comprarme una pistola y te voy a matar a ti y a toda tu familia". Yo estaba muy asustada y salí corriendo de la casa, porque seguro si tiene una, me mata —cuenta Cristina.

Afuera estaba su vecina Maribel, quien había salido a la calle preocupada al escuchar los gritos.

—Cuando salió, la Cristina tiritaba. Me la llevé a mi departamento para darle agua con azúcar para tranquilizarla. Cuando pasó esto, nosotras ya llevábamos un tiempo hablando, yo le había dicho que sabía todo, que escuchaba, que la había visto muchas veces con moretones en los brazos y en las piernas. La verdad es que uno la ve en la semana y es como un zombi andando, siempre con la cabeza gacha, porque ella no tiene ni voz ni voto en esa casa. Ese día le comenté que yo podía ayudarla a desahogarse, pero tenía que buscar ayuda —dice Maribel.

Al día siguiente, Cristina llamó al teléfono de orientación para casos de violencia de SernamEG y le aconsejaron que hiciera una denuncia en Carabineros. Finalmente fue a la comisaría y por primera vez dejó una constancia. Pero, al llegar allá, solo especificó haber recibido amenazas por parte de su pareja.

—Pensaba si denunciar o no, pero tenía miedo, porque no sabía qué iba a pasar. Finalmente no supe nada más de esa constancia que dejé, nadie llamó ni nada.

Pero de a poco empecé a pensar: basta. Ya me dañó a mí, después dañó a mi hija, que volvió a repetir mi historia, y ahora empecé a darme cuenta de que está dañando a mi nieta. Ella ha estado con mucha ansiedad, ha subido unos 20 kilos y no quiero que termine como su mamá, con tratamiento por el trauma —explica Cristina.

Con estos pensamientos llegó en marzo a la municipalidad a hablar con la abogada que las había ayudado con el caso de violencia de su hija, y fue derivada a una corporación de abogados que ofrece servicios gratuitos para situaciones de violencia intrafamiliar. Ellos prefirieron no identificarse para este artículo “por protección a ella”.

Alcanzó a reunirse con los profesionales un par de veces antes de que se desbordara la pandemia. Con la cuarentena y Mario trabajando desde el departamento, mantener contacto con los abogados ha sido difícil, y volver a juntarse con ellos se ha vuelto imposible.

Durante los meses de pandemia y confinamiento los llamados al teléfono de orientación para violencia del SernamEG llegaron a cuadriplicarse. En mayo de 2019 hubo 4.710 llamados, mientras que en mayo de 2020, 16.775.

Sin embargo, la ministra de la Mujer, Mónica Zalaquett, explica que en las comisarías las denuncias presenciales han tenido una baja de un 19 por ciento.

—Hemos insistido en que no solo las mujeres o víctimas de violencia son las que pueden contactarse a nuestro teléfono de ayuda, sino que también hacemos un llamado a los familiares, vecinos, amigos, cualquier persona que perciba que alguien pueda estar siendo víctima de violencia a que nos contacte para que podamos ir en su ayuda —dice la ministra.

La gerenta de la Atención a Víctimas y Testigos de la Fiscalía Nacional, Érika Maira, explica que la baja de las denuncias probablemente se da porque para las víctimas, al estar confinadas junto a su agresor, les es casi imposible salir de sus casas a denunciar. Sin embargo, señala que han aumentado las reubicaciones, en las que se debe sacar a la víctima de su casa al detectar una exposición de riesgo vital inminente.

La abogada Susana Borzutzky, del estudio Barruel & Borzutzky, quien ha

trabajado con víctimas de abuso y violencia de género, explica algunos de los efectos de la cuarentena en estos casos.

—El confinamiento logra que el aislamiento y control se eleven. El sentimiento de poder del agresor se agudiza y la violencia se agrava. Evidentemente, por la situación de catástrofe, la balanza de la justicia tiembla hacia un lado, favoreciendo la impunidad y dejando a la víctima en completa indefensión.

En la Fundación ProBono, que reciben también casos de violencia intrafamiliar, cuenta su directora ejecutiva, Carolina Contreras, que han aumentado las preguntas por redes sociales, que ellos han respondido para ofrecer ayuda entregando sus teléfonos, pero después no hay más contacto.

A pesar de que Cristina el año pasado llamó varias veces al teléfono del SernamEG, en cuarentena no ha vuelto a hacerlo. Tampoco ha podido reunirse con los abogados. Sí mantiene contacto telefónico con ellos. Pero son entrecortados y a escondidas. Habla cuando puede: a veces en las noches, cuando Mario se va a dormir, o cuando él está en la ducha o cuando ella va a cocinarle a su mamá.

En abril, cuando ya había comenzado la cuarentena, los abogados al ver cómo se complejizaba la convivencia en confinamiento con Mario, le ofrecieron a Cristina interponer la denuncia por violencia intrafamiliar e irse a una casa de acogida de SernamEG. Pero ella respondió que no, que prefería esperar.

—No puedo irme a una casa de acogida ¡La solución no es esa! Mi nieta podría terminar en el Sename. Eso sería matarla. No, no puedo, nos destruiría más… —explica Cristina, quien además teme exponerse y contagiarse de coronavirus al ingresar a una de las casas.

La estrategia ahora, señalan los abogados, es esperar que se levante la cuarentena para poner una denuncia por violencia intrafamiliar y solicitar de inmediato una orden de alejamiento como medida cautelar, para que así, apenas se notifique a Mario, él deba abandonar la casa. Sin embargo, en caso de que el tribunal no apruebe esta medida, Cristina deberá irse.

—Espero que pueda haber una manera en que nosotras no tengamos que irnos, porque hasta hoy no tenemos dónde —dice Cristina.

Durante el confinamiento, los ingresos que recibía como manicurista bajaron de

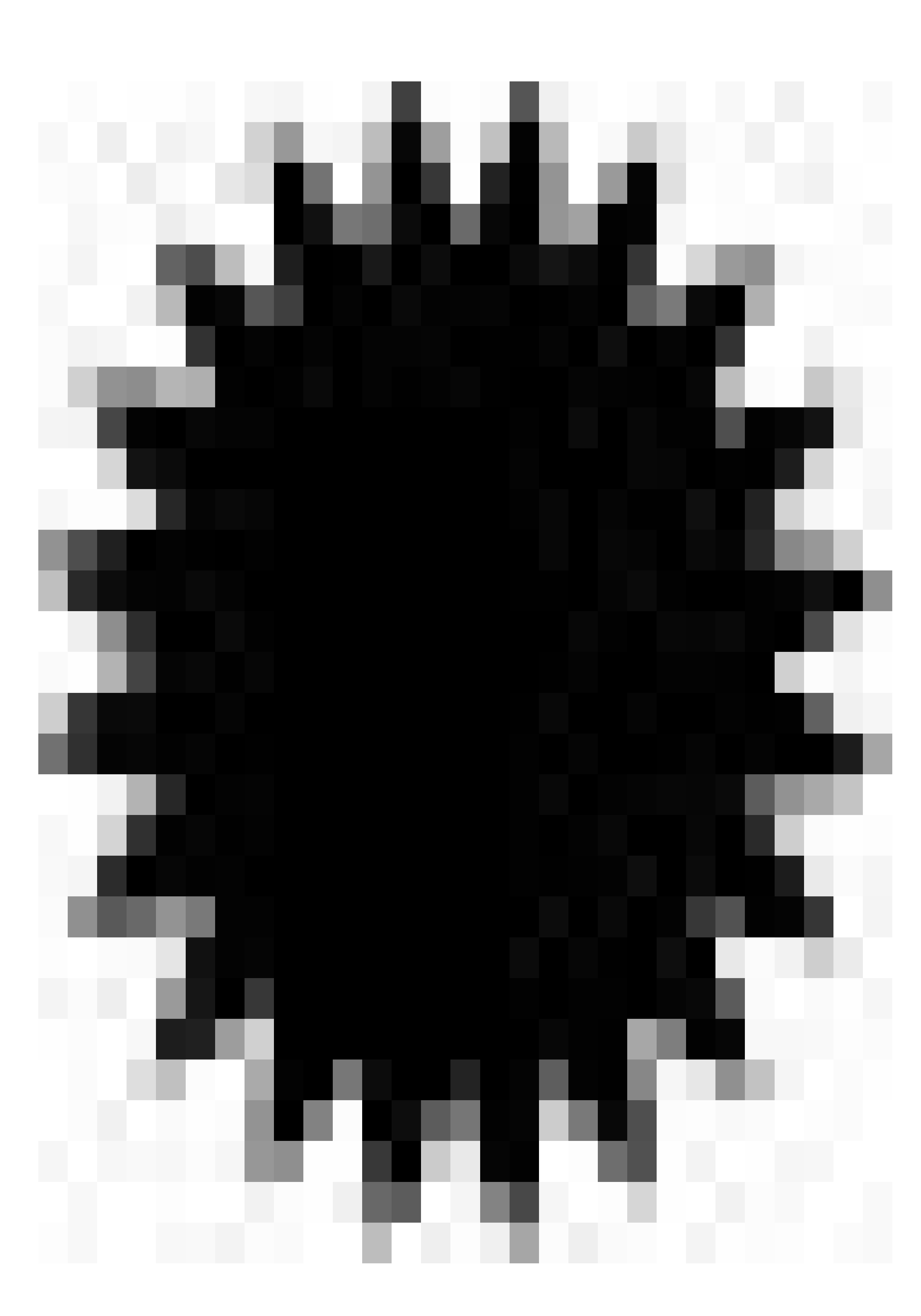
300 mil pesos a 120 mil, explica Cristina, quien además cada mes ha depositado en una cuenta de ahorro un pequeño monto para pagar la luz, el gas y el internet para las clases de su nieta, previniendo por si es que ella llegase a contagiarse de coronavirus. Hoy en la cuenta hay 90 mil pesos. Dice también que recibieron la caja con alimentos del Gobierno, pero que ella no pudo acceder al Ingreso Familiar de Emergencia, al aparecer como la dueña de la empresa de reparaciones que creó Mario.

—Él sabe que yo no puedo hacer nada, porque no tengo nada. Siempre me dice: "Yo no tengo ninguna responsabilidad legal contigo, ve tú qué haces con tus cosas" —señala Cristina antes de colgar el teléfono.

Más tarde, ella enviará varios mensajes de texto. En uno de ellos, se lee:

"Estoy llorando en estos momentos. No puedo parar, preparé el almuerzo llorando. A él no le gusta verme expresar emociones, se enoja, por eso a veces lloro para adentro… Estoy esperando el desconfinamiento para poder ir a los tribunales. Necesito poder estar con mi hija y mi nieta tranquilas, que ella pueda estudiar una carrera, que podamos salir adelante. Tengo que resistir, ya lo he hecho durante más de 20 años, solo falta un poco más".

SERIE “LOS TESTIMONIOS QUE REVELARON LA MANIPULACIÓN DE LOS DATOS COVID EN EL MINSAL”



Nicolás Sepúlveda (Reportaje 1)

Nicolás Sepúlveda y Benjamín Miranda (Reportaje 2)

7 de octubre

Ciper

Desde el momento en que la periodista Alejandra Matus llamó la atención en la red social Twitter sobre incongruencias en los números de muertos por Covid dados por el Ministerio de Salud (Minsal), los periodistas de investigación de Chile se lanzaron a analizar estas cifras poniéndolas en comparación con las de otros años, con las de otros países, y comenzaron a escuchar a expertos, funcionarios y médicos que estaban en la primera línea de la pandemia. Como de costumbre, Ciper realizó un trabajo exhaustivo y dedicó estos dos informes especiales a las denuncias no escuchadas de una exepidemióloga y de la actual jefa de Planificación Sanitaria del Minsal.

Estas entrevistas, avaladas por la búsqueda y consulta de datos fidedignos en un contexto de ocultamiento de información por parte del estado, resultaron en dos descubrimientos sorprendentes: que el ministerio estaba alterando las cifras y dando números de infectados y fallecidos distintos para la opinión pública y para instancias nacionales e internacionales, y que había una descomunal diferencia en el efecto letal de infectarse para aquellos pacientes atendidos por la sanidad privada (Isapres) y la pública (Fonasa). Las autoridades ministeriales cuestionaron la validez de los datos aportados por los periodistas, y llegaron a sugerir que los corresponsales de medios internacionales se coludían para dar datos inexactos que perjudicaban al país. Al mismo tiempo, se negaban a entregar a la Justicia los correos electrónicos del ministerio.

En este clima enrarecido y estas dificultades, es muy valioso el trabajo de Nicolás Sepúlveda en el primero de los reportajes y de Sepúlveda junto con Benjamín Miranda en el segundo. Se destaca también la valentía y profesionalismo de las fuentes, que arriesgaban mucho dando la información precisa y grave que nutre estos textos.

COVID: EL TESTIMONIO Y LOS CORREOS DE LA EXEPIDEMIÓLOGA DEL MINSAL QUE ACUSA AL GABINETE DE MAÑALICH DE MANIPULAR DATOS

Andrea Albagli trabajó elaborando los informes epidemiológicos sobre el avance del Covid-19. A la Fiscalía le aseguró que en abril el gabinete de Jaime Mañalich le solicitó manipular la base de datos de contagiados por el virus, disminuyendo los casos hasta que calzaran con las cifras que entregaba el ministro. Ante su negativa, dijo, se usó otra fórmula: hacer el corte del cálculo cada vez más temprano para evitar cifras superiores a las difundidas por la autoridad. El desfase llegó a ser de dos días, sostuvo. La exfuncionaria, quien al menos hasta 2017 integró la Comisión de Salud de Revolución Democrática, entregó correos y mencionó testigos para avalar su testimonio.

Andrea Albagli declaró ante la Fiscalía el 30 de septiembre. Dos semanas antes aún era funcionaria del Ministerio de Salud: renunció el 15 del mismo mes. Lo que señaló ante los fiscales es que en abril existió una orden directa del gabinete del entonces ministro Jaime Mañalich para manipular la base de datos con el número de personas contagiadas con Covid-19. Albagli era entonces una de las encargadas de elaborar los informes epidemiológicos que se publicaban dos veces a la semana, y que entregaban información detallada sobre el avance de la pandemia. Para ratificar sus dichos mencionó a seis testigos.

Además, la exfuncionaria entregó correos suscritos por ella, en los que manifestó reparos técnicos a la manera en que se estaban manejando los registros de la pandemia, sin que la autoridad adoptara medidas. Uno de ellos apuntaba a que la letalidad era mucho más alta en pacientes de Fonasa que en los de Isapre.

Andrea Albagli tiene dos magíster, uno en Salud Pública (Toronto) y otro en Epidemiología (UC). Actualmente cursa un doctorado en la Universidad de Toronto. De profesión psicóloga clínica, al menos hasta 2017 integró la Comisión de Salud de Revolución Democrática. Cuando en marzo se desató la pandemia en Chile, ella estaba trabajando en el Departamento de Epidemiología del Minsal.

Albagli señaló en su declaración que a mediados de abril había dos formas de comunicar los datos del avance de la pandemia a la opinión pública: “Reportes diarios, (con los) que no teníamos vinculación, lo hacía el ministro con la jefa de gabinete, que es el que se entrega al público”, y los informes epidemiológicos, en los que ella trabajaba. Dijo que existía un criterio para contar a los contagiados: que el caso estuviera reportado en el sistema Epivigila (un software del Minsal donde se concentran los contagios reportados por los médicos y las Seremi) y que contara con un examen PCR positivo en laboratorio. Si una persona estaba en Epivigila como Covid positivo, pero no tenía examen, no se lo consideraba.

“No existía un sistema de control de calidad, de ponerlo a prueba, para que no se escapara nada”, aseguró. El dato más sensible de su declaración se remite al viernes 24 de abril. Dijo que ese día “nos piden que cambiemos la información”.

La epidemióloga explicó que su trabajo consistía en recibir una base de datos de pacientes contagiados por Covid, la que se extraía de Epivigila y de los reportes enviados por los laboratorios con las personas que daban positivo a un examen PCR. Con esa información, ella junto a otros profesionales, debían elaborar los informes epidemiológicos. Según su relato, en eso estaban al mediodía del 24 de abril, cuando llegó una orden directa desde el gabinete del ministro, quien ese viernes ya había dado a conocer una cifra de personas contagiadas en una conferencia de prensa:

“El ministro informaba con un sistema desconocido para nosotros, paralelo, que primero eran llamados telefónicos, luego con un código de acceso que ponían los totales. Informaba estas cifras en la mañana, previo a que publicáramos los informes. El día 24 de abril, porque previamente el valor absoluto reportado desde Epidemiología era siempre inferior a lo reportado por el ministro, ese día pasó que la información que estaba en Epivigila sobrepasó lo informado por Mañalich. Así que cuando ya había recibido la base de datos, estaba escribiendo el informe, mi jefatura directa, Rodrigo Fuentes, me indica que, por pedido del ministro, hay que borrar los últimos registros para hacerlo calzar, porque si bien podía haber diferencias, la información de Epivigila no podía exceder lo informado por el ministro. Nosotros no lo hicimos”. Parte de este testimonio viene también mencionado en una nota de La Tercera de este miércoles.

La profesional contextualizó su testimonio señalando que el reporte de Mañalich se daba, generalmente, a las 11:00 y que la publicación del informe

epidemiológico era pasada las 17:00 horas.

“Cuando nos hacen esta solicitud, lo realiza mi jefatura directa, pero a nombre del gabinete. Ese día el gap (la diferencia) era de 30 casos, era pequeña. Eran 30 casos de contagio más. Me piden del gabinete del ministro que vuelva a hacerlo, para que se ajuste, entre comillas, el valor sin superar lo informado por el ministro”, agregó Albagli.

“Para mí fue muy evidente que eso era impropio, que no lo podíamos hacer. Esta indicación la recibimos a las 11:30 o 12:00 del día. El informe lo teníamos listo y lo estábamos terminando, antes de su publicación en la tarde, y fue ahí que nos pidieron que modificáramos el informe y la base de datos a lo que el ministro había dicho. Fue verbal, pero hay más testigos. Estaban todos los de la oficina: Pía Álvarez, Silvina Alvarado, Patricia Cerda, Rocío Martínez, Fabio Paredes, Mario Soto”.

Entonces Andrea Albagli relató a los fiscales que ella rechazó esa solicitud y su jefatura encontró una fórmula intermedia:

“Se mantuvo la orden del ministro, que no era admisible, por lo que se pidió que cambiaran el punto de corte de la base, que si era descargada a las diez de la noche, por ejemplo, se descargara antes, no recuerdo bien, pero el corte se corrió para las seis de la tarde. Adelantaron el punto de corte hasta que hubiera un valor igual o inferior a lo informado por el ministro”.

Esa decisión de la hora del “punto de corte”, declaró la profesional, se mantuvo en el tiempo. Al principio, dijo, “era a las nueve de la noche del día anterior, después de esto era a las ocho, a las seis, a las cuatro, hasta que terminamos dos días atrás”. Albagli aseguró que en junio dejó de trabajar en los informes epidemiológicos por dos razones: estaba “incómoda” por cómo se manejaba la información y porque debió adoptar la modalidad de teletrabajo, ya que vive con una persona de riesgo.

En ese momento de su declaración la Fiscalía le exhibió algunos extractos de informes epidemiológicos donde se señalaba la metodología utilizada. Según esos documentos, efectivamente las horas de corte para extraer la información de la base de datos Epivigila fue variando en el tiempo.: el 16, 19, 23 y 26 de abril fue a las 21:00; el 30 de abril fue a las 18:00; el 7 de mayo a las 19:00 y el 31 de mayo a las 10:00.

Albagli insistió en que el episodio que relató ocurrió el 24 de abril, por lo que no se explica por qué la hora de corte para extraer los datos de Epivigila correspondiente a ese informe (el día anterior, 23 de abril) aparece a las 21:00 y no a las 18:00 horas.

En todo caso, dijo que no era la primera vez que al interior del Minsal había un conteo paralelo manejado exclusivamente por el gabinete del ministro respecto de hechos contingentes: “Esto también ocurrió con el estallido social. Hay una similitud en el proceder”. Contó que entonces participaba en una “mesa de riesgo y gestión de la información” dentro del ministerio y que en esa instancia propusieron hacer un seguimiento de las personas lesionadas en el contexto de las protestas. “Nos respondieron que no debiésemos hacerlo nosotros porque lo hacía el gabinete del ministro directamente”, señaló. Ella entonces era jefa de Enfermedades No Transmisibles y sostuvo que, en ese rol, nunca tuvo acceso a las fuentes de información que utilizaba el gabinete de Mañalich.

Correos electrónicos

Ciper accedió a algunos correos electrónicos internos del Minsal suscritos por Andrea Albagli donde se evidencian otras diferencias que tuvo con el manejo comunicacional del gabinete del ministro Mañalich. En un email fechado el viernes 10 de abril a las 10:57, la profesional planteó sus reparos respecto del concepto de casos “activos” y “recuperados” que por entonces comenzó a comunicar el Minsal.

Esos conceptos hacen referencia a las personas que se contagiaron hace 14 días (activos) y a quienes se contagiaron hace más de 14 días (recuperados). En su correo, dirigido a su entonces jefe Rodrigo Fuentes, manifestó su objeción:

“Debo reiterar mis reparos al respecto: la definición de ‘casos activos’ se construye desde la definición de ‘recuperados’ que se ha adoptado en este ministerio. Dicha definición no se apega a ninguna indicación de organismos internacionales y sus implicancias no son inocuas: estamos comunicando erróneamente que todas las personas que han sido diagnosticadas hace dos semanas ya no son contagiantes y por ende no son “casos activos” y, al no ser precisa esta definición, contribuimos a la propagación del virus en aquellas

personas que siguen contagiando luego del período de 14 días".

Luego de enviar este correo dejó de participar en la elaboración de los informes epidemiológicos. Pero una semana después se produjeron errores graves: los datos comunales de contagiados aparecieron errados y el Minsal debió bajar el informe del 18 de abril. Entonces, sostuvo ante la fiscalía, le pidieron retomar sus labores en los informes.

La profesional sumó antecedente en su declaración judicial y dijo que recibió órdenes sobre qué incorporar o qué sacar de los informes epidemiológicos, lo que a su juicio se hacía para dar una imagen de una "situación más favorable" en el curso de la pandemia:

"La primera cifra de recuperados tampoco pasó por epidemiología, fue de gabinete. Nos pidieron publicarlas, pero yo señalé que no era ético responder a solicitudes del ministro siendo que lo único que se hacía era publicar el mismo número de personas contagiadas hace dos semanas (…). Dado que no hay ningún respaldo técnico para respaldar esa decisión, yo interpreto que se buscaba mostrar que había una mayor mejora que la real (…). Es consistente la decisión con mostrar una situación más favorable. Así se fue sacando información de los informes, como los casos secundarios y casos sin nexos, lo que es muy importante porque habla de la trazabilidad (ubicar a las personas que tuvieron contacto con un caso positivo para aislarlas). Y es muy relevante separarla por regiones. En un informe lo pusimos por región y luego mi jefatura directa, o Johanna Acevedo, que era jefa de la Diplas (División de Planificación Sanitaria), me dijeron que por orden del gabinete no debíamos incorporar esa información, porque no se podía publicar nada que nos hiciera ver mal".

En otro correo electrónico al que accedió Ciper, fechado el 6 de abril, Albagli aporta otro antecedente relevante sobre las cifras que se daban a conocer en los informes epidemiológicos: el contraste entre la base de datos de exámenes PCR de laboratorios, que se utilizaba para las cifras regionales y comunales, y la base de datos de Epivigila, que se utilizaba para dar a conocer las cifras de contagio a nivel nacional.

La profesional objetó en ese correo electrónico que en los informes se reportaran las cifras de contagiados a nivel nacional utilizando ambas bases de datos, pero no así en el detalle comunal, donde solo se utilizaba el dato de contagiados según laboratorio, que era una cifra menor a la que entonces tenía Epivigila.

El problema, según ella, era que en varias comunas se calculaba una tasa de incidencia (número de contagiados por 100 mil habitantes) menor a la que registraba Epivigila, lo que podía llevar a las autoridades a tomar decisiones equivocadas. "Esto llevaría a, eventualmente, mostrar cifras que reflejan una realidad de menor severidad que su alternativa. Este lo podríamos considerar el problema con mayores repercusiones sanitarias, si la cifra sugiere adopción de medidas menos rigurosas para el control del brote", señaló en el mail.

En ese correo adjuntó una tabla con las comunas que presentaban ese tipo de diferencias en las cifras. Entre ellas aparecían Valparaíso, Viña del Mar, Santiago, Providencia, Lo Espejo, El Bosque, La Reina, Pedro Aguirre Cerda, Rengo, Linares, Los Ángeles, Valdivia, Puerto Montt y Coyhaique.

Letalidad mayor en pacientes Fonasa

Una de las razones que tuvo Andrea Albagli para renunciar al Minsal, según ella expuso ante la Fiscalía, fue que las autoridades no hicieron nada ante la información que reportó, tras analizar los datos de Epivigila, sobre una mayor letalidad (cantidad de muertos respecto del total de contagiados) de pacientes de Fonasa versus los de Isapre. La declaración de Albagli hace referencia a un documento que le envió, vía correo electrónico, el 22 de junio a la jefa de la Diplas, Johanna Acevedo, y al jefe del Departamento de Epidemiología, Rafael Araos. En ese breve informe, titulado "Análisis fallecidos" la profesional muestra los resultados del análisis que hizo tomando como base los datos de fallecidos registrados en Epivigila.

"Se observa que dentro de la totalidad de casos confirmados, la probabilidad de morir por Covid es un 86 % mayor en personas adscritas a Fonasa en comparación con personas adscritas a Isapre, ajustando por sexo, edad y presencia de enfermedades crónicas. Si este análisis se limita a la población con Covid confirmado que fue hospitalizada, este parámetro aumenta, y la probabilidad de fallecer por Covid en población Fonasa es más del doble", señala ese documento al que Ciper tuvo acceso.

En su declaración ante los fiscales señaló: "Cuando informo de la diferencia de letalidad entre Isapre y Fonasa, no se tomó ninguna decisión o gestión, y es

todavía negado por el ministro actual. Incluso si fuera un modelo incorrecto, no se tomó ninguna acción analítica para responder a la pregunta que plantea ese modelo y chequear si es un análisis correcto".

El 28 de septiembre, el actual ministro Enrique Paris aseguró en la comisión investigadora de la Cámara de Diputados que analiza el manejo del Gobierno frente a la pandemia, que "la verdad es que cuanto más pobreza hay, hay más posibilidad de contagio, pero no más posibilidad de fatalidad, no hay una relación entre letalidad y pobreza, eso significaría que los pacientes son atendidos en forma discriminada".

En su declaración judicial, Albagli agregó que "en Epivigila la información que podría usarse para aproximarse a nivel socioeconómico es el seguro de salud. No es un indicador muy fino, pero refleja una división social innegable, por lo que es un buen proxy. Si supuestamente hay una asignación unificada de camas (que manejaba por igual las de hospitales y clínicas) ¿Cómo se explica esta diferencia?".

En junio Ciper publicó una investigación que reveló que la tasa de letalidad en hospitales duplicaba la de las clínicas. Y en el mismo mes, un reportaje de La Tercera mostró que en las comunas más pobres era donde más crecía la tasa de decesos por Covid.

La investigación judicial al manejo de la pandemia del Ministerio de Salud avanza por distintos carriles. Uno de ellos está estancado luego de que el ministro Paris se negara a entregar los correos electrónicos del exministro Mañalich; de su jefa de gabinete, Itziar Linazasoro, y de la subsecretaria Paula Daza. El actual ministro adujo razones de "seguridad nacional". La Corte Suprema deberá revisar la solicitud hecha por la Fiscalía para acceder a esos registros. El conflicto escaló hasta La Moneda, ya que el presidente Sebastián Piñera se sumó a la solicitud del Minsal a la Suprema para que los correos no sean entregados.

ACTUAL JEFA DE PLANIFICACIÓN SANITARIA DEL MINSAL TAMBIÉN DECLARÓ QUE SE REBAJABA CIFRA DIARIA DE CONTAGIADOS

Johanna Acevedo aseguró a la Fiscalía que en los informes epidemiológicos preparados por especialistas del Minsal la cifra de contagiados debía “ajustarse” para calzar con las comunicadas a diario por el exministro Mañalich, cuyo gabinete llevaba un conteo paralelo. Su versión cuadra con lo declarado por la exepidemióloga del ministerio, Andrea Albagli, quien aseguró que desde el gabinete del Mañalich pidieron manipular cifras. Ciper tuvo acceso a correos de Johanna Acevedo que indican que asesores de la Presidencia participaron en la elaboración de informes con el registro que llevaban los especialistas del ministerio.

A esa fecha, coexistían dos mecanismos para contar a los contagiados: uno que llevaba el gabinete de Mañalich y otro que estaba en manos del Departamento de Epidemiología del ministerio, área bajo responsabilidad de Johanna Acevedo. Hasta ese momento, las diferencias entre las dos fórmulas no eran relevantes, según la declaración que la funcionaria prestó ante los fiscales que investigan la gestión de las autoridades para enfrentarla pandemia. Pero ese miércoles 29 de abril la diferencia se empinó hasta los 90 casos. Y eso le llamó la atención.

En el correo electrónico, al que Ciper tuvo acceso, Acevedo le dice a la entonces jefa de gabinete de Mañalich, Itziar Linazasoro: “Dejo en copia los casos total de Epivigila (software del Minsal donde se registran los contagios reportados por médicos y las seremi) de ayer, que sumaban 90 casos más que los reportados hoy am”. La subsecretaria de Salud Pública, Paula Daza, estaba copiada entre los destinatarios del correo.

Ese 29 de abril la diferencia se concentró en la Región Metropolitana: en Epivigila había 9.060 casos confirmados, mientras que Mañalich había informado al país durante esa mañana que la cifra llegaba a 8.869, según registra el documento adjunto al correo electrónico revisado por Ciper.

La información levantada por los funcionarios subordinados de Johanna

Acevedo era recogida desde Epivigila y desde las bases de datos de los laboratorios que reportaban exámenes PCR positivos. En paralelo, el conteo que hacía el gabinete de Mañalich no se basaba en soportes técnicos de ese tipo, al menos según lo que declaró Acevedo. “Prefiero que le pregunten a ellos cómo ejecutaban la recolección (de datos)”, le respondió a los fiscales cuando le preguntaron.

Hacia fines de abril los resultados entre uno y otro conteo comenzaron a ser cada vez más divergentes.

En la extensa declaración que prestó ante los fiscales (la que publicó Tele13 hace un par de semanas), Johanna Acevedo indicó que los datos de los informes epidemiológicos, que entregan información detallada sobre el avance de la pandemia en el país, debían ajustarse a las cifras que manejaba el gabinete de Mañalich: “Hasta el día 19 de mayo ella (la jefa de gabinete de Mañalich, Itziar Linazasoro) hacía el informe público y me lo mandaba a mí, y yo tenía que verificar que estuviera ok, y ajustar los datos de los informes epidemiológicos a lo que ella anunciaba”, declaró.

Entonces, los fiscales le preguntaron si el contenido de los informes epidemiológicos debía limitarse a la información difundida por el ministro. Ella respondió: “Sí, tenían que ser consistentes con lo reportado por la autoridad. Yo señalaba que siempre informé todo a la autoridad, en lo interno, pero los informes epidemiológicos publicados tenían que ser consistentes con la información que el ministro anunciaba en la cuenta pública”.

Este testimonio de la jefa de Diplas está en la misma línea de la declaración de la exjefa de Enfermedades No Transmisibles del Minsal, la epidemióloga Andrea Albagli, difundida por Ciper el miércoles 7. Andrea Albagli declaró a los fiscales que el 24 de abril desde el gabinete de ministro Jaime Mañalich le pidieron manipular la base de datos de personas contagiadas, para que las cifras de los informes epidemiológicos coincidieran con los reportes públicos que hacía el ministro.

Luego de publicado el reportaje de Ciper donde se reveló el testimonio de Andrea Albagli, el abogado de Mañalich, Gabriel Zaliasnik, señaló al diario La Segunda que presentarán una querella en contra de la epidemióloga. “Las afirmaciones son completamente falsas. Es muy peligroso usar al Ministerio Público para plantar evidencias y testimonios falsos”. El abogado no se refirió al

otro testimonio que apunta en la misma dirección del de Albagli: el de la actual jefa de la Diplas, Johanna Acevedo.

Ciper contactó al exministro Jaime Mañalich para conocer su versión frente a estas declaraciones, pero declinó responder, argumentando que "lo que corresponde es entregar una versión primero en el ámbito de los tribunales".

En todo caso, el pasado 5 de octubre Mañalich habló con Tele13 sobre el conteo de personas contagiadas mediante el sistema de Epivigila: "El sistema en un principio fue capaz de manejar volúmenes pequeños de información, el brote en Punta Arenas, Osorno o Temuco (…). Ese sistema informático tiene un punto muy frágil. Nosotros, a mediados de mayo, me parece, le pedimos al contralor que hiciera una auditoría sobre el sistema Epivigila. Su informe salió los primeros días de junio y él redescribe las falencias que nosotros conocimos de ese sistema". El exministro dijo que ante eso, ya en abril tuvieron que "suplir la información, no poniendo un sistema paralelo, sino que contando con Epivigila" y sumando, por ejemplo, los resultados de exámenes PCR reportados por los laboratorios.

Esa explicación de Mañalich choca con lo declarado por la jefa de la Diplas.

En la entrevista televisiva el exministro agregó que no recordaba haber recibido un mail de Johanna Acevedo notificándole diferencias entre los contagiados contados por Epidemiología y los registrados por su gabinete. "Lo que sí recuerdo es que nosotros a ella (Johanna Acevedo) le dijimos 'muchas gracias por sus servicios, vaya a este puesto ahora, pero ahora el señor Araos (Rafael Araos que reemplazó a Acevedo en el Departamento de Epidemiología) va a ofrecernos un programa de mejoría de lo que estamos haciendo y vamos a tomar lo que él nos sugiera'".

Lo que no dijo el exministro en esa entrevista, fue que Johanna Acevedo fue ascendida a la Dirección de Planificación Sanitaria, por lo que se transformó en la jefa de Araos, quien, por lo demás, ratificó parte de lo señalado por Acevedo antes los fiscales cuando fue su turno de declarar.

El "criterio técnico" de Mañalich

Según declaró Johanna Acevedo, el 19 de mayo se puso fin a la contabilidad paralela que llevaba la jefa de gabinete de Mañalich y se comenzaron a utilizar para el reporte público los datos que comunicaban los expertos del Minsal. Aunque eso no implicó que se transparentara la cifra real de contagiados que llevaba su departamento. Ella lo explicó así a los fiscales: “La reportería pública seguía ciertos criterios para poder informar un caso. Exigía que la persona estuviera notificada, que estuviera cambiado de estado desde sospechoso a confirmado (en el sistema Epivigila). Esos dos criterios para informar un caso. Además, pedía respaldo de PCR (examen que detecta el virus en el organismo)”.

Debido a ese “criterio administrativo” impuesto por el exministro, la diferencia entre los datos internos y los datos públicos, siguió aumentando: “La brecha se generó en sujetos con PCR positivo sin que hayan cambiado el estado (de “sospechoso” a “confirmado” en Epivigila), o PCR positivos no notificados (también en Epivigila)”, agregó Acevedo.

A pesar de que no todos los casos de contagio registrados por el Minsal eran comunicados públicamente por Mañalich, la jefa de la Diplas aseguró que ella mandó todos los días la cifra real al correo de las distintas autoridades del ministerio:

“Para mí era importante dejar una constancia diariamente, incluyendo la información completa, de todos los nuevos contagiados por Covid-19. Entiendo que mi responsabilidad es levantar la información completa a la autoridad”.

Así consta en varios correos electrónicos internos del Minsal a los que Ciper tuvo acceso. Por ejemplo en uno fechado el 26 de mayo a las 15:45, enviado por Johanna Acevedo a Jaime Mañalich, Paula Daza, Itziar Linazasoro y a Rafael Araos. Ese correo tiene adjunto un archivo word donde se especifica el número de casos de contagiados por Covid que no se estaba dando a conocer públicamente, región por región. Para entonces, el total de personas contagiadas en el país desde el comienzo de la pandemia era de 99.302 según el departamento especializado del Minsal, mientras que públicamente solo se reconocían 82.289.

Esa brecha fue ensanchándose hasta superar los 30 mil casos en junio, que fue lo que objetó la Contraloría. Johanna Acevedo señaló a los fiscales que el error no fue de los técnicos del Minsal, sino que de las autoridades políticas: “La Contraloría General de la República dice que hay un déficit en el Departamento

de Epidemiología y sus datos, pero la información siempre estuvo disponible y el ministro definió no informarla”.

Correos complican a La Moneda

La jefa de la Diplas indicó en su declaración que el 19 de mayo se terminó el conteo paralelo. Esa fecha coincide con el arribo a Salud de dos enviados desde La Moneda.

Aunque Johanna Acevedo no mencionó ese dato, la huella de esos asesores de confianza de la Presidencia aparece en uno de los correos que ella envió a las autoridades del Minsal. En ese mensaje queda en evidencia que los enviados participaban en la elaboración del reporte. El domingo 24 de mayo a las 18:22 la funcionaria mandó su informe diario con el total de nuevos contagiados, pero tres horas y veinte minutos después volvió a enviar el archivo, ahora con el siguiente mensaje: “Se adjunta informe diario elaborado por presidencia con apoyo de EPI”. Entre los destinatarios estaba Pablo Eguiguren, asesor de La Moneda enviado al Minsal.

Por esos días circularon versiones de prensa que apuntaron a que La Moneda tenía “intervenido” el ministerio. Lo que se desprende de este correo es que asesores de Sebastián Piñera participaron en la elaboración de los informes internos del Minsal y que, por lo mismo, estaban al tanto de que a fines de mayo había una brecha entre lo que indicaban esos informes y lo que se comunicaba públicamente. Este es uno de los correos que está siendo requerido por la Fiscalía, ya que está alojado en las casillas institucionales de Jaime Mañalich, Paula Daza y de la jefa de gabinete del exministro, Itziar Linazasoro.

Pablo Eguiguren, quien fue de jefe de gabinete del exministro José Ramón Valente, es el mismo asesor de Piñera que elaboró un informe, que luego se filtró a la prensa, donde se comparaban las cifras del Covid en Chile y Argentina, tal como en abril informó revista Capital.

Según los correos de Johanna Acevedo, el informe diario del Minsal del 20 de mayo, también se elaboró en conjunto con asesores de la Presidencia. El e-mail de ese día señala: “Adjunto informe diario parte 1, elaborado en conjunto con

presidencia". Los asesores de La Moneda también figuran mencionados en el informe del día 23 de mayo.

De la revisión de los correos de Acevedo aparece otro antecedente hasta ahora desconocido: la utilización de cuentas no institucionales para compartir información. En varios de los e-mails revisados por Ciper, la jefa de Diplas le señala a las entonces autoridades del Minsal que les enviaría "por otra vía" bases de datos completas. Esa "otra vía" parece ser la que se menciona en un correo del 19 de mayo, donde le señala al entonces ministro, a la subsecretaria Daza, a la jefa de gabinete de Mañalich y a Pablo Eguiruen, que "enviaré desde mi Gmail las bases de datos de respaldo total de casos confirmados y base de datos completa".

Conteos paralelos de fallecidos

Las diferencias, según lo declarado por Johanna Acevedo, no solo se produjeron en el registro de los nuevos contagios, sino también en la cantidad de fallecidos. El origen de esta divergencia, de acuerdo con su versión, se debe a que el exministro de Salud utilizó un método que no se condecía con el proceso habitual, aunque no detalló cómo se generaba esa información:

"Hubo varias metodologías. La primera de Mañalich generó una brecha con respecto a la reportería que nosotros llevábamos, después se elaboró un sistema diferente de cruzar bases de Registro Civil con laboratorio, pero tampoco corresponde a la forma correcta, porque hay un proceso de recodificación de la causa de muerte que hace DEIS más allá del resultado de PCR, por si esa muerte no es atribuible al Covid".

El método definitivo se adoptó a mediados de julio, cuando el ministro Paris anunció que se tomaría en cuenta el registro del DEIS para alimentar los reportes diarios. Según Acevedo, esa decisión se tomó luego de una solicitud de la Diplas. Esa fue la segunda vez que esa unidad del ministerio pidió modificar el método de conteo de fallecidos. De acuerdo con la declaración de Acevedo, la primera ocurrió el 5 de mayo, cuando la diferencia entre los reportes era de 30 decesos. "Se hizo una propuesta a través de una minuta", dijo. Pero no obtuvo respuesta del ministro Mañalich ni de su jefa de gabinete.

Esta petición ignorada surgió luego de que Acevedo se percatara el 3 de mayo, por primera vez, que había una diferencia en los conteos de fallecidos. Pudo haber sucedido con anterioridad, declaró, pero no fue hasta entonces que los números no calzaron con la información que su unidad manejaba: había nueve muertes que el exministro y su gabinete no estaban contando. “Cada cierto rato yo decía ‘ojo, llevamos cierta diferencia’, y me decían que lo iban a ver o discutir”, complementó.

¿Se podría haber aplicado el cambio de método a comienzos de mayo, cuando la Diplas lo solicitó por primera vez, y no haber esperado hasta julio?, le preguntaron los fiscales. Así contestó Acevedo: “Quizás no diario, eso puede haber sido a fines de junio, pero sí teníamos la capacidad de determinar los fallecidos probables por Covid-19 desde mayo. También tenía que ver con los criterios del Ministerio en ese momento sobre casos fallecidos. Ahí hubo varios anuncios confusos. El ministro dijo en puntos de prensa de fallecidos con Covid-19, por Covid-19, y fue poco claro en la metodología, que estaba bastante definida por la OMS”, respondió.

Además, afirmó que los datos sobre fallecidos informados a la opinión pública los “llevaba directamente el ministro y la jefa de gabinete”, y que la información emanada desde el departamento de Epidemiología del Minsal, que cruzaba semanalmente sus datos con los fallecidos que registraba el DEIS, siempre estuvieron a disposición de ambos. “Hicimos presente las inconsistencias entre los fallecidos reales y el reporte público, pero no obtuvimos respuesta”, concluyó la jefa de la Diplas.

Uno de los hitos que marcó los últimos días de Mañalich a la cabeza del Minsal sucedió el 7 de junio, cuando informó que se agregarían 653 decesos asociados a Covid-19 al conteo general. Para argumentar esta importante corrección, arguyó que a partir de entonces no tomarían en cuenta la información disponible en Epivigila únicamente, sino que “hemos ido más allá y hemos revisado toda la base de datos de los fallecidos certificados en el Registro Civil y, asimismo, hemos logrado consolidar, en una sola base de datos, todos los laboratorios que en Chile informan exámenes de PCR ya sea positivo, dudosos o negativos”.

Frente a esta explicación, Acevedo indicó ante la Fiscalía que Mañalich mezcló temas que no tienen relación entre sí y que “él estaba al tanto de las diferencias en las cifras con mucha anterioridad, ya que eran reportadas frecuentemente”.

El fiscal Marcelo Carrasco, entonces, le consultó si acaso la diferencia de fallecidos era informada a la Submesa de Datos, encargada de modelar la pandemia, y al Consejo Asesor. La respuesta de Acevedo dejó al descubierto que estos organismos técnicos, claves para modelar las respuestas frente a la pandemia, no estaban recibiendo todos los antecedentes:

"No. Los datos públicos son los que anunciaba el ministro, en eso teníamos una indicación clara de qué era lo que se podía informar públicamente y compartir con la Submesa de Datos o el Consejo Asesor".

Informes de vulnerabilidad

"Hay un nivel de pobreza y hacinamiento del cual yo no tenía conciencia de la magnitud que tenía". El 28 de mayo, cuando Santiago llevaba dos semanas de confinamiento, el ministro Mañalich sorprendió con esa declaración. La dijo en un matinal, tras ser consultado por la cantidad de contagios que se estaba presentando en las comunas del sur y poniente de la capital. Sus palabras despertaron críticas inmediatas. Pero ahora, más allá de la polémica, la investigación del Ministerio Público pone en duda si en realidad Mañalich no fue advertido de los mortales efectos que tendría la propagación del virus en las zonas vulnerables de Santiago.

La declaración de la jefa de Diplas indica que ella, además de enviar datos relacionados con los casos activos, incluía indicadores asociados a índices de vulnerabilidad, pobreza y la cantidad de adultos mayores en las comunas. La información la extraía de la encuesta Casen y la enviaba por Excel, acompañada de una minuta en formato Word.

"No es lo mismo que ocurra en Las Condes o en La Pintana, donde hay mayor hacinamiento. Desconozco si ese componente fue parte de las decisiones (…). Esa información la remití desde que empezaron las decisiones de cuarentena, por tres o cuatro semanas, luego no me la pidieron más", sostuvo.

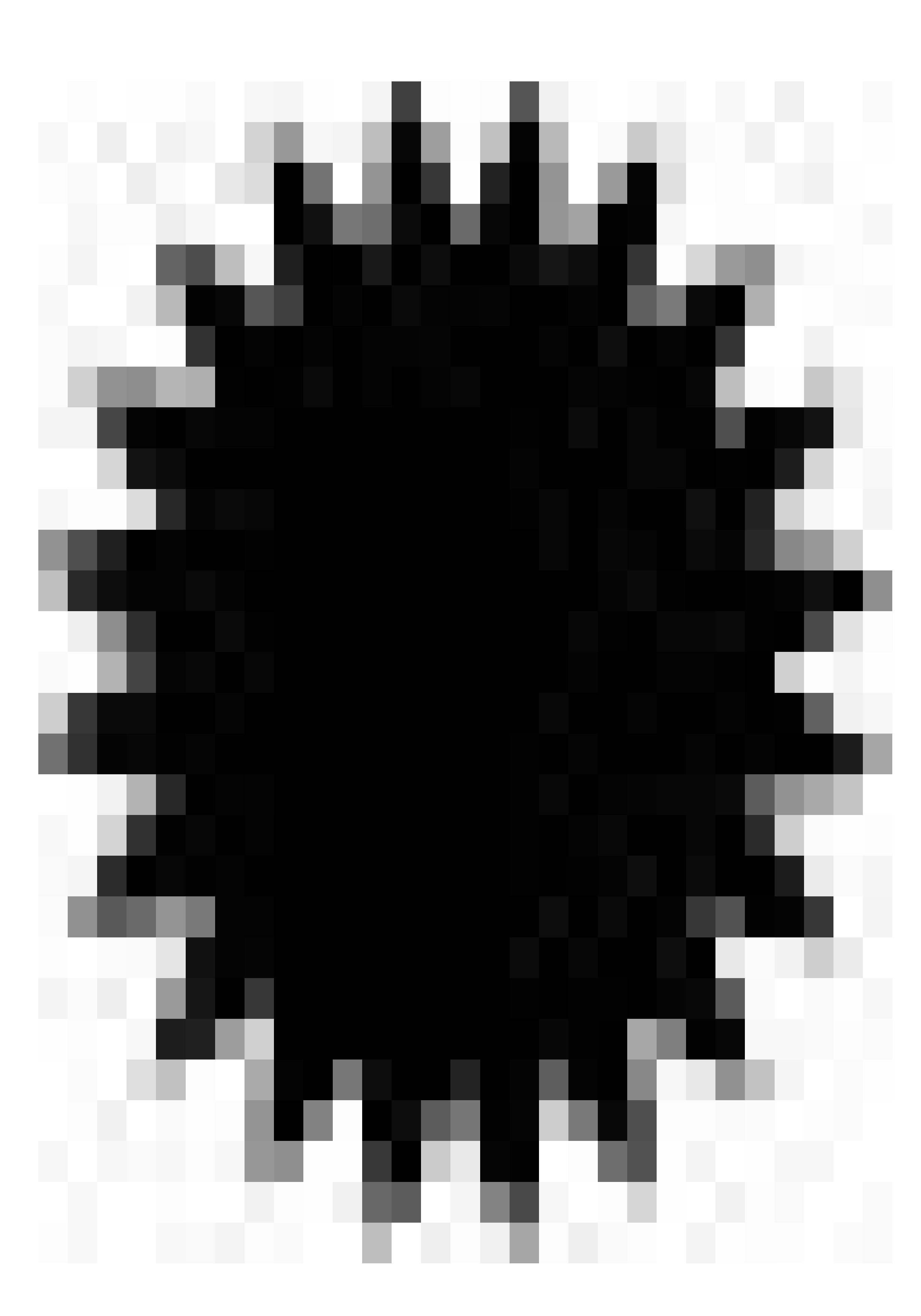
Información de ese tipo se encuentra en una minuta del 27 de abril elaborada por Johanna Acevedo, con datos sobre casos y tasa de incidencia ajustados a las comunas que entran, salen o mantienen la cuarentena a esa fecha. En ese

documento Word se identifica a la subsecretaria Paula Daza como la autoridad que solicitó su elaboración y se informa que los antecedentes serían exhibidos en una “Reunión (de) presidencia”.

A estos datos aportados por Acevedo, se suma la información que entregó la exepidemióloga del Minsal, Andrea Albagli, sobre la diferencia de letalidad (cantidad de fallecidos respecto del total de contagiados) entre pacientes con cobertura Fonasa e Isapre. Según su declaración judicial, Albagli envió un correo electrónico el 22 de junio —cuando Enrique Paris ya encabezaba el Minsal— a Acevedo y al jefe del Departamento de Epidemiología, Rafael Araos, desmenuzando esa diferencia a través de un informe titulado “Análisis fallecidos”. Para su elaboración tomó datos de Epivigila y concluyó, entre otras cosas, lo siguiente:

“Se observa que dentro de la totalidad de casos confirmados, la probabilidad de morir por Covid es un 86 % mayor en personas adscritas a Fonasa en comparación con personas adscritas a Isapre, ajustando por sexo, edad y presencia de enfermedades crónicas. Si este análisis se limita a la población con Covid confirmado que fue hospitalizada, este parámetro aumenta, y la probabilidad de fallecer por Covid en población Fonasa es más del doble”, señala ese documento al que Ciper tuvo acceso.

LAS SALAS DEL ADIÓS



Paz Radovic y Rosario Mendía

12 de julio

La Tercera

La pandemia obligó a los medios a tratar temas dolorosos extendidos como nunca a una parte cada vez mayor de la población. Junto con la investigación de los datos, los perfiles de los muertos y la denuncia de sectores especialmente perjudicados, como las mujeres maltratadas, medios como La Tercera aplicaron una mirada empática, piadosa, al dolor provocado por el Covid.

Las salas del adiós refleja con suma delicadeza y perspicaz criterio psicológico una de las innovaciones que los hospitales han tenido que adoptar con el avance de la pandemia. Ante el peligro de contagiarse y la prohibición de acompañar a los seres queridos en sus últimos momentos, muchos pacientes agonizaban solos. En este contexto, los funcionarios del Hospital Barros Lucos y Padre Hurtado han armado salas de compañía y cuidado para darles un buen morir a los pacientes más graves de Covid. Para eso han incorporado música clásica y aromaterapia, aunque también algo mucho más importante: la búsqueda de los que esos pacientes necesitan para poder morir en paz.

Desde el primer párrafo, en el que la médica que muestra el sitio a las reporteras, la tensión y la angustia son máximas: las previene de que en su corta estadía en el lugar puede morir alguno de los pacientes. Están en el umbral de la despedida. Este texto impactante quedará como muestra de lo grave y generalizado que fue el efecto de la pandemia para los chilenos, y muy especialmente para su abnegado personal sanitario.

Antes de entrar a la unidad que ha sido como su segundo hogar desde el 25 de mayo, la doctora Moyra López hace una advertencia: “Existe la posibilidad de que algún paciente fallezca mientras estamos aquí”.

Son cuatro paredes amarillas, algunas de ellas agrietadas y, en el medio de la sala, nueve camas enumeradas. Hoy solo cinco están ocupadas. Aunque los vidrios de las ventanas ubicadas detrás de las camas de los pacientes están sucios, se cuela una luz que ilumina directamente sus rostros con mascarilla y ojos adormecidos. Esta es la Unidad de Cuidados Proporcionales para pacientes Covid, ubicada en el ala más antigua del Hospital Barros Luco. Justo en el “túnel del tiempo”, nombrado así por los funcionarios por ser el pasillo que junta el edificio Trudeau —que data de 1888— con la nueva edificación del 2002. La doctora López, de 44 años, con una doble mascarilla que apenas permite ver su rostro, cuenta que aquí llegan los enfermos de coronavirus que no fueron candidatos a ventilación mecánica por su avanzada edad y enfermedades progresivas o incurables, a pasar sus últimos días antes de morir.

Desde su apertura han fallecido 55 pacientes aquí dentro. Veinte de ellos lo hicieron mientras López estaba de turno. “No es fácil ver partir a tantas personas en tan poco tiempo, pero el saber que ayudamos a que cada uno de ellos muera sin sufrimiento, nos ayuda a sobrellevar mejor las cosas”, dice. Su responsabilidad y la de todo su equipo, por lo mismo, no es solo médica. La doctora Natalia Ojeda, también encargada de la unidad, lo describe así: “Nuestra labor desde el punto de vista técnico, de ajuste de medicamentos, de indicar cosas es insignificante comparada con la labor emocional que hacemos con ellos y con la familia”.

El 26 de mayo ingresó la primera paciente: Regina Riquelme, una viuda de 82 años. Llegó despierta, preguntando si su departamento en San Miguel había quedado bien cerrado y si eran las doctoras quienes tenían sus llaves. Riquelme vivía con su nieta, Daniela Carrasco, que llegó donde ella hace cinco años, escapando de una relación compleja con sus padres.

Daniela todavía no sabe cómo se contagió su abuela, ni mucho menos en qué momento las cosas llegaron a donde terminaron. Tres días después de que fuera a dejarla al hospital, logró ponerse al día de su estado con un corto y frío llamado desde la Urgencia. “Ahí me dijeron que no la iban a pasar a la UCI porque no era

prioridad. Me dio mucha impotencia escuchar eso, pero ya lo había vivido con mi tata, yo sé que así es el sistema", dice ella.

Carrasco sabía que el estado de su abuela era crítico. Quizás por eso el llamado de la doctora López alivió su angustia. "Ella fue la que me dejó enviarle audios de despedida. Intentamos hacer una videollamada, me contaba todos los días detalladamente cómo era su estado. Fue súper preocupada, un cambio drástico a lo que había vivido días atrás", añade. Moyra López observaba esas conversaciones. Veía que Regina movía las manos cuando hablaba con su nieta, como si tratara de tocarla. Pero luego de un par de estas llamadas, Riquelme cayó en un estado de inconsciencia. Cuando eso sucedió, Daniela Carrasco ya sabía lo que se venía.

Regina Riquelme falleció el 30 de mayo.

"Desde que la recibimos sabíamos que ella tarde o temprano iba a partir. Pero tuvimos la tranquilidad de que ella estaba sin síntomas que la hicieran sufrir y que recibía constantes manifestaciones de cariño de su familia", recuerda la doctora López. Esa primera muerte no fue fácil y afectó al equipo, dice ella. Pero también le enseñó algo: "Cada partida duele, pero es grande el consuelo de haber podido ayudar".

El lenguaje de la respiración

Acompañar en la muerte obliga a aprender cosas. Y no solo en el Barros Luco. Le pasó a Camila Marchant, de 56 años. A ella, que hasta el 15 de mayo trabajaba como jefa de Pediatría en el Hospital Padre Hurtado, le tocó ser parte del equipo a cargo de las seis camas que instalaron en la sala de fin de vida de ese centro médico. Por ahí ya han pasado 120 pacientes. A veces siete de ellos mueren en un día. Por eso el aprendizaje tuvo que ser rápido.

"Hay hartas cosas que uno no se imagina, como que no es bueno hidratarlos: porque si el pulmón se llena de líquido, el paciente siente más angustia", dice Marchant. Como en su mayoría los pacientes están sedados, adquirieron un nuevo lenguaje: el de la respiración. Así, midiendo con un segundero, empezaron a identificar lo que les hacía bien o mal, según la cantidad de

respiraciones por minuto. El olor a lavanda, canela o menta los ayudaba a respirar mejor, lo mismo que la música clásica. Al contrario, cuando aumentaban las respiraciones, aparecían las quejas que acusaban dolor. Así, mientras leían los pulmones de los pacientes, los acompañaban hablándole al oído. Eso hacía la Técnico en Enfermería, Tamara Mondaca. Se sentaba al lado de los enfermos, les tomaba la mano, acariciándoles la cabeza, y les decía: “descanse tranquilo”.

Hubo otras cosas. El protocolo al llevar a un paciente a la sala de fin de vida incluía sedarlo y bajarle el paso de oxígeno. Pero en los primeros turnos, el equipo se dio cuenta que los pacientes llegaban con aún más problemas respiratorios. Se quejaban dormidos. “Era como si los estuvieran ahorcando con una soga”, cuenta la enfermera supervisora, Yasna Cortés. Con la misma respiración con la que aprendieron los gustos de sus pacientes, lograron reconocer cuándo se acercaba el final. “Dos o tres respiraciones por minuto y sabemos que se están apagando”, agrega Cortés, porque lo normal en una persona adulta es alrededor de veinte.

Morir tampoco era como antes para este equipo que antes se movía por la unidad de Pediatría. No hay caricias ni colchones, como en el caso de los niños que fallecían. Tampoco la presencia de una numerosa familia, porque solo pueden estar a través de una pantalla. La mano, ahora, se la da un funcionario con guantes. O, si alcanza a llegar, un solo familiar para despedirse. “Antes se iban en una cuna acolchada, ahora se van en una bolsa cerrada con un número, encima de una camilla fría”, cuenta Cortés, por los protocolos del Covid-19.

Moyra López y Natalia Ojeda, en el Barros Luco, también aprendieron que había cosas que una persona necesitaba para poder morir. A ellas les enseñó Enrique Boudon: un extrompetista de la Orquesta Filarmónica del Teatro Municipal, de 94 años. Boudon se contagió una semana después de que falleciera su hijo, de 65 años, por Covid. Su familia estaba devastada. Sobre todo considerando que, por su edad, era posible que también falleciera. Las doctoras intentaron, desde un principio, prepararlos para el escenario más probable. Y que, al momento de enviar sus mensajes a través de audios de WhatsApp, fueran palabras de despedida y no otra cosa.

Pero eso, entendieron, no era lo que Enrique necesitaba para poder irse.

“Esta inconsciencia de escuchar a alguien que te da más fuerza, pidiéndote que te mejores, genera que la agonía antes de fallecer se alargue. Y entonces también

se alarga el sufrimiento”, dice Natalia Ojeda. Ella notaba cuando a los pacientes les faltaba algo para irse. Que mensajes como esos ponían una suerte de presión sobre ellos. Y que eso, finalmente, no los dejaba soltar su vida.

Pese a que los mensajes de los diez hijos que tuvo Enrique Boudon fueron de despedida, y sin generar esa presión, algo sucedía que con el paso de los días no fallecía. Fue ahí cuando llamaron a su nieta, quién intuyó que lo que podía faltar era escuchar un poco de jazz, o a los trompetistas que admiraba. Esa era música que escuchaba todos los días en su casa desde que había jubilado. “Le pusimos canciones de Miles Davis al oído y él, automáticamente, movió sus manos como si estuviera dirigiendo una orquesta. Fue maravilloso lo que vimos”.

Un par de horas después, dice la doctora, Enrique Boudon pudo fallecer tranquilo y sin sufrimiento.

Voces de despedida

Hay algo que ahora distrae a Moyra López. Es la cama seis.

Dice: “Les voy a pedir permiso porque don Alberto va a fallecer pronto y no le he puesto los audios que llegaron de su familia”. A lo lejos se escucha despacio una voz quebrada al teléfono. Es su hija quien le habla al padre de 90 años: “Quiero pedirle perdón papá si me porté mal, y le quiero decir que lo quiero mucho, que lo extraño y que pronto nos veremos. Le amo”. Alberto, el paciente de la cama seis, que antes estaba completamente dormido, y cada cierto rato inflaba su pecho en una respiración profunda pero interrumpida por su dificultad respiratoria, de pronto comienza a respirar más agitado. También abre los ojos.

La doctora sabe lo que eso significa: “¿Ven cómo cambia la respiración? Inmediatamente parece estar más activo, pero lo más probables es que en un ratito se vaya. Esto era lo que le faltaba escuchar”.

Moyra López reconoce que ha llorado. Especialmente con los mensajes de los niños, pues lo más doloroso para ella es ver cómo los pacientes mueren sin sus cercanos al lado. Aunque en la sala se permite el ingreso de ciertos familiares, los criterios son estrictos: ser menor de 60 años, no padecer enfermedades

crónicas, no tener Covid positivo ni estar en cuarentena preventiva por contacto estrecho. Eso ha hecho que muy pocos tengan visitas. Por eso, para ella, lo más importante es darles el mismo buen morir que le entregaría su familia, recordándoles la gente que los quiere, tomándoles las manos, haciéndolos sentir que no están solos.

“La muerte es un fracaso en la medicina y no enseñan nada que tenga que ver con un buen morir. Los médicos tienen un gran desconocimiento del proceso, pero es un momento tan importante como el resto de la vida. Y más todavía si hay una familia involucrada que sufre”, explica ella.

Luego del audio de la hija que le pedía perdón a su padre, es el turno de Filomena: una mujer hospitalizada en la cama ocho, quien por fin recibió los mensajes de sus bisnietos. “Besitos, besitos te amamos”, son las palabras que se escuchan desde la voz de niño. Una vez que los reproduce todos al oído de la paciente, Moyra López toma el teléfono fijo de la recepción de enfermería y llama a los familiares.

Les dice: “Sentimos que se ha ido apagando poquito a poquito. A ratos está despierta, a ratos abre los ojitos. Especialmente con los mensajes, pero los abre de forma suave y los vuelve a cerrar”. Después les informa algo más: “Lo más probable es que ella parta en el corto plazo. Pero, de hacerlo, sus últimas horas han sido en paz. Nosotros la estamos cuidando lo más que podemos”.

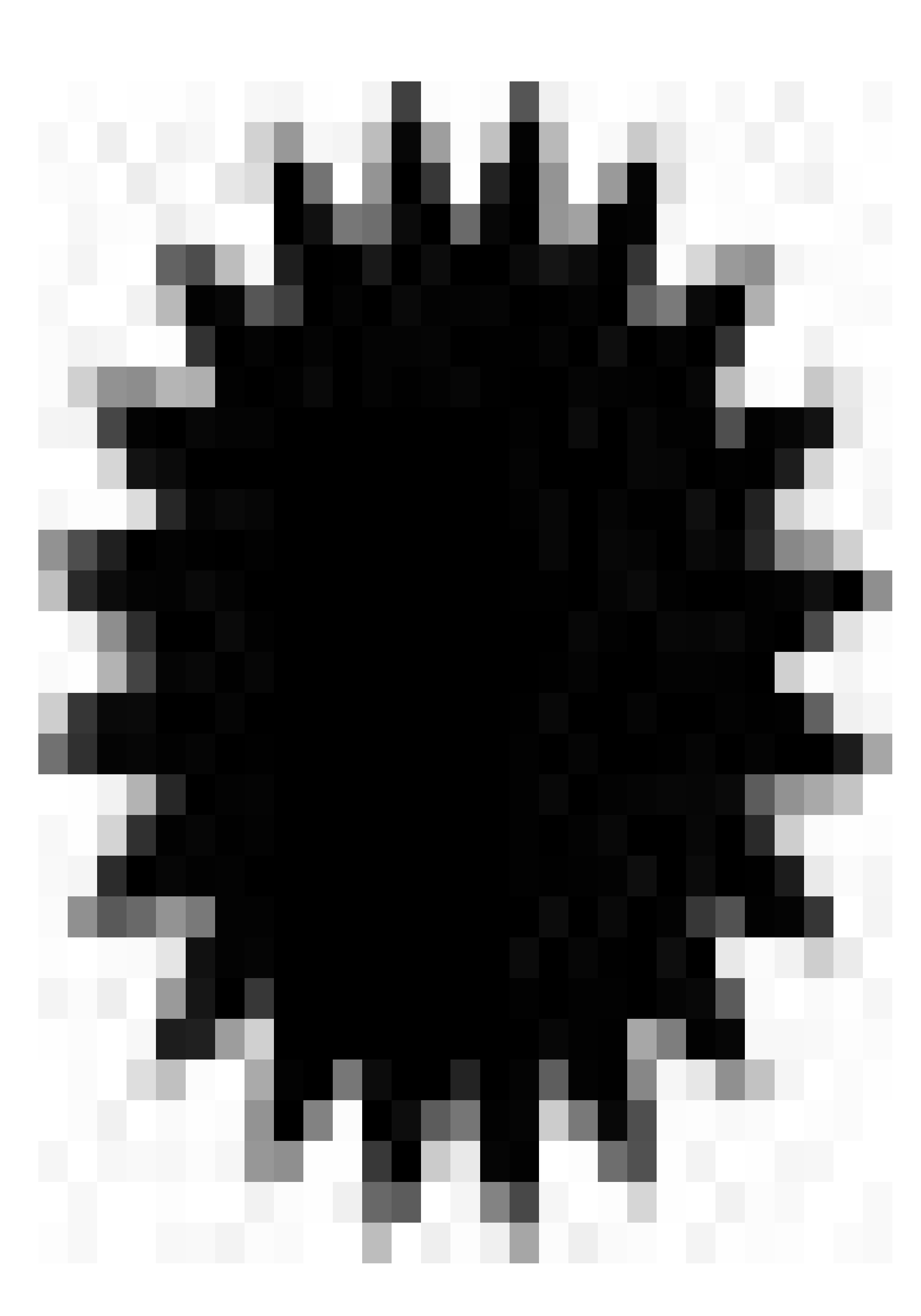
La doctora cuelga el teléfono y el equipo queda en silencio. “Uno nunca se acostumbra a la muerte”, dice, “porque cada muerte es única y se vive en forma distinta”.

Fue así con Filomena, que dos días más tardes seguía viva, aunque cada vez peor, en la Unidad de Cuidados Proporcionales del Barros Luco.

Moyra López piensa que aún le faltaba algo. La visita de un hijo que, recién este viernes, pudo ir a verla.

“Probablemente —dice la doctora— ahora ella pueda partir”.

LA PANDEMIA Y 50 VIDAS QUE YA NO ESTÁN



Equipo Sábado

Sábado, El Mercurio

23 de mayo de 2020

Más de 500 personas han muerto por Covid-19 en Chile en apenas dos meses, desde que se inició el conteo de víctimas. Sábado conoció 50 historias, que hasta hoy solo eran parte de esa fatal estadística. En ellas hay vidas cotidianas y extraordinarias, tragedias que afectaron a varios miembros de una misma familia y la confirmación de las advertencias de los especialistas: que los ancianos son los más vulnerables. Pero también hay entornos precarios que desnudan el desigual acceso a la salud, descoordinaciones que rodearon algunas muertes y despedidas que nunca se hicieron.

Daniel Aqueveque Valenzuela

36 años, falleció el 16 de abril

Ese día, Daniel le pidió a Nayaret, su esposa, que lo desnudara y lo acostara sobre las cerámicas del living . Tenía calor. Durante días la fiebre no descendía de los 40 grados y los síntomas del coronavirus ya habían mermado sus capacidades: apenas comía, apenas respiraba, apenas podía ponerse de pie. Al verlo en el suelo, Nayaret decidió llamar al Cesfam de su sector para exigir una ambulancia. “Me dijeron que no tenían a nadie. Solo al chofer”, recuerda ella, desde Quillón, Región del Ñuble. “Les dije que no me importaba, que mandaran a quien sea”.

Daniel Aqueveque, electricista y dueño de una funeraria, tenía 36 años cuando contrajo el virus. Nadie lo tiene claro: no saben si fue en su trabajo, durante el manejo de algún fallecido, o en sus pocas idas al supermercado o la verdulería del barrio. Lo que sí sabe Nayaret Garrido es que luego de sentir los primeros síntomas se acercaron al Hospital de Bulnes para realizarse el examen. “Pero solo me tomaron el examen a mí”, recuerda. “A Daniel lo diagnosticaron con una faringitis aguda y le recetaron amoxicilina e ibuprofeno”. Sin embargo, Nayaret dio por hecho el contagio y junto a su hijo de cinco años decidieron encerrarse en casa, advirtiendo a sus cercanos.

Pero esta vez Daniel estaba en el suelo, sobre las cerámicas del living. Cuando el chofer de la ambulancia ingresó a la casa le preguntó a Nayaret si era el mismo chiquillo que había llevado la otra vez. Días antes, Daniel había sido trasladado al Cesfam, donde según Nayaret solo le inyectaron dipirona antes de enviarlo caminando a la casa. “El mismo”, le respondió ella, mientras los dos intentaban subirlo a la camilla. Para ponerlo en la camioneta, Nayaret necesitó más ayuda. Llamó a su cuñado, que antes de llegar pasó por la funeraria para vestirse con los implementos que el propio Daniel había comprado en caso de trasladar cuerpos de fallecidos por coronavirus: un traje plástico, guantes y mascarilla. Antes de volver a su casa, Nayaret se acercó al chofer: le pidió que por favor no lo trajera de vuelta. “Estaba muy mal. Y además era paciente crítico, porque tenía diabetes”.

Pero según Nayaret, no le hicieron nada. “A las ocho de la noche llegó de vuelta”, cuenta. “Me dijo que no le pusieron oxígeno, no le controlaron el azúcar, no le pusieron suero. Según él, le dijo a un médico: ‘Huevón, me estoy muriendo, ayúdame’. Lo único que hicieron fue tomarle el examen, que, obvio, fue positivo”. Nayaret dice que el virus no la golpeó de igual manera que a su marido. Eso le permitió levantarlo cada vez que Daniel necesitaba trasladarse por la casa. Él le decía que sufría mareos, dolor de cabeza, vértigo y la fiebre casi siempre alcanzaba los 40 grados. Un día, cuenta Nayaret, lo vio tan mal que decidió llamar a su cuñada, que trabaja como enfermera en Viña del Mar. “Ella me pidió que contara cuantas veces respiraba en un minuto. Conté 42. Mi cuñada me dijo: ‘Está al borde de un paro. Tienes que llevarlo al hospital ahora’”. La última comunicación con su marido fue un mensaje de texto. Ahí Daniel le dice: “Mamá, me van a hospitalizar en la UCI. Tengo que apagar el teléfono, te amo”.

Una semana más tarde, Daniel falleció producto de una neumonía provocada por el virus. Nayaret y su hijo, todavía en cuarentena, siguieron su funeral a través de una videollamada con un familiar. Hasta que la carroza se detuvo en el frontis de su casa. Recién ahí, parados en la puerta, se despidieron de él.

Sylvia Benavides Muñoz

85 años, falleció el 2 de abril

Fue la primera fallecida por coronavirus en Punta Arenas. Su muerte tomó desprevenido al Servicio de Salud de la ciudad: los protocolos aún no estaban afinados y los tres familiares autorizados para despedirla tuvieron que esperar con la urna en la calle durante largo rato, porque a las diez de la mañana el cementerio aún no abría.

Viuda hace un año y medio, vivía sola. A ella le gustaba su independencia, dice Jaime Alvarado, uno de sus dos hijos. Solía hacer todos los trámites y las compras ella misma, y se mantenía activa participando en un grupo de la tercera edad. Su único problema, detalla, era un asma que la complicaba durante los inviernos. A mediados de marzo se comenzó a sentir resfriada y en el Cesfam le dijeron que se trataba de una bronquitis. Guardó reposo, pero con los días su salud empeoró. Un segundo médico, que fue a su domicilio, la mandó a hacerse

exámenes de sangre y tórax. Con este último le diagnosticaron neumonía y le recetaron antibióticos.

Jaime Alvarado la acompañó en su casa por una semana para cuidarla, hasta que su madre presentó fiebre y problemas respiratorios. “Ella se negaba a ir al hospital. Ya se hablaba de los primeros contagios y no quería arriesgarse. Al final la llevé, la vieron, la dejaron en aislamiento y no la vi nunca más. Dos días después me confirmaron que tenía coronavirus”, recuerda Alvarado. Él no sabe dónde pudo haberse infectado. Piensa que en una carnicería, a la que ella fue justo el día que anunciaron la suspensión de clases. Esa vez, temiendo el desabastecimiento, cientos de puntarenenses repletaron los supermercados. “Intenté disuadirla, pero igual fue. La carnicería estaba llena y demoramos casi dos horas en salir de allí. Al otro día comenzó con el resfrío. Le dije: ‘¿Ve?, quién la mandó a salir’, pero nunca sospeché que fuera el virus”. Por haber estado con ella, Alvarado también fue diagnosticado con Covid. Mientras estaba en cuarentena recibió la noticia del fallecimiento de su madre. No pudo ir al funeral.

Omar José Homad Serón

83 años, falleció el 4 de abril

Una semana antes de que fuera hospitalizado, habló por teléfono con su nieta Constanza Homad, estudiante de Obstetricia. Ella quedó preocupada: “Nos dijo que le dolía el cuerpo y que se quedó en cama. Altiro dijimos ‘qué raro’, porque a mi tata le gustaba andar trabajando, de allá para acá. Era súper enérgico”, recuerda.

Omar Homad era dueño de la empresa de buses Trans HG de Osorno, que fundó hace 45 años. Había comenzado con dos buses, que él mismo manejaba, pero con el tiempo llegó a tener una flota de 78 buses. “Era muy conocido en su rubro y en la zona por su empresa”, agrega Constanza.

Al día siguiente de esa llamada, Homad se enteró de que en la oficina de la hija de su pareja, con quien vivía, había un brote de coronavirus. De inmediato fue a hacerse el test. El resultado fue negativo. Con el virus descartado, Homad

continuó trabajando. “Él seguía sintiéndose mal, tenía diarrea y dolores estomacales. Le decíamos que fuera al doctor, pero le apasionaba tanto su trabajo que insistía en no hospitalizarse hasta terminar las liquidaciones y cheques”, explica su nieta.

El domingo 29 de marzo, Homad llegó a la Clínica Alemana de Osorno. Tenía el cuerpo tan adolorido que apenas pudo bajarse de la camioneta. Después de cuatro días hospitalizado, le dieron el diagnostico positivo de Covid-19. Constanza cuenta que la pareja de su abuelo, y la hija de ella, también dieron positivo. “Yo lo cuidé en la clínica esos días, hasta que lo llevaron a la UCI. A las pocas horas me contaron que tuvo una inflamación sistémica y que lo conectaron a un ventilador. Para mí fue choqueante, tenía esperanzas de que iba a mejorar, ya no tenía fiebre ni diarrea y, de hecho, el día antes se afeitó para estar bien arregladito, como siempre. Esa fue la última vez que lo vi”, recuerda Constanza.

El 4 de abril, Omar Homad había fallecido por una falla multiorgánica a causa del virus. “En la clínica se portaron muy mal, primero me permitieron a mí estar en contacto con mi abuelo cuando era un caso sospechoso de coronavirus. Y cuando entregaron el cuerpo, mi papá, mi tío y el señor de la funeraria tuvieron que ponerlo ellos mismos en el ataúd. Nadie quería hacerse responsable, por miedo, quizá. Supuestamente, como era el primer caso que fallecía en la región no sabían qué hacer”, dice.

Constanza no pudo ir a la clínica, tampoco al funeral, ya que estaba en cuarentena. Lo único que pudo ver, a través de un video, fue que camino al cementerio decenas de choferes en sus buses despidieron a su abuelo con bocinazos y aplausos.

René Agurto Soto

96 años, falleció el 8 de abril

El 6 de abril, René Agurto cumplió 96 años. Su hija Verónica le cantó el cumpleaños feliz junto a unas sobrinas a través de una videollamada, porque él estaba hospitalizado en el Hospital El Carmen de Maipú. “Yo le decía: ‘Papi, te

amo’. Se emocionó. Nos saludó con la mano e intentó sacarse el oxígeno para decirnos algo, pero el enfermero no lo dejó. Fue la última vez que lo vi”, dice Verónica. Dos días después, su padre falleció.

“Mi papá era albañil. Un hombre tierno. Vivía con una nieta en Parral y el 23 de marzo le dio fiebre. Lo llevaron al hospital, le sacaron radiografía y salió que tenía líquido en los pulmones. También le hicieron el test del coronavirus, pero los resultados se demoraron. Lo dejaron un día hospitalizado y le dieron de alta, como diciendo: ‘Que se vaya a morir este viejo a otro lado’. Creo que si lo hubieran tratado ahí, se habría salvado”, cree ella.

Verónica lo recibió en su casa en Maipú porque nadie lo podía cuidar en Parral: “Comenzó a ahogarse. Lo llevé al consultorio, desde donde lo mandaron en ambulancia al hospital. Le pregunté si tenía miedo y no me dijo nada. Estando hospitalizado me avisaron que el marido de la nieta con la que él vivía había dado positivo. Por ahí mi papi se contagió”.

Ella, desde su cuarentena, vio el entierro de su padre a través de un video. “Fue muy triste. El cuerpo lo entregaron en una bolsa de nylon. Le teníamos su terno para vestirlo, pero no se pudo”. Ella prefiere recordarlo así: sentado bajo un árbol escuchando rancheras, en la casa de ella en San Marcos, cerca de Parral, donde lo llevaba para los veranos. “Como le gustaba tanto, le estábamos construyendo una pieza. Pero el tiempo no le alcanzó”.

Ramón Alberto Ramírez Fuentes

52 años, falleció el 19 de abril

A mediados de marzo hubo un brote de coronavirus en las oficinas del Indap de Talca. Siete funcionarios resultaron contagiados, entre ellos Ramón Ramírez, jefe de la unidad de administración y finanzas. Ninguno tuvo síntomas de cuidado y pudieron hacer la cuarentena en sus casas, salvo él, que a la semana casi no podía respirar. Lo notó su hermano Fernando, que junto a su señora lo llevaron al hospital de la ciudad, donde fue internado de inmediato en la UCI. Dos semanas después, tras una leve recuperación, murió.

Nacido en Talca, Ramírez pasó su niñez y adolescencia en Curepto, donde su padre también era funcionario del Indap. Tras egresar de la enseñanza media estudió Técnico en Programación en Computación y luego Ingeniería en Administración Pública en Talca. Se casó en 1998, tuvo dos hijos y se separó hace tres años. No fumaba, no tomaba y, salvo una hipertensión que se trataba con medicamentos, no tenía ninguna complicación de salud. Tras la muerte de su padre, él se encargó de cuidar a su madre, quien sigue viviendo en Curepto. De hecho, dice Fernando Ramírez, uno de sus planes era irse a vivir allá una vez que jubilara.

Cuando se confirmó el caso positivo en su oficina, todos quienes trabajaban allí se hicieron el examen. “Cuando supo que él estaba contagiado, no presentaba síntomas. Ese día me llamó para contarme. Lo noté asustado, pero nosotros con mi señora le ofrecimos ayudarlo en todo durante su cuarentena. Él vivía solo. Durante la primera semana fuimos a su casa, le dejábamos comida, ropa limpia y remedios en el jardín, él salía y aprovechábamos de conversar a la distancia. A veces estaba con un poco de fiebre, pero nada preocupante. Solo un día lo vi con piyama. El resto del tiempo hacía una rutina normal dentro de la casa”, cuenta su hermano Fernando.

Pero luego lo notaron más distante. No contestaba los whatsapps ni los llamados, y solo tuvieron un par de conversaciones cortas. “Pensamos que era un tema más bien depresivo, pero después con mi señora nos dimos cuenta de que tenía serios problemas de respiración. Era una respiración cortita y rápida, con cierto ahogo. Cuando hablaba no alcanzaba a terminar la frase”.

En el hospital fue intubado y tras una primera semana complicada, su familia tuvo la esperanza de que podía mejorar al escuchar los reportes médicos que aconsejaban comenzar a suspender la sedación. Pero pronto le volvió la fiebre y a las 00:53 horas del domingo 19 falleció. El cuerpo de Ramírez, cubierto con una bolsa mortuoria, fue entregado en un ataúd sellado, fumigado por dentro y por fuera y envuelto en una manga plástica reforzada con huinchas. Nadie pudo entrar al parque cementerio para el entierro. Solo funcionarios de la funeraria.

Fernando cuenta que evitaron a toda costa que su madre supiera de la enfermedad de Ramón. Ella había sufrido mucho por la muerte de su esposo y hasta hoy no se conforma. Ahora, más anciana y con problemas de memoria, temían que pudiera darle un ataque cardiaco. Pero igual se enteró. “Lloró mucho, fue terrible —cuenta Fernando—, pero una de las cosas buenas de su pérdida de

memoria es que a veces no se acuerda de la muerte de Ramón y está calmada. En esos momentos pienso que él está con ella, que la abraza y la contiene”.

Irma Cárcamo Cárcamo

75 años, falleció el 13 de abril

Desde que enviudó hace 12 años, Irma Cárcamo vivía sola en su casa en Punta Arenas. Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo pasaba acompañada. Tres veces a la semana entrenaba vóleibol con un grupo de adultos mayores y los fines de semana participaban en torneos. Además, solía ayudar en una parroquia a cobrar el diezmo. El año pasado había tomado un curso de inglés. Asistía a cenas de una caja de compensación con sus amigas. Y viajaba a Argentina a ver su hermana o a Santiago para visitar a sus dos hijos.

Mauricio Triviño, su hijo periodista, dice que ella empezó a toser luego de un viaje en bus para ir a ver a un familiar. “Fue al médico y le diagnosticaron faringitis. Días después ya estaba mal. Yo trataba de hablar por teléfono con ella, pero tosía a cada rato. Fue de nuevo al consultorio, le diagnosticaron bronquitis aguda y los exámenes descartaban Covid-19”, dice.

El 2 de abril fue internada en el Hospital Clínico Magallanes y a las pocas horas la conectaron a un ventilador mecánico. El primer test que le hicieron allí arrojó nuevamente negativo, pero el segundo dio positivo. El 13 de abril falleció de una neumonía por Covid-19. “La hermana de mi mamá estuvo todos esos días con ella y no le pasó nada. Lo que me hace pensar que el contagio fue en el hospital. Como ya venía con esta bronquitis, el virus tuvo el camino libre. Eso sí, me molestó que el intendente haya dicho que tenía enfermedades asociadas. Lo único que tenía era una operación de meniscos que se había hecho hace un año para poder seguir jugando vóleibol”, agrega su hijo.

Juan Valdebenito Gatica

85 años, falleció el 8 de abril

“Cuando lo traje a mi casa, él me dijo: ‘Me vengo a quedar para siempre contigo’. Yo estaba feliz. Pensaba que íbamos a poder recuperar el tiempo que no vivimos juntos, porque él se fue de la casa cuando yo tenía 16 años. Quería cuidarlo hasta el fin”, dice Carlos Valdebenito sobre ese sábado 4 de abril en que Juan, su padre, por fin aceptó dejar su casa en Lo Encalada, en la comuna de Ñuñoa, para irse a vivir con él a Maipú. Pero la alegría duró poco. Cuatro días después, el 8 de abril, a las 12:43, Juan falleció. “Fue tan poco el tiempo”, agrega su hijo.

La primera vez que pensó en llevarlo a vivir con él, cuenta Carlos, fue en diciembre del año pasado, cuando falleció la pareja de su padre. “Fue muy duro para él. Pero no quería irse, porque estaba cómodo en su casa y el trabajo le quedaba cerca”.

Cuando a mediados de marzo el Ministerio de Salud pidió que los adultos mayores se quedaran en sus casas, Juan Valdebenito decidió que teletrabajaría. A sus 85 años se encontraba activo: era contador analista en UnionCoop, una cooperativa de ahorro y crédito para adultos mayores. Pero esto era ahora; durante toda su vida se había desempeñado en Gendarmería, donde llegó a ser suboficial mayor.

Carlos llamaba todos los días a su padre y comenzó a notarlo decaído. Por eso, el sábado 4 de abril, sin preguntarle, lo fue a buscar. Esta vez no puso resistencia. El domingo amaneció peor y llamaron a un médico para que lo fuera a ver a la casa. Él se había operado del corazón y de las arterias de las piernas en julio del año pasado, “pero estaba bien de eso”, dice su hijo. “Ese día le pregunté al doctor si es que tenía coronavirus y me dijo que no tenía síntomas y era verdad: no tenía temperatura, su presión estaba bien, solo lo encontró agitado”.

Con los días su estado empeoró. Tanto, que la madrugada del miércoles Carlos se quedó despierto hasta las siete de la mañana haciéndole masajes, tranquilizándolo. “Cuando se levantó respiraba fuerte, estaba mal”, dice. Llamó al Sapu, quería llevarlo al Hospital Dipreca, pero le dijeron que no llegaría; entonces, se fueron al Hospital El Carmen de Maipú. Dos horas después, Juan Valdebenito falleció. “Para mí siempre quedará la incógnita de si trataron de reanimarlo, porque cuando entré a reconocerlo, todo vestido de blanco y con mascarilla, por el vidrio se veían muchas personas con máquinas, pero mi papá

estaba a un lado, en una camilla, sin ningún aparato cerca. Me dio la sensación de que lo habían dejado ahí nomás”, explica.

Tras su muerte le practicaron el examen para ver si tenía Covid-19. Al otro día le dieron la noticia: su padre había dado positivo y toda su familia cercana debía hacer cuarentena. La hija mayor de Carlos, que no vive con ellos, se encargó de hacer los trámites funerarios y logró que la carroza pasara por fuera de la casa de su familia para que pudieran despedirse. “Yo tengo seis hermanos, pero el único que tenía una relación cercana con él era yo. Cuando mis papás se separaron hubo un alejamiento. Nunca lo dejamos de ver, pero en los últimos cinco años yo me había acercado mucho. Siempre él me decía que quería que lo cremaran y yo hice todos los trámites por internet. La vida que él tuvo no era para que yo lo dejara en una fosa común”, dice Carlos Valdebenito. Las cenizas de su padre están hoy en el living de su casa.

Fresia Campos Campos

65 años, falleció el 6 de abril

La herida en su tobillo se veía cada vez peor. Tras sufrir la amputación de un dedo a causa de una diabetes, a fines de 2019, había tenido que usar una bota inmovilizadora, que más tarde le generó una nueva llaga. Carolina Argandoña, su hija, le dijo que sería mejor ir al hospital, porque la herida estaba supurando mucho.

El 16 de marzo llegaron al Hospital Regional de Antofagasta, a Urgencias. Fresia quedó hospitalizada con indicación de una nueva amputación. “A mí mamá le diagnosticaron la diabetes como a los 40 años. Su enfermedad fue brusca. De muy joven empezó a perder la vista y la dentadura”, cuenta Carolina.

Desde hace un tiempo que Fresia había llegado a vivir a la casa de su hija, donde sus dos nietas menores, de 9 y 12 años, la cuidaban. La ayudaban a bañarse y maquillarse, además de compartir habitación con ella. Pero con la noticia de la amputación, la familia reorganizó la casa para que Fresia pudiera dormir sola y tener más espacio para la silla de ruedas que ahora usaría. “Le amputaron arriba del tobillo, pero a los pocos días tuvieron que volver a amputar arriba de la

rodilla. Cuando salió de la operación recuerdo que me dijo que le habían hecho también el examen de Covid-19, pero tres días después la dieron de alta", explica Carolina.

La madrugada del sábado 28 de marzo, Fresia llegó en ambulancia de vuelta a la casa. "Los paramédicos me dijeron que venía estable, pero con positivo en coronavirus. Ahí me enteré del diagnóstico. Yo sé que se contagió en el hospital. Casi me dio un ataque, porque además recién le habían hecho la amputación doble, entonces no te cabe en la cabeza cómo te la pueden mandar al domicilio", agrega.

Carolina llamó a su hija mayor para que fuera a buscar a las dos menores, quería protegerlas del virus, ya que una de ellas tenía asma. Su marido, después del trabajo, tampoco volvió para evitar contagios. En la casa solo se quedó ella, una de sus hijas y Fresia. Por prevención, justo habían comprado mascarillas y guantes que les sirvieron para cuidarla, pero ella veía que la salud de su mamá se complicaba. A las once de la noche de ese mismo día pidió que la ambulancia regresara. "Al otro día la conectaron a un ventilador mecánico. Yo en mi casa me sentía muy mal, me dolía el pecho. Pero solo era una crisis de angustia, porque días después me hice el examen y dio negativo", recuerda. El 6 de abril, Carolina estaba en cuarentena cuando supo que Fresia había muerto. Fue la primera persona fallecida por coronavirus en Antofagasta. "Mi marido y mi hija reconocieron el cuerpo. Fue horrible estar encerrada y no poder hacer nada, dando instrucciones por teléfono. No pude ver a nadie hasta una semana después que mi mamá murió. Recién ahí mis hijas regresaron a la casa. Fue triste cuando ellas entraron a la pieza. La abuela ya no estaba".

Luis Alberto Mena Flores

59 años, falleció el 11 de abril

No es mucho lo que su hija sabe de él. Lorena Mena tiene recuerdos deshilachados de su padre, un camionero que se fue de la casa cuando ella era niña. Fue, como lo describe, un papá ausente que nunca reconoció su error por haberla abandonado. Y, sin embargo, ahora es la única de todos los hijos que tuvo Mena Flores con distintas mujeres que se ha encargado de ir a buscar su

cuerpo, hablar con la funeraria, llevarlo al cementerio y hacerle una breve ceremonia antes de su entierro.

Entre una y otra cosa, estos días también ha reconstruido qué pasó con su padre y por qué el destino lo llevó a morir solo en una pieza que arrendaba en la frontera entre La Florida y Puente Alto. De joven, dice ella, Mena Flores solía transportar carga fuera del país. Iba con frecuencia a Argentina y Brasil. Pero en los últimos años ya estaba cansado y prefería hacer rutas dentro de Chile, especialmente hacia el norte. Parecía que al fin quería establecerse en un solo lugar, pero a comienzos de abril enfermó. Por lo que ha averiguado Lorena, presentaba fiebre y una fuerte indigestión acompañada de sangramiento. También supo que fue dos veces al Hospital Sótero del Río y que las dos veces lo devolvieron a la casa con diagnóstico de infección estomacal. “Nunca le hicieron el examen para ver si tenía Covid-19. Solo le dieron medicamentos. Pero seguía mal. Incluso se comunicó con uno de mis hermanos para decirle que le costaba respirar”.

Tres días después de esa llamada, la familia que le arrendaba la pieza lo encontró muerto en su cama. Lo escucharon roncar en la mañana y recién en la tarde se preocuparon, porque aún no se había levantado. Lorena se enteró de la noticia cuando iba saliendo de su trabajo. Le dijeron que Carabineros la buscaba para que fuera a reconocer el cuerpo. “A mi papá le hicieron el examen después de muerto en el Médico Legal y salió positivo. Pero demoraron ocho días en pasarme su cuerpo. Nadie me avisó que ya estaba listo. Si yo no llamo, todavía estaría esperando”.

Lo que le preocupa ahora es que, a un mes de la muerte de su padre, nadie ha ido a sanitizar la pieza donde vivía. “Allí está todavía su ropa, su colchón, todo, y cuando llamé a esa familia para contarles, me dijeron que el dueño de casa tuvo los mismos síntomas, le hicieron el examen y también salió positivo”.

Como la hija mayor, a Lorena le toca hacer el trámite de la posesión efectiva en el Registro Civil. Allí se enterará de cuántos hijos tuvo en realidad su papá. Ella solo conoce a tres, pero supone que son más. Tiene un recuerdo de él que se ve que todavía le duele. Ocurrió para un Día del Padre, cuando ella tenía 5 años y lo fue a visitar para entregarle un regalo: “Pero él no lo quiso, me lo despreció y me echó de su casa. Después, cuando andaba con mujeres, me daba vuelta la cara, no me saludaba. Solo de más grande lo encaré y le dije que por qué nunca me había querido y por qué se había alejado de mí. Me contestó que en ese tiempo

era muy joven y que había cometido muchas equivocaciones, pero nunca reconoció su error por dejarme... No le tengo rencor. No soy nadie para juzgarlo. Lo único que le pedí a mi Dios es que ahora él esté descansando. Es mi papá y lo quiero igual".

Carlos Fuentes Lagazzi

62 años, falleció el 28 de abril

Hace cinco años que manejaba una van para trasladar pasajeros entre Punta Arenas y el aeropuerto. Por eso Andrea Fuentes, su única hija, piensa que se contagió allí, en la terminal aérea. Fuentes Lagazzi había nacido en Quillota, pero cuando entró al Servicio Militar lo destinaron a la capital de la Región de Magallanes. Nunca más se fue. Allá hizo el resto de su vida, formó una familia y enviudó en 1994. Vivía con su hija, su yerno y sus tres nietas, mientras trabajaba como operador de máquinas pesadas, hasta que se empleó en una empresa de transportes, donde solía llevar a personal de Latam.

Andrea recuerda que los primeros síntomas aparecieron a principios de abril: fuertes dolores estomacales, diarrea y fiebre. Como había escuchado en la radio que, a menos que fuera urgente, debía evitar ir los centros asistenciales por el riesgo de contagio, llamó al teléfono de Salud Responde. "Allí me dijeron que era un virus en el estómago y que tenía que darle un paracetamol cada seis horas. Lo hice, pero los dolores y la fiebre continuaron". Su hija, entonces, lo llevó al Cesfam y desde allí lo derivaron en ambulancia al Hospital Clínico para hacerle un examen por sospecha de coronavirus. "El primero salió negativo, el segundo también y recién el tercero dio positivo", dice. Pero para entonces, él ya estaba internado en la UCI. "Los médicos se comunicaban todos los días para darme un reporte. Me decían que estaba estable dentro de su gravedad, pero luego me llamaron para decirme que debía prepararme para lo peor, porque mi papá llevaba tres días con fiebre", cuenta. Horas después, la volvieron a contactar: su padre había muerto. A su funeral solo fue ella, su marido y sus tres hijas. En la estadística, Fuentes Lagazzi fue anotado como la víctima fatal número 11 de la región.

Verónica Álamos Antolín

53 años, falleció el 14 de abril

“Nosotros no sabemos cómo se contagió. Ella estuvo en cuarentena preventiva desde el 15 de marzo porque tenía artritis reumatoide, además de una fibrosis pulmonar leve. Pero desde febrero había presentado una bronquitis que no se le pasaba y que luego se transformó en neumonía y le dio pielonefritis. Finalmente se complicó todo y la tuvimos que internar”.

Tamara Vásquez, 26 años, la hija menor de Verónica Álamos, cuenta que cada vez que sus enfermedades se iban complicando, su madre iba al Sapu. “Puede que se haya contagiado ahí o tal vez fue en el Hospital El Carmen”, dice. La razón de su duda es que cuando ella fue internada, le practicaron dos veces el test para ver si tenía Covid-19 y los dos arrojaron un resultado negativo. Solo al cuarto día de estar hospitalizada y luego de ser intubada, porque el daño a sus pulmones era severo, el examen salió positivo.

Verónica Álamos trabajaba en una empresa de alimentación colectiva que entregaba servicio a Gildemeister Hyundai en Cerrillos. Su hija dice que le gustaba mucho su trabajo y que siempre buscaba cómo hacer más rica la comida que preparaba. Por eso, los gerentes de la automotora iban a almorzar ahí. “Era cariñosa, empática, una excelente mamá, me acompañaba a todas; era de esas personas que siempre están contigo”, recuerda su hija.

Su marido, Jorge Ulloa, cuenta que desde el hospital, entre 12 del día y las 2 de la tarde, realizaban videollamadas para que ellos la pudieran ver, aunque solo conseguían verla inconsciente. “Ella estaba muy complicada, tenía tres enfermedades muy graves, temíamos lo peor, pero también teníamos la esperanza de que pudiera salir”, dice Jorge Ulloa. Verónica Álamos murió un mes antes de cumplir 54. “No hay nada hoy que nos pueda sacar de esta pena”, dice su hija Tamara.

Galvarino Fernández Ayala

88 años, falleció el 6 de abril

Ocho bomberos, con uniformes y mascarillas, desfilan por uno de los pasillos del Cementerio Municipal de Chillán. Luego, varios metros atrás, aparecen tres funcionarios del Hospital Herminda Martín. Vestidos con overoles blancos, antiparras, guantes verdes y cubre zapatos azules, arrastran un carro con un ataúd café. La fila termina con un pequeño grupo de cercanos, igual de protegidos, que caminan distanciados entre ellos.

La escena, que pertenece a una grabación, es del funeral de Galvarino Fernández, 88 años, el primer bombero en fallecer por coronavirus. “Siempre supimos que tenía dos familias: nosotros y los Bomberos”, cuenta Pablo Muñoz, 27 años, sobre su abuelo, que perteneció por más de seis décadas a la Segunda Compañía de Chillán.

Fernández, criado en la Región de Ñuble, estudió electricidad y pertenecía a la asociación de artesanos de la zona. Su familia lo describe como una persona cercana, sociable, pero sobre todo activa: hasta los 80 años se trasladó en bicicleta por la ciudad. Galvarino tuvo una estrecha relación con sus 6 hijos, 13 nietos y 4 bisnietos, con los que solía conversar y contarles historias, mientras alimentaba palomas, sentado en una banca afuera de su casa, recuerda Pablo.

En el 2017, a Fernández le detectaron cáncer a la piel, recibiendo su última quimioterapia en enero de este año. Luego, en marzo, tras el anuncio del primer contagiado en el país, el anciano se aisló con una hija, ya que formaba parte del grupo de riesgo. Por más de 40 días, el resto de la familia los apoyó, llevándoles mercadería en cajas a sus casas, las que desinfectaban antes de entrar, cuenta su nieto. “La última vez que lo vi fue una semana antes de que falleciera. Él estaba adentro de la casa. Nos separaba una ventana, el patio delantero, que mide cerca de cinco metros, y la reja”, recuerda.

Sobre cómo se contagió su abuelo, Pablo explica que no lo saben: “Nuestra única hipótesis es por el personal médico que lo vacunó en la casa”, dice. El 5 de abril, Galvarino sufrió una crisis respiratoria, el único síntoma que presentó, y fue trasladado al hospital, donde el test del virus dio positivo. Murió la tarde del 6 de abril. Al otro día, una caravana de carros de Bomberos acompañó a la carroza. El féretro pasó por afuera de su última casa, donde dos de sus hijos estaban en aislamiento, y por el cuartel. En el cementerio, diez personas presenciaron una corta misa extraoficial que realizó un sacerdote cercano. Pablo

recuerda: “Todos estábamos con mascarillas, guantes y separados, a tres metros. Nadie se pudo abrazar, nadie se pudo tocar”.

Héctor González Colina

64 años, falleció el 24 de abril

Fue el primer fallecido por Covid-19 reportado por el Ministerio de Salud en Alto Hospicio, pero su exesposa, Luisa Castañeda, duda que haya muerto por esta causa. Para ella, el entrenador de halterofilia murió por los problemas derivados de una extracción de un tumor en uno de sus riñones, ocurrida en 2005, cuando además le cortaron ocho centímetros del colón. También cree que fue porque en el último tiempo consumía quemadores de grasa. “Eso le destruyó el estómago”, dice. Por esta razón, el 4 de mayo pasado presentó un reclamo ante el Consejo de Defensa del Estado por supuesta negligencia en su tratamiento.

Luisa Castañeda llevaba 16 años separada de Héctor González, pero ambos eran dueños de un pequeño gimnasio en el que entrenaban sus dos hijos, quienes también practican halterofilia. “Éramos grandes amigos. Por eso, en febrero él me contó que esas pastillas le habían fregado el estómago”. Ella no le tomó mucho asunto, pero cuando a fines de marzo se empezó a quejar más y comenzó a encontrarlo con el cuerpo doblado por el dolor, se preocupó.

El 10 de abril él cayó enfermo mientras estaba en un departamento situado en la parte trasera de la casa de su exmujer en Alto Hospicio. Lo usaba cuando iba a entrenar, pero él vivía con su pareja en Iquique. Apenas se podía mover. Luisa Castañeda le insistió que fuera a la Posta. “Él se negaba, decía que si iba, lo iban a matar”, dice.

Finalmente, el 16 de abril lo llevó. “Lo recibió una doctora y empezó a gritar que era sospechoso de coronavirus y lo mandó al Hospital de Iquique. Y yo le dije que no, que no tenía fiebre, que era el estómago. Si nosotros somos deportistas. Pero ella no me hizo caso”.

En Iquique lo dejaron hospitalizado y al otro día, a Luisa Castañeda la llamaron

para decirle que ella, su hija y su nieta debían hacer cuarentena preventiva. El sábado, el test confirmó el Covid-19 de Héctor González. “Pero cuatro días después de ser internado lo dieron de alta, porque no presentaba problemas. ¡Cómo, digo yo! Lo llevaron en silla de ruedas hasta la puerta y de ahí él y su pareja tomaron una micro y se fueron a su casa, que queda como a 50 minutos del hospital, cerca de la playa”.

Héctor González seguía con dolor de estómago, asegura Castañeda. Según ella, era por los remedios que le habían recetado en el hospital. “Ellos no se preocuparon de su problema en el estómago, llegaron y le dieron remedios nomás. Uno era para la esquizofrenia, algo que él obviamente no tenía”.

El 24 de abril su pareja lo encontró muerto en su pieza. “Estaba completamente ensangrentado”, cuenta Castañeda. Ella hizo los trámites para que fueran a recoger el cuerpo, pero asegura que se demoraron 12 horas en ir a retirarlo. Nadie de la familia dio positivo en los posteriores test de Covid-19 que se hicieron. “Yo quería que le hicieran una autopsia, pero no se pudo”, explica la exesposa.

Cuando se supo que él había muerto, Luisa Castañeda cuenta que muchas personas se acercaron a su casa en Alto Hospicio para insultarla a ella y su familia. “Nos querían apedrear, pero los de la junta de vecinos nos ayudaron. La discriminación es tremenda. Hace poco tuve que hablar con una vecina para decirle que por qué me trataba mal si yo estoy sana. La gente es muy mala, yo todavía tengo que defenderme de esta situación”.

Luis Sergio Sepúlveda Fuentes

40 años, falleció el 9 de mayo

“No, señor, usted no entiende, mi hijo todavía está aquí en la casa”, dice Doris Fuentes. El día anterior, poco antes de las tres de la tarde, ella había visto que Sergio Sepúlveda tenía grandes dificultades para respirar. Ella se desesperó. En sus palabras, se volvió loca. Lo abrazó. Le pidió que resistiera. Le practicó los primeros auxilios. Le levantó los brazos para que pudiera entrar aire a sus pulmones. Le hizo respiración boca a boca cuando vio que convulsionaba. Y

cuando nada de eso resultó, salió a la calle gritando y pidiendo ayuda. Dos vecinos la escucharon y entraron a la casa. Sepúlveda se había desvanecido en el suelo. Intentaron reanimarlo. Su cara estaba azul. Doris dice que durante más de una hora llamaron a Carabineros y al SAMU, sin resultados. Cuando al fin llegó la ambulancia, ya no había nada más que hacer. Los mismos paramédicos le dieron la noticia. "Me lo dijeron así nomás: su hijo está muerto". Doris lloró hasta que perdió sus fuerzas.

Desde que fallecieron sus abuelos y su hermano se casó, Sepúlveda y su madre vivían solos en una casa de la villa Cervantes de San Joaquín. Era padre de dos hijos, mellizos de 13 años. Solía visitarlos seguido en la casa de su expareja. Trabajaba como administrativo de una empresa constructora. Hacía cotizaciones y enviaba órdenes de compra. La oficina le quedaba cerca, a un par de cuadras. Y desde que comenzó la pandemia, solo él seguía yendo. Pero el lunes 4 de mayo, tras el feriado del Día del Trabajador, no asistió. Le había dado fiebre y le dolía el cuerpo. "Mi hijo no tenía ninguna patología previa. Como no mejoraba, el miércoles lo llevé al CECOSF para que le hicieran el examen y dos días después lo llamaron por teléfono para decirle que había dado positivo. Pero no le pidieron que fuera a hacerse un chequeo más profundo ni nada. Como sus síntomas eran leves, le recomendaron que se quedara en la casa, aislado, que utilizara loza aparte y que sanitizara todo lo que usara, hasta el baño. Y que yo no me acercara a él". Ese mismo día citaron a Doris, porque también podría estar contagiada. "Llegué, pasé mi carné, esperé diez minutos, me tomaron la temperatura, me preguntaron por mis síntomas, les dije que ninguno y me mandaron para la casa. ¡Y no me hicieron ningún examen!".

Al día siguiente se desató la tragedia en su casa y el domingo, más de 20 horas después, el cuerpo de Sepúlveda aún seguía allí. Durante la madrugada, una doctora había certificado su muerte por Covid y más tarde llegaron de la funeraria para ponerlo en un ataúd. Pero una confusión en los protocolos dejó a su madre y a los vecinos de la villa sin saber qué hacer. "El cajón está en el comedor aún", dice Doris, que permanecía encerrada en su pieza, en cuarentena obligatoria. "Ni siquiera me puedo acercar, no puedo acompañarlo, no me puedo despedir de él. Sé que en unas horas lo vendrán a buscar, pero tampoco lo van a enterrar hoy, sino mañana". Los amigos de Sepúlveda habían denunciado la situación por redes sociales y Doris escuchó esa mañana al ministro Mañalich asegurar que el cuerpo ya había sido retirado del domicilio. "Qué mentira más grande. Aquí hubo negligencias, toda la ayuda llegó tarde, no nos tomaron en cuenta. Hasta la prensa apareció primero. Él no debía morir así". Tras el funeral

de Sergio, a Doris finalmente le hicieron el examen. Pese a que estuvo en contacto directo con su hijo, es de la tercera edad y padece artrosis, hipertensión y problemas cardiacos, nunca se contagió.

Olga Oyarzo Alvarado (94) y Karla Vásquez Acevedo (49)

Fallecidas el 4 y 15 de mayo, respectivamente

Olga Oyarzo era la abuela y Karla Vásquez, su nieta. Vivían juntas desde hace años en una casa en la comuna de Independencia y murieron de coronavirus con once días de diferencia.

La primera que presentó síntomas fue Karla, que era dueña de casa, madre soltera de dos hijos y una activa participante de los talleres de manualidades en la municipalidad de su comuna. Fue al consultorio dos veces: la primera por faringitis, la segunda por pielonefritis. Al examinarla se dieron cuenta de que tenía problemas para respirar y la derivaron al Hospital San José. Pero no había camas y la trasladaron a la Clínica Ensenada. Quedó hospitalizada el 29 de abril.

Cuando le contaron a Olga que su nieta estaría varios días en el hospital y que estaban a la espera del resultado del examen del coronavirus, quedó muy preocupada. "La 'Nana' estaba lúcida, veía noticias, entendía lo que estaba pasando. Y con lo de Karla empezó a decaer. A los días, le vino una fiebre y no quería comer", cuenta Danitza Calderón, bisnieta de Olga y sobrina de Karla.

El 1 de mayo, la familia hizo una videollamada para saludar a Karla, que ese día cumplía 49 años. Olga miraba la pantalla del teléfono y le decía que la echaba de menos y que quería estar con ella. Karla estaba con oxígeno y saludaba desde la camilla. Dos horas después fue sedada e intubada.

El 4 de mayo, Olga murió en su casa porque se negó a ser trasladada al hospital. Estaba acompañada por Valeska, otra de sus nietas. Dos días antes a Olga le habían hecho el examen del Covid-19, pero aún no tenían el resultado. "Mi 'Mana' murió sin saber si tenía coronavirus, la enterramos sin protocolo. Su certificado de muerte dice que la causa inmediata fue un paro cardiorrespiratorio y como tercera causal sospecha de Covid-19. Ya estaba enterrada cuando por

teléfono nos avisaron que había dado positivo, pero aún no recibimos una notificación oficial. Ella no ha sido contabilizada como muerta por Covid-19", dice Danitza.

Luego, el 15 de mayo falleció Karla. No pudo ser velada, tampoco hubo misa. Danitza relata que en el cementerio nadie quería bajar el ataúd por miedo al contagio y que la familia tuvo que pagar una propina para que alguien lo hiciera. Olga y Karla quedaron sepultadas juntas, en el mismo nicho.

Hoy Valeska, mamá de Danitza, está sola en la casa de la abuela, a quien cuidó hasta el final, haciendo cuarentena preventiva. Danitza le deja en la puerta alimentos para que se cocine. No sabe si su madre se contagió, porque aún no le dan el resultado del examen. "Está viviendo el duelo sola y no podemos ir a abrazarla, a consolarla. Nada", dice Danitza.

Rómulo Evanjelista Carreño

92 años, falleció el 25 de abril

Cuatro días después del fallecimiento de su padre, a Gustavo Carreño, profesor de Química de Linares, le llegó una foto. Era de su papá cuando tenía 20 años. Estaba anexada a una fotocopia del primer contrato que el Ejército le había hecho, justo arriba de una descripción física de él: "Cara larga, cejas pobladas, boca chica, ojos pardos, nariz aguileña, orejas regulares, frente ancha, labios delgados, pelo negro, piel blanca", enumera Gustavo. "Dice piel blanca, pero mi padre era moreno", agrega.

Rómulo Evanjelista Carreño tenía un apellido y dos fechas de nacimiento. Había sido inscrito en el Registro Civil de Linares el 27 de diciembre de 1927, pero había sido bautizado en Parral en 1920. Tenía, por lo tanto, dos edades: la oficial, de 92 años, y la real, de 99. "Él se acordaba de que mi abuela Prosperina lo fue a inscribir a los siete años junto con sus hermanos. En esa época no había Registro Civil en Parral, por lo que tuvo que viajar con ellos en carreta a Linares", cuenta Gustavo.

Rómulo se casó dos veces y entre los dos matrimonios sumó 16 hijos. Los tres

últimos a través de un parto de trillizos, de los cuales Gustavo es el menor por un par de minutos. Por sobre todas las características que su padre tenía, él recuerda una en especial: que salía de terno para todos lados, incluso a comprar pan.

Gustavo cuenta que su padre trabajó gran parte de su vida en el casino de oficiales de la Escuela de Artillería de Linares y que, una vez jubilado, fue presidente de la Unión Comunal de la ciudad. Es de este último período que su hijo tiene más recuerdos de él: “Yo nací y mi papá ya era viejo”, dice. Luego enumera algunas enfermedades: “Tenía 60 años y ya estaba con diabetes. Él terminó siendo insulinodependiente. A los 77 años fue operado de un coágulo cerebral y quedó sin secuelas. Era hipertenso. En 2018 se cayó y se quebró la cadera. Después de eso ya no volvió a ser el mismo, pero siempre estuvo muy lúcido”.

Estuvo así, agrega, hasta que la muerte de un hijo, hace unos años, lo dejó con depresión. Y ahí vino el ensimismamiento y la falta de energía. “Perdió lucidez. Como que se bloqueó. Hablaba menos, le costaba reconocer a las personas y no se quiso levantar más”, describe. Luego, hace poco más de dos meses, vino otro duelo: el de su esposa, que falleció de una falla multiorgánica.

Tras eso, una hija se lo llevó a vivir a su casa. Ahí estuvo hasta que el 13 de abril lo internaron en el hospital por una neumonitis, pero luego le diagnosticaron Covid-19. Nadie supo nunca cómo se contagió. Estuvo 11 días evolucionando de forma positiva, pero el 25 de abril “falleció después de haber tenido un cuadro de hipertensión”. Se convirtió en la primera víctima fatal de la pandemia en Linares.

A Gustavo le correspondió hacer los trámites funerarios: “Una de las penas que nos dejó esta cuestión es que no lo pudimos vestir como él andaba siempre. Lo único que pudimos hacer fue ponerle el terno encima de la bolsa, junto con su sombrero”, dice. Solo algunos hijos lograron llegar a despedirlo. Cuatro lo acompañaron hasta la tumba y los otros, incluido Gustavo, miraron desde la reja perimetral del cementerio.

Karen Figueroa Rodríguez

40 años, falleció el 11 de mayo

El 11 de mayo, afuera del Hospital Van Buren en Valparaíso, decenas de funcionarios de la salud con guantes y mascarillas aplaudían detrás de la carroza fúnebre en homenaje a Karen Figueroa, técnico paramédico de 40 años, con quince de servicio en el hospital. Ella era la tercera trabajadora de la salud en fallecer por coronavirus en Chile.

Entre la gente estaba Teresa Figueroa, dueña de casa de 51 años y hermana de Karen, quien más tarde vio la escena en las noticias. “Todos decían que se contagió cuidando a mis padres y eso es mentira. Se contagió antes, en el hospital. Ella empezó a sentirse resfriada los primeros días de abril. Yo creo que ahí todavía no se tomaba tanta conciencia de la magnitud de esto y nosotros no pensábamos que ella estaba expuesta a un riesgo tan grande”, dice Teresa.

Karen vivía en cerro Barón, en la casa de sus padres, junto a sus hijos de 20, 12 y 5 años. En la casa contigua vive Teresa, quien cuenta que el 12 de abril su madre, de 79, comenzó con síntomas y fue trasladada al hospital. Al día siguiente su padre, de 83, también partió para allá. Karen se quedó en cuarentena, hasta que el 19 de abril tuvieron que pedir una ambulancia para ella. “Mis sobrinos se quedaron dos semanas solos en la casa. Yo les pasaba por la terraza el almuerzo o lo que necesitaran”, cuenta Teresa.

Tres semanas después, Karen falleció. “Tuvimos que contarles a los hijos, pero yo no pude, me afectó demasiado ver a tres niños que quedan sin su madre. Pensábamos que como era joven iba a repuntar, pero no fue así. Ella tenía asma y se le afectaron mucho sus riñones”, explica Teresa. Al momento de su muerte, su padre ya estaba de vuelta en la casa y a su madre estaban a punto de darle el alta. “Nosotros queríamos decirle a mi mamá cuando estuviera en la casa, pero se enteró antes por las redes sociales”, dice Teresa.

Francis Zamora Arellano

34 años, falleció el 3 de abril

“Hace dos años mi primo me llamó llorando: ‘me voy a morir, tengo diabetes’. Y

yo, que al principio me había asustado, le respondí: ‘No, si te tomas los remedios y haces caso a todo, no te vas a morir’. ‘Es que soy tan joven’, me dijo, y yo: ‘Es tu culpa, no te cuidas, comes de todo, sapos y culebras’. Al final se murió igual. Todo ha sido tan triste”, recuerda David Pérez y en voz baja agrega que aún no asimila lo que pasó con Francis Zamora.

Zamora era comunicador audiovisual y trabajaba como fotógrafo en la Municipalidad de La Granja. Su primo lo describe como gozador, extrovertido, bueno para salir con sus amigos y para trabajar en pubs , bares y discotecas. “Mi recuerdo de él de chico es que siempre andaba cantando, le gustaban los Back Street Boys, el escenario, el micrófono. Con él no se pasaban penas y siempre lo embarcaba a uno en sus locuras: muchas veces me tocó ser actor de sus cortometrajes para la universidad. Él hacía de camarógrafo, productor, lo que se necesitara”.

La última vez que lo vio fue el 6 de marzo para el cumpleaños de Carola, la pareja de Zamora, y madre de su única hija, quien nació diez días antes de su muerte. “La semana siguiente al cumpleaños de la Carola aparecieron las primeras noticias sobre la pandemia en Europa y China. Yo estaba preparando un viaje a Pucón y él me pidió que no viajara porque estaba muy complicado todo”, dice David.

Según su relato, Francis Zamora comenzó con los síntomas el lunes 23 de marzo, por lo que fue al Centro de Salud Familiar Laurita Vicuña, donde lo atendieron y le dijeron que comenzara una cuarentena preventiva, pero no se le aplicó el examen. Al día siguiente le bajó la fiebre, pero aumentó el dolor de garganta y la tos, por lo que fue al Cesfam Bernardo Leighton. Tampoco le tomaron el test. Ya el sábado, el fotógrafo estaba grave y apenas podía respirar, por lo que fue a la urgencia del Hospital Sótero del Río, donde le hicieron el examen y lo hospitalizaron de inmediato. El 3 de abril falleció. Su familia ha acusado públicamente que hubo negligencia médica en su caso. “Si lo hubieran atendido una semana antes se habría salvado, independiente de la diabetes o de que era gordito”, dice David.

Hace una semana. David fue a ver a su sobrina, la hija de Francis, que ya tiene dos meses. Cuenta que la niña y su madre están tranquilas dentro de su pena. “Ese día también vi que la perra de Francis anda muy triste. Todos los días, a la hora a la que él llegaba, se para en la reja a esperarlo, y cuando ve que no aparece, se va a su casita triste… como todos, nomás”.

Margarita Gallardo Bustamante

81 años, falleció el 1 de mayo

Fue una decisión difícil. Christian Díaz Gallardo, el menor de los cuatro hijos de Margarita, recuerda que internar a su madre con principio de demencia senil, le costó mucho. “Lo meditamos harto con mis hermanos, hasta que nos convencimos de que era necesario: aún nos reconocía y recordaba el pasado, pero a veces se perdía”, cuenta Christian.

El 4 de enero internaron a Margarita en una residencia privada para adultos mayores llamada Nuevo Amanecer de la comuna de La Florida. Todo anduvo bien al principio. “En marzo nos dijeron que no habría visitas para evitar posibles contagios del coronavirus. Nos quedamos tranquilos porque estaban tomando todas las precauciones. Solo podíamos tener contacto visual con ella: abrían la puerta y la sacaban, y la saludábamos desde la calle”, recuerda.

Pero a mediados de abril se desencadenó un brote de contagio en la residencia, a partir de dos funcionarios. Nueve ancianos arrojaron positivo al test del coronavirus. Por intervención del municipio, Margarita y los demás adultos mayores que dieron negativo fueron trasladados al Santuario de Schoenstatt de esa comuna. Allí alcanzó a estar un día.

“Empezó con síntomas y el 23 de abril la ingresaron al Hospital de La Florida, donde la dejaron con oxigeno, pero sin opción de conectarla a un ventilador mecánico; nos dijeron que por ser adulto mayor, no iba a resistirlo. De ahí todo fue muy rápido. La información del hospital era muy vaga y me llamaban día por medio para darme reportes médicos. El viernes 1 de mayo no tuve noticias. Intenté comunicarme y no me contestaban. A las 3:45 a.m. me llamaron para decirme que había fallecido”, cuenta Christian.

A Margarita la enterraron en el Cementerio de Quilicura y fue la primera víctima de Covid-19 en ser sepultada en ese lugar. Tuvieron una hora para enterrarla, sin flores y con la presencia de un grupo muy reducido de personas. Hoy Christian reflexiona: “Siento que hay una responsabilidad de la residencia por no haber tomado las medidas para que no entrara el virus. A mi viejita le quedaban un par

de años más. Tenía artrosis y artritis, pero era sana. Una mamá cariñosa, a la que le gustaban las tortas y los cumpleaños. No se merecía un final así".

Leonor Arriagada Sepúlveda (90) y Lionel Lagos Arriagada (58)

Fallecidos el 4 de abril y 13 de mayo, respectivamente

Cuando Leonor Arriagada fue internada en el Hospital Regional de Temuco con Covid-19 , su hijo mayor, Lionel Lagos, apenas reaccionó. Hacía una semana que casi no comía y estaba tan débil y decaído que, al saber la noticia, solo se entristeció y sus ojos se humedecieron. No tenía fuerzas para nada más. Lagos arrastraba una fuerte gripe, con fiebre, dolor de garganta y de cuerpo, que intentaba aliviar a punta de paracetamol. También se quejaba de una gastritis. Su familia pensó que era influenza, aunque en la urgencia de la Clínica Alemana de la ciudad lo trataron como una infección estomacal. Pero el mismo día en que se confirmó el Covid-19 de Leonor, Bárbara, la hija de Lionel, pensó que tal vez era eso lo que tenía su padre y a la mañana siguiente lo llevó a la clínica. "Allá le sacaron una radiografía y me dijeron que sus pulmones estaban tan comprometidos que era evidente que estaba contagiado", recuerda. Su padre quedó internado de inmediato para su intubación. Cuatro días después le confirmaron el coronavirus. Lo que Bárbara no se explica es que él nunca evidenció ningún síntoma respiratorio y se pregunta por qué la enfermedad actuó de forma tan silenciosa.

Lagos Arriagada era un conocido dirigente sindical de Temuco. Durante 30 años fue vendedor en la tienda de Falabella, 24 de los cuales representó a los trabajadores. Atendía la sección de calzado masculino. Sus cercanos lo recuerdan como un líder hábil y solidario, que supo equilibrar los intereses de los empleados con los de la empresa. También se le celebraba un inusual talento: imitaba a Raphael y solía cantar "Yo soy aquel" para las fiestas de aniversario de la tienda.

Con cuatro hijos, en julio iba a cumplir 30 años de matrimonio. Llevaba una vida sana: practicaba deportes, no fumaba, no tomaba y, como cantaba bien, era parte del coro de una iglesia cristiana.

El 16 de marzo, cuando suspendieron las clases en los colegios, fue la última vez que fue a trabajar. Antes de caer enfermo visitaba todos los días a su madre, sobre todo cuando ella comenzó a sentirse mal. Leonor Arriagada, era viuda, vivía en Padre Las Casas con uno de sus nietos y el menor de sus cinco hijos, que tiene síndrome de Down y era su mayor preocupación. Solía preguntarse quién lo cuidaría el día que ella muriera. Bárbara Lagos dice que, por su edad, en el hospital no la intubaron, y que casi no recibía información sobre su estado de salud. “Lo que sabía de mi abuelita era por ella misma. Hablábamos por celular y una vez me dijo que estaba orinada. Ese mismo día fui al hospital a reclamar, pero en la tarde murió”, relata.

Lionel Lagos, en coma inducido, nunca se enteró y después de 45 días en ese estado, también falleció. Falabella le organizó una despedida frente a la tienda con los pocos empleados que estaban en un turno ético. Pero la vereda se llenó de amigos, conocidos y trabajadores de otros locales. Según la prensa regional, llegaron 300 personas y hasta se tuvieron que cerrar algunas calles. Lo más peligroso para Bárbara es que se congregó tal cantidad de gente cuando pasó la carroza fúnebre por allí, que nadie respetó la distancia social. La caravana de autos se alargó por tres cuadras. Ella transmitió el funeral por Facebook. El de su abuela Leonor, que fue más familiar, lo hizo por Zoom. En las imágenes que ella guarda se ven personas sosteniendo 58 globos (por la edad de Lionel) inflados con helio, que más tarde fueron soltados en el cementerio. Pero lo que más emocionó a Bárbara fue cuando, en pleno centro de Temuco, por los parlantes se escuchó “Yo soy aquel”.

María Verónica Díaz

70 años, falleció el 8 de abril

Aracelly Villagra dice que reaccionaron de inmediato. Fue el viernes 20 de marzo. Apenas su madre comenzó a presentar dolores de cabeza y tos la llevaron a la urgencia del Hospital El Carmen, de Maipú, aunque sus sospechas eran las de siempre: otro de esos resfríos fuertes que María Verónica sufría todos los años. Al llegar al hospital, Aracelly se dio cuenta que había dos ingresos en la urgencia: uno para pacientes con problemas respiratorios y otro para el resto de

sintomatologías. “Ella entró solita por el primero. Yo no pude entrar. Pasaron como ocho horas y la dejaron hospitalizada y con oxígeno”.

María Verónica, dueña de casa, sufría de parkinson, hipertensión y desde el año 2010 llevaba un marcapasos. Sin embargo, dice Aracelly, habría ingresado al hospital sin estar contagiada de coronavirus. “El doctor me dijo que al parecer tenía una pulmonía fuerte y que le habían dado antibióticos”, cuenta. “Hasta el día de hoy ninguno de los familiares que estuvimos cerca ha dado positivo. Ni siquiera mi papá, que vivía con ella”.

El sábado, María Verónica fue trasladada a la UCI, sedada y conectada a un ventilador mecánico. Ese mismo día recibieron una llamada del médico tratante. Él, dice Aracelly, les explicó que le tomarían un test de Covid. La respuesta tardó cinco días: positivo. “De ahí en adelante nos informaron de su estado”, dice la hija. “Había días muy malos, en que nos decían que quizá no pasaba la noche, pero luego se reponía. Pero después de tantos días conectada a un ventilador, sus órganos comenzaron a fallar”.

Tras 18 días internada, Aracelly y sus hermanos recibieron un llamado del hospital: les dijeron que a su madre le quedaban horas de vida. Que si querían despedirse de ella debían ir de inmediato. Que ellos se encargarían de mantenerla con vida durante esos minutos. “Cuando llegamos nos dijeron que uno de nosotros podía entrar a despedirse”, dice Aracelly. Ella fue la que entró. La vistieron con un traje de protección, mascarillas y guantes. “Mi madre estaba sedada, en una habitación sellada con puertas de vidrio”. Entonces, se sentó junto a ella y le tomó la mano. “No podía darle besos. Mi deseo era acercarme a ella, abrazarla. Recé, le hablé y le dije que no se preocupara por mis hermanos ni por mi papá. Que estuviera tranquila. Para mí fueron veinte minutos, pero en realidad fueron dos horas. Ese tiempo pasó hasta que ella murió”.

Daniel Fernández Vega

58 años, falleció el 20 de abril

En su casa, ubicada en Curacaví, Verónica Fernández, 56 años, aún recuerda la tarde del 20 de abril cuando la llamaron del Hospital Clínico de Magallanes, en

Punta Arenas, para informarle que su hermano Daniel Fernández, de 58 años, había fallecido. Horas después, cercanos, amigas y clientes de él, la contactaron para darle el pésame. “Aún no alcanzo a dimensionar todo el cariño que le tenía la gente”, dice.

Daniel Fernández era un conocido estilista en Punta Arenas. Su apodo era “El Maestro”, ya que capacitó a decenas de generaciones de estilistas, peluqueros y cosmetólogos, según Verónica. “Imagínate que, hace más de 40 años, fue el primero en la ciudad en hacer desfiles de moda, impartir cursos y crear escuelas de belleza. Hasta tuvo un salón en el Hotel Dreams. Él amaba su profesión”, relata.

Verónica cuenta que la relación con su hermano solía ser muy cercana. Cuando jóvenes, dice, eran los últimos en irse de las discotecas porque les encantaba bailar. Asegura que hablaban todos los días y en 2018, una situación los afiató más: a Fernández le amputaron un pie por una diabetes que padecía desde hace un tiempo. Durante dos años estuvo en rehabilitación, aprendiendo a caminar con una prótesis.

El pasado 4 de abril, por una infección en un catéter que usaba para sus tres diálisis semanales, fue internado en el hospital. Según su hermana, fue en esa ocasión que pudo haberse contagiado del virus. “Lo trasladaban en ambulancia, entonces, en ese momento se expuso o cuando estuvo internado. Creemos eso porque los dos amigos, con los que Daniel vivía, ninguno se contagió”, confiesa.

Después de una semana de haber sido dado de alta, Fernández presentó fiebre y problemas para respirar. Volvió al mismo hospital, le realizaron el examen y, siete días después, según su hermana, le confirmaron que dio positivo al virus. Verónica relata que la última vez que conversó con su hermano fue la mañana del 20 de abril, antes de fallecer. “Se sentía mal, estaba cansado y me dijo: ‘No quiero estar más aquí’. Le respondí que tenía que luchar y mentalizarse, que ya había salido adelante de otra cosas”.

Al otro día, Verónica viajó hasta Punta Arenas. Dice que alcanzó a encontrarse con la carroza que iba saliendo desde el hospital. Afuera del cementerio se despidió de su hermano. El único gesto físico que pudo hacer fue abrazar el auto que transportaba su ataúd. “La pérdida de mis padres fue muy dolorosa, pero la muerte de mi hermano es algo brutal. Dicen que el tiempo sana, pero la pena siempre estará presente”, se lamenta y agrega: “Agradezco haber alcanzado a

decirle que lo quería, solo nos quedó pendiente un último baile con los Bee Gees de fondo, en una discoteca”.

Norma Elena Muñoz Ramírez

46 años, falleció el 23 de abril

“Nunca la había visto así de motivada con un trabajo. Tenía varias proyecciones, estaba muy feliz, se sentía útil, reconocida. Y justo llega el coronavirus”, dice Marcia Muñoz, 37 años, trabajadora social, recordando a su hermana Norma, que falleció el pasado 23 de abril de una neumonía multilobar severa por Covid-19.

Hace varios meses que Norma Muñoz, de 46 años, comenzó a trabajar en la Municipalidad de El Quisco como asistente del departamento de adulto mayor. Su trabajo, dice su hermana, no solo le gustaba, también le había dado independencia económica. “Cuando las personas no tienen tantos recursos se privan de cosas. Ahora había ido a la peluquería, se había dado ese tipo de gustos. Estaba juntando plata para los frenillos de su hija”, dice Marcia.

Norma había intentado estudiar Pedagogía y Técnico Jurídico, pero por temas económicos no había terminado. Desde entonces se había dedicado a la artesanía, sobre todo desde que se fue a vivir con sus hijos, de 13 y 11 años, a la casa de sus padres en Isla Negra. Confeccionaba aros a partir de CD, jabones artesanales y ponchos a telar. Hasta que había entrado a la municipalidad.

En el trabajo, dice su hermana, Norma se contagió. Cuando supo que un compañero dio positivo en coronavirus hizo cuarentena, aislándose en su habitación para no contagiar a sus hijos y a sus padres, ambos de 69 años. A los pocos días ella dio positivo. “Cuando supe casi me morí, porque ella tenía obesidad”, cuenta su hermana.

Con la noticia, cuenta Marcia, muchos vecinos fueron apoyadores, pero otros no. “Hay gente malvada y te marcan la casa, inventaban que los niños andaban solos en la calle y era mentira. Como que se generó un pánico comunitario”, dice ella.

El miércoles 22 de abril Norma tenía tanta tos que fue al hospital. A las pocas horas la trasladaron al Van Buren en Valparaíso y la conectaron a un ventilador mecánico. El día siguiente falleció.

Marcia y su hermano partieron desde Santiago a hacer los trámites funerarios. Pasaron primero por Isla Negra a buscar el carnet de su hermana Norma, a la casa de sus padres que estaban en cuarentena pero que no habían sido contagiados. "En el auto veníamos con la preocupación de si puedes abrazar o no a tu mamá. Ella nos recibió en la reja con la mano en una bolsa pasándonos las cosas. No pude abrazarla, ni a mis sobrinos", recuerda Marcia.

Luego fueron a Valparaíso, retiraron el féretro, realizaron el entierro y regresaron a Santiago. Por ahora, dice Marcia, sus sobrinos siguen con su abuela en El Quisco, pero "yo me voy a ir para allá, para ayudar con los niños. Tengo 37 años, soy soltera y puedo hacerlo. Debo hacerlo", dice.

Héctor Haro Vargas

65 años, falleció el 23 de abril

La última vez que Marta Saldivia habló con Héctor Haro, su marido, fue por una videollamada. "Me dijo: 'No puedo más, estoy cansado'. Ahí se lo llevaron a la UCI", dice ella. Marta es guardia de seguridad, tiene 65 años y vive en Punta Arenas. Héctor tenía su misma edad y conducía un colectivo. Marta recuerda que fue de los primeros en dedicarse a ese transporte en esa ciudad y piensa que trabajando quizá se contagió. "No sabemos si fue en el auto o en la zona franca, porque a él le gustaba pasar a comprar sus cosas en la tarde. Cuando escuchó del virus, me dijo que no iba a trabajar más, pero resulta que ya estaba contagiado", explica ella.

A fines de marzo hospitalizaron a Héctor y quedó en asilamiento. Marta no tenía síntomas, pero también se hizo el test. Ambos dieron positivo, pero Héctor no alcanzó a enterarse, porque ya estaba conectado a un ventilador mecánico. "Los dos teníamos hipertensión, pero yo casi no tuve síntomas", agrega.

A partir de ese día, Marta continuó viendo a su marido por videollamada.

Primero desde el Hospital Clínico de Punta Arenas y luego desde la Clínica Ensenada, en Santiago, donde fue trasladado. “Por la cámara vi primero que estaba con los tubos por la boca y después con una traqueotomía. El 23 de abril, sin embargo, Héctor falleció por un shock séptico con Covid-19. Antes de ponerlo en el ataúd, dice Marta, con su hijo pudieron verlo por videollamada. Un gesto que ella reconoce: “Estamos muy agradecidos del personal de la clínica y del hospital clínico, por la voluntad y disposición”.

Gustavo Díaz Romo (86) y Gustavo Díaz Cabello (61)

Fallecidos el 4 y el 26 de abril, respectivamente

Joaquín cuenta que hay un video. En él aparece su padre, Gustavo Díaz Cabello, mirando la cámara que sostiene su esposa. Con la voz fina, con miedo en su rostro, Gustavo le dice a su familia que los ama. Que solo serán cinco días. Que cuando se apague la cámara será sedado, conectado a un ventilador mecánico y que luego va a despertar. Joaquín Díaz se quiebra al recordar ese video: fue el último mensaje que tiene de su padre. Y la última imagen.

Gustavo Díaz Cabello fue alcalde de Curarrehue y luego concejal de la misma comuna. Aún trabajaba para el municipio cuando en marzo de este año supo que su padre, el excamionero Gustavo Díaz Romo, había sufrido una infección en la médula y en el cerebro que lo obligó a internarse en la Clínica Alemana de Temuco. Después de varios exámenes, cuenta Joaquín Díaz, y sin llegar a un diagnóstico claro, Díaz Romo fue dado de alta. Para cuidarlo en su recuperación, Gustavo Díaz y su esposa viajaron a la capital de la Novena Región y se establecieron junto a él. Pero al poco tiempo, Díaz Romo recayó nuevamente.

“Mi abuelo tenía asma crónica”, explica Joaquín Díaz. “Recuerdo haberlo visto siempre con su inhalador al lado”. Con los protocolos por el avance del Covid establecidos, Díaz Romo fue sometido a un examen PCR, que arrojó positivo. “Eso encendió las alarmas en la familia. Era obvio que mi abuela y mis padres estaban infectados. Ellos se desesperaron para que les hicieran los exámenes y al día siguiente se los tomaron, pero el resultado no llegó nunca”. Inmediatamente, insiste Joaquín, su padre comenzó a mostrar síntomas. “Él no tenía ninguna enfermedad de base, pero empezó a presentar dificultad para respirar, fiebre.

Transpiraba y mojaba la cama completa. Un día me llamó y me dijo que estaba desesperado, que por favor fuera a ayudarlo. Ese mismo día mi mamá lo obligó a levantarse, lo subió a un taxi y lo llevó a la clínica".

Todavía sin los resultados del examen, Gustavo Díaz fue sometido a un escáner que demostró el estado de sus pulmones: totalmente dañados por el virus. "Llegó con un 5 % de su capacidad pulmonar", dice Joaquín, que viajó de Curarrehue a Temuco para hacerse cargo de la situación. Cuatro días después, un llamado de la clínica le entregó la primera mala noticia: a su abuelo le quedaban apenas algunas horas de vida. Gracias a la ayuda de una enfermera, cuenta Joaquín, pudo darle un mensaje a través del citófono de su habitación. "Le dije que lo amábamos y le agradecí por todo. Él ya estaba inconsciente". De madrugada, horas después, su abuelo falleció en su habitación, que era contigua a la de su padre. Díaz Romo, dice Joaquín, nunca supo que su hijo estaba internado.

Al día siguiente, Joaquín realizó el funeral de su abuelo acompañado solo por su esposa. "Fue algo súper duro", explica Joaquín. "Más sabiendo que mi papá seguía en la clínica". A partir de ese día, asegura, la vida familiar se tornó una agonía de espera, alterada por los llamados que recibían con actualizaciones de su padre. Fue el día 22 tras la muerte de su abuelo, recuerda, que los pulmones de su padre no dieron para más. "Por suerte para ese momento pudimos detener el proceso y esperar a mi hermana, que vive en Arica. Y mi madre y mi abuela ya tenían sus certificados de alta, así que pudieron ir al cementerio a despedirlo. Fue la primera vez pudimos vernos todos a la cara desde el comienzo de esta pesadilla".

Jorge Panes Parra

69 años, falleció el 21 de abril

"Nos ha tocado difícil durante toda la pandemia", confiesa Margarita Panes, 59 años, auxiliar de aseo en un colegio. Y no es para menos: Leontina y Jorge, sus hermanos, se contagiaron de coronavirus, estuvieron en coma y conectados a un ventilador mecánico durante tres semanas. Ambos con similares síntomas, pero distintos finales. "Ha sido un tiempo de muchas emociones encontradas. Felicidad porque a Leontina pronto le darán el alta, pero mucha tristeza por la

muerte de Jorge, mi hermano mayor”, agrega.

Jorge Panes dejó su casa en la Villa Desco de Cerrillos al terminar el colegio. Se mudó a Temuco para estudiar Ingeniería Eléctrica, pero no se tituló. Luego, se fue a Calama y trabajó en la mina Chuquicamata. En 2015, después de 50 años, regresó a Cerrillos, donde aún vive Margarita. Jorge volvió, dice su hermana, tras jubilarse y por las enfermedades que tenía: insuficiencia renal, problemas a la tiroides, obesidad e hipertensión.

Margarita agrega que su hermano nunca se casó ni tuvo hijos, que era una persona solitaria, poco sociable y retraído con el resto de la familia. “Tenía su carácter. Solía hacer comentarios negativos, entonces discutimos harto. Pero al rato se nos quitaba y conversábamos sin estar enojados”.

En su hogar, Jorge y Leontina cuidaban a su madre, de 89 años, durante el día, mientras Margarita y Patricio, su otro hermano, trabajaban. Leontina, que vive en una villa cercana, se movilizaba todos los días a la casa de su madre. Con los resguardos correspondientes, era la única que salía y entraba. Hasta mediados de marzo, “cuando una enfermera del Cesfam los visitó para vacunar a Jorge, Leontina y mi mamá, contra la influenza”, asegura Margarita.

El 30 de marzo, una semana después de haber ido a un doctor particular que le diagnosticó neumonía, según relata la hermana, Jorge Panes fue internado en el Hospital El Carmen, en Maipú. Ingresó grave, directo a la UCI y conectado a un ventilador. En coma, nunca se enteró que dio positivo al virus. Leontina, su hermana, llevaba ocho días en el mismo estado de salud y hospitalizada.

El 21 de abril, Jorge Panes falleció. A su funeral solo asistió su sobrino mayor. Leontina, su hermana, aún estaba internada. Margarita y Patricio se quedaron en la casa, aislados, cuidando a su madre, la que también falleció, 17 días después, pero no por coronavirus. “Es terrible ver morir a un familiar por el virus, no los puedes despedir. Ni siquiera los puedes ver. La última vez que vi a Jorge fue a través de la pantalla de un celular. Me hubiese gustado acompañarlo en su funeral, despedirlo de otra manera”, reflexiona Margarita. “Lamentablemente, Jorge se fue como vivió: solo”.

Carlos Espinoza Aisa

74 años, falleció el 17 de mayo

“¿Quieren despedirse?”. El doctor, recuerda Marcela Espinoza, le hizo esa pregunta a ella y sus hermanos. Luego les aclaró: “Tendrían que vestirse y asumir los riesgos al entrar. Cualquier cosa que pase los tendría que denunciar e irse en cuarentena”.

Carlos Espinoza, dedicado al rubro del transporte, sintió los primeros síntomas después de tres días de vacaciones en Lima, Perú. Fue en marzo de este año, y a juzgar por los pocos días que pasaron antes de la fiebre y el decaimiento, su familia cree que tanto él como su esposa, Silvia Vidal, contrajeron el virus al salir de Chile o apenas llegaron a Perú. “Al principio no nos quisieron preocupar, pero cuando mi papá comenzó a sentirse peor, mi mamá nos pidió ayuda”, dice Marcela Espinoza. “Perú estaba con cuarentena y justo antes del cierre de fronteras logramos que se subieran a un avión a Chile”.

Oriundo de San Antonio, Carlos Espinoza fue internado el 23 de marzo en la Clínica Santa María, en Santiago. Según Marcela, nadie, ni siquiera el equipo médico, lograría comprender la cantidad de días que Carlos pasó conectado a un ventilador mecánico. “Lo más probable es que haya tenido que ver con que era una persona sana. No fumaba, hacía deportes, era activo, trabajaba, era inquieto intelectual y físicamente”. Internado, Carlos superó dos infecciones por bacterias, un neumotórax y al día 24 desde su ingreso, fue sometido a una traqueotomía. Después de esa intervención, dice Marcela, el pronóstico parecía mejorar.

“Pero recayó. El coronavirus consumió el 80 % de sus pulmones”, recuerda Marcela. “Hasta que llegó a un nivel comatoso de pérdida de conciencia”. Marcela explica que el resto de los órganos de su padre no tuvieron complicaciones. Así pasaron días, casi dos meses, en que la rutina de la familia consistió en estar atentos a los llamados de la clínica para recibir actualizaciones del estado de su padre. “En un punto el médico nos dijo que le quedaban entre dos y seis días de vida”, dice Marcela. “Pero vivió 14 más. Me di cuenta que el equipo médico estaba entre cansado y frustrado por no poder hacer algo más”.

El día en que el médico tratante les propuso ingresar para despedirse, los hermanos Espinoza Vidal decidieron no entrar. Aunque Carlos ya no era

portador del virus, el riesgo de un contagio y el inminente fallecimiento de su padre significaban la posibilidad de no estar en su funeral. El 17 de mayo, a las 5:35 horas, y después de 56 días de lucha, Carlos falleció. La noche anterior, dice Marcela, y como todos los días, familiares y amigos habían realizado una oración en conjunto. "Ese día le pedimos a todos que escribieran su nombre en una vela y le dijimos a mi padre que hiciera lo que tuviera que hacer, que era su decisión".

Durante la misma jornada, el cuerpo de Carlos fue trasladado por una carroza fúnebre de Santiago a San Antonio. Allá se paseó por los barrios que frecuentaba y donde había vivido junto a su familia. En el cementerio, el llanto fue generalizado. "Eso fue lo más terrible", recuerda Marcela. "Mi mamá estaba llorando, devastada. Mis hermanos. Mis sobrinas pequeñas llorando y yo sin poder acercarme. No poder abrazar a tu familia en ese momento fue algo surrealista".

Laura González Urbina

76 años, falleció el 5 de mayo

"No la pude ver y lo único que quería era tocarle la carita, darle un besito en la frente, decirle 'mamita descansa'. Verla a través de un vidrio de la morgue, envuelta en un nylon como un gusanito, fue doloroso. Yo estaba ahí cuando la metieron en una caja plástica, ni siquiera la pudimos vestir, estaba desnuda. Alegamos un kilo para poder velarla, fue titánico, mi hermana peleó con el doctor y yo hablé con los de la funeraria".

Eduardo Martínez, 52 años, el hijo mayor de Laura González, aún no se conforma con la manera en la que tuvo que despedir a su madre, quien falleció de un ataque cardíaco, según confirma su certificado de defunción, pero que tres semanas antes de su muerte le habían realizado un examen que había dado positivo por coronavirus.

Él dice que está seguro de que ella no tenía Covid-19.

"Ellos insistieron desde el principio que ella estaba infectada, y no nos dejaban

verla, entonces nosotros les exigimos el examen. Al final, un día nos llaman y nos dicen que se lo hicieron y que lo tenía. Pedimos ver el papel y ahí decía que le habían dado el resultado seis horas después. ¿Cómo tan rápido? No es por ser porfiado, pero yo creo que ella no estaba enferma de eso. Además, días después, de manera informal, otra doctora me dijo que no tenía esa infección".

Esta no era la primera vez que Laura González se enfrentaba a la muerte, por eso su familia estaba relativamente tranquila. En noviembre del año pasado había estado hospitalizada y la habían desahuciado.

"Hace dos años descubrieron que a mi mamá solo le funcionaba el 30 por ciento del corazón y tuvo que aprender a vivir así. A fines del año pasado le dio una infección urinaria, así es que cuando la hospitalizaron esa vez nos dijeron que no iba a salir de esa. Nosotros fuimos en familia y nos despedimos, pero mi hermana la empezó a cuidar y tiró para arriba", relata su hijo. Por eso, en esta pasada, estaban relativamente tranquilos.

El 5 de mayo llegaron las buenas noticias: ese día, a eso de las dos de la tarde y justo un mes después de que ella ingresara por una infección urinaria y una insuficiencia cardíaca, les avisaron que la darían de alta al día siguiente y que se iría con asistencia hospitalaria. Pero a las 18:30 horas los llamaron para avisarles que había fallecido.

"No lo podíamos creer. Fue tremendo. Yo llegué a despedirme, pero no me dejaron. La doctora me explicó que lamentablemente le tenían que hacer el certificado de defunción por coronavirus, por una cosa de protocolo. Así es que no la pudimos tocar, nada. Fue desgarrador. No se lo deseo a nadie".

Luis Escárate Morales

71 años, falleció el 14 de mayo

La última conversación que Carla Escárate tuvo con su padre fue a los pocos días de que él cayera hospitalizado. "Me dijo que estaba aburrido, que quería volver a la casa, que tenía ganas de comer algo rico, porque la comida era muy mala en el hospital", recuerda Carla.

Luis Escárate vivió toda su vida en San Antonio. Durante 30 años atendió su negocio de pescados y mariscos en el mercado de la comuna y, según su familia, no sufría enfermedades de base. “En diciembre se había recuperado de un cáncer de próstata. Ni siquiera recibió quimioterapia. Estaba bien, estaba sano, pero después de vacunarse contra la influenza comenzó a mostrar síntomas de resfrío y fiebre”, cuenta su hija. La familia asoció la reacción de Luis a la vacuna. Días más tarde, su salud empeoró y uno de sus hijos lo llevó al hospital. Ahí lo diagnosticaron con una neumonía bacteriana y por protocolo le realizaron un examen para detectar el Covid-19. El resultado fue negativo.

Al día siguiente de su hospitalización, recuerda Carla, su padre se comunicó con ella. Le dijo que durante la madrugada una sospechosa de Covid había sido ubicada junto a su camilla y eso lo tenía preocupado: le contó que la mujer había tosido durante toda la noche y que para resguardarse intentó dormir hacia la muralla. Del hospital, agrega Carla, le explicaron que no había riesgo de contagio: que ambos pacientes permanecían separados por al menos cuatro metros de distancia. “Pero un contacto que tengo en el hospital sacó fotos y vimos que estaban a casi un metro. Mi papá tenía miedo”, dice ella.

Ocho días después, con el resultado de un nuevo examen, Luis Escárate fue confirmado como Covid positivo. “Si mi padre hubiera ingresado con Covid, es obvio que nosotros también nos hubiéramos contagiado. Y eso no fue así”. Al día siguiente del resultado, la saturación de oxígeno de Luis llegaba a un 85 %. El jueves 3 de abril su padre se agravó. “Fuimos con mis hermanos y el doctor de turno nos dijo que estaba mal. Que no creía que pasara la noche. Mi papá estuvo 24 horas con un ventilador de transporte, que es más pequeño y sin la capacidad suficiente que requiere un enfermo grave. Su organismo se deterioró por completo y sufrió un shock en sus riñones”. Eso aparece en el informe de la epicrisis: “El paciente estuvo 24 horas sin el debido tratamiento de urgencias”.

Al día siguiente, Luis Escárate fue trasladado a la Clínica de Reñaca, donde finalmente falleció el jueves 14 de mayo. Su cuerpo fue cremado. La idea de la familia es cumplir con el último deseo de Luis y llevarlo de regreso a su casa. Sin embargo, aún no reciben sus cenizas.

Carlos Riquelme Villalobos

56 años, falleció el 16 de abril

La vida de Carlos Riquelme cambió el año 2017, cuando fue operado de una disección aórtica que, tras una larga recuperación, lo dejó inhabilitado de realizar tareas que requirieran esfuerzo. Por eso sus trabajos nunca fueron estables y transitó de una labor a otra hasta establecerse en la casa de uno de sus hermanos, en Angol. "Ahí estaba bien", dice Viviana, una de sus hermanas. "Hasta que de un momento a otro se sintió mal y lo hospitalizaron por una neumonía". Eso fue el 26 de marzo de este año.

Viviana asegura que su hermano no estaba contagiado por Covid antes de ingresar al Hospital de Angol. Que además de la neumonía, presentaba dolores en la misma zona donde había sufrido el problema coronario. "A pesar de eso, lo dieron de alta", dice ella. "Y una semana después se descompensó y volvió a caer internado. Del hospital nos decían que estaba bien, que comía, que tenía ánimo". Cinco días más tarde, la familia recibió un llamado del hospital: Carlos Riquelme había dado positivo por Covid.

El 16 de abril, Carlos falleció. Según Viviana, durante todo ese tiempo hospitalizado Carlos no tuvo contacto con sus familiares. "Y luego me enteré que en el hospital habían comprado tablets para que los pacientes se pudieran comunicar", dice ella. "Ese es mi dolor más grande. Imaginar a mi pobre hermano, cómo habrá vivido todos esos días de soledad, de tristeza. Él era muy miedoso. Le tenía mucho miedo al Covid. Se cuidó tanto para morir contagiado por eso. Al final, lo que me dijo un médico era la pura verdad: 'ese virus va a liquidar a tu hermano'".

Hugo Ramírez Valdés

80 años, falleció el 1 de mayo

Katherine Alvear dice que no se lo esperaban. Que apenas se enteraron del contagio de su abuelo, un grupo de vecinos de la villa Hermanos Vera, en Rancagua, comenzó a publicar mensajes con insultos y fotos de la casa familiar

en redes sociales, llamando a una funa masiva: los acusaron de esconder el resultado positivo de Hugo Ramírez y de poner en riesgo a la población. Katherine dice que sintieron miedo, pero que hasta ese momento solo les preocupaba la situación de su abuelo.

Hugo Ramírez era militante del Partido Socialista y dirigente sindical dedicado a educar a futuros sindicalistas, además de presidente de un club deportivo. "Era un hombre activo, jugaba fútbol, pero también tenía hipertensión", dice su nieta. Esa fue su preocupación cuando los médicos del Hospital Regional de Rancagua le advirtieron que Hugo había dado positivo por Covid, después de pocos días internado por una neumonía. "Lo habíamos dejado en la urgencia y al otro día ya estaba intubado y sedado", cuenta Katherine. "Nunca supimos dónde se contagió, porque ninguno de nosotros tuvo síntomas, ni nada".

Después de 16 días de hospitalización, dice, su abuelo presentó una leve mejoría en sus pulmones, sin embargo, al día siguiente recayó, esta vez por una infección provocada por una bacteria. "Eso pasó por un catéter que le tenían que cambiar al tercer día y recién al octavo se lo sacaron", asegura Katherine. "Como tenía las defensas bajas, todo su organismo se deterioró". Hugo Ramírez falleció el 1 de mayo. En el barrio, cuenta ella, aún le piden disculpas por el maltrato que recibieron.

Arnoldo Schaffner Meder

88 años, falleció el 13 de mayo

"Antes muerto que vivir encerrado de por vida". Ese era el lema que en los últimos meses le decía a todo el mundo Arnoldo Schaffner, ingeniero eléctrico de 88 años y quien desde hacía dos meses guardaba cuarentena en la casa de una de sus hijas, en Lo Barnechea, donde había llegado a vivir hacía seis meses. "Partió muy estricto pero luego se fue relajando. Salía un poco, de hecho el fin de semana antes de enfermarse fue a almorzar a mi casa. No nos pareció riesgoso, porque nosotros llevamos encerrados dos meses. Y era importante bajarle la ansiedad. Él sentía que este encierro no venía con él, prefería estar muerto que pensar en pasar su última etapa de la vida sin ver a sus hijos ni a sus nietos", dice Ricardo Schaffner, su hijo.

Cuenta que su padre, pese a la desastrosa situación económica que vivió de joven, logró titularse de ingeniero eléctrico de la Universidad Santa María. “A él lo becaron en el colegio y durante toda la universidad. Además tuvo que trabajar para ayudar a mantener a su madre y sus hermanos. Por eso, cuando ya tuvo su situación con su fábrica de transformadores Schaffner, nunca dejó de ayudar a la gente”.

Recuerda que su padre estaba sano, pero que el 8 de mayo cuando se levantó se sintió debilitado. Ese día también se sintió mal su cuidadora. La primera en ser confirmada con coronavirus fue ella. “Nos preocupamos, pero mi papá se veía bien”.

A los días Arnoldo ingresó a la Clínica Las Condes. Pasó el fin de semana estable y el lunes 11 de mayo tuvieron que ponerle oxígeno. “A las siete de la tarde hablé con él y estaba regio, leyendo un libro y esperando que le dieran la comida”, dice Ricardo. Pero no fue así. Al otro día el doctor le contó que en la madrugada lo habían tenido que sedar e intubar. Murió 36 horas después. “Fue muy fulminante el final y después de pasar la pena, siento que es mejor que haya sido rápido y no una tortura lenta. Él siempre dijo eso: “Me quiero morir rápido, no quiero quedar tonto, ni inválido”.

Lorena Durán Herrera

42 años, falleció el 29 de abril

“Nunca perdí la esperanza. A pesar de que fue un impacto muy grande, nunca se me ocurrió que podía llegar el virus a un pueblo tan chico”, dice Gladys Herrera, 48 años, sobre su sobrina, la primera funcionaria de salud en morir por el virus en Gorbea, un pueblo cercano a Cautín, en la Región de la Araucanía.

Lorena Durán, 42 años, trabajaba como administrativa en el Cesfam de esa zona. Estaba casada y tenía dos hijas, de 13 y 21 años. Gladys describe a su sobrina como una persona alegre, solidaria y muy querida en la comunidad. “Era muy risueña. Cuando toda la familia se reunía, ella llegaba con la chispa, con la broma”.

Esa personalidad de Lorena cambió radicalmente el 12 de marzo, cuando sintió fuertes dolores de cabeza. En el Cesfam donde trabajaba, a Lorena le dieron analgésicos y licencia médica. A los días regresó al mismo centro, ya que seguía con dolor. Le volvieron a dar analgésicos y extendieron su licencia. “Le pedí que fuera a un hospital porque nada le estaba resultando. Tenía miedo de que fuese un tumor, pero jamás pensé que era coronavirus”, comenta Gladys.

El 19 de marzo, Lorena se atendió en el Hospital de Pitrufquén donde le diagnosticaron neumonía. Le dieron antibióticos y reposo en su casa. A los dos días, explica la tía, volvió al hospital, ahora con problemas para respirar. Fue internada y dio positivo al virus. El 22 de marzo, la trasladaron al Hospital Hernán Henríquez de Temuco. Allí permaneció hasta el 29 de abril, día en que falleció. “Estuvo grave los 39 días en el hospital. Ella era una mujer sana, sin enfermedades. Ni siquiera fumaba”, asegura su tía.

A los días, el esposo de Lorena dio positivo al virus, pero sus dos hijas no. Ninguno de ellos pudo acompañarla en el trayecto al cementerio. “Me arrepiento de no haberme dado cuenta de las señales, pedirle que se hiciera el examen antes. Quizá la historia hubiese sido diferente”, lamenta Gladys.

Jorge Soto Pereira

64 años, falleció el 30 de marzo

“No cerré un capítulo con mi papá”, se lamenta Paulina Soto, enfermera del Cesfam Lo Franco, en Quinta Normal. Su padre falleció el 30 de marzo en el Hospital El Carmen, en Maipú sin saber que tenía el virus.

Jorge Soto, mecánico, tres hijas, separado, es descrito por su familia como un hombre cercano y que adoraba a sus tres nietos. “No era de hacerte cariño, pero demostraba su amor de otra forma”, confiesa su hija. Hace seis años, Soto jubiló por invalidez. La diabetes afectó su visión y le habían amputado un dedo del pie. Pero lo que más le dolió, asegura Paulina, fue la muerte de una de sus hijas. “Nunca aprendió a vivir con esa pena”.

En febrero de este año, a Soto le diagnosticaron la Enfermedad de Crohn, por lo

que estuvo hospitalizado en distintas ocasiones. Por entonces, desde hacía tres años que Soto vivía en un hogar de ancianos de Maipú. Paulina asegura que habló todos los días con él, pero nunca le comentó si tenía síntomas. El 30 de marzo, a las cuatro de la mañana, ella recibió un llamado del hogar: su padre sería trasladado al hospital por una baja de azúcar. A las pocas horas le informaron que tenía neumonía y que probablemente estaba contagiado con el virus. Falleció en la tarde del día siguiente. El resultado de su examen positivo llegó dos horas después.

Paulina se arrepiente de no haber podido acompañar a su padre en el hospital. Dice que, por su trabajo, sabe lo que significa morir por el virus. "Me faltó estar con él, haberle tomado la mano, saber si tenía dolor. Cuando mi hermana murió, lo hizo en mis brazos. La ayudé en todo y siento que cerré ese capítulo. Pero con mi papá no, me quedo con la sensación de que él me necesitó en el peor momento".

Julio Rojas Opazo

70 años, falleció el 24 de abril

Hace algunos años que ya había jubilado. La mayor parte de su vida Julio Rojas se había dedicado a la cosecha y venta de algas, pero ahora, ya retirado, había tenido que buscar una nueva fuente de ingreso: "No le alcanzaba, por eso salía a vender con mi mamá rosquitas preparadas por ellos mismos", cuenta su hijo Diego Rojas.

En Antofagasta, Diego atendía a su suegro, quien tiene un cáncer terminal y necesitaba ayuda para cuidar a su hija pequeña. Por eso le propuso a sus padres que se fueran a vivir con él a Antofagasta para que lo ayudaran. Ellos accedieron. Cuando llegaron, el coronavirus ya estaba en la región y por precaución decidieron ir a vacunarse contra la influenza. "Les dije que no lo hicieran, porque eso los iba a debilitar, iban a caer en cama, y yo no iba a saber después si era por la vacuna o porque se contagiaron", cuenta.

A los pocos días su madre se sintió mal, pero Diego cree que probablemente fue un efecto de la vacuna. Su padre cayó en cama después. Hace poco había salido

a hacer compras a La Vega, “donde supimos que hubo un brote, quizá ahí se contagió sin saber”.

A los pocos días, Julio Rojas ingresó al Hospital Regional de Antofagasta, lo conectaron a un ventilador mecánico y una semana después, el 24 de abril, falleció. Su hijo siente que no le dieron todos los cuidados necesarios. “Mi papá llegó caminando al hospital solo con problemas de respiración. Siento que lo intubaron y pensaron que se recuperaría solo, le tocaron doctores muy jóvenes, con poco conocimiento, pero bueno…”., dice y agrega: “Es todo muy raro. Mi mamá no tuvo el virus, siendo que dormía con mi papá. Ahora estamos enfocados en cuidarla a ella, que es la que nos queda”.

Roberto Aránguiz (64) y Eliana Moreno (89)

Fallecidos el 8 y 12 de mayo, respectivamente

Una vez que Rodrigo Aránguiz agotó todos los medios —los llamados telefónicos, los mensajes de texto y los gritos—, no le quedó otra que ingresar por el portón de la vivienda donde residía su tío Roberto Aránguiz, en La Florida. Forzó una ventana que daba a su pieza y el cuerpo apareció de frente. Rodrigo pronunció su nombre y después, al ver que no respondía, con el palo de la escoba le picó los pies. “Pensé que podía estar inconsciente o desmayado. Estaba en una posición de dormido, muy tranquilo. Quería que despertara, pero su piel estaba blanca”, recuerda.

Roberto Aránguiz tenía 64 años, era soltero, sin hijos y cuidaba a su madre, Eliana Moreno, a quien todos llamaban “Nana”. Eliana era oriunda de Doñihue, llegó a Santiago con sus tres hijos pequeños para trabajar en la Universidad de Chile, donde se desempeñó como secretaria en la Facultad de Derecho. A comienzos de los años 80 compró la casa en La Florida, donde vivía con su hijo Roberto hasta hoy. “El vínculo que tenían ellos era tremendo. Celebraban sus cumpleaños juntos, porque estaban en diciembre, y a veces se mimetizaban hasta con el mismo corte de pelo”, describe Rodrigo.

Roberto y Eliana eran muy independientes. Él atendía un minimarket, en la comuna de San Miguel, y ella hacía sus cosas sin ayuda. Por eso, a todos les

llamó la atención cuando el domingo 26 de abril ella comenzó a perder energía y respirar con dificultad. “En esa semana fue la Help a verla y le dejaron antibióticos. Pensábamos que tenía un cuadro de bronquitis y en la madrugada del viernes 1 de mayo la llevaron al hospital de La Florida. Quedó internada y al día siguiente confirmaron que estaba positiva con Covid. Ese mismo sábado empeoró y la conectaron al ventilador”, cuenta Rodrigo.

En los días siguientes, explica, su tío comenzó con síntomas. Dice que el domingo fue al hospital para que le hicieran el examen y que un guardia no lo dejó pasar, porque no tenía orden médica. Recién el martes, agrega, le confirmaron que estaba contagiado. Esa semana, Roberto empeoró. En paralelo, su abuela llevaba ya varios días intubada. El jueves 7 de mayo fue la última vez que Rodrigo habló con él: “Le dije que no se olvidara que al día siguiente iba a ir el doctor de la municipalidad a verlo”. Pero el viernes su tío no abrió la puerta ni respondió los llamados. “Debe haber muerto en la noche, en el sueño”, piensa su sobrino.

La muerte de Roberto fue el inicio de la peor semana que han vivido como familia. Esa tarde su cuerpo estuvo todo el día tendido sobre la cama. Rodrigo dice que los carabineros le dijeron que solo la Seremi de Salud podía autorizar el retiro. “Después de unas horas, alguien de la seremi me llamó para decirme que no les correspondía venir, que llamara a la funeraria. Pero no teníamos certificado de defunción. En la noche el alcalde Rodolfo Carter habló con el fiscal de La Florida y autorizó que el SML se lo llevara”.

En uno de los llamados de esa tarde, Rodrigo cuenta que le dijeron que el examen de su tío estaba listo desde el miércoles y que había dado positivo, pero nadie le había comunicado. Dos días después recibieron otra mala noticia. Eliana había empeorado de forma irreversible y les permitieron a algunos familiares despedirse de ella. “Le dije que la queríamos y que el tío la estaba esperando arriba, que no tuviera susto”, recuerda él.

El martes 12 de mayo, Roberto fue sepultado. Mientras hacían un responso, los llamaron del hospital para decirles que Eliana había fallecido. Al día siguiente, Rodrigo estaba enterrando a su abuela y a fines de esa semana, su padre dio positivo. Desde el sábado que está intubado. “Ha sido una pesadilla”, dice Rodrigo.

Lilia Zagal Díaz

73 años, falleció el 26 de abril

"Fue amor a primera vista", así recuerda Rubén Astorga, de 74 años, a su esposa Lilia Zagal, de 73. Cuenta que siendo jóvenes se conocieron en un cine de una sede social en la población El Pinar, en San Joaquín, y que luego de cinco años de pololeo se casaron. "Nos llevábamos bien, como si hubiésemos nacidos para estar juntos. Yo soy medio nervioso, pero ella me controlaba con su calma", recuerda.

Después de casarse, Rubén se fue a vivir a la casa de Lilia con sus papás. Ella había estudiado peluquería y trabajaba en un salón en la rotonda Grecia. En 1992 compraron su primera casa en la Villa Cousiño, en Peñalolén, donde Rubén le construyó su propia peluquería. Desde entonces trabajó en eso, pero a comienzos de este año, Lilia se quebró el brazo derecho. "En el hospital me dijeron que no la podían operar por su problema al corazón y artrosis. Tuvo que esperar que se le sanara solo", recuerda él. Luego, con la llegada del virus al país, el matrimonio realizó cuarentena preventiva junto a Ángelo, su hijo, que era el encargado de hacer las compras y de salir.

El 10 de abril, Lilia presentó síntomas de resfrío. Trató de conseguir una hora al doctor en varias clínicas, "pero estaban todas copadas", asegura Rubén. Una semana después fue a una consulta privada, donde le diagnosticaron neumonía. También le dieron la orden para hacerse el examen de Covid-19. El 18 de abril, Lilia fue a un policlínico en su comuna y la trasladaron al Hospital Dr. Luis Tisné Brousse. Desde ese día, Rubén nunca más la vio. "Siempre estuvo consciente. Los doctores me decían que se veía bien, pero sus pulmones no mejoraban".

El 25 de abril, una doctora del hospital llamó a Rubén para advertirle que su esposa fallecería en los próximos días. Ella le prestó su celular para que tuviese una videollamada con Rubén. "Fui tan feliz, fue cortito, pero unos minutos muy lindos. Me dijo que se quería venir a la casa y me pidió champú. Nos reímos", recuerda su esposo. Lilia falleció horas más tarde.

Como Rubén y Ángelo estaban en aislamiento, no pudieron realizar ningún trámite legal. Yoely Jeria, exesposa de Ángelo y con quien no se hablaba hace

más de cinco años, se ofreció en ayudarlos. También lo hizo Carolina Leitao, alcaldesa de Peñalolén, quien les pagó la funeraria. El 10 de mayo, Rubén planeó retirar las cenizas de Lilia, pero su comuna entró en cuarentena. “Todavía no asimilo nada, no he podido vivir mi duelo”, dice.

Juan Huenchupán

58 años, falleció el 11 de abril

Clarita Badilla no olvida la cara de su tío: “Estaba morado”, dice. Aquel 11 de abril, mientras ella iba por un vaso de agua, Juan Huenchupán comenzó a tiritar. “Me dijo que no podía respirar y llamé al 131. Cuando volví, no reaccionaba”, agrega. Huenchupán nació en Temuco y en 1996 llegó a Valdivia a vivir con sus padres. Luego, cuando ellos murieron, se quedó en la casa de su hermana, la mamá de Clarita. “Él trabajaba como obrero, era soltero y nunca tuvo hijos. No hablaba mucho, era solitario, fanático de Colo-Colo y muy trabajador”, describe ella.

Clarita fue la primera en presentar síntomas de Covid-19. Auxiliar de aseo, cree que se contagió en la micro y que de ahí llevó el virus a la casa de sus padres, que están postrados, cuando el miércoles 18 de marzo fue a cuidarlos. “Al otro día estuve con mi tío y el viernes también. Después me fui para la casa y el sábado me sentí mal. Estuve toda esa semana así, hasta que el otro viernes fui al médico y me dijeron que tenía el virus. Yo estaba con miedo por mis papás, pero fue mi tío quien presentó los síntomas”, cuenta.

Ambos hicieron la cuarentena juntos para cuidarse. En esos días, mientras Clarita mejoraba, su tío solo empeoraba. “Me decía que se ahogaba, pero yo pensaba que se le iba a pasar”. Pero la mañana del 11 de abril, Juan Huenchupán comenzó a ahogarse. “Del 131 me dijeron que lo botara al suelo y le hiciera respiración. Yo no sé si lo hice bien, pero mi tío no volvió. Di todo lo que pude. Estuve como media hora”, recuerda. Ese mismo día, Huenchupán fue sepultado, en completa soledad. “No alcanzamos ni a llorar”, dice Clarita, que estuvo dos meses encerrada en su casa. En ese tiempo, confiesa, se sentía responsable: “Estuve harto tiempo echándome la culpa, porque lo contagié, pero ahora lo veo desde otro punto, porque lo cuidé con amor. Hice todo lo que pude”.

Christian Aravena Lepe

45 años, falleció el 17 de abril

Cuando joven, su pasatiempo era armar y desarmar cosas. “Giro sin tornillo”, recuerda su hermana Rosario Aravena que le decían en el Liceo Juan Ignacio Molina, de Linares, el mismo donde ayudó a instalar una radio para los alumnos. Años más tarde, Christian Aravena se matriculó en Ingeniería, pero no terminó. Desde entonces trabajó en lo que más le apasionaba: instalando y haciendo mantención a equipos de radio. “Le gustaba su trabajo, decía que le daba libertad. Viajaba por todas partes de Chile”, dice ella.

Aravena tenía dos hijos y vivía desde hace ocho años en Santiago. Viajaba habitualmente a ver a su padre en Melozal, cerca de Linares, y acompañaba a su hermana a una cabaña en el sector de Ancoa, en la precordillera de la Región del Maule. Rosario cuenta que allí estuvieron la primera semana de marzo, cuando él le manifestó su inquietud por la pandemia. “Estaba preocupado por el futuro porque en su área se veía mal la cosa. Decía que no iban a llegarle lucas”.

Esa fue la última vez que se vieron. Un mes después, el viernes 10 de abril, a Christian le diagnosticaron Covid-19 y empezó una cuarentena en su departamento. “En ese minuto no se sentía tan mal y estaba resignado. Fue a un Cesfam y le dieron solo un paracetamol. Lo fueron a ver como dos veces más, pero el martes empeoró. Habían quedado de ir el miércoles y no llegaron”, explica Rosario.

Para entonces, unos amigos le habían arrendado un tanque de oxígeno, que un doctor conocido le había recomendado usar. Ese miércoles 15 de abril, según recuerda su hermana, él mejoró. “Nos llamó y nos dijo que nos quería mucho”, agrega. Pero en pocas horas empeoró súbitamente.

Según lo que ha podido reconstruir su hermana, el viernes 17 de abril, Christian llamó a un amigo y luego nadie más supo de él. El sábado, ella misma telefoneó a los conserjes del edificio para que le golpearan la puerta. Al rato, una prima, que vivía en Santiago, se contactó con Carabineros y muy entrada la tarde abrieron la puerta: estaba fallecido. A las siete de la mañana del domingo su

cuerpo fue trasladado al SML. A la semana siguiente lo cremaron y a la subsiguiente les entregaron las cenizas. Cuando pase todo, piensa ella, le harán un funeral simbólico en la cabaña de la precordillera, donde más le gustaba estar. Aún tienen muchas preguntas: “No sabemos cómo murió. Queremos tomar medidas legales, no queremos que esto le pase a otra persona. Como el servicio ya estaba medio colapsado, creo que lo dejaron abandonado”, dice.

Ramón Julio Montalba Montecino

61 años, falleció el 14 de abril

El miércoles 13 de abril, Yeny Toledo venía llegando a su casa cuando se encontró con una ambulancia estacionada en su cuadra. Venían a buscar a Julio Montalba, chofer en la Municipalidad de El Quisco y pareja de su tía. “Hace una semana que se sentía mal, como con un resfrío; se hizo el test rápido y le salió negativo. Pero ese día cuando llegamos vimos que él estaba mal. Cuando se subió a la ambulancia le tiró un beso a mi tía. Fue la última vez que se vieron”, recuerda Yeny.

Su tía Sara Arao, de 62 años, conoció a Montalba hace un año. Empezaron a conversar, luego a salir, hasta que él se fue a vivir con ellas. “Julio siempre comentó que tuvo un cambio muy grande cuando conoció a mi tía, salían para todos lados, de verdad eran tan felices los dos. Creo que fue injusto lo del virus, se lo llevó tan rápido y no pudieron disfrutar más. De hecho, les quedó hasta un viaje pendiente, con boletos de avión y estadía pagados, que no pudieron hacer”, explica.

Veinticuatro horas después de que a Montalba se lo llevara la ambulancia, falleció de una neumonía viral por coronavirus. “Fue horrible, no sabíamos cómo explicarle a mi tía. El hijo de él tuvo buena voluntad y la carroza con las camionetas municipales pasaron por fuera de la casa y estuvieron unos minutos acá parados, pero mi tía no salió. No quiso. No lo asumía”.

A los pocos días, Sara Arao dio positivo, también su hija y su nieta de nueve años, que vivían con ellos. La hija de Sara fue enviada a un hotel sanitario y Sara fue hospitalizada y más tarde conectada a un respirador mecánico. Después de

casi un mes fue dada de alta. “Aunque a veces igual le viene su bajón, mi tía sabe que él está con ella y que la va a cuidar”, dice Yeny.

Sergio Ramos Muñoz

70 años, falleció el 30 de marzo

“Él siempre andaba con una libreta. Le gustaba escribir poemas. Era una persona maravillosa, culta y estudiosa”, dice Teresa Ramos sobre su hermano, que falleció en su departamento en Temuco.

Jorge Ramos dejó Pinto, un pueblo cercano a Chillán, para estudiar en Temuco. Pero con el golpe militar, tuvo que salir de Chile en 1976. Llegó a Argentina, pero al tiempo se mudó a Inglaterra tras ganar una beca de la ONU para estudiar Letras en la Universidad de Londres. Allí vivió por más de 40 años. Se casó con una inglesa, pero años después ella se suicidó. “Eso lo dejó a la deriva”, recuerda Teresa.

Con el tiempo, Ramos conoció a María Elena Antipán, chilena que viajaba a Londres para visitar a un familiar. En 1996, ambos regresaron a Chile, se casaron e hicieron su vida en Temuco. “Nuestra relación con él era profunda, de mucho amor. Los cuatro hermanos nos preocupábamos por todos”, explica Teresa.

Esa preocupación por su familia hizo que en marzo de este año Ramos viajara a Santiago: al hijo de Teresa fue diagnosticado con cáncer testicular. Ella cuenta que le pidió que no saliera de Temuco porque era mucho el riesgo. “Creemos que se contagió en el vuelo de regreso, porque ninguno de nosotros se enfermó”, dice. El 22 de marzo, Sergio Ramos se sintió mal y en una clínica de Temuco le confirmaron el virus. Le recomendaron tomar paracetamol y agua, aislado en su casa. María Elena, su esposa, también se aisló en el departamento. “Él entró en pánico, tenía susto. Después empeoró. Hablábamos todos los días y el 29 de marzo, por una videollamada, me dijo que se sentía mejor. Me puse contenta, porque tenía más ánimo”, dice Teresa.

Al otro día, Ramos falleció. La familia cuenta que su esposa, al escucharlo con problemas para respirar, rompió su aislamiento y lo abrazó. Ella estuvo junto a él

cinco horas, encerrada en el departamento, esperando que retiraran el cuerpo. María Elena es la única que sabe cómo fueron las últimas horas de Ramos, pero Teresa aún no puede hablar con ella porque se infectó del virus, estuvo tres semanas internada y con ventilación mecánica. Pronto recibirá el alta.

Sergio Ramos fue cremado y su familia planea una ceremonia en Pinto. Teresa confiesa que su mayor arrepentimiento es no haber compartido más con él y sobre todo no haber estado en su funeral.

Carmen Guzmán Freitas

90 años, falleció el 14 de mayo

El 1 de febrero, Carmen Guzmán bailó hasta que no pudo más en el Chilenazo de Gran Avenida. El restaurante completo la aplaudió cuando apareció la torta con una vela que indicaba los 90 años. “Mucha gente se paró a saludarla, le decían que les gustaría llegar con esa energía a su edad. Mi mamá era una mujer llena de vida”, dice Consuelo Teña, una de sus hijas.

En febrero, incluso, subió hasta el volcán Villarrica, como parte de las vacaciones que realizó junto a su hijo y su familia. “Siempre la llevábamos con nosotros en el verano y este año tocaba el sur, así es que partimos con ella en la camioneta”, dice Leonardo Teña, su hijo.

Ambos hijos coinciden en que era una mujer muy vital, algo que le venía de joven, tal como el canto y los escenarios. “Ella audicionó en las radios Minería y Santiago, y le fue bien. Cantaba en un programa de la época. Su nombre artístico fue Ruth Freitas, aunque nunca hizo una carrera profesional. Tenía un timbre muy parecido a Libertad Lamarque. Ya de viejita ganó varios concursos de festivales del adulto mayor”, agrega Leonardo.

Cuando aparecieron los contagios en Chile y se conoció lo que sucedía en países como Italia, donde los doctores debían elegir a quién ponerle ventiladores mecánicos, ella le dijo a su hijo que si llegaba a pasarle eso, no quería que la conectaran. “Prefería que ese ventilador fuera para alguien que tuviera una vida por delante. Me dijo que ya había vivido lo suficiente”, asegura él.

Por entonces, Carmen se había ido a vivir con su hijo Leonardo a Maipú. El 20 de abril, él ya se sentía mal. Le hicieron el examen PCR y dos días después le confirmaron que estaba positivo. “No sé dónde me contagié. Tomé medidas extremas, solo salía a comprar al supermercado y a la farmacia. En uno de esos lugares debe haber sido”, explica.

Leonardo cuenta que su esposa comenzó a sentirse mal a los dos días y su madre, poco después. “Ella estaba bien, tenía tos y fiebre, pero estaba con buen ánimo, así es que esperamos a que mejorara”. Pero en una de las revisiones que le hizo un equipo médico en su casa, un examen arrojó que estaba saturando poco oxígeno y decidieron internarla. Quince días más tarde falleció.

Leonardo está agradecido del Hospital del Carmen, donde fue internada su madre, pero hay algo que le duele: “Siempre nos informaron que estaba tirando para arriba. Estábamos muy esperanzados, pero nunca fue así. Cuando se lo dije a la doctora, ella me dijo que mi mamá siempre estuvo mal y que no sabía por qué nos habían dicho eso. Eso fue cruel. Habría preferido saber la verdad”.

Adela Valdés Pinilla

86 años, falleció el 18 de mayo

Alejandra Carrasco dice que el escenario era aterrador. Cada vez que un paciente diagnosticado con Covid-19 iba a ser trasladado por los pasillos del Hospital San José, alguien gritaba para advertir a todos los que estaban en la sala de espera. La indicación era esa: mantenerse ahí, no asomarse más allá. Ahí estaba Alejandra junto a su madre, Adela Valdés, con una fractura en su cadera.

El día anterior, Adela se había caído en el patio de su casa en Recoleta. Desesperada, Alejandra llamó a una ambulancia para trasladarla al servicio de urgencia de la Clínica Indisa. El 8 de mayo, la mayoría de los hospitales de la zona norte de Santiago ya presentaban altas tazas de pacientes con coronavirus. Alejandra pensó que en la clínica su madre estaría mejor. “La ingresaron, la estabilizaron y confirmaron su fractura”, cuenta. “Pero era mucho el dinero que pedían. Me estaban pidiendo dos avales que ganaran sobre el millón de pesos, más una tarjeta con cupo de dos millones de pesos solamente para

hospitalizarla". Entonces la llevaron a la ex Posta Central, menos colapsada en ese entonces que los hospitales de la zona norte. "Me la recibieron, pero después la persona a cargo de traumatología ordenó que la derivaran al Hospital San José. Yo pedí que no lo hicieran. Les dije que mi mamá se me iba a morir allá, pero por su dirección, el sistema los obligaba".

Después de diez horas de espera, Alejandra llegó con su madre al Hospital San José. "Me dijeron que el viernes la podían operar, pero al final no se pudo", cuenta. Con los días, agrega, los informes del hospital se hicieron cada vez más escuetos. Recién cinco días después le informaron que su madre había presentado tos y que por protocolo fue sometida a un examen para detectar si era un caso de Covid-19. El resultado fue positivo.

"La madrugada del lunes 18 me llamaron para avisarme que mi mamá falleció", recuerda Alejandra. "Cuando fui al hospital a buscarla le hice una pura pregunta al doctor de turno: '¿Ella entró con una fractura y ahora me dicen que me la van a entregar muerta?"'. Alejandra recuerda que mientras esperaba el cuerpo de su madre, otras personas se aglomeraban por lo mismo. Al funeral de Adela, por protocolo sanitario, solo pudieron asistir 10 familiares. Según Alejandra, todavía no cree lo que le tocó vivir. "Mucha gente me dice que tome acciones legales contra el hospital", dice desde la casa que compartía con su madre. "¿Pero qué saco con eso? ¿Me van a devolver la vida de mi mamá?".

Eliana Reyes Nanjari

78 años, falleció el 23 de marzo

César Rivera Reyes tiene este recuerdo de infancia de su madre: la ve bailando rock and roll con su padre en el living , donde había un tocadiscos. A su mamá, Eliana Reyes Nanjari, le gustaba mucho la música. También los animales y el mar.

Eliana fue el segundo caso de muerte por Covid-19 en Chile. Su hijo César cree que se contagió en el hospital San Borja Arriarán, donde cada 20 días se hacía quimioterapia porque tenía cáncer a un pulmón. A mediados de marzo empezó con los primeros síntomas. La llevaron al SAPU, donde el doctor tuvo sospechas

de que podía estar con coronavirus, pero no le hizo el examen, y les dijo que si la mandaba a Urgencia, con seguridad se contagiaría. Volvieron con ella a la casa y al día siguiente perdió la conciencia.

“Llamamos a la ambulancia. En el hospital le pusieron suero y oxígeno, pero no la conectaron a un ventilador. La dejaron ahí, en una pieza aislada, y esperaron que se muriera. Yo le hablé al oído y le dije que si quería irse, que estuviera tranquila, que nosotros íbamos a estar bien. Una doctora me vio y me dijo que saliera, porque le iban a hacer el examen del coronavirus”, relata César.

A las seis de la mañana del 23 de marzo, el hospital les avisó que Eliana había fallecido y había dado positivo en el examen. Toda la familia que vivía con ella, incluido César, se habían contagiado y tuvieron que quedar en cuarentena. Para retirar el cuerpo del hospital y llevarlo al cementerio, tuvieron que pedirle ayuda a la municipalidad de Maipú.

“Solo pudimos ver pasar la carroza desde la puerta de la casa. Fue muy triste. Los vecinos adornaron el pasaje con globos blancos. Después la alcaldesa nos hizo una videollamada desde el cementerio para que viéramos el entierro”, dice César.

A principios de mayo, cuando la familia terminó la cuarentena, lo primero que hicieron fue visitar la sepultura de Eliana. La adornaron con flores y acercaron un celular a la placa, con el que hicieron sonar las canciones con las que a ella le habría gustado ser despedida: “Libertad”, de Nana Mouskouri, y “Mis manos en tu cintura”, de Salvatore Adamo. “Ahí sí que lloramos todos”, recuerda César.

Patricia Ahumada

58 años, falleció el 13 de mayo

Todo comenzó con un brote de coronavirus en la municipalidad de María Elena, región de Antofagasta. Fue a mediados de abril. En ese lugar, Luis Robledo, maestro de obras civiles, contrajo la enfermedad y luego de presentar síntomas fue enviado a pasar la cuarentena a su casa que comparte con dos de sus hijos, dos nietos y su esposa Patricia Ahumada.

En la casa, relata su sobrino Axel Carvajal, todos se contagiaron. Con los días, Luis empeoró y fue hospitalizado en el Hospital de Calama. Dos semanas después ocurrió lo mismo con Patricia. Contrario a su marido, que es hipertenso y diabético, Patricia Ahumada no tenía enfermedades de base. “Siempre fue una mujer activa”, dice Axel. “Hacía aseo en la casa de los doctores de María Elena. Les planchaba y les lavaba su ropa”.

Tres días después de ingresar, Patricia fue conectada a un ventilador mecánico. Según Axel el virus atacó muy fuerte sus pulmones, evitando que realizara correctamente el intercambio de gases. “La tuvieron que girar y ponerla de estómago para ver si así oxigenaba mejor, pero no lo soportó”, explica su sobrino. “La volvieron a su posición y con los días comenzó a mejorar”.

El 12 de mayo, recuerda, un doctor del hospital se comunicó con la familia para contarles que Patricia tenía muy buen pronóstico. Para entonces, Luis, su marido, ya estaba de alta y permanecía en cuarentena preventiva en María Elena. Pero al día siguiente, cuenta Axel, “nos llamaron para decirnos que mi tía había fallecido”.

La intención de la familia era cremar a Patricia y esparcir parte de sus cenizas en la pampa de la oficina salitrera de Pedro de Valdivia, su lugar de origen, “pero por medidas sanitarias no nos permitieron trasladarla ni a Antofagasta ni a Pozo Almonte, donde podían cremarla”. Durante la mañana del 14 de mayo, la familia acompañó el cuerpo de Patricia con una pequeña caravana en el cementerio de Coya Sur. A diez metros del nicho, separados unos y otros, la despidieron entre llantos.

Arody Cayul Torres

45 años, falleció el 13 de mayo

Cuando Arody Cayul volvió al Pedregoso, en Lonquimay, tenía 25 años, estaba casado y tenía tres hijos. Pedregoso es un sector rural en La Araucanía donde vive una comunidad mapuche. Ahí había nacido y crecido, pero al cumplir los 18 años partió a Santiago, a la Escuela de Carabineros.

Su hijo menor, Bastián Cayul, de 20 años, cuenta que sus padres se conocieron allá. Arody ya era Carabinero y su mamá trabajaba como asesora del hogar. Vivían en Colina, pero poco antes de que Bastián naciera, una balacera cambió los planes de Arody. “Mi papá estaba en una persecución cuando su compañero murió baleado. Sintió que su vida estaba en peligro y se retiró. Ahí volvimos a Lonquimay”, dice su hijo.

Se instalaron en pleno campo y Arody construyó la casa donde viven. Trabajó por unos años como guardia y luego se dedicó a la construcción. También fue asistente en la Municipalidad de Lonquimay. Fueron cuatro años en los que se hizo muy conocido, dice Bastián: “Cuando yo iba a algún lado siempre me preguntaban por él, era recordado porque le gustaba interactuar con las personas”, dice.

Por lo mismo, todos se enteraron cuando la madre de Arody, de 64 años, fue la primera en el sector de Pedregoso en dar positivo de coronavirus. “Mi abuela iba frecuentemente al consultorio a medirse la presión, puede que se haya contagiado ahí. Ella tuvo contacto con mis papás, que también se contagiaron”, explica Bastián, quien estaba en Temuco por sus estudios de asistente social y su trabajo de reponedor de supermercado.

A fines de abril, la mamá de Arody fue trasladada al Hospital de Temuco y luego conectada a un ventilador mecánico. El 6 mayo, dice Bastián, su papá, su mamá y su hermano dieron positivo al virus, pero su papá estaba con dificultad respiratoria y se preocupó, ya que tenía de base una diabetes. “En el Hospital de Lonquimay le dijeron que se trataba ansiedad o estrés. A mí me dio angustia, porque lo devolvieron a la casa y lo encontré ilógico”, agrega Bastián.

Al día siguiente, Arody llegó al Hospital de Temuco, donde lo conectaron a un ventilador. Dos días después, su esposa, de 46, y su padre, de 65, fueron trasladados al Hotel Frontera en Temuco, habilitado para cuarentenas.

El 13 de mayo, Bastián recibió una llamada: “Me dijeron que mi papá estaba grave. Nos explicaron que le hicieron muy malas maniobras al no mandarlo antes a Temuco, donde podrían haberlo atendido mejor, eso fue lo que más me dio rabia. Con mi hermana fuimos al hospital y pudimos verlo con todas las medidas de seguridad”, dice. Horas después, Arody falleció.

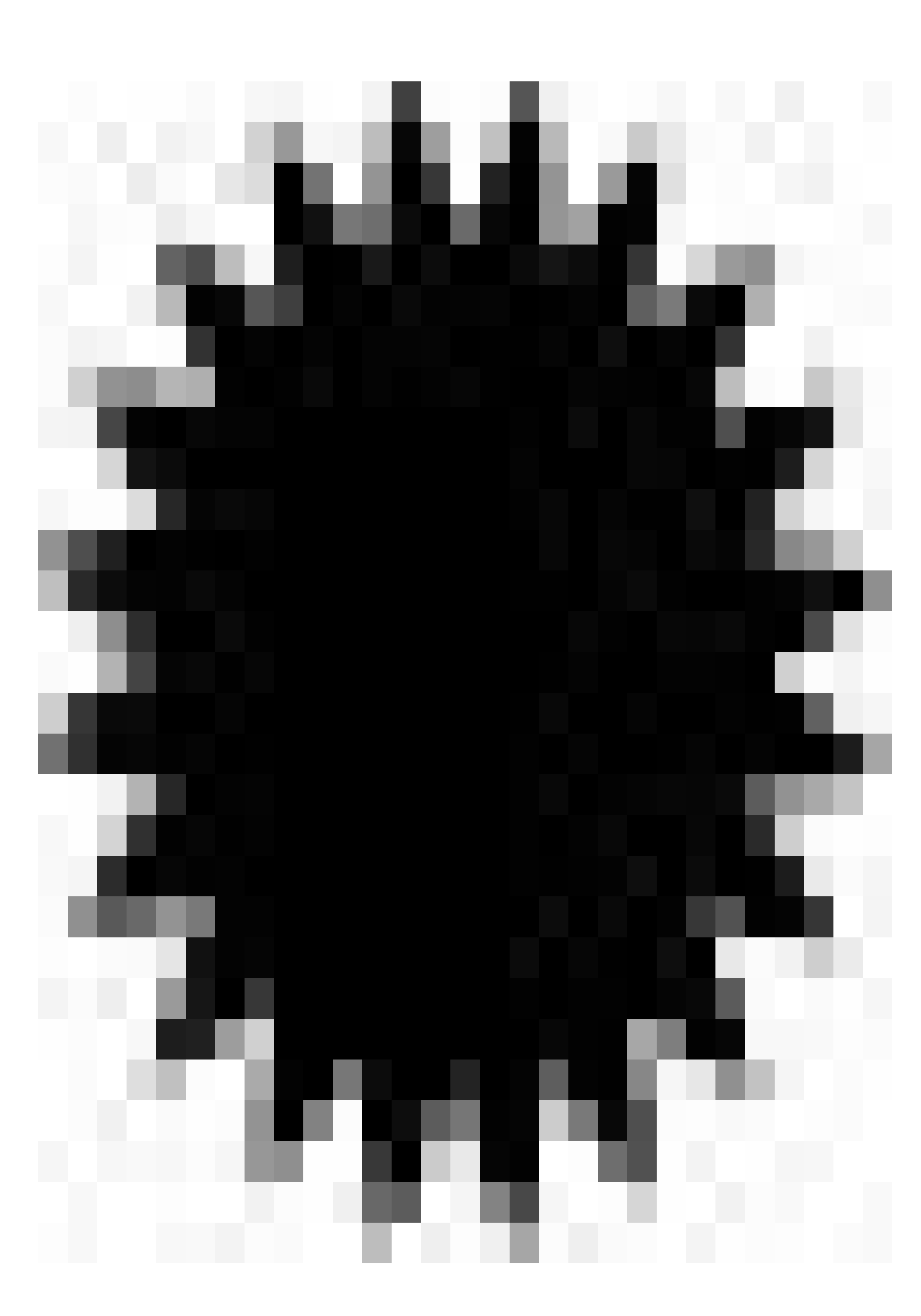
Ese mismo día, Bastián y su hermana hicieron los trámites funerarios y llevaron

el cuerpo de Arody a Lonquimay. Al regresar llamó a su mamá, quien no pudo asistir al funeral. “Estaba destrozada. Me dijo que iba a ser trasladada a la UCI por problemas respiratorios. Le dije que tenía que ser fuerte y salir de esto. Después la conectaron a un ventilador mecánico”. Una semana más tarde recibió otra llamada del hospital: “Me dijeron que mi mamá había evolucionado bien y ya debería despertar. Mi abuela, aunque se está recuperando, hace casi un mes que no despierta. Ella no sabe lo de mi papá y en la medida que vaya mejorando vamos a tener que contarle”.

INVESTIGACIÓN

SERIE: “LAS FALLAS EN LA ESTRATEGIA PARA ENFRENTAR LA PANDEMIA DE COVID”

(4 REPORTAJES)



Nicolás Sepúlveda y Benjamín Miranda

Ciper

Tras las noticias de Wuhan, que dieron cuenta de la aparición de un nuevo virus, comenzó a viralizarse la palabra pandemia, hasta que la OMS la hizo oficial. Surgieron otros términos, a los que no estábamos acostumbrados o poco sabíamos de ellos.

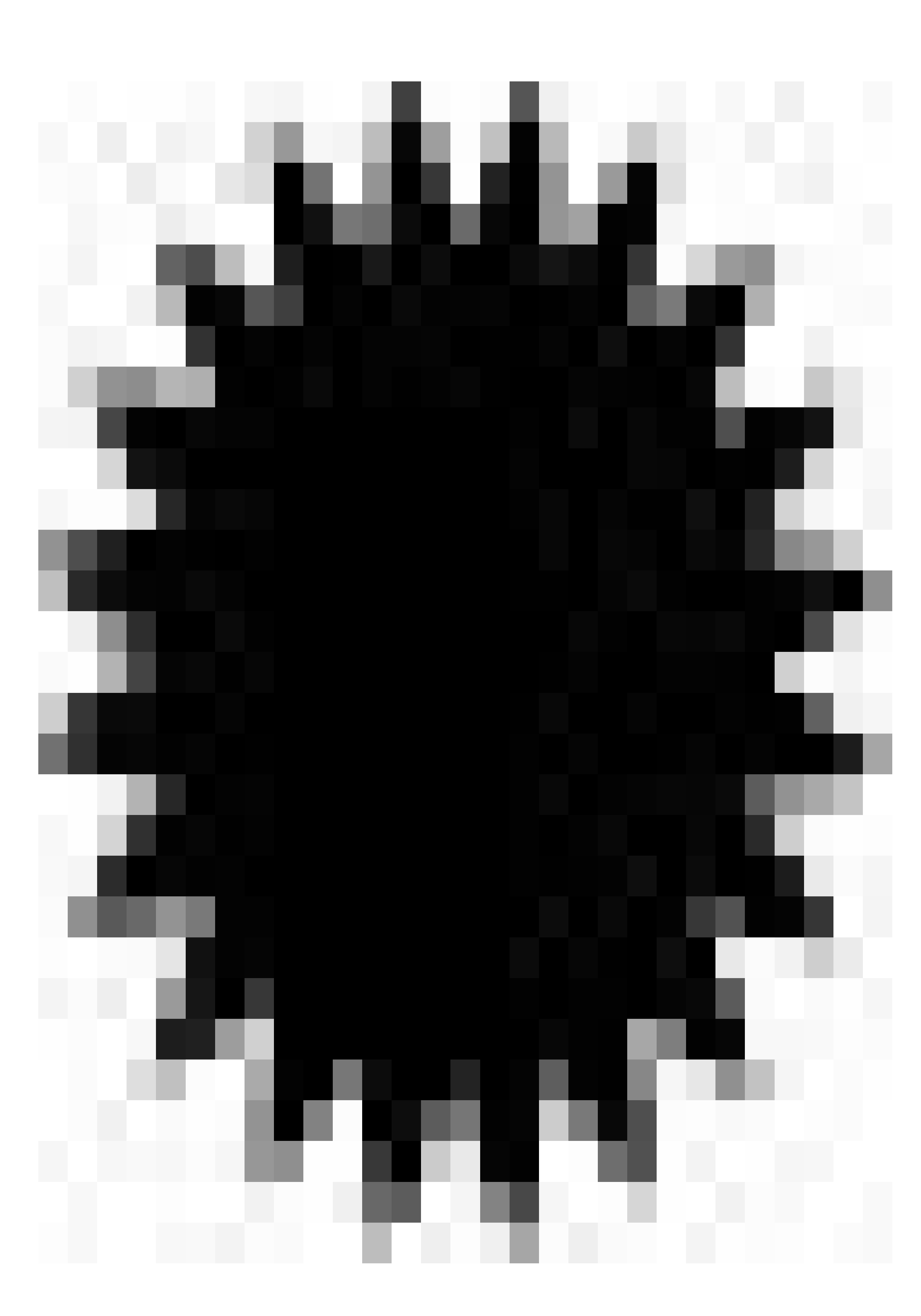
Trazabilidad, cuarentenas o confinamientos, ventiladores mecánicos, positividad, PCR, camas críticas o el más usado de todos: Covid. Estos reportajes de Ciper dan acabada cuenta del vértigo de abril del 2020, cuando el país sumaba contagios y fallecidos, producto del coronavirus, pero debía prepararse para "lo peor", que estaba por venir.

Y ahí, sin duda, resultaba fundamental fiscalizar la acción de las autoridades sanitarias, cuestionar sus decisiones, preguntar qué expertos o experiencia estaban detrás de ellas y seguir las compras de insumos que al final serían la única forma de enfrentar la crisis.

Y así nos enteramos de algunas cosas que no estaban funcionando, obligando a las autoridades a responder o profundizar sus comentarios, informar a una opinión pública que buscaba transparencia en un momento de miedo y confusión.

ANTE LA INCERTIDUMBRE, VUELO FACH PARA TRAER 500 EQUIPOS DE CHINA SE TORNA CLAVE

(Reportaje 1)



Nicolás Sepúlveda

8 de mayo

Ciper

A tres semanas del peak de contagios: proveedores confirman que no hay fecha de llegada de ventiladores comprados por Chile.

Ciper conversó con seis de los principales proveedores de los 1.477 ventiladores mecánicos adquiridos por Chile. Los equipos son clave para evitar muertes masivas después del peak de contagios por Covid-19 que se espera para fines de abril. Cinco reconocieron que es imposible fijar una fecha de arribo de los aparatos. El restante —Medtronic, que vendió 839 unidades— dijo que el Minsal debe entregar la información, pero las autoridades no responden esta pregunta. La decisión de Donald Trump de bloquear la salida de insumos médicos desde Estados Unidos, la "guerra de los ventiladores" en Europa y la sobredemanda mundial complican la llegada.

El insumo médico que puede salvar la vida de un paciente grave por Covid-19 es el ventilador mecánico. Este aparato es vital para permitirle al enfermo seguir respirando en el momento más crítico. Al miércoles ocho de abril, 316 chilenos luchaban por sus vidas conectados a un ventilador, según las cifras del Minsal. Un número que seguirá creciendo y que podría desbordar la capacidad de la red de salud, como ha ocurrido en Italia y España. Para evitarlo, es clave que lleguen al país los 1.477 ventiladores nuevos que ya fueron comprados por el Gobierno. Pero proveedores de estos equipos dijeron a Ciper que no hay fecha para la llegada de estas unidades.

En medio de la pandemia mundial los ventiladores se han convertido en un bien escaso. Los países más afectados no escatiman esfuerzos —incluso tratar de apropiarse de embarques que hacen escala en sus territorios— para sumar ventiladores a sus stocks sanitarios. El ministro de Salud, Jaime Mañalich, bautizó esta disputa como la "guerra de los ventiladores" y anunció que los detalles del viaje a China de un avión de la FACh que va en busca de 500 respiradores donados por el Gobierno de ese país, se manejarán en secreto.

En este escenario adverso, el éxito de la misión a China sería clave para contar con suficientes ventiladores a la espera de que se concreten las entregas pactadas con los proveedores comerciales.

Los registros oficiales de las compras públicas revisados por Ciper indican que el país espera incorporar 1.577 nuevos ventiladores a la red de salud (1.477 comprados y 100 arrendados). El ministro Mañalich y el subsecretario de Redes Asistenciales, Arturo Zúñiga, han evitado detallar cuándo llegarán esos equipos, limitándose a informar que la totalidad estará en Chile a fines de mayo. Pero no es eso lo que dicen las empresas que vendieron los ventiladores al Ministerio de Salud (Minsal).

Ciper conversó con seis de los principales proveedores de los equipos ya adquiridos por el Estado. Cinco de ellos admitieron que no tienen fecha para la llegada de las nuevas unidades. El restante —comercial Kendall, filial de la estadounidense Medtronic— dijo que esa información debe proporcionarla el Minsal, pero las autoridades no han respondido cuántos ventiladores han llegado y en qué fechas se irán incorporando los restantes.

Algunos proveedores señalaron que recién a fines de mayo podrían llegar las primeras partidas que encargaron a los fabricantes, otros dijeron que las entregas que tiene comprometidas con el Minsal podrían materializarse en junio.

El peak de contagios se espera para fines de abril y comienzos de mayo, por lo que los casos graves se multiplicarán en los días y semanas siguientes a ese momento. Por eso es clave que la mayor cantidad de ventiladores estén operativos durante mayo. Pero los fabricantes han dicho que eso es difícil debido a cuatro razones: la sobredemanda mundial que ha agotado los stocks y sobrepasado la capacidad de fabricación; la menor cantidad de vuelos disponibles y el consiguiente aumento del precio de transporte; los intentos de requisar las máquinas en los países donde hacen escalas los embarques y, finalmente, por la decisión del Gobierno de Estados Unidos de prohibir las exportaciones de insumos médicos que fabrican empresas de su país.

El factor Trump es uno de los que más puede complicar el arribo de los equipos. Al menos 83 ventiladores comprados por Chile son fabricados en Estados Unidos. Y otros 839 fueron vendidos por Comercial Kendall, una de las filiales en Chile de la multinacional estadounidense Medtronic. Aunque esta última tiene su fábrica en Irlanda, sus entregas podrían verse afectadas porque el

bloqueo ordenado por el presidente Trump puede alcanzar a los insumos médicos fabricados por empresas norteamericanas en cualquier parte del mundo.

En el diálogo con los proveedores, Ciper constató que solo dos de ellos tenían ventiladores en stock (40 unidades en total). De esas máquinas, 20 están en manos de SK Equipos Médicos. El gerente general de esa empresa, Álvaro Reyes, señaló a Ciper que desde el jueves dos de abril tienen esas dos decenas de ventiladores a disposición y que están esperando la instrucción del Minsal para trasladarlos al lugar que se les indique. Lo mismo informó el jefe de venta de ventiladores mecánicos de Andover Alianza Médica, Gerardo Ferruchi, quien dijo que también tienen 20 respiradores en bodega a la espera de que el Minsal oficialice un contrato que les permita entregarlos.

Esos 20 respiradores mecánicos guardados en las bodegas de Andover son parte del stock de 44 equipos que la empresa ya logró traer a Chile, de un total de 156 que ha vendido al sistema público. La primera entrega fueron 24 ventiladores que se destinaron al Hospital San Juan de Dios (14 unidades) y a la Región de La Araucanía (8). Para los 112 respiradores restantes "no queda otra más que esperar", dice Ferruchi.

"Hay una incertidumbre total"

Ninguno de los proveedores con los que conversó Ciper pudo asegurar una fecha para el arribo de los ventiladores que les fueron comprados por el Minsal o por servicios de Salud de diversas zonas del país.

Los que enfrentan la situación más compleja son los provenientes de Estados Unidos. Dos son los proveedores de los al menos 83 ventiladores ya comprados por Chile que provienen de ese país. En ambas empresas dijeron a Ciper que tendrán problemas con el bloqueo impuesto por el Gobierno de Donald Trump. En ese trance se encuentra Andover Alianza Médica, la empresa que comprometió la entrega de 65 ventiladores marca Philips Respironics (fabricados en Pennsylvania). Lo mismo ocurre con los equipos producidos por Event Medical (California). Según la búsqueda de Ciper, 18 de los ventiladores vendidos al Estado por la distribuidora Hemisferio Sur son elaborados por esta última empresa.

Más de la mitad de los respiradores mecánicos comprados por el Estado fueron vendidos por Comercial Kendall (filial de la estadounidense Medtronic). Los 839 ventiladores adquiridos a esa firma por el Minsal podrían sufrir el bloqueo de Trump. Consultados por Ciper, en Medtronic no descartaron esa posibilidad: "El Covid-19 es un fenómeno dinámico y cambiante a nivel mundial, que presenta desafíos sin precedentes que van más allá de una acción aislada de una región o país. Medtronic no puede especular sobre la posibilidad de acontecimientos futuros y el efecto que estos tendrán", respondió por escrito.

Desde la empresa agregaron que apoyan a líderes gubernamentales e instituciones de todo el mundo "incluida la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias de EE.UU. (FEMA), la Unión Europea, el G20 y la OMS, para liderar de manera ética y justa la asignación global de ventiladores". La FEMA es la agencia encargada de asegurar el abastecimiento de equipos médicos al interior de Estados Unidos.

En Medtronic no precisaron a Ciper cuántos de los 839 ventiladores comprados por Chile habían llegado al país, ni tampoco cuántos estaban pendientes. Según explicaron, esa información debe ser consultada al Minsal. El Fisco pagó $ 11.600 millones por esos equipos.

Los ventiladores encargados por Chile son fabricados, principalmente, en Estados Unidos, Suecia, Alemania, Suiza y Corea.

Andover ha vendido al sistema público chileno equipos de dos marcas distintas: Maquet (del grupo Getinge, Suecia) y Respironics (de Philips, Estados Unidos). Su jefe de ventas, Gerardo Ferruchi, aseguró que el panorama está mejor aspectado en el país europeo:

—Con Estados Unidos estamos más complicados porque Trump está queriendo bloquear la salida de equipos médicos. Y en Suecia nos comentaban que la empresa se había asociado con Scania, la fábrica de camiones, para aumentar la producción en un 160 %. Eso nos daría un aliento de que quizás los ventiladores puedan estar llegando dentro de las fechas que nos habían comprometido los fabricantes. El compromiso era de envíos parcializados, porque tampoco tenían todos los equipos en una misma fecha. Entonces nos dieron fechas para mediados de mayo, fines de mayo, principios de junio".

Hasta la fecha, Andover le ha vendido al fisco 156 ventiladores por un precio de

$ 3.900 millones.

La otra empresa que informó a Ciper que tenía guardados 20 respiradores mecánicos en sus bodegas a la espera de las órdenes del Minsal, SK Equipos Médicos, ha vendido un total de 63 unidades al sistema público. De ellas, 60 corresponden al modelo Prisma Vent 40, de la marca alemana Lowenstein.

Además de los 20 que el gerente general de SK, Álvaro Reyes, aseguró que tenían en sus bodegas, el Minsal le compró otros 40 del mismo modelo por $ 247 millones, según la orden de compra fechada el tres de abril. “Esos no han llegado a Chile”, cuenta Reyes. Y agrega: “A nivel mundial está el caos, y tienes que ponerte a la fila. Pero en la fábrica nos dijeron que se pueden demorar entre una a tres semanas más”. Eso significa que podrían estar en Chile a fines de abril.

Otra de las empresas que más ha vendido ventiladores mecánicos al sistema de salud chileno es Hemisferio Sur, que distribuye respiradores de distintas marcas. Una fuente de esa compañía confidenció a Ciper que no tienen una fecha estimada para entregar los ventiladores mecánicos que vendieron al sistema público: “El ventilador mecánico es el equipo más solicitado en el mundo hoy. Estamos sujetos a lo que los proveedores nos puedan ofrecer. No tenemos una fecha, porque todos los días pueden cambiar las condiciones. Nosotros tenemos un compromiso con el ministerio que estamos tratando que se cumpla, pero no sabemos si esos plazos se van a cumplir. Hay una incertidumbre total”.

Según el rastreo de Ciper, Hemisferio Sur ha vendido 156 ventiladores al sistema público. Una de las ventas más grandes fue la del 27 de marzo que consistió en 125 ventiladores invasivos de la marca coreana Mek por $ 2.100 millones. Nueve días antes vendió otros 18 ventiladores por $ 394 millones de la marca Event Medical, con sede en California, por lo que estos equipos podrían retrasar aún más su arribo debido a las restricciones impuestas por Estados Unidos.

Según indicaron en Hemisferio Sur, ninguno de estos ventiladores ha llegado al país.

“Unos pocos en mayo”

La filial en Chile de la multinacional alemana Dräger le ha vendido al sistema público 46 ventiladores desde que se iniciaron las compras de estos equipos el 13 de marzo. El total de esas ventas llegó a los $ 995 millones. Según Fernando Catron, country manager de la firma en Chile, “hay rangos de fecha para la llegada de los ventiladores que vendimos. Algunos ya los hemos entregado, los que teníamos en stock se entregaron de manera inmediata apenas nos dijeron donde teníamos que instalarlos. El resto los vamos entregando a medida que nos llegan. Pero eso es bastante incierto. Hay rangos de tiempo, hasta junio con entregas parciales”.

El representante de Dräger agrega que la llegada a Chile de los equipos que le vendieron al Minsal se dificulta por el contexto mundial: “No solo estamos lidiando con oferta y demanda, sino que también con las capacidades productivas, trabajando al máximo hemos triplicado turnos y apostado a duplicar, o triplicar, la producción anual de ventiladores. Pero ni así damos abasto con la demanda mundial”.

Solo uno de los proveedores expresa cierta seguridad respecto de que el fabricante que representa pueda cumplir con un escaso margen de retraso los plazos pactados (“unos pocos en mayo, pero la mayoría después de eso”). Es Horacio Repetur, dueño de Repetur y Compañía, quien explica de esta manera su certeza: “Los suizos son los suizos”.

—De la única manera que la fábrica de allá nos acepta una orden, es si además adjuntamos la orden de compra del hospital o de la institución médica que va a comprar el ventilador. Con eso se aseguran de que el ventilador llegue a quien lo necesita y no a una empresa que podría estar acaparando para vender más caro después. Y si tenemos que adjuntar la orden de compra del usuario final, ellos se aseguran de que no estamos especulando con los precios, porque saben en cuánto los estamos vendiendo.

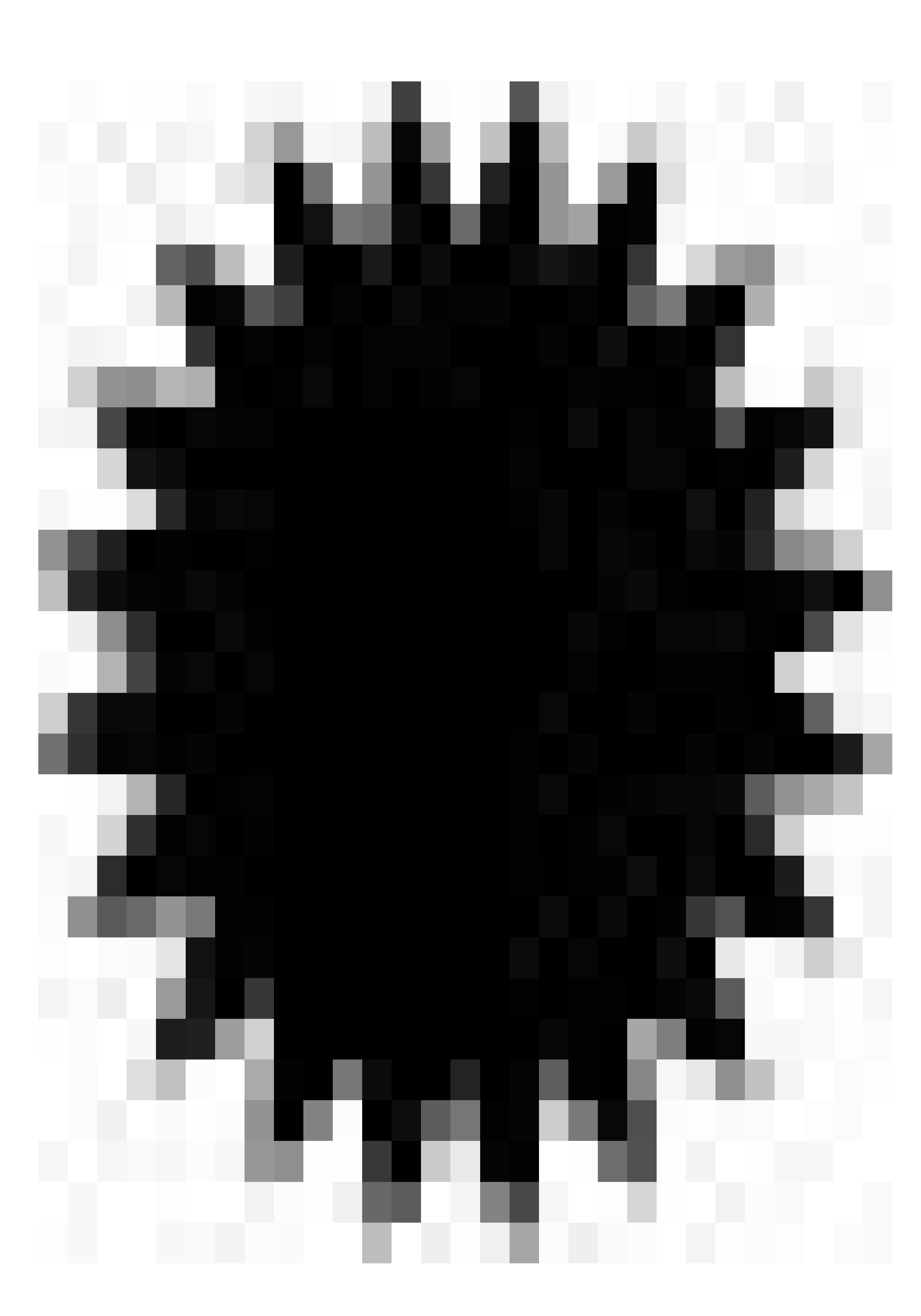
Horacio Repetur informa que solo hace 30 días la fábrica suiza (Hamilton Medical) comenzó a pedir la orden de compra que origina el negocio. Él lo adjudica al nivel de demanda mundial por ventiladores. A pesar de su confianza en los suizos, reconoce que podría haber un rango de demora: “El problema que tiene Suiza es que no es capaz de construir todos los ventiladores que se están solicitando. No sabemos exactamente cuándo van a llegar los que pedimos”.

Según los registros de Mercado Público, Repetur le ha vendido ventiladores de

transporte (equipos que se usan para trasladar pacientes) al Servicio de Salud Araucanía Norte y ha entregado en arriendo ventiladores invasivos (para intubar pacientes) al Hospital de Curicó. Su dueño aseguró que también le vendieron respiradores al Servicio de Salud de O’Higgins, pero Ciper no encontró esas órdenes de compra.

CALL CENTER DESBORDADO: 11 MIL LLAMADOS DIARIOS QUEDAN SIN HACER Y NO SE CONTACTA A TODOS LOS NUEVOS CONTAGIADOS

(Reportaje 2)



Nicolás Sepúlveda y Benjamín Miranda

29 de mayo

Ciper

Falla pieza clave para contener el virus: acta interna del Minsal revela graves problemas en la trazabilidad de casos.

Ubicar a los contagiados y trazar todos sus contactos, es un pilar del plan del Minsal para contener el virus. Pero esa misión clave no se está cumpliendo. Ciper revisó un acta interna del Minsal que revela que a diario unos 11 mil contactos no alcanzan a ser llamados y que en las jornadas con más de 4 mil nuevos positivos no es posible contactar a todas esas personas. Un equipo de 80 operadores debe ubicar a cada contagiado, monitorear su aislamiento y evolución, y rastrear sus contactos. Pero están desbordados. El Minsal confirmó a Ciper que se multiplicará por diez el equipo encargado: se contratarán 800 personas para reforzarlo.

“El contact center no da abasto”. El acta del Comité Operativo de Emergencia (COE) del 28 de mayo es taxativa. El equipo del Ministerio de Salud que debe ubicar a los contagiados con Covid-19 y trazar todos sus contactos, asegurándose de que cumplan el aislamiento y monitoreando su evolución, está colapsado. El call center encargado de esta tarea está dejando hasta 11 mil llamados diarios sin hacer y en las jornadas en que los nuevos positivos superan los 4 mil casos no alcanzan a comunicarse con todas esas personas, indica el acta revisada por Ciper.

El COE es la instancia donde se reúnen todos los equipos del Minsal que trabajan para contener la pandemia. Allí ponen las cartas sobre la mesa. Ciper accedió al acta de la sesión sostenida la tarde del jueves 28 de mayo, donde uno de los puntos críticos a tratar fue el desborde del equipo encargado del monitoreo y trazabilidad de casos positivos, dependiente de la Dirección de Panificación (Diplas). Una tarea que se ha vuelto cuesta arriba con el fuerte crecimiento del contagio en la Región Metropolitana.

“Alcanzando cifras históricas, ritmo de trabajo bastante fuerte. Continúa el aumento de casos, y se mantiene el seguimiento de casos y contactos en el contact center. 126.000 contactos, creciendo todos los días. El contact center no da abasto”, se lee en el acta.

Para ejecutar esta tarea, dice el acta, hay “80 personas contratadas: 70 telefonistas y 11 trabajadores de la salud. La mitad llama a casos y la otra mitad a contactos. Ayer 11.000 contactos no se alcanzaron a llamar, lo que está ocurriendo a diario”.

No solo hay un atraso en la ubicación de los contactos. Hay muchos que nunca pueden ser hallados, Y la conclusión es que esto ocurre, en gran medida, porque falta personal para ejecutar esta tarea: “Al contacto se le llama en dos oportunidades. Todos aquellos contactos que no son procesados en un día se procesan días posteriores. Sin embargo hay muchos contactos que no logran ser contactados. Faltan recursos humanos”, agrega el acta revisada por Ciper.

Y el problema de los recursos humanos se agravó. El mismo documento interno indica que uno de los funcionarios del Departamento de Epidemiología que trabajan trazando casos dio positivo al virus, por lo que “gran parte del equipo fue a su casa a cuarentena”.

Si el número de contagiados nuevos supera los 4 mil casos por día, como ha ocurrido en la última semana, muchas de esas personas no son contactadas por el equipo del Minsal, señala el acta del COE.

Ejecutar correctamente el monitoreo y la trazabilidad es clave. Y así lo confirman los antecedentes expuestos en el acta del COE del Minsal de este 28 de mayo: el 10,3 % de los contactos de personas contagiadas se convierten en casos positivos. El grupo encargado de trazar los casos llegó a esa conclusión luego de cruzar las bases de datos de personas contagiadas con la de los contactos: lograron parear 104.000 registros por nombre y rut, y de ellos 10.805 se convirtieron en casos positivos. Aunque, considerando el retraso y la imposibilidad de ubicar a todos los contactos, esa cifra podría ser mayor.

Ciper conversó con operadores de ese contact center, quienes confirmaron que son pocos para el volumen del trabajo y que están colapsados, pues no son capaces de comunicarse con todas las personas contagiadas.

“Detectar, trazar y aislar”, es lo que repiten a diario los epidemiólogos como la

fórmula clave para frenar el contagio descontrolado del virus: encontrar a los diagnosticados, identificar a sus contactos estrechos y preocuparse de que se cumpla el aislamiento.

El médico internista y máster en Salud, Juan Carlos Said, dice que en Chile se ha optado por centrar el combate de la enfermedad en la disponibilidad de camas críticas y ventiladores que, si bien son insumos necesarios, no cortan el problema de raíz, dejando en un rol secundario el monitoreo y trazabilidad de los contagios.

“Aquí hay estrategias río abajo y río arriba. Comprar ventiladores es rescatar a los ahogados, pero reparar el puente es diagnosticar, aislar y trazar. Lo que ha fallado acá es la magnitud del esfuerzo para trazar contactos, que ha sido desproporcionado y escaso (frente al número de contagios), algo que se ha traducido en que estamos llegando tarde a todas las etapas de detección, desde que hacemos el examen hacia adelante”, agrega el especialista.

Minsal refuerza el equipo

Ciper consultó al Minsal por el funcionamiento del equipo encargado del monitoreo y trazabilidad de los contagios. El ministerio respondió que actualmente cuenta con dos equipos dedicados a esa tarea. El primero “se encarga de contactar a los casos positivos diarios y recaba información respecto a los contactos estrechos, de manera de obtener la trazabilidad del caso”. El segundo “tiene la responsabilidad de llamar a los contactos estrechos para entregar las indicaciones de aislamiento y recomendaciones de prevención de la propagación del virus”.

Aunque el Ministerio no especificó cuántas personas componen cada equipo, señaló que debido al aumento de casos nuevos decidió “reforzar los equipos de trabajo dedicados a esta función, aumentado los funcionarios del call center y también aquellos que realizan la investigación epidemiológica”. La estimación del Minsal es que dentro de una semana habrá “800 nuevos funcionarios para el seguimiento de casos en la Región Metropolitana”.

Ciper pudo chequear que durante los últimos días la Seremi de Salud de la

Región Metropolitana está contactando profesionales para reforzar el equipo encargado de trazar los casos. Esa repartición está ofreciendo trabajo por un mes con un sueldo de $ 800.000 para quienes no son del área de la salud y de $ 900.000 para quienes sí lo son. Contratarán a 400 personas en cada una de esas categorías. El trabajo es presencial y por jornada completa.

En sintonía con lo anterior, el acta del COE del 28 de mayo señala que "para la Seremi de la Región Metropolitana se autorizó la contratación de un equipo nuevo para llamado de casos (…) el día lunes debería iniciar este grupo contratado en seremi RM".

Trazando tarde

La falta de trazabilidad de los contagios ha sido un problema desde un inicio. Un acta del Consejo Asesor del Minsal del sábado 21 de marzo, por ejemplo, expuso que "sobre el 90 % de los casos no está aislado en recintos asistenciales o bajo supervisión de personal sanitario, manteniendo riesgo de diseminación a las familias y consecuentemente a la comunidad". Para esa fecha había 537 casos confirmados, y el mismo documento estableció que en al menos 100 de ellos "no se ha completado la investigación de contactos".

El mismo grupo de expertos emitió una segunda alerta sobre este tema en la minuta de la reunión del 30 de marzo, cuando recomendó que "los casos probables deben ser manejados como casos confirmados, indicar su aislamiento estricto e investigar los contactos directos e indicarles la cuarentena".

El secretario nacional del Colegio Médico, José Miguel Bernucci, afirma que la Mesa Social convocada por el Gobierno también ha abordado la necesidad de mejorar la trazabilidad de los contactos de cada contagio y que, de acuerdo con el análisis hecho en esa instancia, "la estrategia de búsqueda ha sido inefectiva hasta ahora, porque está a cargo de la Seremi, que no dio abasto para realizar ese trabajo".

"El aislamiento de la cadena de contagio es una herramienta fundamental en el caso de enfermedades infectocontagiosas, como es el Covid-19, y lo que ha demostrado la pandemia a nivel mundial, es que los países que han establecido

búsqueda agresiva de casos y un seguimiento sobre sus contactos han generado un control mucho más efectivo que cualquier otra medida, como el contagio progresivo o la inmunidad de rebaño”, agrega Bernucci.

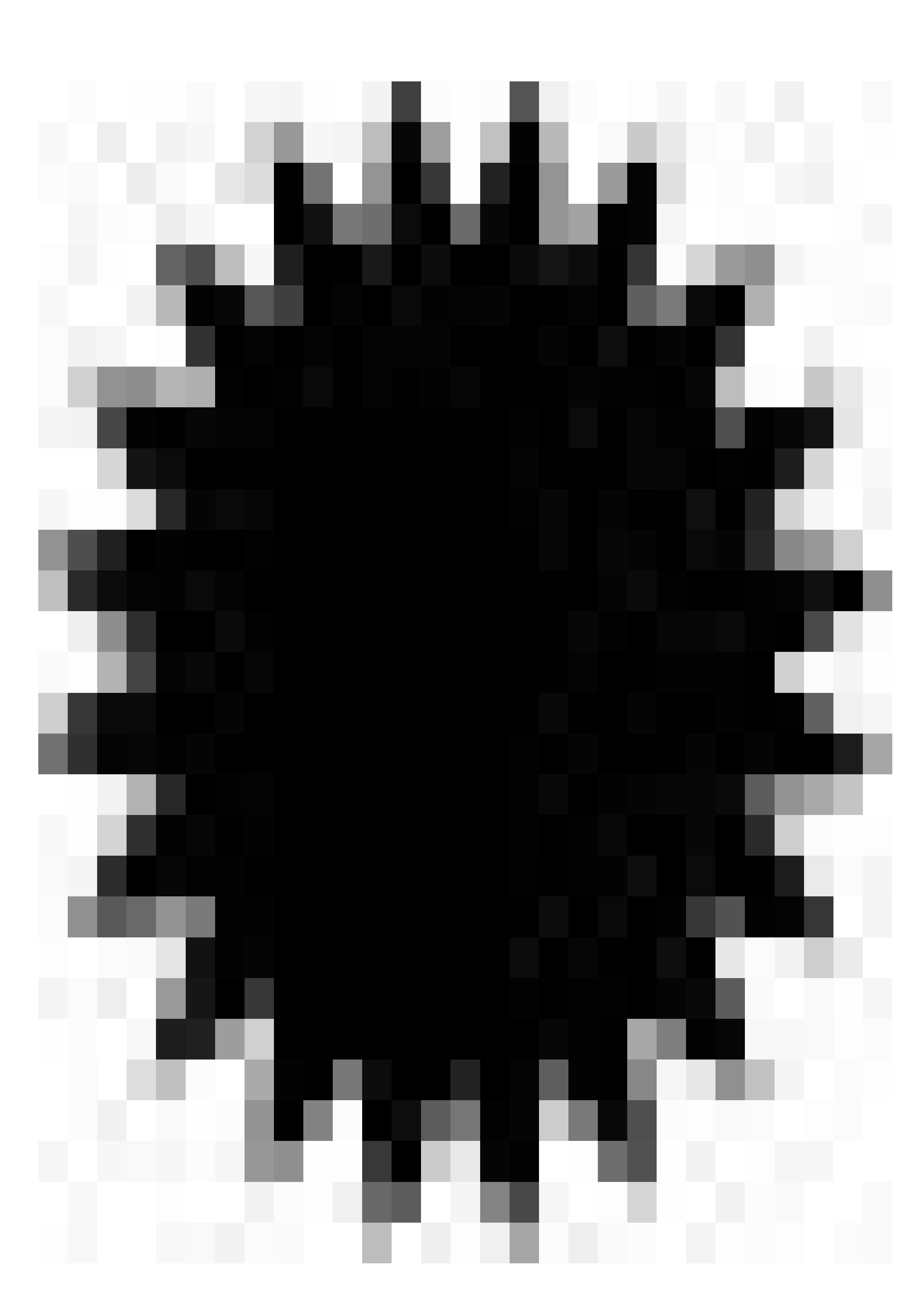
El doctor Juan Carlos Said coincide en que es necesario tomar en cuenta y aplicar los ejemplos internacionales que demuestran que la trazabilidad es un aspecto clave para hacer frente al Coronavirus, y que ese debe ser el foco central de la estrategia sanitaria.

Said insta a aumentar el número de personas que se dedican a trazar los contactos de cada contagio, a través de una central telefónica mucho más robusta que la actual. En ese sentido, cita el caso de Inglaterra, que cuenta con 25 mil trabajadores ejerciendo esta labor de rastreo para una población de 66 millones de personas. También menciona a “Wuhan (China), que no superó la crisis solamente con cuarentenas, sino con nueve mil empleados dedicados a la trazabilidad”, en una ciudad de 11 millones de habitantes. Y, finalmente, señala que Nueva Zelanda se impuso metas para mejorar progresivamente su control sobre la enfermedad como “que el 80 % de los contactos de un enfermo sean ubicados en los cuatro primeros días desde que la persona comenzó con síntomas”.

Said reconoce que fortalecer la infraestructura a ese nivel “es un esfuerzo titánico, pero no hay otra forma” de agilizar el control sobre la cadena de contagio. “La única estrategia de salida a esta pandemia es ubicar rápidamente a los contactos y aislar a los enfermos, y hasta el momento es tan efectivo como una vacuna”, concluye.

SUS ASESORES CIENTÍFICOS LE ENTREGARON INFORMES SOBRE LA ALARMANTE PROGRESIÓN DEL COVID

(Reportaje 3)



Benjamín Miranda

3 de junio

Ciper

Las cinco alertas que el Gobierno ignoró antes de endurecer la cuarentena en el Gran Santiago.

A fines de abril, cuando trataba de imponer el concepto de “retorno seguro” y calificaba como una “meseta” la evolución del contagio, el Gobierno comenzó a recibir preocupantes informes de sus propios asesores que mostraban el agresivo aumento de casos en la Región Metropolitana. En total fueron cinco los documentos que marcaban en rojo casi todas las comunas del Gran Santiago, pero la autoridad demoró dos semanas en reaccionar y aplicar la cuarentena total. El plan inicial de las cuarentenas parciales falló, confirma uno de los encargados de modelar y analizar esa estrategia, porque no bajó la movilidad en las comunas: el 70 % de los viajes se mantuvo y debían caer a 20 % o 30 % para tener resultados positivos.

Entre el 30 de abril y el 12 mayo pasados, el Gobierno tuvo a la vista al menos cinco informes técnicos preparados por algunos de sus asesores científicos que informaban la agresiva progresión de contagios por Covid-19 que estaba ocurriendo en la Región Metropolitana. El alarmante aumento motivó que en privado algunos de esos asesores urgieran por la aplicación de una cuarentena total para el Gran Santiago. Pero las autoridades tardaron dos semanas en aplicar esa medida.

Esos informes internos fueron alimentados con las cifras emanadas de la Mesa de Datos que asesora al Gobierno en el monitoreo de la pandemia. Lo que decían chocaba de frente con el discurso de las autoridades que en las dos últimas semanas se habían esforzado por instalar el concepto de “retorno seguro” a las actividades laborales y comerciales y calificar como una “meseta” el comportamiento de la curva de contagios.

Si el plan del Gobierno siempre ha sido mantener lo más bajo posible el nivel de

contagios para que la cantidad de enfermos graves nunca supere la oferta de camas críticas, resulta extraño que las autoridades no hayan reaccionado antes frente a la inquietante información que estaban recibiendo de sus propios asesores científicos.

Uno de los miembros del equipo que trabaja en la modelación de los datos que maneja el Gobierno, el doctor en Biotecnología Tomás Pérez-Acle, quien participó en la elaboración de estos informes, respondió las consultas de Ciper:

—Nosotros lo dijimos en su minuto, efectivamente habría sido mucho mejor tomar las medidas antes. Eso no cabe duda de que es así.

Tanto el ministro de Salud, Jaime Mañalich, como el ministro de Ciencia, Andrés Couve, quienes conocieron estos documentos, no están obligados a aplicar todo lo que le dicen sus asesores técnicos, pues son autoridades políticas que deben poner sobre la balanza otros factores —como los indicadores socioeconómicos, por ejemplo— al impulsar una política pública. El mismo asesor Pérez Acle lo explica:

—Nosotros entregamos indicadores que son fríos, números que deben transformarse en algún tipo de política sanitaria. Pero no puede haber una transformación directa, porque son muchos los elementos que están en juego.

¿Cuánto de esta demora en aplicar la cuarentena total para el Gran Santiago pudo ser responsable del difícil cuadro que hoy vive la Región Metropolitana? Para la doctoranda en Salud Pública y magíster en Epidemiología y en Bioestadísticas, María Paz Bertoglia, esa es una pregunta que aún está abierta y que las autoridades deben responder:

—La idea es que la gente le tome el peso al peligro de esta enfermedad, que (entienda que) no tenemos un tratamiento efectivo y que la única medida para evitar que alguien se enferme es que no se contagie. Ese debía ser el mensaje, pero cuando tú les dices a las personas que vas a abrir malls y estás forzando una nueva normalidad, colisionan estas dos ideas. Hay una palabra que pesa mucho que no la tengamos en español: accountability. Significa algo parecido a la rendición de cuentas, pero va más allá: tienes que hacerte cargo de tu responsabilidad y de tus errores. Y aquí la autoridad debería reconocer que cometió un error comunicacional grave.

¿Cómo llegamos a este punto?

Los datos oficiales del Ministerio de Salud (Minsal) al miércoles tres de junio, indican que la Región Metropolitana suma más de 85 mil casos desde el comienzo de la pandemia y que tiene la mayor tasa de incidencia acumulada (casos diagnosticados por 100 mil habitantes desde el tres de marzo) a nivel nacional (1.049,1). Sus comunas con más casos activos son Puente Alto (1.451), Peñalolén (1.197), Santiago (1.148) y La Florida (1.082), según apunta el último informe epidemiológico. Paralelamente, un reporte de Our World in Data —iniciativa de la Universidad de Oxford— sitúa a Chile como el país con mayor cantidad de casos diarios por cada millón de habitantes en el continente.

No obstante, el Gobierno sigue exhibiendo un gran logro: la baja letalidad, de alrededor del 1 %. Y aunque los hospitales de Santiago están desde hace dos semanas bajo la tensión constante de un eventual colapso, la gestión del Minsal ha sido eficaz para sumar a diario más camas críticas y agregar ventiladores mecánicos.

Otro acierto de la autoridad es la alta y sostenida cantidad de exámenes PCR que se reportan todos los días, lo que permite tener una imagen más fidedigna del avance del contagio. Pero ha habido notorias fallas para rastrear la trazabilidad de los casos positivos y sus contactos. De hecho, el ministro Mañalich reconoció este miércoles tres que solo se está monitoreando al 60 % de los contagiados y sus contactos, cuando se requiere al menos un 80 %, por lo que se sumará a esta tarea la Atención Primaria de Salud (los consultorios municipales). Además, informó que se mantendrá la cuarentena para las comunas metropolitanas.

¿Cómo llegamos a este punto en el Gran Santiago?

Fue el jueves 30 de abril que el Gobierno recibió el primero de los cinco informes sucesivos que mostraban cómo la prevalencia y la tasa de contagios estaban aumentando notoriamente en la mayoría de las comunas metropolitanas, superando de manera amplia el promedio nacional de ambos indicadores. En esa fechas se produjo la fallida apertura del centro comercial Apumanque en Las

Condes y días antes el presidente Sebastián Piñera y el ministro de Economía, Lucas Palacios, habían sostenido una reunión con líderes de gremios empresariales —Juan Sutil (CPC), Patricio Donoso (Cámara Chilena de la Construcción) y Bernardo Larraín (Sofofa)— quienes entregaron protocolos para que la reactivación de la economía no pusiera en peligro a los trabajadores.

Apenas un día antes de la entrega de ese primer informe que debió haber encendido las alertas, la subsecretaría de Salud, Paula Daza, había mencionado por segunda vez el término “meseta” para describir la curva del contagio. Pero el informe evidenció que tanto la prevalencia (las personas contagiadas al mismo tiempo por cada 10 mil habitantes) como la tasa habían aumentado a nivel nacional en comparación con los datos de cuatro días antes: de 3,08 y 12,24 % a 3,90 y 16,75 %, respectivamente.

Los datos se presentan en los informes a la manera de un semáforo: si los indicadores de una comuna están sobre el promedio nacional quedan en rojo, y si están bajo ese valor, en verde. En ese documento del 30 de abril, algunas comunas metropolitanas no solo registraban colores rojos, sino que mostraban valores que incluso triplicaban (como ocurrió con Independencia) el promedio nacional de prevalencia.

El material que se prepara en la Mesa de Datos —y se le provee al Minsal a través del ministro de Ciencia, Andrés Couve— se basa en información que la cartera de Salud Pública en sus informes epidemiológicos. Los reportes indican la tasa diaria de nuevos casos y la prevalencia en cada una de las comunas del país.

¿Qué pudo provocar estas bruscas e inesperadas alzas? Tomás Pérez-Acle lo respondió en esos días en su cuenta de Twitter: “aumento de infectados activos, incorporación de asintomáticos en conteo y sensación de la gente que ‘esto ya pasó’”.

El siguiente informe, del dos de mayo, demostró que a nivel nacional la prevalencia aumentó de 3,90 a 4,90 y el promedio de la tasa país de 16,75 % a 34,45 %. En la Región Metropolitana, de acuerdo con este informe, se anotaron números mucho más críticos, sobre todo en comunas como Independencia y Recoleta, que registraron alzas muy relevantes en comparación con el reporte de dos días atrás.

Un día después de emitido este informe, el domingo tres de mayo, el presidente Piñera sostuvo una reunión de emergencia con las autoridades sanitarias en La Moneda. Horas más tarde, el Gobierno anunció cuarentena total para las comunas de Recoleta, Quilicura, Cerrillos y Santiago (esta última permanecía hasta entonces parcialmente bajo esta medida). La urgencia del anuncio, que sacudió esa tarde dominical, fue la primera señal pública de que algo no andaba bien. El ministro Mañalich comenzó a hablar de la "batalla de Santiago" y nunca más se volvieron a mencionar ni la "meseta" ni la "nueva normalidad".

El reporte del cinco de mayo —que incluyó por primera vez la ocupación de camas UCI y el número de ventiladores mecánicos, según datos de la Sociedad Chilena de Medicina Intensiva (Sochimi)— remarcó el alza nacional en los valores de prevalencia (de 4,09 a 4,14) y tasa (de 34,45 % a 40,37 %). A nivel metropolitano, en tanto, el semáforo demostró que diez comunas tenían en rojo los cuatro indicadores (prevalencia, tasa, camas UCI y ventiladores).

Un día después, el seis de mayo, el ministro Mañalich anunció que 12 comunas del Gran Santiago entrarían en cuarentena (San Miguel, San Joaquín, Renca, Peñalolén, Macul, Lo Prado, Lo Espejo, La Granja, La Florida, La Cisterna, Conchalí y Cerro Navia), mientras a otras cuatro se les ampliaría el territorio bajo confinamiento (La Pintana, San Ramón, San Bernardo y Puente Alto).

Los datos del informe del ocho de mayo continuaron al alza en la Región Metropolitana. Y si bien a nivel nacional la tasa disminuyó de 40,37 % a 37,27 %, la prevalencia nuevamente aumentó de 4,14 a 5,01.

Fue con estos números que el asesor del Ministerio de Ciencia que modela las cuarentenas y analiza sus resultados, Tomás Pérez-Acle, promovió en Twitter una "cuarentena total estricta" en aquellas comunas cuya prevalencia era mayor a cuatro, es decir, todo el Gran Santiago. Pero ello no ocurrió.

La situación de la semana epidemiológica número 20, plasmada en el reporte del 12 de mayo, demostró que la Región Metropolitana continuaba incrementando sus indicadores en rojo, y que los valores promedios a nivel nacional habían aumentado: la prevalencia de 5,01 a 5,73 y la tasa —que anteriormente había disminuido— de 37,27 % a 40,78 %.

Fue después de este quinto informe que, el 13 de mayo, el ministro Mañalich decretó la cuarentena total en el Gran Santiago y otras seis comunas

metropolitanas (San Bernardo, Buin, Puente Alto, Padre Hurtado, Lampa y Colina).

La falla de las cuarentenas dinámicas

El confinamiento que se decretó en el Gran Santiago no solo sepultó la “nueva normalidad”: también confirmó que las cuarentenas dinámicas o parciales aplicadas con anterioridad fueron incapaces de encapsular el virus y aplanar la curva del contagio. Es más, los cinco informes citados —elaborados entre el 30 de abril y el 12 de mayo— mostraron con claridad cómo la enfermedad se desplazó desde las comunas del oriente capitalino hacia las comunas más populosas.

¿Por qué falló este modelo? Tomás Pérez-Acle, quien también es el encargado de evaluar las consecuencias de las medidas de restricción —como cuarentenas o cordones sanitarios— ha promovido la aplicación de esta estrategia, pero de forma sincronizada en todas las comunas del Gran Santiago (y no solo en algunas de ellas, como finalmente lo hizo la autoridad). El investigador dijo a Ciper que las cuarentenas dinámicas no funcionaron porque la movilidad de las personas no se redujo lo suficiente en las primeras restricciones que se aplicaron en Las Condes, Vitacura, Lo Barnechea, Providencia, Independencia, Ñuñoa y Santiago. Esto quiere decir, explicó, que los viajes al interior de esas comunas debían reducirse a un 20 % o 30 %, y lo mismo con la movilidad que proviene desde otras zonas de la ciudad.

Pero aquello no ocurrió: “Nos enfrentamos a una situación completamente distinta: la movilidad al interior de esas comunas indica que el 70 % de los viajes se mantuvo y, lo peor de todo, es que la movilidad desde las comunas que llamamos dormitorio, como La Granja, San Joaquín o La Pintana —que hoy son de las más afectadas—, se redujo solo entre un 30 % y 40 %. Efectivamente, se redujo un poco más que la movilidad al interior de cada comuna, pero aun así está por sobre los umbrales teóricos que cualquier persona que se dedica al modelamiento computacional de estos sistemas te dice que es razonable”, afirma.

La expresión más notoria de esto, agrega el investigador académico, fue que se

llegaron a emitir 200 mil salvoconductos por día, muchos de los cuales eran para trabajadores de empresas constructoras que venían de comunas que no presentaban contagios y que no tenían la opción de quedarse en casa.

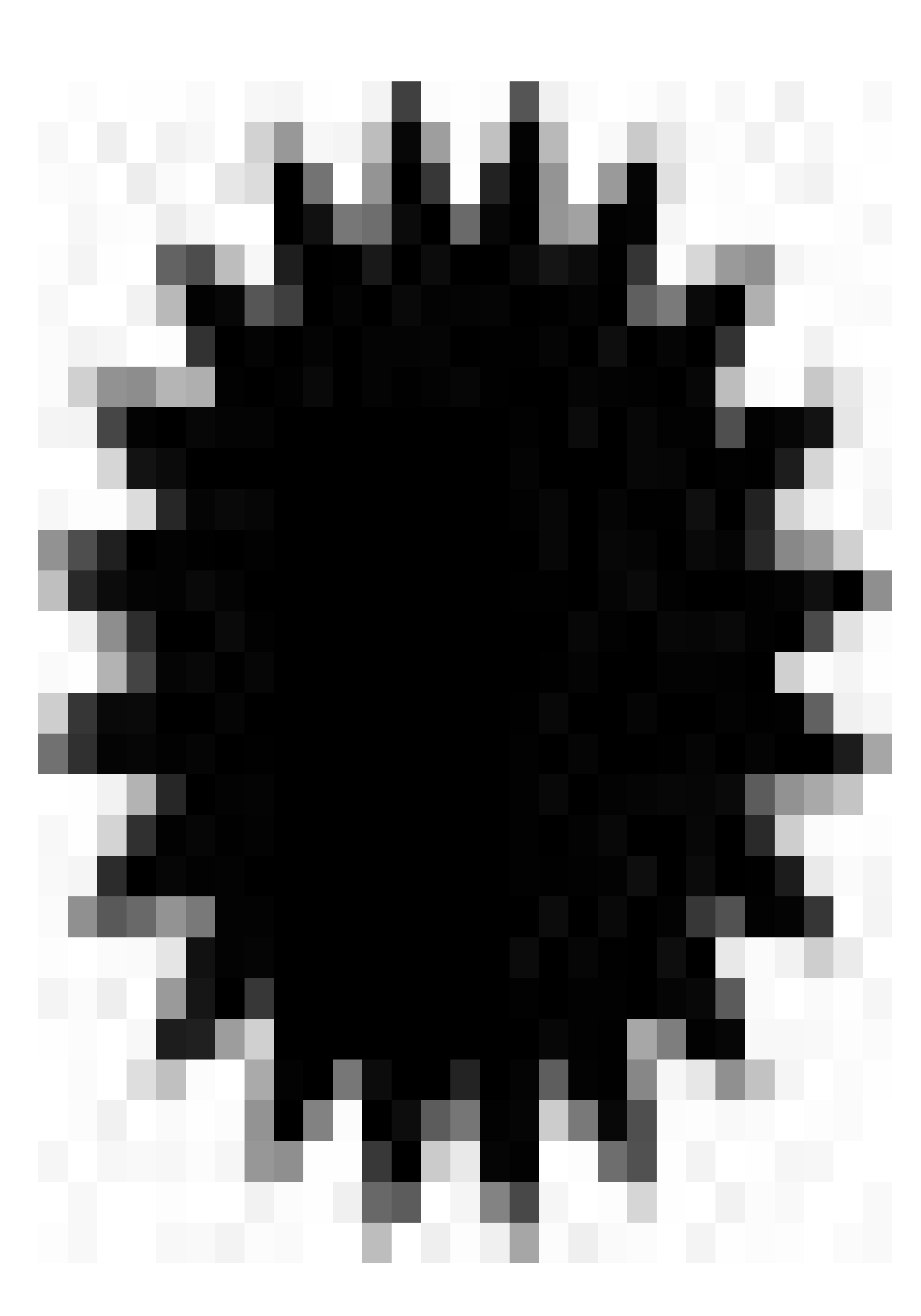
En todo caso, una cuarentena total con esos porcentajes de movilidad tampoco habría ayudado a aislar el virus, dice Pérez-Acle.

“Para que la cuarentena realmente funcione tiene que haber una reducción de movilidad súper significativa. Si no somos capaces de hacerlo vamos a ver que la letalidad de la enfermedad va a empezar a subir, lamentablemente, y de manera importante”, concluye Pérez-Acle, uno de los científicos que ha impulsado la estrategia de las cuarentenas dinámicas que ha seguido el Gobierno.

Pero las noticias no son buenas. Si se requiere bajar a 20 % o 30 % la movilidad para que la cuarentena dé resultado, estamos muy lejos de esa meta. Así lo confirmó este miércoles 3 de junio el ministro Mañalich en su habitual reporte diario de la evolución de la pandemia. En ese punto de prensa dijo que la cuarentena total en la Región Metropolitana solo ha reducido la movilidad a un 70 %. Y sostuvo que ese porcentaje debe bajar, al menos, a 35 %.

ASESORES CIENTÍFICOS DEL GOBIERNO ALERTARON A TIEMPO, PERO REACCIÓN FUE TARDÍA

(Reportaje 4)



Benjamín Miranda

16 de junio

Ciper

Las razones por las que Mañalich perdió la “batalla de Santiago”: movilidad descontrolada y pérdida de la trazabilidad.

Poco antes de dejar su cargo, el exministro de Salud, Jaime Mañalich, confirmó que las cuarentenas aplicadas en el Gran Santiago habían fallado. Lo hizo al admitir que dos aspectos clave estaban fuera de control: la movilidad de las personas y la trazabilidad de los contagios. El primer elemento, que mide la circulación dentro de las comunas, estaba disparado: tenía que reducirse a un 35 % y los datos oficiales doblaban esa meta. En algunas comunas del sur capitalino —donde ahora hay más registros de decesos— la movilidad solo bajó entre 10 % y 20 %. En paralelo, el equipo para monitorear la trazabilidad no daba abasto: dejaba 11 mil personas sin ubicar cada día. Asesores científicos del Gobierno advirtieron en abril que las cuarentenas dinámicas estaban fallando por estos factores, pero no se vio reacción hasta fines de mayo.

El viernes cinco de junio, una semana antes de presentar su renuncia, el entonces ministro de Salud, Jaime Mañalich, notificó al país que hasta ese momento la cuarentena en el Gran Santiago había fracasado. Lo hizo en el habitual punto de prensa para informar las cifras diarias de la pandemia y muy pocos se percataron del dramático significado de sus palabras. Ese día, Mañalich dijo que la “movilidad” (los viajes al interior de la ciudad) solo había bajado a 70 % respecto de los traslados que se hacen en un periodo normal. Y agregó que, para que la cuarentena tuviese efecto positivo, se requería que la movilidad cayera al 35 %. En los hechos, el ahora exministro estaba diciendo que las más de tres semanas que la capital llevaba en cuarentena habían sido un ejercicio prácticamente inútil. La enorme cantidad de viajes impedía contener la propagación del virus.

Solo dos días antes, el miércoles tres de junio, el mismo Mañalich había informado al país que otro eje fundamental para evitar la acelerada propagación

del Covid también estaba en gran parte perdido: la trazabilidad de las personas contagiadas y sus contactos. Lo hizo al entregar el reporte diario y, al igual que en el caso anterior, pocos repararon en la gravedad de su declaración. En esa jornada, informó que la trazabilidad de los contagiados en la Región Metropolitana alcanzaba solo al 60 % de los casos que debían rastrearse: “Es evidente que (…) el nivel de trazabilidad, de seguimiento de los casos y contactos, no es suficiente”, dijo Mañalich. Y agregó que se requería, al menos, superar el 80 % “para que sea satisfactoria, en el sentido de que somos capaces de identificar los casos activos y sus contactos y tener claramente una política de aislamiento que impida que estas personas contagien a otros”.

Con esta declaración, Mañalich estaba confirmando lo que Ciper había publicado algunos días antes: un acta del Comité de Emergencia del Ministerio de Salud (Minsal) registraba que el contact center encargado de la trazabilidad estaba dejando cerca de 11 mil llamadas diarias sin hacer y que en los días en que los nuevos contagios superaban los 4 mil casos, tampoco se alcanzaba a ubicar a todas esas personas.

El equipo de operadores telefónicos del Minsal encargado de hacer el seguimiento era apenas de 80 personas. Luego del reportaje publicado por Ciper, la cartera indicó que —en el plazo de una semana— tenía planeado elevar ese número a 800. A más de dos semanas de ese compromiso, el Minsal informó a través de un comunicado de prensa que hasta este lunes 15 de junio los operadores habían aumentado a 500. En todo caso, la decisión de multiplicar por diez ese equipo no es un ajuste menor en la hoja de ruta. En la práctica, un aumento de esa proporción es un reconocimiento tardío de un error de planificación grave.

La comparación internacional deja en evidencia que este esfuerzo por contar con 800 operadores también quedaría corto: en Wuhan (China) hubo nueve mil empleados dedicados a esta labor, para una ciudad de nueve millones de habitantes, mientras en Inglaterra (66 millones) hay cerca de 25 mil personas haciendo el rastreo y monitoreo por teléfono. Finalmente, el Minsal anunció que involucraría a los municipios y a su red de salud primaria (consultorios) en la tarea de la trazabilidad, dejando atrás una serie de rounds que habían enfrentado a Mañalich con los alcaldes que pedían una mayor coordinación y participación en las labores de prevención.

Las dos intervenciones públicas de Mañalich que confirmaron la movilidad y la

trazabilidad fuera de control, fueron un golpe para quienes pujan por la reactivación de la economía. El retorno a la normalidad no tenía fecha a la vista y lo que se había hecho hasta ese momento, a cien días de iniciada la pandemia, parecía en vano. El Gobierno enfrenta dos crisis: la sanitaria y la socioeconómica. Y las declaraciones del ahora exministro eran malas noticias para ambas.

En todo caso, la gestión de Jaime Mañalich estuvo marcada positivamente por la masiva llegada de ventiladores mecánicos, por la acelerada ampliación de camas críticas en un esfuerzo hospitalario sin precedentes, por la capacitación en Cuidados Intensivos de cientos de funcionarios de la salud y por la habilitación de más de 80 laboratorios para realizar exámenes PCR. Pero, aunque la asistencia clínica es clave, la pandemia no se combate en los hospitales, sino en la prevención. Camas y ventiladores resultan inútiles si no se corta o disminuye el flujo del contagio que termina saturando o colapsando a hospitales y clínicas.

“Aplanar la curva” era el concepto que en las primeras semanas se escuchaba para graficar esto: que el ritmo del contagio fuese lo más lento posible para que el número de pacientes graves no supere la oferta de camas críticas. Esa es la estrategia del Gobierno para enfrentar el Covid. Y en ese objetivo, el Minsal ha fallado en la Región Metropolitana. Los santiaguinos están viviendo lo que precisamente la autoridad sanitaria debía evitar: los contagios se dispararon, la cuarentena no funcionó, la movilidad se mantuvo alta, la trazabilidad es insuficiente y en las últimas tres semanas los centros asistenciales operan en un nivel de saturación que los tiene al borde del colapso. La “batalla de Santiago” se está perdiendo.

Comunas con movilidad de 90 %

Uno de los principales objetivos de las cuarentenas es reducir la movilidad de las personas y, con ello, la circulación del Covid-19. Ciper confirmó que informes de asesores científicos del Gobierno indicaron ya en abril que la movilidad en las comunas del Gran Santiago que entonces permanecían en cuarentena (la restricción para toda la ciudad se aplicó recién el 13 de mayo) estaba muy por encima del umbral necesario.

Pero recién el miércoles tres de junio, 21 días después de que se decretó la cuarentena para toda la capital, Jaime Mañalich hizo un llamado por primera vez a controlar este índice: “Este viernes (cinco de junio) completamos la tercera semana de cuarentena (…) pero necesitamos hacer comprender que estas medidas tienen que ir acompañadas de una mayor colaboración de la comunidad. Hasta ahora, los estudios que nos ha entregado el ministerio de Ciencia señalan que la movilidad en la Región Metropolitana, afectada severamente por la pandemia, se ha reducido solamente en un 30 % respecto de los niveles habituales”, dijo el exministro en el reporte de ese día.

Este anuncio fue una reacción al análisis hecho por los científicos de la Mesa de Datos que asesora al Gobierno —al alero del Ministerio de Ciencia y Tecnología —, quienes recogieron información respecto a la movilidad de las comunas entre el 25 y 31 de mayo. Si bien ese fue el primer documento que se entregó directamente a la autoridad, los investigadores venían desarrollando estos informes de forma independiente desde abril. Y los datos recopilados por entonces ya indicaban que en las cuarentenas dinámicas la movilidad se mantenía muy alta: entre el 60 % y 70 % con relación a periodos normales. Pero el Gobierno no prestó atención a este factor y solicitó un estudio recién en la última semana de mayo. Esto significa que recién reparó en el tema cuando ya el Gran Santiago llevaba casi dos semanas de cuarentena. Y era tarde.

Loreto Bravo, doctora en Ciencias de Computación, directora del Instituto Data Science (IDS) de la Universidad del Desarrollo (UDD) y miembro de la Mesa de Datos, es quien lidera el grupo de investigadores que desarrolla este trabajo. Ante las consultas de Ciper, indicó: “Nosotros partimos haciendo estudios de movilidad en marzo, pero los primeros resultados los publicamos en abril. Y aparte de eso, desde hace dos semanas que todos los martes le preparamos un informe al ministro (Andrés Couve) para que se utilice en la toma de decisiones sobre cuarentenas que (las autoridades) realizan los miércoles en la mañana”.

Los primeros informes sobre movilidad —ignorados por el Gobierno— coinciden temporalmente con los documentos que prepararon otros asesores científicos de la Mesa de Datos, que evidenciaron cómo el alza de contagios en la Región Metropolitana se disparaba entre fines de abril y comienzos de mayo, mientras el discurso de las autoridades mutaba desde el “retorno seguro” y la “nueva normalidad” hacia la “batalla de Santiago”.

Como primera respuesta a los altos niveles de movilidad, el Gobierno anunció

recién este viernes cinco de junio que se reducirán los permisos para trabajar y que ya no bastará con mostrar la credencial de una empresa dedicada a un rubro esencial, como era hasta entonces. Sin embargo, esta medida parece insuficiente ante las cifras de permisos individuales que maneja carabineros, que a través de la Comisaría Virtual ha entregado casi 26 millones de autorizaciones a nivel nacional para poder circular durante el día, desde el comienzo de la pandemia hasta la primera semana de junio.

Ciper consultó al Minsal desde cuándo consideró la movilidad como aspecto central para determinar el éxito o el fracaso de las cuarentenas y si revisó ese índice antes de los informes entregados por el IDS. La cartera se excusó de responder, argumentando que se encuentra en una etapa de "transición" entre la salida de Mañalich y el ingreso del nuevo ministro, Enrique Paris.

Los datos de los informes

El desglose de las cifras que maneja el Departamento de Estadísticas (DEIS) del Minsal sobre exceso de muertes durante 2020, revela que la pandemia ha afectado especialmente a las comunas más vulnerables de la capital. Se trata de las mismas zonas en que la movilidad se redujo menos.

Un artículo publicado por La Tercera detalló, por ejemplo, que San Ramón anotó la mayor tasa de mortalidad de la Región Metropolitana entre el 1 y 31 de mayo, y que en ese período de tiempo fallecieron 114 de sus habitantes (el peor registro de los últimos 20 años era el de agosto de 2007, con 79 decesos). El análisis de movilidad del IDS indica que se mantuvo el 93,2 % de los viajes entre el 25 y 31 de mayo en esta zona.

Una situación similar ocurrió en La Pintana: allí hubo 175 defunciones el mes pasado (53 % más que el peor registro que maneja el DEIS desde el año 2000), mientras los datos del IDS señalan que la misma comuna apenas redujo su movilidad un 18,3 % en la última semana de mayo.

Para que una cuarentena tenga un impacto eficiente, el Índice de Movilidad (IM) debe disminuir entre un 60 % y 70 %. Para calcular esta cifra, el IDS analiza —de forma anonimizada— cuántos viajes realiza una persona según la cantidad de

antenas telefónicas a la que se conecte mientras se dirige de algún lugar a otro. Para ello se aliaron a Telefónica Chile y la empresa Cisco, considerando información registrada desde el 26 de febrero y la semana del 9 al 15 de marzo como base comparativa.

“Calculando el cambio de antenas de los celulares podemos estimar la movilidad de las personas dentro de la ciudad. Tenemos aproximadamente cuatro millones de aparatos anonimizados a nivel país, y un millón y medio en Santiago”, dice Loreto Bravo, directora del IDS.

El primer informe, publicado en abril, evidenció que las cuarentenas decretadas en las comunas del oriente de Santiago sí lograron reducir en torno a un 60 % la movilidad en algunas de esas zonas: 62,3 % en Santiago, 67 % en Providencia y 55,7 % en Las Condes. Otras comunas, en cambio, no alcanzaron el umbral recomendable, como es el caso de Vitacura (54 %), Ñuñoa (48,1 %), Lo Barnechea (38,2 %) e Independencia (28,5 %).

¿Qué explica esta diferencia? Aunque puede deberse a muchos factores, uno de los principales motivos es que las comunas que anotaron menos variación del IM registran muchos viajes fuera de sus límites. En palabras simples, la circulación hacia otras comunas no disminuyó lo suficiente porque muchas personas debían desplazarse para trabajar.

La escasa reducción de movilidad se explica en gran medida porque la mayoría de los trabajadores tuvieron que seguir acudiendo a sus empleos. Ya el 15 de mayo, cuando comenzó a regir la cuarentena en el Gran Santiago, el ministro de Economía, Lucas Palacios, anunció públicamente que el 40 % de las empresas continuaría operando en la capital. Eso, de acuerdo con las estimaciones del Gobierno, significaría que “un poco más de 2,3 millones de personas van a estar trabajando, de un total de un poco más de 5,6 millones de personas”.

Estas cifras ya alertaban que la movilidad se mantendría sobre el nivel requerido para que la cuarentena tuviera efecto. Para evitar una circulación excesiva, las autoridades idearon una lista con lo que consideraban “comercio esencial”. Sin embargo, esta acepción fue más laxa de lo que aconsejaba la experiencia internacional —donde solo se mantuvieron supermercados y farmacias— y permitió, por ejemplo, que cadenas de comida rápida siguieran funcionando.

—Mis colegas de Estados Unidos y Canadá me preguntan con horror por qué en

Chile se consideraba al McDonald’s como una empresa necesaria para el funcionamiento del país bajo una cuarentena. Y, la verdad. no hay cómo explicarlo” —dice uno de los científicos que asesora al Gobierno a través de la Mesa de Datos, Tomás Pérez-Acle.

El segundo informe de movilidad publicado por el IDS consideró los datos recogidos durante el mes de mayo. Eso les permitió comparar el impacto de la cuarentenas dinámicas o parcializadas aplicadas inicialmente, versus la cuarentena total que comenzó a regir el 13 de mayo.

Los resultados arrojaron que, cuando permanecían las cuarentenas dinámicas, el IM se redujo apenas un 33,7 %, casi la mitad de lo recomendado. Y desde que se aplicó la restricción a 38 comunas de la Región Metropolitana, la cifra aumentó a 43,4 %.

El informe también detalló la diferencia en el promedio de reducción de movilidad entre las comunas del oriente y poniente de Santiago. El ranking lo lidera Providencia (bajó a 68,3 %) y otras comunas como Las Condes (a 58,5 %) y Vitacura (a 54,5 %), mientras las que menos disminuyeron su movilidad fueron San Ramón (12,8 %), Lo Espejo (19,2 %) y Cerro Navia (21 %).

El tercer informe publicado por IDS fue el primero que recibió formalmente el Gobierno. Incluye información de movilidad entre el 25 y 31 de mayo. Este fue el documento que las autoridades tuvieron a la vista cuando el exministro Mañalich hizo el llamado del cinco de junio a reducir el nivel de circulación. En este documento el escaso impacto de las cuarentenas se refleja en un gráfico que indica la reducción de movilidad en las comunas de la Región Metropolitana, donde el promedio era de 39,7 % (casi cuatro puntos porcentuales menos que la medición anterior).

Este informe arrojó que solo diez comunas estaban sobre ese valor (Providencia, Santiago, Las Condes, Estación Central, Alhué, Vitacura, Ñuñoa, Huechuraba, San Joaquín y Macul), mientras otras 42 no.

Mientras el cuarto análisis incluyó información sobre la movilidad en la Macrozona Centro Sur del país, el quinto informe, también entregado al Gobierno, recogió datos sobre la RM, Valparaíso y Antofagasta entre el primero y siete de junio. Este último documento consignó que el promedio de reducción de movilidad en la RM, en comparación con la semana base —del nueve al

quince de marzo—, fue del 40 %. Eso quiere decir que se había mantenido el 60 % de los viajes, en circunstancias que los números debían ser al revés.

En todo caso, los reportes hechos por el IDS no son los únicos que las autoridades podían considerar a la hora de tomar decisiones. El Instituto de Sistemas Complejos de Ingeniería (ISCI), que también participa de la Mesa de Datos, ha confeccionado tres reportes de movilidad entre el 28 de mayo y el 11 de junio. Esos documentos "dejan en evidencia la dificultad de implementar cuarentenas obligatorias en comunas de menores recursos" e indican que, tras dos semanas de cuarentenas en la mayoría de la RM, la variación de movilidad ha disminuido solo un 34,6 %.

Cuarentenas dinámicas: ¿ayudaron a esparcir el virus?

Con más o menos críticas, entre los investigadores consultados por Ciper existe consenso en que las cuarentenas dinámicas, al mantener zonas con y sin restricción al mismo tiempo, produjo que no se controlara la movilidad de forma eficiente.

Loreto Bravo, por ejemplo, dice que los estudios del IDS muestran que existe una "población flotante" que debió ser controlada anticipadamente: "Cuando tú cierras Las Condes, pero no pones en cuarentena las comunas de las personas que transitan o tienen que ir a Las Condes, el efecto no se logra. Para eso hay que poner en cuarentena a todas las comunas al mismo tiempo, no solo la que necesitamos controlar, sino las que alimentan la movilidad de las más afectadas".

A eso mismo apuntó el doctor en Biotecnología y también miembro de la Mesa de Datos, Tomás Pérez-Acle, quien en entrevista con Ciper declaró a comienzos de junio que la movilidad "desde las comunas que llamamos dormitorio, como La Granja, San Joaquín o La Pintana —que hoy son de las más afectadas—, se redujo solo entre un 30 % y 40 %". Esto, señaló, se ubica "por sobre los umbrales teóricos que cualquier persona que se dedica al modelamiento computacional de estos sistemas te dice que es razonable".

En una de sus últimas apariciones como secretario de Estado, a Mañalich se le consultó por el origen y eficiencia de las cuarentenas dinámicas, a la luz del

creciente número de contagios y su consiguiente presión sobre el sistema sanitario. El exministro respondió así:

"Respecto a las cuarentenas dinámicas como estructura de aislamiento hay que recordar que esta estrategia no es propia de Chile. Es la estrategia que han tomado la mayoría de los países del mundo en el cual es una ciudad o provincia que está en cuarentena mientras que otra que tiene pocos casos, no lo está. En el caso particular nuestro, sería bastante extraño que hubiéramos tenido cuarentena en Aysén, que tenía pocos casos, al mismo tiempo que en la localidad de Punta Arenas donde había muchos casos".

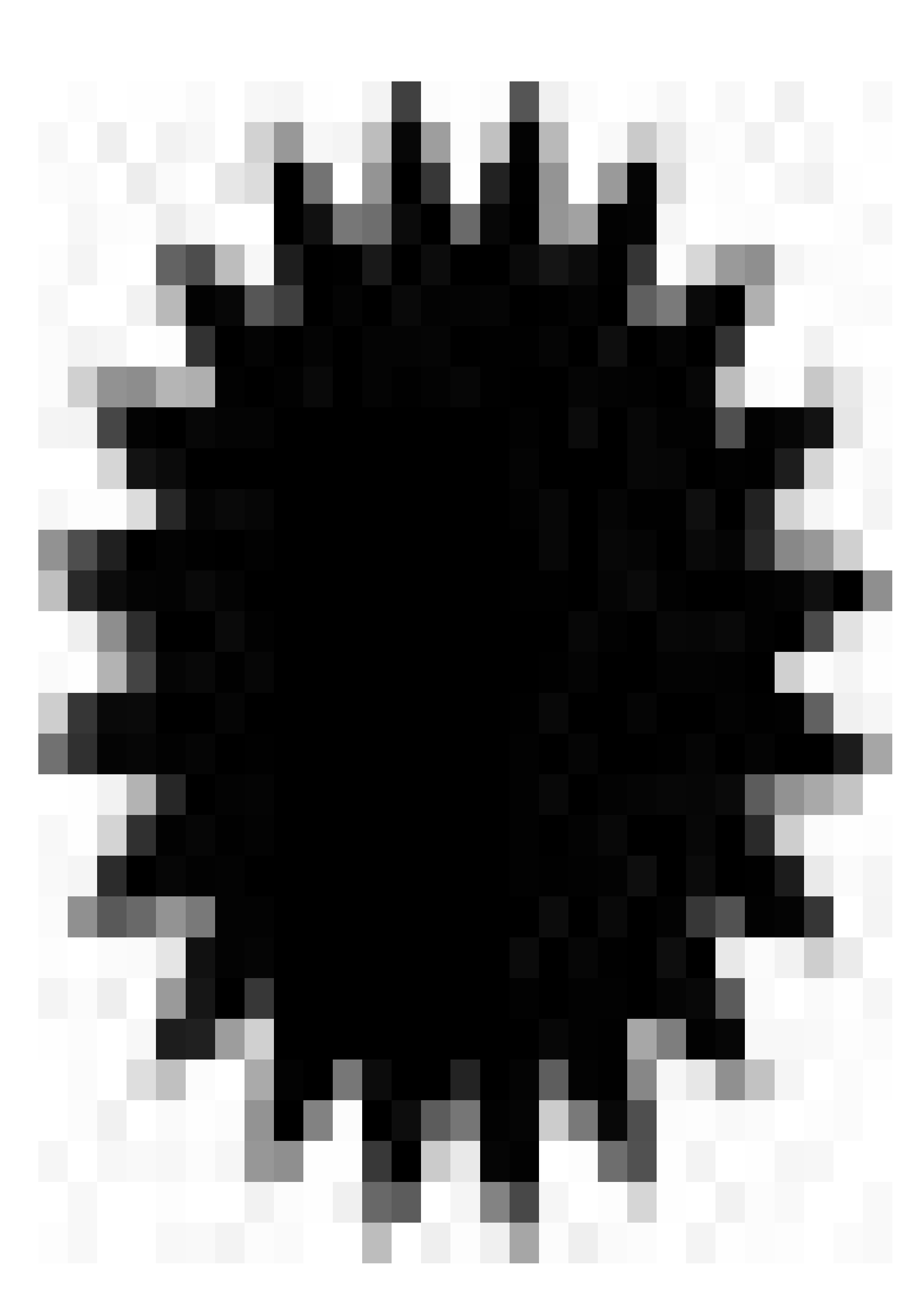
Para Ricardo Baeza-Yates, profesor titular de la Universidad de Chile e investigador asociado al Instituto Milenio Fundamento de los Datos (IMFD), el ejemplo utilizado por Mañalich funciona, pero no es aplicable al Gran Santiago. "Eso tiene un término en inglés asociado al análisis de datos: cherry picking, que se aplica cuando alguien escoge información cuidadosa —o mañosamente— para sostener un ejemplo. En este caso, claramente Aysén y Punta Arenas se pueden mantener sin cuarentena al mismo tiempo, pero debido a la movilidad que sabemos existe en (las comunas de) Santiago, ese método no iba a resultar allí".

Respecto a las cuarentenas dinámicas, el académico radicado en Estados Unidos señala que "fueron un invento que no he visto en ninguna otra parte".

Jorge Pérez, doctor en Ciencia de la Computación, y profesor asociado del Departamento de Ciencia de la Computación de la Universidad de Chile y al IMFD, señala que el modelo de cuarentenas aplicado en Chile es inédito si se considera "el nivel de resolución o el tamaño de territorios que permanecieron bajo esta medida".

"Esto quiere decir, finalmente, que la división comunal es la que no parece tener ningún sentido cuando hablas de cuarentena. Ese nivel de resolución es lo que no se ha aplicado en ninguna otra parte del mundo. Teníamos meses de ventaja para saber qué funcionaba y qué no, tomando como ejemplo lo sucedido en España, Italia o Inglaterra, pero aquí experimentaron", concluye Pérez.

PARQUES MARINOS DE PAPEL: FLOTA DE 300 NAVES CHINAS SORPRENDE A CHILE SIN PLAN PARA CONTROLAR “IN SITU” LA PESCA ILEGAL



Alberto Arellano e Ignacia Velasco

Series de Mongabay: Especial - Mares Saqueados

6 de octubre

La globalización, solidaridad mediática y el trabajo en equipo para tratar temas que importan a varias naciones, viene siendo una constante en el periodismo actual. De eso se trata este reportaje publicado en Ciper, en colaboración con Mongabay Latam y otros medios latinoamericanos, donde se rastrea con apoyo en la plataforma Global Fishing Watch las incursiones pesqueras en Nazca-Desventuradas y otros parques marinos de empresas chinas.

La investigación recoge algo que viene ocurriendo en diversas partes y busca la conexión local, encontrando un sinnúmero de datos y vacíos en la legislación.

Una nota, además, que alerta sobre la necesidad de regular una industria y proteger el medioambiente.

En agosto se encendieron alertas en Ecuador por un enjambre de 300 barcos principalmente chinos en las afueras de Islas Galápagos, el que luego se desplazó hacia Perú. Ahora se dirige a Chile y se advirtió sobre la posibilidad de pesca ilegal.

En los últimos cuatro años al menos 22 embarcaciones, 18 de ellas chinas, han ingresado a Nazca-Desventuradas. Tres de ellas son de compañías con historial de pesca ilegal. A la fecha, ninguno de los diez parques marinos creados en Chile —el más antiguo de 2003— cuenta con plan de administración, condición para aumentar la fiscalización en alta mar.

Esta publicación forma parte del Especial Pesca ilegal: la gran amenaza a los santuarios marinos de Latinoamérica coordinado por Mongabay Latam en alianza con Ciper de Chile, Cuestión Pública de Colombia y El Universo de Ecuador.

El 15 de noviembre de 2018, el pesquero chino Lu Yan Yuan Yu 016 ingresó al área marina protegida Nazca-Desventuradas, a 850 kilómetros de la costa chilena, a la altura de Chañaral. Meses antes, había estado en actividades de pesca, kilómetros afuera de la zona económica exclusiva de Ecuador que envuelve a las Islas Galápagos. Luego se dirigió al sur peruano, donde se detuvo varios días. Tras cruzar por la reserva marina chilena —donde está prohibida la extracción pesquera y en la que abunda el jurel y el pez espada—, continuó su viaje hacia la Patagonia, donde se le perdió el rastro.

El Lu Yan Yuan Yu 016 no es cualquier embarcación y a estas alturas ya no pasa desapercibido para las autoridades marítimas de otros países. Forma parte de una flota de más de 50 barcos controlados por la compañía china Rongcheng Rongyuan Fishery, la que en registros internacionales figura con prontuario por pesca ilegal. A fines de abril de este año, el Lu Yan Yuan Yu 016 se vio envuelto en una trama de pesca ilegal en las costas de Argentina.

El 24 de agosto de 2016, se publicó en el Diario Oficial el decreto con el que el Gobierno de la expresidenta Michelle Bachelet declaró a Nazca-Desventuradas, Parque Marino (PM), convirtiéndola en la zona de conservación marítima más grande de todo el continente americano. Nazca-Desventuradas —que comprende los alrededores de las islas San Ambrosio y San Félix, además de los islotes

González y Roca Catedral—, tiene una superficie de 300 mil km², equivalentes a casi el 40 % del territorio continental del país.

La noticia no solo ocupó portadas de la prensa y medios especializados locales. National Geographic, La Vanguardia y el Washington Post, entre otros, también recogieron el hecho. Chile se ponía en una posición de vanguardia global en materia de cuidado y protección de áreas marinas.

El paso del Lu Yan Yuan Yu 016 sobre las aguas de Nazca-Desventuradas se da en medio de una agresiva arremetida de embarcaciones pesqueras, principalmente de bandera china, en el Pacífico sur y en el oeste africano en la última década. "Hasta el día de hoy, la flota de pesqueros chinos es incuantificable. Algunos son legales, otros no", advierte la directora de la ONG Oceana, Liesbeth van der Meer.

El 24 de septiembre pasado, la embajada de Estados Unidos en Perú emitió una alerta por la presencia de 400 barcos, casi todos procedentes de ese país, a 230 millas de las costas de la ciudad de Pisco. Organizaciones ambientalistas ecuatorianas hicieron lo propio solo un mes antes, tras detectar a esa misma enorme flota de pesqueros estacionada en las afueras de la reserva marina de islas Galápagos. Desde World Wildlife Ecuador expresaron en un comunicado que el hecho representaba una "amenaza para los recursos pesqueros y la biodiversidad marina". Hace solo días, el primero de octubre, la ONG Oceana advirtió —también a través de un comunicado— que el mismo enjambre de pesqueros que ya estuvo en Ecuador y Perú, ahora se dirige a Chile. De acuerdo con el organismo, algunas embarcaciones estarían apagando sus sistemas de posicionamiento satelital para realizar actividades de pesca ilegal.

Ciper, en colaboración con Mongabay Latam y otros medios latinoamericanos, rastreó con apoyo en la plataforma Global Fishing Watch las incursiones pesqueras en Nazca-Desventuradas y otros parques marinos. Desde agosto de 2016 a la fecha, han ingresado solo a Nazca-Desventuradas al menos 22 embarcaciones de pesca. 18 de ellas son de bandera china y corresponden a compañías domiciliadas en ese país (no siempre las banderas de los barcos coinciden con el país donde está registrado su propietario).

Además del Lu Yan Yuan Yu 016, figuran otros dos barcos chinos en esa área cuyas empresas matrices arrastran antecedentes por pesca ilegal.

Lo grave es que mientras la amenaza del pirateo se acrecienta, a más de cuatro años de su creación, el Parque Marino Nazca-Desventuradas es un área de papel. La reserva marítima más extensa del continente aún no cuenta con un Plan General de Administración (PGA), paso clave para, entre otras cosas, reforzar las actividades de fiscalización en esa zona de alta mar.

Sin plan de administración

Para las autoridades del Servicio Nacional de Pesca (Sernapesca) y expertos consultados para este reportaje, la tramitación del PGA de Nazca-Desventuradas está dentro de los plazos estipulados y pronto debiera oficializarse.

Actualmente Chile figura quinto en el ranking mundial de países con mayor cantidad de kilómetros cuadrados marinos protegidos, según registros de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza.

Pese a lo anterior, los hechos indican que ninguno de los diez Parques Marinos creados en Chile cuenta con un Plan de Administración. El caso más llamativo es el del Parque Francisco Coloane, que abarca una superficie de más de 1500 hectáreas en la Región de Magallanes y cuyo decreto de constitución data del cinco de agosto de 2003. De acuerdo con la normativa vigente, los PGA debieran elaborarse dentro del plazo de un año contado desde la declaración del parque o reserva. Así lo establece el artículo 8 del Reglamento sobre Parques y Reservas Marinas de la Ley de Pesca. Hace 17, el PM Francisco Coloane espera por uno.

Expertos indican que la inexistencia de PGA en los Parques Marinos no ha sido impedimento para vigilar la actividad pesquera ilegal, principalmente a través de monitoreo satelital, aunque reconocen que la fiscalización “in situ” debiera ser mayor. En este punto, son los planes de administración los encargados de establecer un estándar efectivo de fiscalización en terreno.

“Debiera haber al menos diez operaciones de fiscalización al año, varias más de las que se hacen actualmente que son alrededor de dos en esa zona (Nazca-Desventuradas). En cada operación de fiscalización el costo estimado es de cerca de $ 100 millones (US$ 126.654) o sea si tienes diez al año tienes $ 1.000 millones (US$ 1.266.547). Es harto dinero”, indica el biólogo marino y director

del Núcleo Milenio de Ecología y Manejo Sustentable de Islas Oceánicas (ESMOI) de la Universidad Católica del Norte, Carlos Gaymer.

Por sí sola, la vigilancia satelital no basta. Esto, porque una práctica común de la pesca pirata consiste justamente en apagar sus sistemas de posicionamiento AIS (Automatic Identification System) para encubrir actividades ilegales.

“Con o sin parque, la Armada tiene que fiscalizar que no se metan buques a pescar en esas aguas. Esa labor se hace igual, la Armada y el Sernapesca saben exactamente cuántos buques están ingresando a la Zona Económica Exclusiva de Chile, excepto por aquellos que apagan sus posicionadores satelitales. Son los barcos fantasmas: apagan, se meten y encienden de nuevo”, advierte Gaymer.

El científico de la Universidad Católica del Norte fue uno de los miembros de la expedición en 2013 junto a National Geographic y Oceana en la que se analizó el estado del ecosistema marino de Nazca-Desventuradas, lo que sirvió de fundamento para su posterior protección como Parque Marino:

“En los ecosistemas de las Desventuradas se encuentran los más altos niveles de endemismo del planeta. Eso nos indicaba que teníamos un tesoro no solo para Chile, sino que también para la humanidad. Esa fue la primera expedición. Después volvimos, cuando ya estaba creado el Parque Marino, y encontramos especies que se están recién clasificando y publicando”, señala.

Nazca-Desventuradas es una de las zonas marítimas de Chile más importantes para la crianza del jurel, especie comercialmente estratégica para el país. En sus aguas abunda el pez espada (albacora); bosques de microalgas (Eisenia Cookeri) hasta ahora no registrados en Chile; tiburones de profundidad como el cazón galludo (Squalus mitsukurii) y langostas de Juan Fernández (Jasus frontalis), entre otras especies. “Los fondos profundos albergan una rica comunidad de peces, incluyendo al menos diez peces nuevos para la ciencia”, se lee en el informe de la expedición de National Geographic y Oceana.

Barcos fantasmas

Varios meses después de su paso por el Parque Marino Nazca-Desventuradas, el

Lu Yan Yuan Yu 016 hizo noticia en las costas de Argentina. El 28 de abril pasado, las autoridades marítimas de ese país detectaron a una embarcación pescando ilegalmente en sus costas. El barco logró esquivar los controles aéreos y marítimos y se dio a la fuga. La embarcación, de todos modos, logró ser identificada: era el pesquero chino Lu Rong Yuan Yu 668, perteneciente a la compañía Rongcheng Rongyuan Fishery, la misma propietaria del Lu Yan Yuan Yu 016.

La historia no termina ahí. Ambos barcos figuran en los sistemas de monitoreo satelital con el mismo código MMSI (Maritime Mobile Service Identity), según informó Mongabay Latam. El MMSI es una serie única de nueve dígitos que identifica inequívocamente a cada barco.

Una práctica usual de la pesca pirata es apagar la frecuencia de sus sistemas de posicionamiento satelital cuando ingresan a zonas económicas exclusivas o a áreas de protección para pescar ilegalmente, lo que les permite desaparecer del radar y no ser detectados en flagrancia. Debido a que en algún momento deben volver a encender su sistema de posicionamiento —lo que abre la posibilidad que sean descubiertos al mostrar un patrón discontinuo de trayecto— la piratería de alta mar ha encontrado nuevas formas de burlar los controles.

El Lu Rong Yuan Yu 668 y el Lu Yuan Yu 016 son barcos “gemelos”. El segundo “blanquea” al primero: mientras uno pesca ilegalmente, el otro, con su señal encendida, lo hace en regla. El monitoreo solo arroja el posicionamiento del barco que está fuera de las zonas de prohibición de pesca.

No es la única vez que barcos de Rongcheng Rongyuan Fishery se transforman en dolor de cabeza para autoridades marítimas internacionales. En junio de 2019, otro barco de su flota, el Lu Rong Yuan Yu 958, fue capturado en las costas de Ghana (Golfo de Guinea) pescando especies pelágicas y fue multado con US $ 1 millón. Pero la embarcación volvió al mar sin pagar la sanción. El 30 de mayo pasado, según informa la Fundación para la Justicia Ambiental (EJF), fue recapturado con evidencias de pesca de especies bajo el tamaño mínimo legal.

Otros dos pesqueros cuyas compañías matrices tienen prontuario de pesca ilegal aparecen navegando por las aguas de Nazca-Desventuradas. Según el monitoreo de Ciper en la plataforma Global Fishing Watch, el Ning Tai 27 ingresó a esa área protegida el 16 de octubre de 2018.

Su compañía matriz, Zhoushan Ningtai Ocean Fish figura en registros internacionales también como propietaria de la embarcación Ning Tai 17, la que fue capturada en junio de 2016 en el puerto de Callao (Perú) con 27 sacos de 24 kilos cada uno de caballitos de mar disecados (ocho millones de especies en total), según informó la prensa de ese país.

Los primeros días de diciembre de 2016, el Hua Li 19 también ingresó a Nazca-Desventuradas. Su propietario es la compañía Zhoushan Huali Ocean Fisheries, dueña además del Hua Li 8, durante varios meses uno de los barcos más buscados del mundo. En un operativo coordinado por Interpol y las policías marítimas de varios países, a fines de abril de 2016 fue capturado frente a las costas de Indonesia, luego de haber sido detectado en enero de ese año pescando ilegalmente en zona económica exclusiva argentina.

Ciper consultó a Sernapesca por estas tres naves que ingresaron a Nazca-Desventuradas. Desde el organismo respondieron por escrito:

"Esas embarcaciones trabajan en la pesquería del calamar utilizando el arte de pesca denominado "potera", que consiste en una línea vertical que contiene anzuelos en forma de corona. Este tipo de pesca se realiza con la nave detenida, por lo que podemos afirmar que no realizaron faenas de pesca al interior del parque marino, ya que el registro muestra que están en constante movimiento, probablemente navegando hacia aguas internacionales".

La presión sobre los mares

Información de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) indica que el 90 % de las poblaciones de peces marinos con fines comerciales ya está plenamente explotada (61 %) o sobreexplotada (29 %). Más del 33 % de las especies de peces comerciales supervisadas por la FAO se extraen a niveles biológicamente insostenibles, indica un reporte de 2018 que calificó la situación de "preocupante".

Ese año, la producción mundial de pescado alcanzó las 179 millones de toneladas (menos de la mitad correspondió a la industria acuícola), valoradas en US$ 410 billones. Un actor destaca por sobre el resto: China, país que concentró

el 35 % de esa producción.

La sobrexplotación de recursos marinos en sus propias zonas económicas ha impulsado a la industria pesquera china —en regla o en negro— a expandir agresivamente la pesca en aguas internacionales. Alta mar es básicamente territorio de nadie y las embarcaciones chinas cuentan con un aliado inmejorable para su explotación: el generoso subsidio al diésel que les entrega su propio Gobierno.

Según un artículo de Financial Times de marzo de 2017, una de las áreas más diezmadas por la sobreexplotación marina en China es el archipiélago de Zhoushan, en el Mar de China Oriental. Hasta hace algunos años, Zhoushan era uno de los puntales de la industria pesquera china. Hoy, el agotamiento del recurso marino en ese territorio ha empujado a los industriales a pescar más profundo y más lejos, y el Pacífico Sur es un escenario predilecto.

15 de las 22 embarcaciones detectadas por Ciper navegando al interior del Parque Marino Nazca-Desventuradas son controladas por compañías que precisamente registran domicilio en Zhoushan. Para llegar a esa reserva marina, algunos pasaron largos meses y otros, incluso años, en alta mar.

“Lo interesante es cómo hacen ahora para mantener estos barcos en alta mar por dos años o más. Vienen estos grandes tanqueros, transhippers, adaptados para refrigerar miles de toneladas. Entonces ellos sacan el pescado de estos barcos, les dejan combustible, víveres y luego vuelven a China. Antes no existían, pero en los últimos años se han triplicado”, dice Liesbeth van der Meer, de Oceana.

Esta modalidad de pesca en alta mar abre otro flanco de irregularidades vinculado a las paupérrimas condiciones laborales y humanas que muchas veces enfrentan los tripulantes de esas embarcaciones.

“Hoy, para la flota de larga distancia ya se está hablando desde un enfoque de los derechos humanos, porque existen condiciones bastante inhumanas. Acá puedes tener, a veces, barcos que se quedan en zonas de pesca por tiempos extensos, dos años, sin posibilidad de ir a puerto. Hace poco tiempo se desembarcaron personas muertas en una flota”, explica el también miembro de Oceana, César Astete.

De acuerdo con el informe sobre Tráfico y Trata de Personas 2020 del Departamento de Estado de Estados Unidos, desde 2013 se desembarca en

promedio en el puerto de Montevideo al menos un tripulante muerto por mes de barcos de bandera china o taiwanesa. “Los trabajadores extranjeros a bordo de esas naves están sujetos a abusos indicativos de trabajo forzado, incluyendo no pago de salarios, identificaciones confiscadas y abuso físico; hay también reportes de asesinatos en el mar”.

Parques de papel

Chile tiene diez parques marinos, cinco reservas marinas y 13 Áreas Marinas Costeras Protegidas de Múltiples Usos (AMCP-MU), que equivalen a casi 147 millones de hectáreas de conservación y preservación. La cifra representa más del doble del territorio continental y más de nueve veces la superficie terrestre protegida del país.

Según la categorización de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), los parques marinos están dentro de la figura más estricta de protección de biodiversidad y ecosistemas: la extracción, navegación o el turismo están completamente prohibidos. Los parques marinos abarcan el 42 % de la Zona Económica Exclusiva del mar de Chile y son el 58 % de la superficie de todas las áreas marinas protegidas del país.

Actualmente ninguno cuenta con un Plan General de Administración (PGA), documento clave para definir el manejo, fiscalización y conservación de estas áreas. Su elaboración está a cargo de la subsecretaría del Medio Ambiente y el Servicio Nacional de Pesca.

Para ocho de los diez Parques Marinos creados en Chile, los PGA aún están en preparación, según datos entregados a Ciper por la Armada y Sernapesca. Los dos restantes, Nazca-Desventuradas y Francisco Coloane, ya se elaboraron y fueron sometidos a consultas ciudadanas en febrero de este año.

Nazca-Desventuradas pasó a trámite en el Servicio de Evaluación Ambiental, que decidirá si el plan tiene que entrar al Sistema de Impacto Ambiental. Luego el PGA será presentado a un Consejo de Ministros para su aprobación. En el caso de Francisco Coloane, el PGA ya se encuentra en la Subsecretaría de Pesca, donde se elabora un Decreto Supremo para oficializar el documento.

Para el encargado de la Unidad de Conservación y Biodiversidad de Sernapesca, Ricardo Sáez, la demora en la elaboración del documento tiene que ver con la amplitud de contenidos que abarca: “Se debe tener en consideración que la elaboración de los PGA es de alta complejidad, puesto que se requieren conocimientos específicos y considerar la participación de la comunidad local, lo que implica destinar recursos humanos y operativos en terreno”.

Según datos obtenidos por Transparencia, entre 2016 y 2019 la Armada realizó 1553 fiscalizaciones en Áreas Marinas Protegidas en Chile. De ellas, solo 225 corresponden a fiscalizaciones en parques marinos. Sernapesca, por su parte, realizó 24 fiscalizaciones en los últimos dos años: 22 en la Red de Parques Marinos de Juan Fernández y dos en Francisco Coloane.

Ni Sernapesca ni la Armada han consignado infracciones en parques marinos en los últimos años.

La vigilancia de Sernapesca de embarcaciones nacionales en Parques Marinos y Reservas se ejecuta a través del Sistema de Monitoreo Satelital de Naves Pesqueras (VMS). Este software “permite controlar la actividad extractiva de los buques chilenos y es llevado por Sernapesca en conjunto con la autoridad marítima”, explica Sáez.

El Informe de Actividades de Fiscalización de Sernapesca de 2019 indica que se realizaron 154 mil rastreos satelitales: 26 mil a naves industriales y 100 mil a embarcaciones artesanales. Los datos corresponden a fiscalizaciones generales, sin detalle para Áreas Marinas Protegidas.

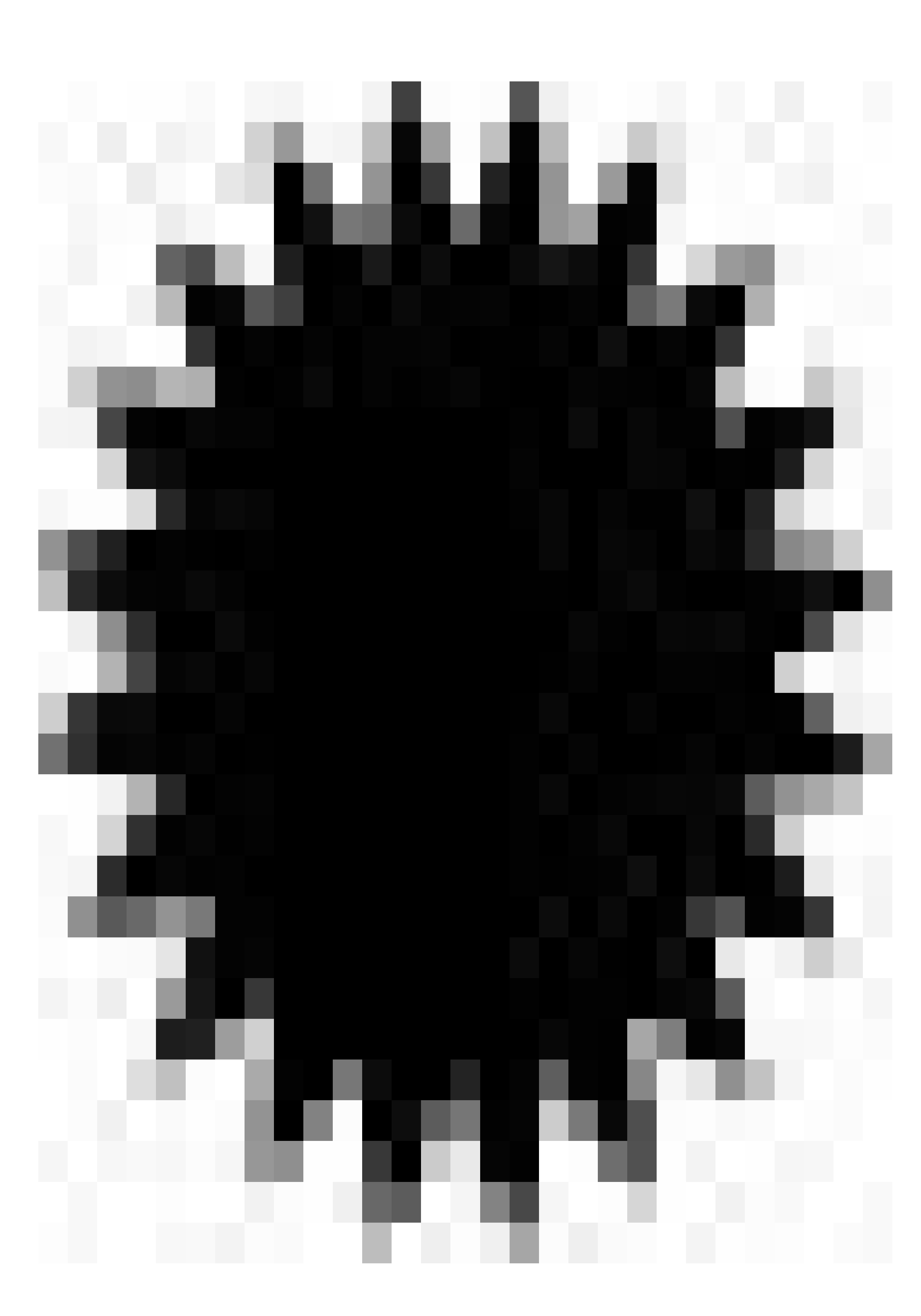
La Armada, que tiene competencia para fiscalizar el tránsito de buques en la Zona Económica Exclusiva de Chile (ZEE), fiscaliza los parques marinos aprovechando esos patrullajes y también por rastreo satelital. A partir de este último, se detectan buques de banderas chilenas y extranjeras en la ZEE de Chile que son analizados por la Oficina de Control, Monitoreo y Análisis de Operación de Flotas Pesqueras (Posat).

Aunque la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar permite la libre navegación de naves extranjeras en estas zonas, hay ciertas señales de alerta como la disminución de velocidad o detenciones por varios días, que pueden hacer que la Armada envíe buques o aeronaves para vigilancia aeromarítima.

La detección de barcos con transmisores apagados también se realiza con ese procedimiento. La Armada compara los registros satelitales y nóminas de Organizaciones Regionales de Pesca con buques que han realizado pesca ilegal no reglamentada. “Tenemos aeronaves de alcance que permiten verificar si los buques están emitiendo alertas o no. Esto se hace periódicamente: salen aviones que recorren la ZEE y si ven una nave la interceptan y verifican si está emitiendo con su transmisor satelital. En caso de que no, se comunica con la nave, se avisa a la Armada y eventualmente habría que mandar un buque”, detalla el contraalmirante Jorge Imhoff, director de Intereses Marítimos y Medio Ambiente Acuático de la Armada.

Según Imhoff, la mejora en la fiscalización en Áreas Marinas Protegidas ocurrirá cuando los Planes Generales de Administración se publiquen: “Va a ser una herramienta importante para tener un cuidado más acucioso de las AMP e ir a lo que nos interesa cuidar como Estado de Chile en esas áreas en particular”.

VOCES DE PUTAENDO II: LAS IRREGULARIDADES DEL PROYECTO MINERO QUE SE OCULTA EN LA CORDILLERA DE LA QUINTA REGIÓN



Constanza Cabrera y David Vásquez

Cable a Tierra

30 de julio

Las externalidades negativas de los proyectos, especialmente mineros, como la convivencia de estos con las localidades cercanas, se han venido sucediendo como tema en la prensa nacional y este reportaje, publicado por el equipo Cable a Tierra, posee la singularidad de revisar todos los frentes y recoger las voces de la ciudadanía y revelarnos una serie de irregularidades de la Compañía Minera Vizcachitas Holding en la zona cordillerana de Putaendo donde se proyecta la próxima mina "a tajo abierto" más grande del país.

También nos muestra la importancia de darle continuidad a las notas, ya que se trata de la segunda parte, cuando los temas son relevantes y el público desea saber cómo siguen los hechos. Minería, problemas hídricos e institucionalidad medioambiental.

Ubicado en medio del "cinturón geológico" de otros depósitos de pórfidos, el proyecto de la Compañía Minera Vizcachitas Holding en la zona cordillerana de Putaendo, se proyecta como la próxima mina "a tajo abierto" más grande del país. Los habitantes del sector argumentan que la futura instalación de la minería en la zona podría agravar la actual crisis hídrica existente en el valle, que posee una secreta riqueza natural que ha sido poco estudiada. En este reportaje, Cable a Tierra investigó la historia del conflicto que se extiende por varios años entre la comunidad, la empresa y la institucionalidad chilena.

—¿Qué vamos a hacer sin agua?

Es la pregunta que aparece en la mente de Héctor Fuentealba a diario. Residente de Putaendo hace cuatro décadas y fundador de la Coordinadora medioambiental Tres Ríos, mantiene en su interior una gran preocupación sobre la extensa sequía, que se arrastra desde hace más de 12 años en la comuna.

Pero esa inquietud no aflora solo en los pensamientos del dirigente. La incertidumbre es compartida por agricultores, arrieros, crianceros y toda la población en general sobre el futuro de la localidad, declarada como "zona de catástrofe por sequía" en septiembre de 2019, que forma parte del porcentaje significativo de la región de Valparaíso que está siendo afectado por el cambio climático:

—Hay precariedad laboral a raíz de la sequía y ahora con la pandemia ¡olvídate! Existe una olla común no solo por el Covid, sino porque la gente se quedó sin recursos, se han muerto todos los animales por falta de agua. Con la minera es una sepultación general —asegura.

La crisis hídrica, que se traduce en un déficit de precipitaciones y una alta demanda del agua, no es el único problema que debe enfrentar la comunidad putaendina. Hoy la existencia del pueblo se encuentra amenazada, debido a la presencia de un proyecto minero perteneciente a la Compañía Minera Vizcachitas Holding (CMVH), filial de Los Andes Copper, que se encuentra en una etapa inicial de estudios y que pretende instalarse en el cordón montañoso del valle de Aconcagua, bordeando la cuenca del río Rocín, un afluente que es parte del río Putaendo, la única fuente hídrica del valle.

La mayoría de los habitantes han expresado su rechazo ante la llegada de la minería en la zona, no obstante, este proceso se ha venido gestando entre inversionistas y la institucionalidad chilena durante los últimos 27 años. Vizcachitas ha sido solo una de las sociedades que ha desarrollado mapeos y sondajes.

Un gran yacimiento minero en la alta montaña

Héctor Fuentealba creó la Coordinadora Tres Ríos, junto a otros vecinos, en marzo de 2014, para informar a sus cercanos sobre los efectos que podría producir la futura instalación de la minería en la zona. Él es pirquinero y en el pasado trabajó para empresas ligadas al rubro de la extracción de metales, por lo que conoce “como a la palma de su mano” la actividad económica que aporta el 10 % total del Producto Interno Bruto (PIB) al país.

—Yo soy pequeño minero de aquí y he trabajado en la gran minería. Conozco toda la contaminación que genera —cuenta.

Desde hace un tiempo, CMVH se encontraba explorando el sector cordillerano de Las Tejas, cuna de un gran yacimiento de cobre, plata y molibdeno, en el mismo “cinturón geológico” de otros depósitos de pórfido ligados a Anglo American y Codelco. Ningún residente creía en las advertencias que Héctor realizaba a través de Tres Ríos, y la comunidad llegó incluso a tildarlo de “loco”.

El desarrollo de la minería en el sector se remonta al periodo incásico, cuya práctica se ha mantenido con los pequeños mineros de los sectores de Granallas, quebrada Herrera y Las Minillas, en faenas que emplean a un máximo de diez personas. Además, la cercanía del proyecto con el río Rocín no alarmó de buenas a primeras a sus vecinos, ya que a pesar de que la Dirección General de Aguas (DGA) —que gestiona y administra el uso de aguas—, había declarado el “agotamiento del río Putaendo y de sus afluentes”, la cuenca, aunque escueta, se mantenía constante.

Sin embargo, el tiempo le daría la razón a Héctor.

Inicialmente, la zona de alteración de Vizcachitas fue descubierta por la Compañía de Petróleos de Chile S.A. (Copec) en 1975, propiedad del Estado en esa época. Para 1981, la distribuidora de combustibles ya había realizado un completo “mapeo geológico” de la alta montaña que confirmó la existencia de pórfidos.

Las actividades de exploración comenzaron a principios de los años noventa, con la empresa canadiense Placer Dome —que dejó de existir en 2006 al ser adquirida por Barrick Gold—, que abrió huecos en el macizo rocoso a través de

seis “perforaciones de diamantina” en la tierra. En 1995, Generals Minerals Corporation (GMC) adquirió el 51 % de las acciones de la Sociedad Legal Minera San José Uno de Lo Vicuña, El Tártaro y Piguchén de Putaendo, propietaria del terreno, e hizo un mapeo en la zona y hasta 1998 ejecutó un programa de sondajes que totalizó en 61 perforaciones. Entre 1992 y 1998 se realizaron 67 sondajes de exploración.

En enero de 1998, se constituyó la sociedad Compañía Minera Vizcachitas Holding, con Waldo Cárdenas en representación de General Minerals, y Lawrence Allan Dick en representación de Vizcachitas Limited (subsidiaria de GMC) ambas con oficinas registradas en las Bahamas, según indica un documento del Conservador de Minas de Santiago. Iniciado el nuevo milenio, Lumina Copper Corp adquirió Vizcachitas Limited y fue transferida a la canadiense Global Copper Corporation en 2005.

Un año después, GHC Resources Limited —fundada en 1983 en Canadá— ingresó como inversionista mayoritario del proyecto minero y luego de la adquisición definitiva de una parte a través de Global Copper Corporation en febrero 2007, pasó a llamarse Los Andes Copper Ltd para enfocarse exclusivamente en la exploración del yacimiento.

Cuatro meses después, CMVH ingresó al Servicio Nacional de Geología y Minería de Chile (Sernageomin), un aviso de inicio de actividades de faena minera que se alargó —por medio de dos avisos de extensión— hasta 2008, completando un total de 79 sondajes.

En medio de las perforaciones, la Compañía Minera ingresó una Declaración de Impacto Ambiental (DIA) del proyecto “Prospección Minera Vizcachitas”, un programa de 200 sondajes en el predio “El Tártaro y Lo Vicuña” que le pertenece a la Compañía Ganadera Tongoy Limitada, cerca del área “Resguardo Los Patos”, paso fronterizo de acceso restringido en el que habitan cóndores, guanacos, zorros y pumas.

La DIA fue rechazada el 23 de octubre por la Comisión Regional del Medio Ambiente (Corema) de la quinta región y a pesar de la calificación desfavorable del proyecto de prospección, residentes de la localidad aseguran que las perforaciones se siguieron realizando.

Así lo afirma Mauricio Quiroz, profesor de historia de la Pontificia Universidad

Católica de Valparaíso (PUCV) y encargado de la Oficina Comunal de Recursos Hídricos y Sequía de la Municipalidad de Putaendo:

—La Declaración de Impacto Ambiental fue rechazada, la empresa no tuvo ninguna autorización para desarrollar actividades de esta magnitud, sin embargo, continuaron haciendo los sondajes a propósito de la entrada en vigencia de un cuerpo legal que establece que si se hace menos de 20 sondajes, ellos pueden efectivamente no concurrir al SEA.

Mauricio ha sido testigo de los impactos de la minería desde que se incorporó como funcionario municipal en 2008, en la gestión del exalcalde Guillermo Reyes.

De acuerdo con el reporte Projects Maps Minera Vizcachitas, 75 de las 79 perforaciones constatadas en aquellos años, fueron distribuidas en el mismo patrón espacial del área de los sondajes realizados en los noventa. Hasta 2008 se completaron al menos tres campañas de sondajes, efectuando un total de 146 perforaciones.

En 2010, Los Andes Copper adquirió el 100 % de la propiedad de Vizcachitas a través de la adquisición de Turnbrook Corporation (TBC) de “todos los valores emitidos y en circulación” de Gemma Properties Group Limited (GPGL), que a su vez poseía a Inversiones Los Patos S.A, que tenía el 49 % de las acciones emitidas y en circulación de Sociedad Legal Minera San José.

En ese mismo año, CMVH ingresó una solicitud de pertinencia al Servicio de Evaluación Ambiental (SEA) —organismo que establece criterios de evaluación de proyectos de explotación medioambiental—, para consultar si debía ingresar una solicitud de exploración minera al Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA). Magdalena Prieto Pradenas, Directora del SEA de Valparaíso en esa época, estimó que no debía ingresar al servicio.

La comunidad comienza a organizarse

La instalación del Embalse Chacrillas —que comenzó su construcción en el año 2011 para optimizar la seguridad de riego de la actividad agrícola—, a 24

kilómetros abajo de los sondajes, destapó una serie de situaciones que estaban sucediendo en la zona.

En 2015, un grupo de residentes subió a ver el emplazamiento del depósito artificial, quienes se percataron de la presencia de vehículos y personas de la empresa RFC, contratista de Vizcachitas, que se encontraban realizando trabajos de perforación cerca del Rocín. Dicho sector está inserto en una “zona de conservación ecológica”, definida por el Plan Regional de Desarrollo Urbano y Territorial de la quinta región, sin embargo, eso no impidió su intervención.

Todas las plataformas de los ocho sondajes iniciados en dicho año, se encuentran insertas al interior del área propuesta del proyecto de 2008 rechazado por la Corema, sumando un total de 156 sondajes. Además, debido a la construcción del embalse, se estableció un sistema de monitoreo de las aguas del Rocín para gestionar el recurso hídrico y definir la calidad del agua, que es variable en el tiempo.

El análisis de los monitoreos trimestrales del curso de la cuenca, elaborado por la empresa Soletanche Bachy, determinó que en “aguas arriba” y “aguas abajo” de la obra, se encontraron concentraciones “por sobre lo que estipula la norma vigente” de aluminio, cobre, manganeso y fierro.

Estos antecedentes alertaron a los habitantes y los resultados se empezaron a difundir por toda la localidad. Mauricio Quiroz asegura que, si bien el informe da cuenta de un aumento significativo de minerales en el afluente, no considera el origen de los parámetros, por lo que no se puede relacionar directamente con la actividad minera desarrollada.

—Todo indica que durante 2015 y 2016 sí hubo actividad minera en esa zona, y sí hubo modificación a la morfología del sector Las Tejas —explica Mauricio— a propósito de la reapertura y construcción de caminos y la construcción y la perforación de sondajes. Si eso tuvo un impacto en la calidad del agua, tendrá que ser investigado por las autoridades competentes y en particular es el Ministerio de Obras Públicas (MOP) que debe pronunciarse si estamos o estuvimos en presencia de una situación atribuible a las faenas mineras.

Vecinos del sector, entre ellos integrantes de la Coordinadora Tres Ríos y de otras organizaciones, decidieron presentar ante la Superintendencia del Medio Ambiente (SMA) al menos tres denuncias en contra de la Compañía Minera

Vizcachitas Holding que habría incurrido en elusión al SEIA, por estar "realizando trabajos de exploración (…) y prospecciones hace más de diez años, sin haber tramitado o solicitado ningún tipo de permiso".

Poco y nada se sabía del patrimonio ambiental que escondía la cordillera de la quinta región. Los movimientos socioambientales de la zona hicieron llegar esa inquietud al Gobierno local: querían proteger los recursos ambientales de la cuenca superior del río Putaendo, pero no había suficientes antecedentes disponibles.

Los tesoros ocultos del cordón montañoso

Guillermo Reyes le solicitó a Mauricio que indagara en la mayor cantidad posible de bibliografía de la zona. Las autoridades querían obtener información precisa y directa de la riqueza natural que rodea al valle central.

En esos años, Hans Fernández, geógrafo y doctor de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), se encontraba trabajando en su tesis de maestría sobre "dinámicas de glaciares de roca en Chile" con el profesor Francisco Ferrando. El docente le comentó que había una cuenca en Putaendo que estaba siendo acechada por un proyecto minero, y que, a pesar de la crisis hídrica existente en la zona, el afluente se mantenía perenne:

—Al igual que Chile central, el principal recurso hídrico es la nieve —dice Hans— pero cuando no hay nieve como en este caso, cuando tenemos esta mega sequía, la pregunta que nosotros nos hacíamos es ¿de dónde sale esta agua? ¿Por qué el río crece justo en el periodo de deshielo? Entonces ahí nos pusimos a investigar y encontramos que había una abundancia de glaciares de roca desde los dos mil metros hacia arriba.

A diferencia de los glaciares de nieve, el de roca es la expresión en el paisaje del permafrost (suelo congelado). El modelo de glaciar encontrado en Putaendo tiene el aspecto de una "lengua" con crestas y surcos, que habla de su "deslizamiento" en la montaña. Este hallazgo fue comentado a las personas del municipio y a los movimientos socioambientales, pero debía ser estudiado porque no estaba muy claro.

La municipalidad, con sus propios recursos y luego de obtener las llaves de algunos predios para acceder a la cordillera (porque se encuentra enrejada), decidió desarrollar la primera expedición científica para obtener registros visuales de la alta montaña. Solo así podrían proteger la zona.

—Una de las características espectaculares de la montaña de Putaendo es que no tiene exploración. Es una montaña que se mantuvo callada hasta ahora —cuenta.

A la expedición de reconocimiento de glaciares asistió Hans, Mauricio, un documentalista y algunos arrieros, conocedores vastos de la cordillera, en la quebrada Colorada, cercana al Rocín y a las faenas de la minera, no obstante, fue considerada como infructuosa porque si bien, se divisaron glaciares rocosos, no pudieron acceder a ellos.

En marzo de 2016, la Seremi de Salud de Valparaíso inició un sumario sanitario en contra de Vizcachitas luego de una fiscalización realizada por el equipo de la oficina provincial de Aconcagua y por petición de la Junta de Vigilancia del Río Putaendo —entidad que se encarga de administrar el recurso hídrico en la zona — que denunció que la empresa estaba "usurpando aguas y contaminando el río".

Las inspecciones se realizaron en sectores cercanos a laderas donde Vizcachitas se encontraba realizando sondajes, además de revisar caminos y plataformas antiguas con la finalidad de informar el valor de la biodiversidad de la flora del lugar y constatar daños en los recursos naturales. El "Informe prospección Flora Mina Vizcachitas", elaborado por el ingeniero forestal de la Universidad de Chile y experto en botánica, Patricio Novoa, registró al menos 59 especies de flora, de las cuales 39 no fueron informadas en la DIA.

De aquella visita a la cordillera, Patricio recuerda que se hicieron hallazgos interesantes, pero fue en un solo sector del área de Vizcachitas.

—Cuando la gobernación reclamó sobre esto y pidió un informe, el daño ya estaba hecho —asegura—, pero nunca supimos lo que había antes para poder dimensionar y decir "mira, la mina con los sondajes ilegales ¡qué se yo! Destruyeron el 80 o 90 % del bosque" porque hay acarreos de piedras por todas partes, entonces las plantas vuelven a salir, tratan de recuperarse, al final tú ves un enredo y no puedes dimensionar bien.

Patricio, que trabajaba para la Corporación Nacional Forestal (Conaf), encontró un nuevo tipo de “maqui variedad andina”, muy diferente al maqui que crece en la zona centro-sur del país, en lugares pantanosos.

—Este maqui crece en partes áridas, crece en los rodados de piedra, por lo tanto, tiene un hábitat distinto, tiene una forma distinta, porque es rastrero, muy bajo, y esas dos características son suficientes como para decir que esa es una especie nueva de maqui o es una variedad o subespecie que hay que rehabilitar —señala Patricio.

No es como el maqui que crece en partes bajas de poca insolación, entonces no existe mayor información y la “mina destruyó parte de esas formaciones”. Otra especie que se descubrió fue el “breslum microphyllum”, un helecho que se encontró muy cerca de los sondajes. Esto fue calificado como un “tremendo logro”, ya que la especie no se encontraba descrita en la región.

Mientras tanto, a la denuncia presentada por la Junta de Vigilancia, se sumaron dos más por parte de los residentes de Putaendo y de agrupación Putaendo Resiste, ante la Superintendencia de Medio Ambiente. En noviembre, la DGA ordenó el cese inmediato de la extracción de aguas por parte de la minera Vizcachitas, desde la quebrada La Cortadera por tratarse de un afluente del río Rocín, tras un proceso de fiscalización iniciado en febrero.

De acuerdo con la Resolución N°1902, el punto de extracción de aguas superficiales utilizado en la campaña 2015-2016, no muere en la misma heredad y la situación constatada da cuenta de “una extracción no autorizada de aguas superficiales”, lo que constituye una contravención al Código de Aguas.

Pero, los trabajos en la cordillera persistieron. Una investigación del equipo de prensa de radio Crecer FM, reveló que Vizcachitas se encontraba con maquinaria pesada, preparando caminos y accesos para el paso de camiones de la minera en el sector Junta de los ríos y Las Tejas, para transportar máquinas perforadoras.

Ante las acusaciones efectuadas por distintas agrupaciones y vecinos a la Superintendencia del Medio Ambiente, en abril de 2017 el servicio formuló cargos en contra de Vizcachitas, representada por el geólogo Antony Amberg, por realizar trabajos de exploración de manera ilegal, dañando “802 metros cuadrados en emplazamiento de plataformas de sondajes y 1.550 metros

cuadrados en habilitación y construcción de caminos"; además del daño irreparable de la flora y fauna del lugar, entre otras situaciones desarrolladas al margen del SEIA.

La formulación de cargos considera que el proyecto de sondajes mineros correspondiente a la campaña 2015-2017, debió ingresar al SEIA por tratarse de una modificación al proyecto de 2008. Durante ese año, se hicieron 11 sondajes en el sector cordillerano, lo que dio una suma de 165 perforaciones.

A principios de 2018, la Municipalidad de Putaendo logró realizar la segunda expedición de reconocimiento de glaciares, la que fue catalogada como "exitosa". El grupo logró llegar al sector del estero El Chilón, donde nace el río Rocín, al límite con Argentina. En el lugar hallaron glaciares de roca seguidos de lagunas y humedales alto andinos.

—Hay una evolución de la cordillera de los Andes que no estamos entendiendo —reconoce Hans Fernández—, existen muchos glaciares de roca, un recurso sobre el cual no se sabe exactamente si es importante en términos hídricos. Lo que a mí me interesa saber es si el futuro de los glaciares blancos, de Chile central, es convertirse en un glaciar de roca, pero lo estamos estudiando.

En aquella oportunidad, se incorporó Patricio Novoa, recomendado por el actual director regional de la Conaf, Sandro Bruzzone, para registrar flora del lugar, debido a que con anterioridad realizó el informe de fiscalización. "El Chilón tiene un valor paisajístico espectacular porque tiene colores que se ven en el altiplano, tiene un tremendo potencial", asegura Patricio.

Por otro lado, pudieron constatar la presencia de otro proyecto minero de la empresa canadiense TECK, que se encuentra en una etapa inicial y está a mayor altura que Vizcachitas.

Debido a la sanción por parte de la SMA, Vizcachitas presentó un "Programa de Cumplimiento", que se encuentra actualmente en ejecución y con relación a lo anterior, en mayo de 2018, la compañía ingresó una DIA del proyecto "Regularización plataformas de sondajes mineros, sector Las Tejas", que corresponde a la modificación del proyecto original en el sector del valle del río Rocín, para "regularizar las campañas de sondajes de 2015 y 2017".

Pero durante la tramitación de la DIA, la compañía edificó ilegalmente un campamento minero en el sector, lo que fue denunciado por la Municipalidad de Putaendo al Juzgado de Policía Local que acogió la denuncia y obligó a la minera al pago de una multa y a la demolición de la estructura.

La comunidad se encontraba atenta, debido a las reiteradas sanciones y antecedentes recopilados por el municipio y las expediciones realizadas por expertos, es por ello que hicieron llegar 37 solicitudes de Participación Ciudadana (PAC) para poder informarse y opinar sobre el proyecto minero. Fueron tres meses de espera, e incluso el edil de Putaendo le solicitó al SEA una respuesta a la petición de participación, pero las cartas fueron rechazadas en octubre por la directora subrogante del Servicio de Evaluación Ambiental Región de Valparaíso, Esther Parodi Muñoz.

La última expedición que realizó la municipalidad fue en el verano de 2019, en Las Launas, por el río Hidalgo. El biólogo Arón Cádiz, quien por su lado había hecho un muestreo personal de flora en Chalaco, participó del viaje y contribuyó a registrar más especies. Los hallazgos de Patricio y Arón fueron compilados en un informe, en el que se señala la afectación de la minera hacia las plantas.

No solo se logró encontrar una cantidad considerable de glaciares de roca, que hasta el momento superarían los 130 en número, sino que también se hallaron 270 especies de vegetación, lagunas, humedales de altura, animales que habitan este tipo de climas, además de paisajes prístinos de los que no se tenían registro.

Según comentan algunas fuentes, por esta misma razón existe la intención de la comunidad de convertir una parte de esta zona en un santuario de la naturaleza. Todo ese sector —río Rocín hasta y el Chilón— están bajo el dominio de una sociedad agrícola de campesinos, La Victoria de Piguchén y la Ganadera Tongoy.

La sociedad de crianceros apoya la iniciativa y, de hecho, llevó a cabo un proyecto para la implementación de un Área de Protección de la Biodiversidad Local a través de la forestación de ocho hectáreas con árboles nativos, en el sector de Ramadillas.

Con posterioridad, la municipalidad organizó charlas en San Felipe y Putaendo, para informar a la comunidad sobre los glaciares de roca "escondidos" en la

cordillera de la Quinta Región. A cada exposición asistieron entre 50 y 70 personas e incluso, en la Universidad de Playa Ancha, se realizó un conversatorio que contó con la presencia de profesores, estudiantes de pedagogía y gente interesada en la cordillera.

La existencia de estos glaciares de roca en la montaña preocupó a la comunidad y el daño que se podría generar sobre estos, sin embargo, los glaciares de roca encontrados en las expediciones se ubican por sobre los tres mil metros sobre el nivel del mar, mientras que los sondajes que se han realizado, se ubican a no más de 2500 metros.

En torno a esto, Hans Fernández explica que "no existiría un vínculo directo entre las faenas de sondaje y los glaciares de roca", sin embargo, en toda la alta montaña, los expertos observaron que las laderas están fluyendo, están congeladas y están reptando. Eso habla de flujos, porque "la única forma en que el suelo repte, es que el subsuelo se congela y empieza a avanzar lentamente por la gravedad", pero aún se está investigando.

En donde sí habría un punto crítico, para Hans, es en el emplazamiento mismo de los sondajes, en un área que es geomorfológicamente peligrosa debido al tipo de suelo existente en esa parte de la cordillera, pudiendo incluso represar el río por aluviones o desprendimientos de tierra, por lo que implica no solo un riesgo para la fuente del principal recurso hídrico de la comunidad, sino también para los futuros trabajadores de la minera.

Los últimos proyectos aprobados por la institucionalidad chilena

El tres de abril de 2019, se realizó una sesión de la Comisión de Evaluación Ambiental (CEA) de Valparaíso —que califica proyectos sometidos al SEIA— para evaluar la DIA presentada por Vizcachitas. En la reunión asistieron residentes de Putaendo, así como representantes de organizaciones socioambientales y culturales del lugar, funcionarios de la municipalidad e incluso congresistas como el senador Juan Ignacio Latorre y los consejeros regionales Mario Sottochilio y Tania Valenzuela; además de los representantes de CMVH Antony Amberg, Eduardo Covarrubias, Alejandro Cassi y Sebastián Avilés, abogado externo de la firma "Moreno, Sáez & Avilés", que con

anterioridad se ha desempeñado en la dirección ejecutiva del Servicio de Evaluación Ambiental y como jefe del Departamento de Litigios de la SMA.

La CEA determinó con el voto de 12 autoridades, “aprobar favorablemente” el proyecto de regularización de plataformas de sondajes mineros. La Resolución de Calificación Ambiental (RCA), publicada catorce días después, confirmó el resultado de la decisión. El abogado e integrante del Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA), Álvaro Toro —conocido por su participación en derribar la central termoeléctrica Castilla en 2012 y en librar una batalla judicial contra el proyecto Pascua Lama de Barrick Gold— ingresó un recurso de protección en representación de algunos locatarios de Putaendo y de la agrupación Putaendo Resiste, pero no tuvo éxito. Desde hace un tiempo, OLCA se encuentra asesorando a la comunidad que ha participado en iniciativas que ha levantado el organismo y el abogado tiene la representación de 26 personas de la comuna.

—La PAC no es un megáfono, es un espacio para que la gente haga sus observaciones, sus críticas, al proyecto desde un punto de vista técnico ambiental. Detrás de esta crítica están los pobladores, agricultores, crianceros, pero también hay biólogos, químicos, estudiantes de carreras de las áreas de las ciencias naturales y sociales, hay muy buena opinión sobre este tema —dice Álvaro.

El siete junio, el Servicio de Evaluación Ambiental admitió la última DIA ingresada por Vizcachitas sobre el proyecto “Sondajes Mineros de Prefactibilidad Las Tejas”, para desarrollar actividades de prospección y ejecutar hasta 350 perforaciones en 73 plataformas nuevas y 51 plataformas preexistentes durante los próximos cuatro años.

Diecinueve días después, miembros del servicio junto a representantes de la compañía decidieron efectuar una visita al sector Las Tejas, pero la comunidad de Putaendo realizó una gran manifestación y bloqueó el paso de los vehículos. Las autoridades decidieron seguir con la visita y desde el retén de Carabineros en el Resguardo Los Patos, se trasladaron hacia la zona cordillerana por un camino privado perteneciente a la Ganadera Tongoy, que bordea el embalse Chacrillas y la cuenca del río Rocín.

En la visita, se pudo constatar que el campamento, que había denunciado la municipalidad, estaba en proceso de desarme, además de otras instalaciones como bodegas, estanque de almacenamiento de combustible, servicios higiénicos, entre otros.

La ayuda internacional

En julio, los vecinos de Putaendo decidieron ir presencialmente hasta las oficinas del SEA de Valparaíso, para entregar dos mil solicitudes de participación ciudadana, en representación de organizaciones sociales como Putaendo Resiste, juntas de vecinos, comités de agua potable rural (APR) y clubes deportivos.

Con un gran lienzo desplegado en las calles, las personas se dirigieron al edificio Pascual Barburiza a exigir la apertura de la PAC. Durante los ocho meses que tuvo que esperar la comunidad para obtener una respuesta, el titular de la DIA se reunió con el SEA en febrero de 2020, para aclarar “dudas sobre la componente suelo como sustentador de biodiversidad”, en la que participaron representantes del servicio y la ahora abogada del estudio jurídico “Moreno, Sáez & Avilés” que asesora a Vizcachitas, Magdalena Prieto Pradenas, que fue directora del SEA de Valparaíso en 2010.

Los locatarios de Putaendo decidieron enviar una “carta abierta” hacia la comunidad canadiense para denunciar las actividades irregulares de la minera en el valle. Esta carta fue entregada por una residente de Los Patos a Kirsten Francescone, antropóloga y encargada del programa de América Latina de la organización MiningWatch Canadá, que se dedica al apoyo de comunidades que se encuentran en enfrentamiento con mineras canadienses, a través de la difusión de información técnica y de la visibilización de estos conflictos.

Canadá es conocido mundialmente como uno de los países con mayor inversión minera en el mundo. Gran parte de esta inversión se encuentra activa en Chile, Perú y Argentina. Del mismo modo, una porción importante de las mineras del globo tranza sus acciones en la bolsa de valores de dicho país (1) debido a beneficios tributarios que entrega el estado canadiense a estas industrias. Uno de ellos, señala la antropóloga, “es la devolución de la inversión exploratoria en países fuera de Canadá a través de la rebaja de impuestos”.

—Se sabe que Canadá es prácticamente un paraíso fiscal para las mineras —afirma— no es que seamos buenos o no sé qué, es porque justamente les damos beneficios para tener su sede en Canadá. Uno de esos beneficios es que los gastos de exploración que cualquier empresa minera realice en el exterior, nosotros, la población canadiense, les devolvemos esa parte como crédito tributario de sus gastos en exploración.

Esta situación, explica Kirsten, los vincula directamente como nación a proyectos como el de Vizcachitas Holding, debido a que Los Andes Copper, empresa matriz de la que son filiales, está establecida legalmente en Canadá. Por lo tanto, los gastos exploratorios por los trabajos que se realizan en Chile, y que la transnacional declare en Canadá, son devueltos a Los Andes Copper por el Estado canadiense. Situación que, según Kirsten, "es desconocida por la mayoría de la población del país".

Pero además de los beneficios en impuestos que la empresa puede obtener en Canadá, estas regalías también son aprovechadas en el lado chileno por Vizcachitas Holding. En este sentido, son diversas las investigaciones que consideran a Chile como uno de los países con mayores ganancias y menores cargas impositivas al sector minero.

"Es como prácticamente trabajar gratis. Entonces les permiten hacer una especie de doble contabilidad, porque en Chile también les dan beneficios tributarios. Entonces pueden hacer un doble reportaje (de impuestos), el double taxing, por un lado, al recibir créditos por el Gobierno chileno y por otro lado recibir créditos por el lado de Canadá", comenta Kirsten al respecto.

Putaendo resiste ante la amenaza de la minería

En marzo, el SEA resolvió no dar inicio a la participación ciudadana. El 21 de abril se realizó una reunión virtual, de la comisión de evaluación que decidió unánimemente aprobar el proyecto de sondajes porque "cumple con la normativa de carácter ambiental aplicable". Al día siguiente, Álvaro Toro ingresó un recurso de protección por negar la solicitud en contra de Esther Parodi y también el director nacional del SEA, Hernán Brücher, en representación de algunos habitantes de Putaendo.

Aunque la norma dice que la participación ciudadana es obligatoria cuando se presenta un Estudio de Impacto Ambiental (EIA), debido a una intervención ambiental mayor, una DIA se trataría de proyectos que tendrían un nivel bajo de impacto y solamente en casos excepcionales, la autoridad puede abrir un proceso de participación ciudadana, en el que hay que cumplir una serie de requisitos, pero entre ellos, hay uno que tiene relación con demostrar la carga ambiental que los proyectos implican.

—Argumentos para rechazar el proyecto había muchos —dice Álvaro— era cosa de repetir los que hicieron los propios servicios del Estado, entonces la razón para rechazar la segunda PAC, a nosotros nos parece completamente una arbitrariedad, un abuso y esperamos que los tribunales lo enmienden.

Existen otras acciones judiciales que han sido presentadas por otros abogados que tienen relación con la invalidación de la RCA. Si el recurso de protección no llegara a prosperar, Álvaro explica que “está el camino empezado por otros colegas”, pero que desde OLCA están convencidos de que “el recurso de protección es el instrumento más concreto y ataca una ilegalidad y arbitrariedad específica”.

—Eso no significa que el proyecto sea rechazado —argumenta Álvaro—, sabemos que echar abajo este proyecto es un paso a paso, sobre todo una transnacional de capitales canadienses, que se han comprado una parte del pueblo de Putaendo y han tratado de dividir a la localidad.

En mayo, abogados del estudio “Barros, Silva Varela y Vigil” —encabezado por Fernando Barros, hijo de Fernando Barros, abogado de Augusto Pinochet— interpusieron un recurso de protección a nombre de cinco personas que estaban representadas por Álvaro Toro, lo que no constituye una irregularidad aunque “sí una falta a la ética profesional”. Fuentes a esta plataforma señalan que los abogados que interpusieron el recurso estarían relacionados a la Junta de Vigilancia.

Héctor Fuentealba sabe lo que viene. El río Rocín resiste ante la sequía, la escasez y un inminente proyecto minero en el cordón montañoso del valle central. Aunque ahora hay más conciencia sobre el impacto al medioambiente, él teme que sea “demasiado tarde”.

—Ha sido bien cuesta arriba esto, pero hemos logrado quebrar el cascarón.

* Cable a Tierra intentó ponerse en contacto con la Junta de Vigilancia y el Servicio de Evaluación Ambiental de Valparaíso, pero al cierre de esta edición, no hubo respuesta.

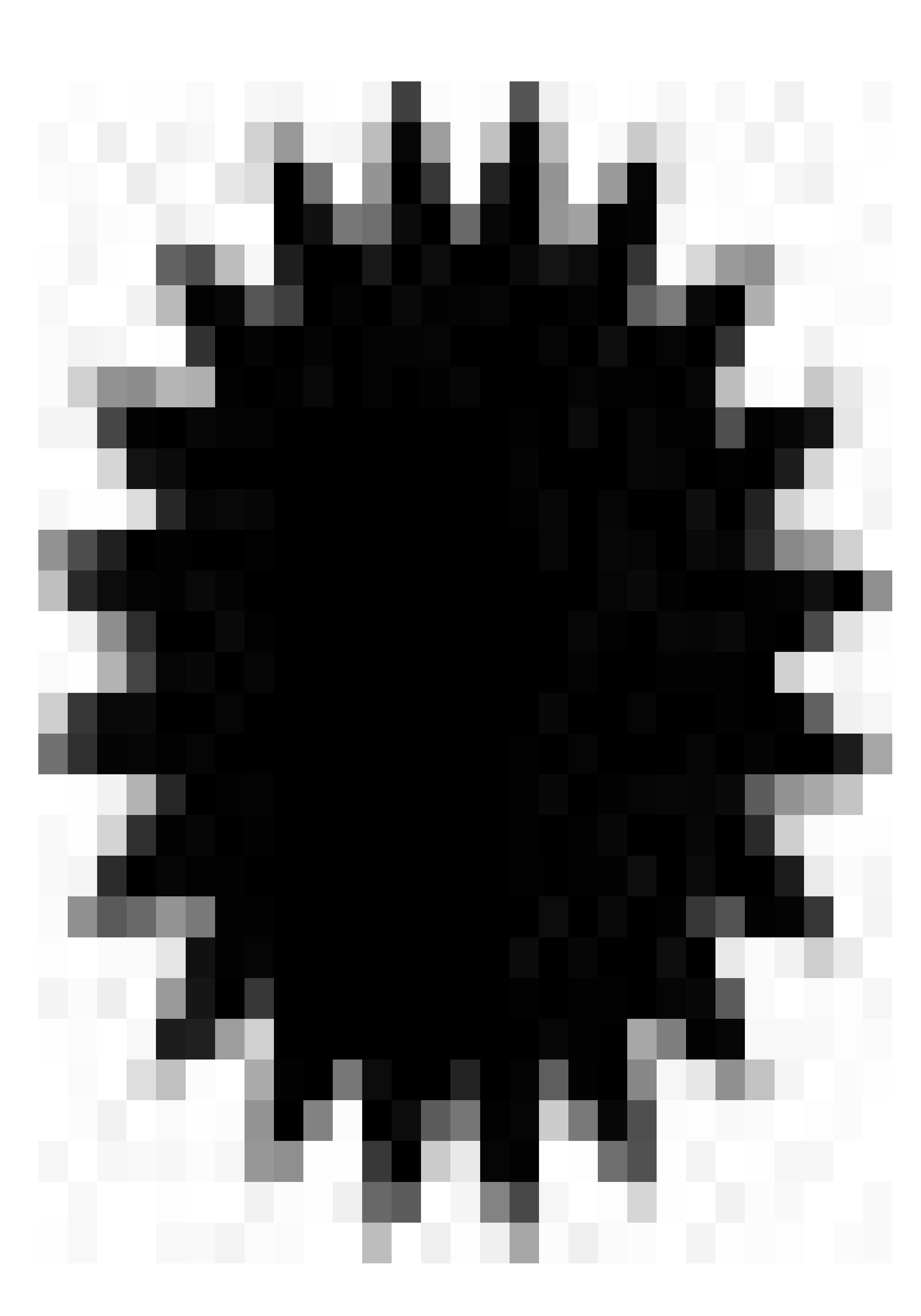
** Un punto importante respecto a las inversiones extranjeras, es el amparo que les pueden otorgar mecanismos de colaboración entre países, como los tratados de libre comercio o los acuerdos bilaterales. Estos pactos buscan eliminar obstáculos para el comercio, facilitar la circulación transfronteriza de bienes y aumentar las posibilidades de inversión entre los tratantes. Chile es uno de los países con más acuerdos internacionales en el mundo, según informa la Subsecretaría de Relaciones Internacionales, contando actualmente con 29 convenios y más de 60 países firmantes.

Uno de ellos es el Tratado de Libre Comercio establecido con Canadá, firmado en noviembre de 1996, vigente desde julio de 1997, modificado y ratificado en múltiples ocasiones, la última de ellas en vigencia desde febrero de 2019. En este sentido, con el objetivo de proteger las inversiones de los países pactantes, los tratados establecen en sus artículos normas para el correcto funcionamiento comercial de estos negocios, principalmente en lo que se refiere a igualdad de trato, libertad de transferencias de capitales entre países, expropiación y nacionalización de inversiones e indemnizaciones al respecto, beneficios, entre otros puntos importantes.

Ante la existencia de conflictos entre privados y uno de los estados firmantes por el incumplimiento de estas normas, el TLC firmado por Canadá y Chile propone, en primer lugar, la resolución por medio de la consulta y la negociación entre las partes, y en caso de no ser esta acción efectiva, el mecanismo conocido como “Solución de controversias entre una Parte y un inversionista de la otra Parte” mediante el ingreso de una reclamación ante tribunales de arbitraje internacional, a los cuales se les reconoce jurisdicción por los estados pactantes. Sobre este punto, el TLC indica como tribunales correspondientes el convenio del Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), institución del Banco Mundial, el Mecanismo Complementario del CIADI en caso de que el convenio no aplique, y en tercer lugar las Reglas de Arbitraje de la Comisión de las Naciones Unidas para el Derecho Mercantil Internacional (CNUDMI), perteneciente al Sistema de Las Naciones Unidas.

CRÓNICA O PERFIL

LA OSCURA VIDA RADIANTE DE GUSTAVO GATICA: RETRATO ÍNTIMO A DIEZ MESES QUE LE ARREBATARAN SU VISIÓN



Claudio Pizarro y Sebastián Palma

13 de septiembre

El Desconcierto

A un año del estallido, las secuelas de este muestran su huella más profunda en Gustavo Gatica, joven que fue cegado por perdigones disparados por Carabineros y que fue perfilado por El Desconcierto no para repetir los hechos, sino que para mostrarnos su nueva vida y cómo ha logrado rehacerse en su tragedia.

Se trata de un reportaje profundo y dramático, pero lleno de esperanza, donde la adaptación a su nueva forma de enfrentar el mundo no es desde la pasividad sino a partir de la acción.

Han pasado diez meses desde que el joven estudiante de Psicología quedara ciego, luego de recibir el impacto de perdigones en sus ojos. Un periodo donde ha debido rehacer su vida y aprender a redescubrir el mundo. Continuó con sus estudios, aprendió a leer braille, a usar bastón, se ha contactado con otras víctimas de abuso, está preparando un programa sobre sitios de memoria y ha vuelto a manifestarse en las calles. Su historia, contada a Proyecto AMA y El Desconcierto, es el relato de una familia que ha soportado varias tragedias y se ha vuelto a levantar para continuar luchando. Dice que su alma sigue intacta, y que, en esta búsqueda a tientas, ha comenzado a valorar otras cosas.

Hace rato que, a falta de su vista, venía entrenando su oído. Y fue a través de este, en medio del alboroto, que pudo identificar lo que pasaba. Sintió un bullicio, primero, y luego una especie de clamor popular. Ruido de tambores y cánticos. Al cabo de unos segundos ya no tenía dudas. Era una bienvenida. Su propia bienvenida. “Gustavo, amigo, el pueblo está contigo”, escuchó que gritaban afuera de su casa.

No era primera vez que sentía una manifestación de apoyo. En la clínica Santa María, donde estuvo internado dos semanas, llegó mucha gente a expresarle su afecto. Recuerda un rito de un grupo mapuche abajo de su ventana y las visitas de Felipe Avello y Esteban Paredes. También la de su banda favorita, Planetario, quienes llegaron con guitarras a cantar algunos de sus temas preferidos. Letras que ahora le hacen sentido. Canciones que bien podrían hablar de él.

“Aguanta, los años vendrán, y yo sé que te espantan. Dime si quieres pasear por la plaza, yo te espero. Entiendo, los días pasan, a mí también me espantan. Yo necesito que seas fuerte para poder levantarme, cuando yo no lo sea… ¿Te parece? ¿Lo intentamos? Mis miedos son mis miedos, no sé cómo afrontarlos, pero entre dos es más piola…”.

La letra de la canción se transformó en un pequeño himno personal. “Es que cuando estás acompañado, todo es más soportable”, explica. Por eso cuando escuchó a una multitud cantando afuera de su casa, el primer día que regresó a su hogar luego que le arrebataran la vista, Gustavo Gatica les pidió a sus padres que salieran a la calle a dar las gracias. Fue un momento único. Epifánico.

—Ahí nos dimos cuenta que no estábamos solos —dice Prudencia Villarroel, su madre.

—Estaba extrañamente calmado —cuenta Gustavo, intentando explicar su estado de ánimo cuando llegó a la clínica. Al principio, recuerda, pensó que su conducta respondía a un estado de shock, una especie de negacionismo. Pero la extraña calma la mantuvo, incluso, cuando el oftalmólogo le explicó que las probabilidades que tenía de ver eran de un 1 %. “Pienso que fue bueno, para que no me hiciera expectativas”.

Enrique, su hermano mayor, esa misma tarde había acompañado a su padre a hacerse unos exámenes, luego que le diagnosticaran un cáncer a la próstata apenas dos días antes. Fue el ocho de noviembre del año pasado. Recuerda que corrió desde la Posta Central hasta la Clínica Santa María, cruzando a zancadas el puente de los candados. Lo que vio aquella vez, todavía no logra olvidarlo.

—Tengo la imagen de Gustavo tratando de procesar el tema, mis papás llorando al lado mío y yo sin poder pronunciar palabra. Fueron momentos muy fuertes —dice.

La polola de Gustavo, Javiera Sánchez, llegó poco rato después. Enrique la llamó por teléfono, contándole que a su hermano le habían disparado en la cara. Preocupada, viajó desde Colina, sin imaginar que su pareja desde la secundaria había perdido la vista. Dice que fue chocante cuando lo vio por primera vez y que Gustavo, intentando aplacar su impresión, solo atinó a decirle: “Viste que tengo mala suerte”.

La familia decidió, como tantas otras veces, no echarse a morir. El padre empezó un tratamiento y Gustavo tuvo que aprender desde cero actividades que antes parecían sencillas: lavarse los dientes, afeitarse, tomar los cubiertos y echarse nuevamente la comida a la boca. “Fue admirable”, dice hoy don Enrique, su padre.

—Yo he estado más choreado que él —agrega su progenitor—. He sufrido, he llorado, me angustio, me desespero, pero admiro su fortaleza. Un cabro la otra vez me decía que él estaría loco si le hubiera pasado algo así, pero Gustavo ni siquiera se queja.

La recuperación, en rigor, partió en la clínica. Fue allí, donde no solo llegaron amigos y compañeros de universidad, sino también gente desconocida, como

Sharon Retamal, una psicóloga con discapacidad visual dispuesta a enseñarle a usar un iPhone. “Uno lo que más ocupa es el teléfono, y como Gustavo iba a seguir estudiando, le hicimos una capacitación exprés con un amigo. Aprendió muy rápido y se le vio muy animado, protegido por su familia, con el apoyo de sus amigos, siempre rodeado de gente y eso, creo, es una medicina invaluable”.

Gustavo reconoce que sentirse “apañado” le generó sentimientos positivos. Recuerda que hasta el personal de la clínica comenzó a cocinarle comida vegana. “Son cosas muy bacanes. Fue muy importante todo el apoyo de la gente”, cuenta. Y ese cariño, dirigido a él, también terminó por traspasarse a su familia. Prudencia, su madre, asegura que a veces llegaban a la clínica mujeres con un solo objetivo: abrazarla.

—Había muchas mamás pendientes de lo que nos estaba pasando, eso ayuda a que uno se fortalezca. Uno sabe que es un amor sincero, percibe que es de verdad, porque nadie les dijo a esas personas que vinieran, ellas se dieron el tiempo y simplemente lo hicieron.

Gustavo Gatica vivió toda su vida en la misma casa, ubicada en un pequeño pasaje en la Villa Pacífico, a escasas cuadras del centro de Colina. La vivienda fue adquirida por sus padres en la década de los 80, un año después de conocerse. Enrique trabajaba como profesor de historia en el mismo colegio donde Prudencia, parvularia de profesión, acudía a las reuniones de apoderados de su hermana menor.

En diciembre de 1985 se casaron. Primero nació Carol y pocos años después Enrique. Los padres decidieron quedarse con la pareja, pero cuando llevaban 22 años de matrimonio llegó Gustavo. Una sorpresa que nadie esperaba.

—Cuando Prudencia me dijo que estaba embarazada yo tenía 43 años. Le dije que estaba viejo, que iba a ser como un abuelito —cuenta Enrique entre risas. Todo cambió, reconoce, cuando tomó a su retoño en brazos. Fue una alegría verlo tan sano, dice, percibir su carácter y sonrisa fácil. “Incluso ahora que es un adulto, suelo verlo todavía como niño chico”, cuenta.

Enrique, ya maduro, disfrutó de su compañía. Recuerda llevarlo a jugar a la pelota y traspasarle a él su afición por Colo-Colo. “De chico me molestaba por las canas, diciéndome que tenía el pelo igual que la camiseta”. Prudencia, en el

mismo periodo, hacía clases de pre-básica en el establecimiento donde estudiaba su hijo y donde terminaría graduándose de cuarto medio: el colegio San Sebastián de Colina.

—Me acuerdo que algunas veces lo obligaban a bailar, entonces él ponía una cara de afligido en el escenario porque no le gustaba, pero lo querían harto en el colegio —recuerda.

Ambos padres, a la par que consolidaban su familia, desarrollaron una sólida carrera como docentes en distintos establecimientos educacionales de la comuna. Todo marchaba normal, hasta que en febrero del 2005, luego de meses de sufrir dolores de espalda, a Carol le detectaron un cáncer antes de ingresar a estudiar fonoaudiología. Recién había egresado del colegio.

—Al principio los doctores nos dijeron que era tensional. Lamentablemente después de hacerle varios exámenes se dieron cuenta que tenía un tumor en la pelvis —cuenta Prudencia.

La enfermedad fue una estocada amarga. Carol se fue apagando lentamente. Pero pese a sus dolores, siempre tuvo tiempo de compartir con Gustavo. Varios de esos momentos quedaron registrados en videocasetes. Imágenes íntimas de ella disfrazando a Gustavo de payaso o marinero.

—La Carol nos decía que el Gustavo fue un angelito que mandó Dios para que la entretuviera los últimos años de su vida —sostiene Prudencia—. Todavía no hemos sido capaces de ver los videos donde ella lo grababa y volver a escuchar sus risas.

Carol Gatica falleció en marzo del 2006, luego de 14 meses de tratamiento. Su hermano menor tenía ocho años. Si Gustavo llegó tarde a la familia, su hermana partió antes de tiempo.

Salvo el traslado de la mesa de centro a un rincón, todo se mantuvo intacto cuando Gustavo regresó a su casa. Eso le recomendaron a la familia y eso fue lo que hicieron. La imagen del hogar, en rigor, estaba instalada en su cabeza. Pero lo más difícil fue otra cosa: garantizar su independencia. Y eso sí que costó.

—Al principio andábamos encima, poco menos que tomándolo y llevándolo de un lado a otro —señala Prudencia.

Fue el propio Gustavo quien rayó la cancha. “Cuando yo los necesite, les voy a pedir ayuda”, advirtió a sus padres. Así fue haciéndose cargo de sus propios asuntos: ordenar la pieza, hacer la cama y pasar la aspiradora. Todo en su vida, en el fondo, tuvo que replantearse. Incluida también su relación de pareja. Javiera Sánchez, su polola hace siete años, cuenta cómo fue el proceso.

—Decidimos mantener intacta la relación y ahora pasamos más tiempo juntos. Igual esto nos ha fortalecido, pero cambió la forma de amar. Todo es diferente. Las parejas se mandan fotos de todo lo que hacen y nosotros ya no podemos hacerlo como antes. Yo le escribía cartas y ahora tiene que ser todo hablado. Eso nos obligó a decirnos lo que sentimos y hacernos mucho más cariño que antes.

Han sido tiempos de aprendizaje. Enrique, el hermano mayor de Gustavo, reconoce que él ha sido valiente y que al no ser rencoroso adoptó una posición positiva frente a las cosas. “Eso lo hace ser proactivo”, dice. Tanto así que en el último tiempo se ha atrevido, incluso, a cocinar.

—He picado cebolla y preparado tallarines. Ha sido todo un aprendizaje —cuenta Gustavo.

Fue el mismo, de hecho, quien le puso nombre en braille a los frascos de condimentos. Pero lo más difícil no ha sido estar en la casa, sino salir a la calle. “Cuesta moverse, dimensionar las distancias, los espacios, uno se siente más vulnerable, porque no sabe lo que puede pasar”, indica.

En la Fundación Luz le enseñaron a usar el bastón y lentamente ha comenzado a dar sus primeros pasos en la vía pública. El viernes 11 de marzo, cuando aún el coronavirus no se expandía por el país y las manifestaciones seguían convocando a miles de personas, Gustavo retornó con su hermano y varios amigos a Plaza Dignidad. Una visita que deseaba desde que estuvo internado en la clínica y se perdió el segundo aniversario de la muerte de Camilo Catrillanca. Pese a que intentó pasar inadvertido, terminó por comprender lo que su presencia generaba en otras personas.

—La gente decía “es el Gustavo, es el Gustavo” y se acercaban a saludarme. Encontré muy cuático que me dieran las gracias. No le encuentro explicación a eso. Quizá sea por resistir o por seguir ahí pese a todo —explica.

Aun cuando aprecia el cariño de la gente, dice que no quiere ser un ícono. “Tal vez para muchos lo sea, pero cuando podamos salir a la calle no me gustaría ir

adelante de la marcha en un lienzo, yo me siento más cómodo entre la gente", dice.

Esa misma gente que ha llegado a su casa con sandías, queques, vinilos y que le han dedicado hasta libros. Personas que llaman para saber de él desde París, Ámsterdam, Miami, Alemania, Canadá y Cuba. Y hasta esos desconocidos vecinos del barrio que ahora se ofrecen a llevar el vehículo familiar a la revisión técnica. "Todos buscan la oportunidad de demostrarnos que están con nosotros", cuenta el padre de Gustavo.

—No saben a quién tocaron —complementa Prudencia—. Gustavo no es cualquier persona, y no es que menosprecie a los demás, pero él es hijo de profesores y el Colegio de Profesores ha estado muy atento a lo que pasa, mi otro hijo es historiador y ha trabajado en sitios de memoria. La gente de Villa Grimaldi y varias universidades está preocupados. Existen muchas redes de apoyo que están funcionando.

Si hasta sus propios compañeros de psicología en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, solicitaron al director de la carrera, Melvin Anabalón, que si Gustavo se atrasaba, se atrasaban todos. "Si no puede tomar ramos el próximo semestre —me dijeron— nosotros tampoco vamos a hacerlo porque no queremos que él se quede atrás, en un curso nuevo, que no tenga amigos y, por lo tanto, estamos dispuestos incluso a perder un semestre con tal de esperarlo".

La gratitud, en todo caso, va y viene. Cuando Fabiola Campillai estuvo internada, fue Gustavo quien la llamó para ofrecerle su ayuda, la misma que él recibió innumerables veces. "Fabiola, vamos a salir adelante, no nos ganarán, es difícil, pero vamos a lograrlo", le dijo.

Pocos días después, la madre y el hermano de Gustavo, fueron a visitar a la familia de Fabiola en San Bernardo. Prudencia cuenta que tomaron té y que vio bastante afectados al esposo y la hermana de Campillai. Dice que les ofrecieron ayuda con abogados conocidos y les dieron algunos consejos sobre el proceso de rehabilitación. Antes de marcharse, la familia de Fabiola les regaló una caja de mercadería que habían juntado entre varios vecinos. La mamá de Gustavo se emocionó y agradeció el gesto. "De una u otra forma, terminamos ayudándonos todos", dice.

Hace poco volvieron a hablar, a través de Zoom, y prometieron juntarse las dos

familias cuando termine la pandemia. “Tenemos una once pendiente”, detalla Prudencia, dos semanas antes que internaran a Fabiola por un cuadro de meningitis.

El sábado 13 de junio, el padre de Gustavo sufrió un accidente. Mientras subía la escalera, se precipitó al suelo tras perder el equilibrio. Hacía poco lo habían operado de la próstata y estaba en franco proceso de recuperación. Una fractura de cráneo obligó a hospitalizarlo nuevamente y los viejos fantasmas regresaron.

—Hubo gente que nos decía que vendiéramos la casa, que a lo mejor estaba embrujada. Las personas religiosas hablan de pruebas que hay que superar. En verdad no tenemos respuestas. Perdemos la fe, volvemos a creer, es un torbellino de pensamientos —reflexiona Enrique.

El padre de Gustavo finalmente se recuperó y regresó a su casa tras dos semanas de internación. Dice que estuvo a punto de morir y que no sabe de dónde sacó fuerzas para no abandonar a los suyos. “No me gustaría dejar solos a ‘Prude’ y Gustavito, solo pido un tiempito más”, dice.

La más contenta con su regreso fue Prudencia. Ver despertar a su esposo a su lado, después de 35 años juntos, la llena de energía. “Me alegra tenerlo conmigo y que Gustavo también esté con nosotros, madurando y que comience a ver con los ojos del alma”, dice.

Gustavo cuenta que, a pesar de su ceguera, su alma sigue intacta y que en su búsqueda a tientas ha empezado a valorar otras cosas. Situaciones que aun sin verlas le parecen luminosas. “Aprender que en el mundo uno tiene que estar acompañado de otras personas, aceptar la ayuda del resto, valorar a los amigos y a toda esa gente que te apoya sin siquiera conocerte”.

Para Enrique, profesor de Historia, la irrupción de jóvenes como Gustavo durante el estallido social fue algo inevitable. “Esto se venía forjando y tarde o temprano iba a pasar. La gente se cansó del maltrato de las autoridades. Yo creo que después del 18 de octubre nada va a ser igual. Nadie va a poder gobernar como lo hacía antes, con decretos a la medida y leyes que favorecen a la clase alta. La juventud ya no es la misma de antes”, asegura su padre.

Si hay algo que Enrique lamenta, como padre de una víctima de trauma ocular,

es la normalización de la violencia ejercida por Carabineros. “Cómo es posible que hayan disparado balines de metal, destrozando la vista de más de 400 jóvenes y nadie haya sacado una declaración, como si fuera lo más normal del mundo. No se pronunció el Ejecutivo, el Poder Judicial y menos la Iglesia Católica”.

Tampoco en el caso de Gustavo habían recibido novedades, hasta la detención de Claudio Crespo, el excomandante de Fuerzas Especiales sospechoso de haberlo dejado ciego, quien fue formalizado hace apenas 20 días. Una verdadera excepción comparado con cientos de casos donde ni siquiera existen imputados.

—Es importante que exista justicia para todos los casos —dice Gustavo. Hay que seguir haciendo presión y cambiar esa sensación de impunidad a la que nos hemos acostumbrado, pensando que el máximo castigo es una acusación constitucional… Mi mensaje a la gente que fue herida es que tengan aguante y paciencia. Se va a hacer justicia. Estaremos atentos a los procesos judiciales de todos los compañeros y compañeras, para que no nos pasen máquina por ningún lado.

Es preciso perseguir, asegura Gustavo, no solo a quienes ejecutaron las órdenes sino también a los responsables políticos, incluido el presidente Sebastián Piñera. “Él es quien tiene la última palabra, es el que dirige todo y, obviamente, tiene responsabilidad. A mí me pasó esto tres semanas después del estallido y en esas tres semanas hubieron cientos de mutilados, cientos de heridos e incluso muertos. Entonces si en tres semanas no se cambió el rumbo, quiere decir que él quería que fuese así”.

Esa sensación de impunidad lo ha llevado a salir nuevamente a la calle a manifestarse. En Colina, al menos dos veces al mes suenan religiosamente las cacerolas. “Los ocho se conmemora lo que a mí me pasó y los 18 la revuelta”, cuenta Gustavo. El mes pasado se dio tiempo incluso de construir un lienzo en lenguaje braille, que diseñó con tapas de bebida que decían Wallmapu libre y partió junto a su polola, su madre y un grupo de vecinos, a una protesta pacífica en una plazoleta ubicada a un costado del municipio. Allí se encontró con Carlos Astudillo, quien estuvo en riesgo vital tras recibir un proyectil de guerra por parte de funcionarios del Ejército días después del estallido social.

—En el verano, en enero, vino a verme y de ahí que somos amigos —cuenta Gustavo. Él estuvo cerca de dos meses en la clínica. Ahora está esperando una

cirugía en sus piernas, se ha operado muchas veces. Yo siempre le digo que lo admiro porque yo tuve tres cirugías y ya estaba chato, no quería más y él ha tenido muchas más y sigue aguantando.

Con su amigo, Gustavo comparte información sobre otros casos de apremios en el estallido social, historias con escasa visibilidad pública, pero igual de dramáticas que la suya o la de Fabiola Campillai. “El otro día supe de una persona en Buin que los pacos le pegaron y quedó con daño neurológico, por eso con el Carlos cualquier dato de cooperación que tenga me lo comparte, yo igual a él. Siempre estamos ayudándonos, no nos queda otra, tenemos que apoyarnos entre nosotros”, cuenta.

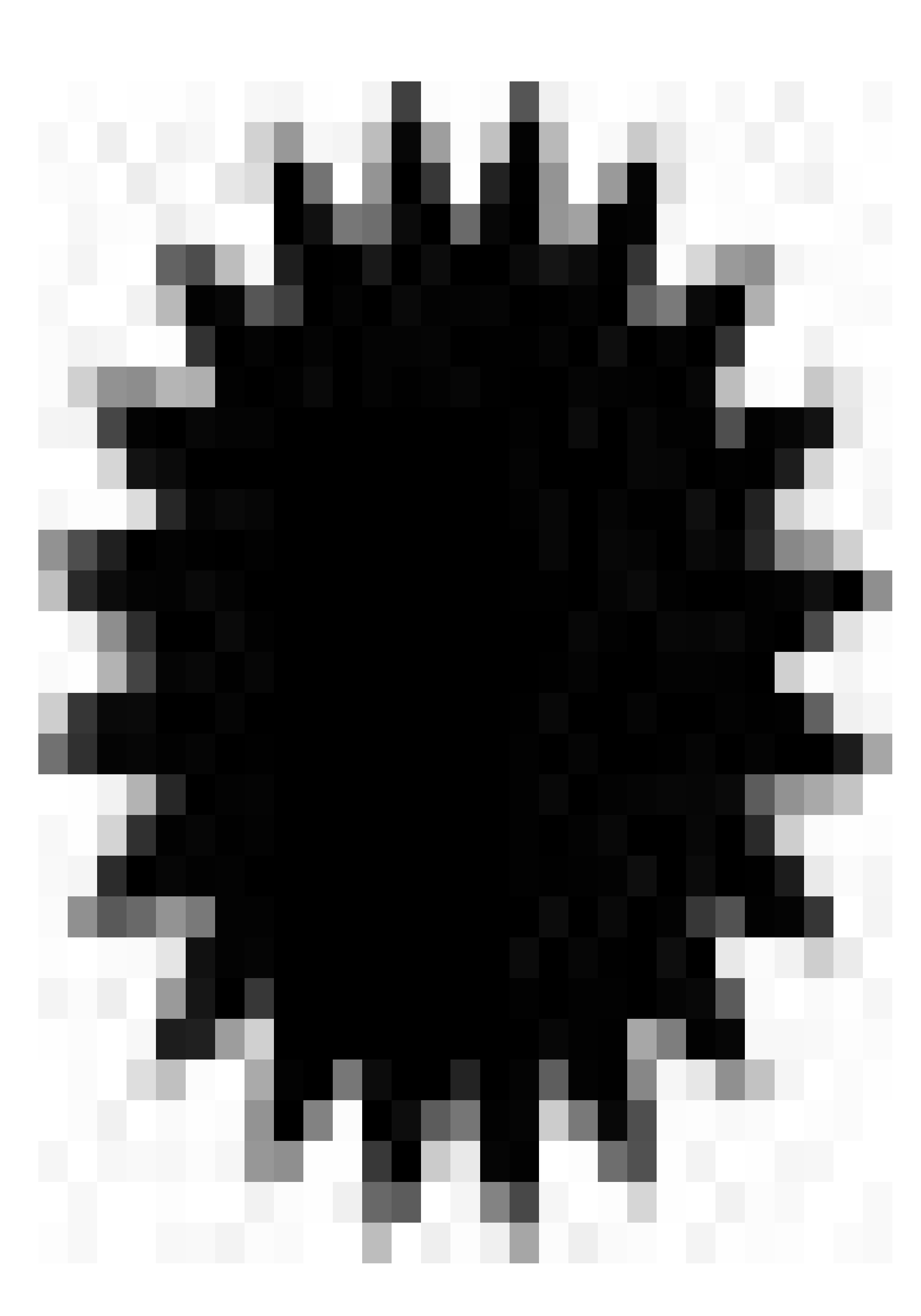
Gustavo tiene conciencia que sin un ejercicio de visibilización es muy probable que las historias de represión tras el estallido se repitan. Es por eso que hoy trabaja en una iniciativa personal sobre relatos de sitios de memoria, apoyado por algunos documentalistas y artistas, que pretende mostrar en breves capítulos. Entremedio toma clases de piano, una de sus nuevas aficiones, y escucha vinilos con un equipo de alta fidelidad. Dice que se le ha agudizado el oído y que la música ha sido una compañera invaluable en este periodo.

A veces Enrique, su padre, lo escucha tararear melodías en la noche y le entra la nostalgia. Tiene miedo que en algún momento Gustavo se angustie, se desespere o caiga en alguna depresión. Pero luego lo ve sonriendo, con proyectos, y lo imagina como un profesional exitoso, un destacado psicólogo y conferencista. “Él quiere tener un negocio de comida vegana, se quiere independizar, comprar un departamento, eso habla de su optimismo y ganas de superación”, dice su padre. Luego agrega, tratando de hacerse parte del mismo sueño, que cuando reciba su pensión de profesor le gustaría ayudarlo para que pueda comprar una propiedad.

Prudencia, como siempre, asegura que estará ahí para ayudar a ambos. “El amor todo lo puede”, dice, intentando explicar cómo ha hecho frente a los vaivenes del último año. Porque pese a todas las desgracias vividas, asegura que es optimista. Que la historia de su familia es como la de esos árboles que crecen en los pantanos y echan raíces profundas que se entrelazan bajo tierra. “Entonces pueden venir tormentas, vientos, lo que sea —dice con voz apacible— y no se derrumbarán porque sus raíces están arraigadas en un amor profundo. Si uno se tambalea, el otro lo tira hacia arriba para no decaer. Eso nos ha pasado a nosotros. Nos han tocado tormentas horribles, pero siempre hay otro dispuesto a

ayudar para mantenernos en pie”.

EL ÚLTIMO VIAJE DE UNA KAWÉSQAR



Gazi Jalil F.

24 de octubre de 2020

Sábado

Pocas veces un perfil reúne tantas condiciones de actualidad como el que nos presenta Gazi Jalil Figueroa en la revista Sábado bajo el nombre “El último viaje de una kawésqar”.

Se trata de un artículo de excelencia que repasa la cultura de una etnia, las imposiciones que sufrieron desde la Iglesia y el Estado, la pandemia que afecta al país y la esperanza de perpetuar a los kawésqar puros de Puerto Edén. Con una redacción limpia y de fácil lectura, el texto tiene solo lo que debe tener.

Ester Edén Wellington no era la última de su etnia, pero hoy no quedan más de tres kawésqar puros en Puerto Edén. Hace un mes murió de covid-19. Felicia González, la única hija que le sobrevive, recuerda su vida con ella, los conocimientos ancestrales que le traspasó, las historias que le contó, y habla del legado que perpetuará para evitar la desaparición de su cultura.

Ester Edén Wellington murió a los 85 años de covid-19. Era una de las mujeres más representativas de la comunidad kawésqar de Puerto Edén y a su funeral, por protocolo sanitario, asistió solo la directora regional de la Conadi y un par de familiares; entre ellos, Felicia González, la única hija que le sobrevive.

Ester Edén había pasado sus últimos diez años en el Establecimiento de Larga Estadía del Adulto Mayor (Eleam) Cristina Calderón, de Punta Arenas, hasta donde llegó con diagnóstico de desnutrición crónica. Durante su permanencia fue una mujer reservada, como lo había sido toda su vida. Prefería la soledad y hablaba poco, muchas veces en kawésqar. Pero con el tiempo se fue apagando cada vez más. Su hija dice que tenía alzhéimer. La última vez que la vio fue en el Hospital Clínico de Punta Arenas. Allí le permitieron despedirse de ella el día en que murió.

—Tenía problemas a la vista, pero abrió los ojos y me reconoció. Me dijo: "Chica, ¿vino tu papá Mariano contigo para que me venga a buscar?". Fue todo lo que habló. Quedé muy sorprendida. Mariano González era mi papá, que murió en los 70.

Ester Edén contrajo el virus en el Eleam a fines de agosto, cuando se detectó un brote que afectó a más de 20 residentes, según confirmó Eduardo Castillo, seremi (s) de Salud. Falleció el cinco de septiembre, justo el Día Internacional de la Mujer Indígena. No era la última de su etnia ni tampoco la última hablante kawésqar, como se informó, pero en su comunidad de Puerto Edén —declarada Tesoro Humano Vivo en 2009— hoy solo quedan tres kawésqar puros, todos ancianos, asegura Felicia.

—Quedan el tío Francisco, el tío Raúl y la tía Gabriela —enumera—. Ellos son los últimos hablantes de la isla. Sus hijos viven allá, pero no saben kawésqar.

Felicia también perdió el idioma, aunque hoy se esfuerza en aprenderlo en talleres de fonética y con el diccionario del etnolingüista Óscar Aguilera, el

único hablante que no pertenece a la etnia.

—Somos un pueblo en vías de extinción en cuanto a la cultura, pero estamos luchando contra eso, rescatando el idioma, las tradiciones, la artesanía. Hoy existen muchos kawésqar que se reconocen como tal en Punta Arenas y Puerto Natales.

De hecho, hay casi 400 registrados en la Conadi de Magallanes, de los cuales unos 100 serían puros, como Felicia; es decir, hijos de padre y madre nativos. Pero pocos conservan su apellido original. Entre los kawésqar hay Sánchez, Ulloa, Rosales e incluso Alessandri.

Felicia explica que en eso tuvo que ver el sacerdote Federico Torre, que a mediados del siglo pasado fue enviado por la congregación salesiana para evangelizar a los kawésqar y prepararlos para la civilización. De paso, les cambió sus nombres, lo que a juicio de Felicia fue uno de los primeros quiebres de los kawésqar con su cultura. Ya nadie se llama Yuras, Chaccuol o Takerá, dice.

—Incluso hay muchos que somos familiares directos, pero con distinto apellido —agrega.

Un artículo de La Prensa Austral da cuenta de que a Noshtué, el padre de Ester Edén y abuelo de Felicia, el cura le puso Gregorio Mansilla, porque el día de la ceremonia bautismal era san Gregorio, y “Mansilla” por el sargento de la Fuerza Aérea que lo apadrinó. Lo mismo con su mujer Llax, a la que el sacerdote llamó María Angostura.

—A mi mamá también la rebautizó. Ella se llamaba Atap, que significa “estrella”, pero el padre le puso Edén por el nombre del pueblo y Wellington por la isla. Y a mi papá Mariano lo dejó con el apellido González en honor al presidente Gabriel González Videla.

Felicia heredó esos apellidos, pero su abuela le dio otro nombre que no aparece en su acta de nacimiento: Koulet, “pequeña” en kawésqar.

Ester Edén Wellington tuvo tres hijos y, hasta donde Felicia sabe, pudieron haber sido seis, porque averiguó que había otros tres de los cuales nunca tuvo noticia.

Pero jamás fueron 14, como leyó en los diarios que informaban de la muerte de su madre. De sus hermanos más directos, ambos ya fallecieron.

—Yo soy la última que queda. El mayor murió hace años. Su cuerpo fue incinerado y lo sepultaron en Puerto Edén. Y el menor falleció en Talca. Él nació con una enfermedad sanguínea y el Ejército lo trasladó, porque en Punta Arenas no estaban los medios para operarlo. En Talca fue intervenido varias veces en una clínica militar y vivía en un hogar de Carabineros. Así se fue quedando y nunca más se vino.

Felicia, 54 años, nació en Punta Arenas con la misma afección sanguínea de su hermano, lo que obligó a sus padres a dejarla en la ciudad en manos de una cuidadora del hospital, que tenía varios niños a su cargo, "muchos como yo, con problemas de salud, y otros abandonados que eran dados en adopción", recuerda.

—Antiguamente existía el buque "Navarino", que iba y venía de Puerto Edén cada 15 días. Mis papás me venían a visitar de tanto en tanto. A veces pasaba un mes, a veces dos. Pero mantuve contacto con ellos.

Dice que su niñez y adolescencia, alejada de sus padres, fue dura.

—Yo sabía que no estaba con mi familia ni mi gente. Lo más difícil era cuando en la escuela todos llegaban de la mano de sus papás o sus mamás, y yo llegaba sola. Siempre fue así para mí, en la básica y en la media.

Felicia egresó del colegio con un título técnico de Educadora Parvularia y lo primero que hizo fue irse a Río Gallegos, en Argentina, a trabajar como nana durante dos años.

—Necesitaba juntar plata para viajar a Puerto Edén. Recién pude ir por primera vez en 1987, cuando cumplí los 18 años. Quería conocer mi tierra y a mi gente. Quería saber cómo vivían. Pero tengo un recuerdo muy extraño de ese viaje.

Lejos de la bienvenida que se imaginaba, Felicia fue recibida con desconfianza.

—Como una venía desde afuera, al principio fueron muy herméticos conmigo. Hubo mucha reserva de parte de ellos. Fue difícil comunicarse. Conversaban en kawésqar cuando no querían hablar conmigo. Me costó mucho ganarme la confianza. Luego me dijeron que eran así porque saliendo de Puerto Edén, no saben cuáles son las costumbres de uno.

Felicia comenzó a ir continuamente. El viaje en el buque, ese tiempo, a veces demoraba cuatro días, porque durante el trayecto recalaban en otros puertos.

—Me quedaba 15 días para conocer la cultura, el lugar, a mi familia, a mi abuela que estaba viva en ese tiempo, a dos tíos paternos, a gente que nunca había visto. Me ayudó mucho la tía Gabriela Paterito. Ella era una persona muy conversadora, me hablaba. Todavía seguían las tradiciones de salir en un botecito e ir a cazar aves, a mariscar. Ella fue la que me acercó más a la familia.

Ester Edén, en cambio, era menos comunicativa y a Felicia le costaba sacarle palabra.

—Mi mamá siempre fue muy sumisa y callada. La verdad, nunca fue demasiado conversadora. De todos modos, me pude acercar a ella. Estuve en su casa, le gustaba tejer, era excelente en eso.

Ester Edén sabía cazar lobos marinos y solía navegar para ir a mariscar. Además, recolectaba junquillo, una especie de fibra usada en la fabricación de las canoas y para tejer cestas, que ella vendía a los turistas que llegaban a Puerto Edén. Pero en su juventud fue más reconocida por su habilidad para bucear a pulmón, una técnica que aprendió luego de un capítulo trágico en su vida.

—Ella siempre me contaba esa historia —dice Felicia—. Cuando era pequeña, tendría nueve o 12 años, su familia salió en canoa y nunca más volvió. Los pilló un temporal y se dieron vuelta. Todos murieron. Ella se salvó solo porque era muy niña y la dejaron en tierra, igual que a su hermana Gabriela Paterito. Por eso somos tan pocos por el lado materno.

En el accidente murió también Pedro Lautaro Edén, hermano de Ester, quien llegó a ser suboficial mecánico de la FACh y un hombre respetado en su comunidad. Por mucho tiempo, Ester Edén decía que aún esperaba su regreso, como si en verdad se hubiese ido a Santiago.

—Siempre se acordaba de él —relata Felicia.

La isla Wellington, al sur del golfo de Penas, es la tercera más grande de Chile. Está rodeada de canales patagónicos y de decenas de islas e islotes, algunos sin nombre, que se resquebrajan hacia el Océano Pacífico, como si la tierra se

estuviera desarmando en pedazos. Puerto Edén, a un día de navegación desde Puerto Natales, es el único lugar poblado de toda la isla y de todo el archipiélago. Desde lejos, antes de llegar, aparecen las montañas y los bosques nativos de coigües, cipreses y canelos, pero no hay mucho más que ver en el pueblo: solo una estación meteorológica de la Armada, una iglesia, un retén de Carabineros, una posta de primeros auxilios, una escuela, una oficina del Registro Civil, un puñado de casas precarias, una pasarela y ninguna calle.

Pese a que hay vestigios de la existencia de los kawésqar desde hace seis mil años, Puerto Edén es reciente. Fue inaugurado en 1969 para establecer al grupo de indígenas que hasta entonces llevaba una vida nómada, navegando desde el golfo de Penas hasta el Estrecho de Magallanes.

—Con eso, prácticamente fueron sometidos, porque se convirtieron en sedentarios y las costumbres se fueron diluyendo. Ya no podían navegar libremente como sus antepasados, ni mariscar ni cazar. Tenían que pedir permiso —dice Felicia.

En sus viajes a Puerto Edén, los más viejos le traspasaron sus conocimientos ancestrales: sabe recolectar mariscos, frutos silvestres y junquillo, y ha documentado con fotos lo que va quedando de la vida kawésqar. Aprendió el oficio de José Navarro, con quien se casó en 1989.

—Él era el típico fotógrafo de la Plaza de Armas que tenía un caballito. Yo lo ayudaba, especialmente para las Fiestas Patrias, cuando había más demanda, y así me fui interesando en el tema. Lo que más me gusta es retratar rostros en blanco y negro.

Felicia se dedicó luego al rescate de fotos antiguas de los kawésqar con la Universidad de Magallanes, realizó exposiciones y en 2010 comenzó a trabajar como educadora tradicional en varios colegios de la ciudad, hablando de la cultura y tradiciones de su pueblo. También ha participado en muestras artesanales y tras la promulgación de la Ley Indígena, formó la Comunidad Indígena Kawésqar Residente en Punta Arenas, de la cual fue la primera presidenta. Como tal, viajó a distintas ciudades de Chile para dar cuenta de la situación de su etnia. Ha dado charlas en San Pedro de Atacama y talleres en La Pintana.

Tras separarse, Felicia se emparejó con Martín González, un descendiente yagán

y reconocido artesano de canoas, con quien vivió en Puerto Williams, Punta Arenas e incluso en el faro San Isidro, el punto donde termina el continente americano.

—Con Martín tuvimos una relación muy estrecha durante 15 años. Lo nuestro fue como un encuentro cósmico entre dos pueblos ancestrales. Cada uno sabía de su cultura y prácticamente las fusionamos. Él me entregó sus conocimientos, lo que tenía dentro de su corazón y rescaté muchas cosas de él.

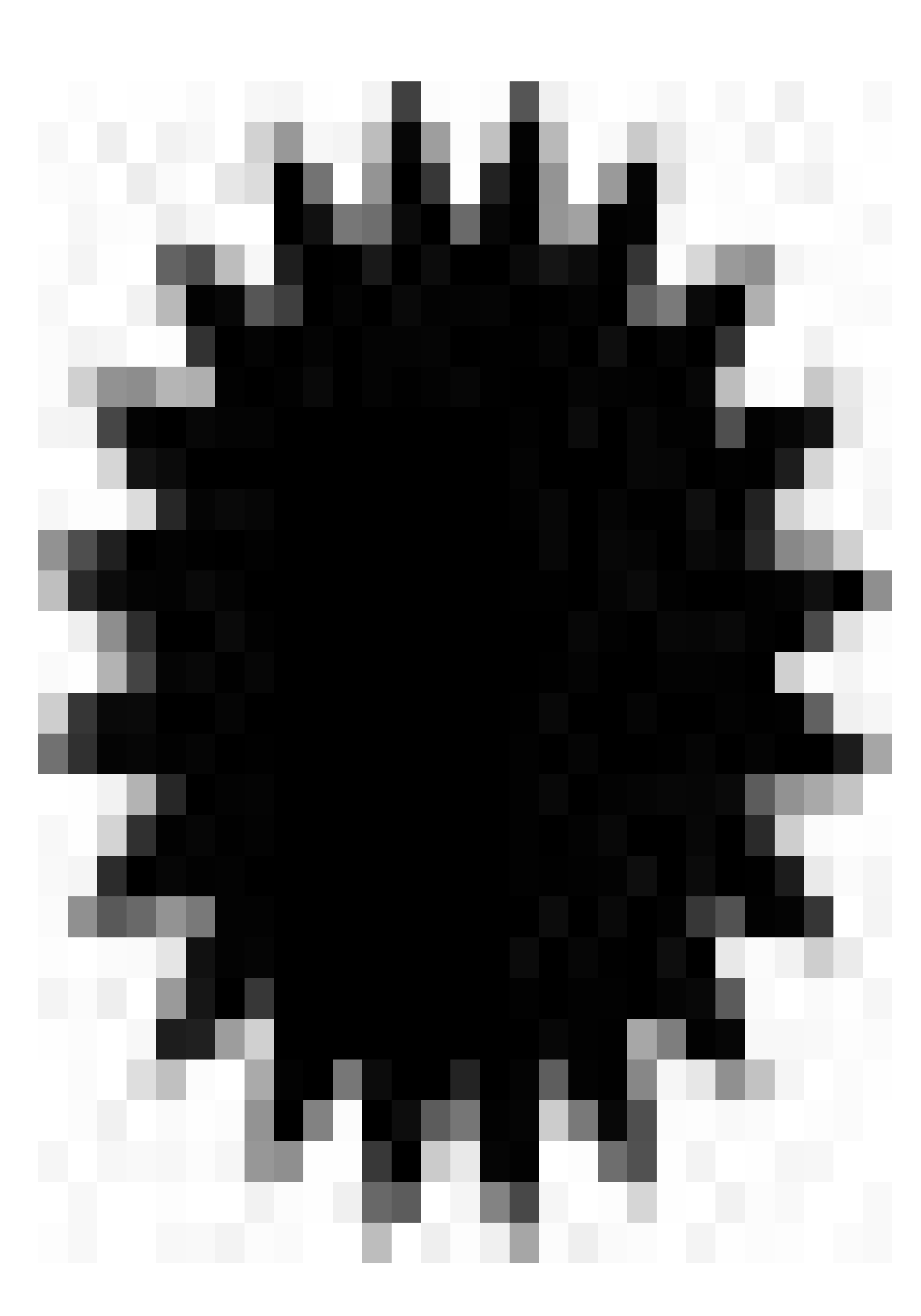
En el faro San Isidro estuvieron seis meses. Allí se dedicaron a construir canoas de tronco cavado, de corteza y chalupas chilotas, tal como lo hacían sus ancestros.

—Salíamos a los bosques a buscar las cortezas, a tener conexión con la tierra y con el mar. Él amaba la naturaleza. Me enseñó sobre las aves, sus cantos, sus migraciones. Yaganes y kawésqar eran pueblos canoeros y tenían una cultura parecida. Lo único distinto era el idioma. Yo lo llevé a colegios y jardines infantiles para hablar de sus conocimientos. Fuimos incluso a Argentina. Él era callado, pero lo ayudé a sacar todo eso afuera.

Martín González murió esta semana en Punta Arenas de Covid, igual que Ester Edén.

Felicia también se contagió, aunque no necesitó ser hospitalizada. Ya la dieron de alta, pero piensa en él y en su mamá. Según la cosmovisión kawésqar, sus almas están ahora navegando más allá de los canales, en alguna parte del océano. Por eso no está triste: ya la vendrán a visitar en sueños, cree.

LAS VOCES DE JENNY



Matías Concha

28 de junio

El Mercurio de Antofagasta

Inmigración, droga y abandono se reúnen en este artículo de Matías Concha, donde una joven como Jenny permite conocer la cruda realidad del norte del país y que habla de cifras dramáticas a nivel nacional: “en Chile, más de 19 mil personas con discapacidad mental viven en contextos de pobreza, en su mayoría son mujeres, como Jenny. Sin embargo, el presupuesto que se destina para salud mental en el país no supera el 2,3 % del total destinado a salud” nos revela el autor. Un relato triste, pero necesario, sobre una realidad ineludible.

La historia de Jenny Aguilar López, 26 años, comienza 14 años antes del consumo de pasta base, el abuso, los golpes y la esquizofrenia. Cuando en la estación de trenes en Tupiza, al sureste de Bolivia, despidió a su hermana mayor, Carmen, quien se dirigía a Venezuela escapando de la pobreza. “No me abandones”, gritó Jenny, tenía 12 años. “¿Me llevarías contigo?”, volvió preguntar. “No puedo”, respondió su hermana. Entonces le explicó: “Lo siento mucho, Jenny, no puedes venir conmigo. Aún eres muy pequeña”. La niña se inclinó, se secó los ojos y con la cabeza gacha, asintió: “Está bien”.

Carmen Aguilar, de 32 años, boliviana, asegura que después de su partida a Venezuela, se iniciaría un declive en la vida de su hermana pequeña, Jenny. Una joven que hoy vive en situación de calle en Calama. Quienes la han visto deambular cerca de la Catedral San Juan Bautista, en pleno centro, afirman haberla observado discutir con personas invisibles, aislada del mundo que la rodea. “Un hombre me persigue”, es lo que ella repite. Su hermana mayor, angustiada, revela: “Nunca debí haberla dejado. Yo pensé que quedaría en buenas manos”.

Más de una década después, en Calama, Jenny es una mujer de cuerpo frágil, cuyos brazos y piernas cuelgan como si fueran hilos. No tiene relación con su familia, vive en la calle, consume pasta base y un grave trastorno siquiátrico la tiene viviendo en el delirio.

En febrero pasado, una excompañera del Liceo Radomiro Tomic, donde estudió hasta segundo medio, se la topó camino al centro de Calama. “Cuando me vio se fue corriendo, quizás le dio vergüenza que yo la viera en ese estado”, asegura su excompañera, quien prefiere no revelar su identidad. Días después, se reunió con una de las hermanas de Jenny, Lilian, que le dijo: “Qué vergüenza ver que mi hermana esté en la calle”.

—También me contó que hace años, Jenny la persiguió por toda la casa con un cuchillo. “Te voy a matar”. Por suerte llegó la mamá, pero la Jenny ya no se acordaba de nada, había borrado todo de su cabeza. No sé qué más habrá vivido esa familia, pero la Jenny que yo conocí en el liceo era diferente.

Un hombre me persique

Un día, Jenny le pidió a su padre a gritos que no la matase. Él era un hombre violento, especialmente con Jenny, quien a pesar de tener seis años, era la única que lo enfrentaba: “Papá, detente, me duele”, le decía, pero él nunca se detuvo. La castigaba con baños de agua fría, la azotaba con el cinturón, la amenazaba: “Cállate, gritas mucho, lloras mucho, pareces un animal”.

—Mi papá era una persona enferma, alcohólica —cuenta—. Cuando él llegaba alcoholizado también hacía pedazos a mi mamá, pero lo peor siempre se lo llevó la Jenny, que le respondía.

Petrona López (58) tiene siete hijas, Jenny es la del medio. El padre nunca fue una figura presente. Cuando Jenny tenía seis años, abandonó a la familia. Antes de separarse, incluso las amenazó de muerte. “Él rondaba la casa, nos espiaba, a mí no me dejaba trabajar, ninguna de las niñas podía salir tranquila”, recuerda su madre.

—Él tenía problemas psiquiátricos —asegura Carmen— pero nunca se quiso tratar, también escuchaba voces, estaba trastornado.

En mayo de 2005, Jenny, de 11 años, iba camino al colegio Antofagasta en Tupiza, provincia de Sud Chichas, Bolivia. Como siempre, la acompañaba Dayana Felipez, compañera de escuela. “Escucho una voz”, le dijo Jenny. “¿De qué estás hablando?”, respondió su amiga. Entonces, Jenny le reveló: “Es una voz que me molesta”.

—Nunca entendí mucho—explica Dayana— es que éramos niñas y pensé que me estaba molestando. Hasta entonces la Jenny era súper alegre, le gustaba pintar, también se divertía molestando al profesor de matemáticas, le tiraba papelitos. Ella era así, como traviesa.

Ese mismo año, la madre de Jenny, Petrona, viajó a Chile escapando de las amenazas de su esposo. Necesitaba urgente generar ingresos para la familia. Jenny y sus hermanas quedaron al cuidado de una tía en Bolivia. “Cuando llegué a Calama comencé a trabajar como ayudante de cocina en un restorán, no paraba en todo el día, también trabajaba de noche lavando platos. Ganaba el mínimo, como 140 mil pesos, todo se los mandaba a mis niñas. No me quedaba con nada para mí. La comida, por ejemplo, me la daban en el restorán”, recuerda.

Según su madre, Jenny nunca logró comprender su partida, sintió que la habían abandonado. “No fue fácil, tuve que sacarlas adelante sin ayuda de nadie y las quise tener siempre cerca, pero no podía. Fue una época triste. Ella estaba muy mal también; uno cree que porque era niña no entendía, pero nunca volvió a ser la misma”, reflexiona Petrona López.

Al poco tiempo, Carmen, que hacía el rol de madre, se iría de su lado. Ella nos cuenta que en una ocasión, hablando por teléfono, Jenny le reclamó su partida: “No te metas más en mi vida. Tú te fuiste. Ahora ya no me conoces”.

—Yo la iba a dejar a la escuela de la mano. Imagina lo apegadas que éramos. Pero usted tiene que entender, tuve que partir para poder estudiar algo, éramos muy pobres.

Cuatro años después, Carmen volvió a Bolivia para visitar a sus hermanas. Jenny se había convertido en una quinceañera lejana, solitaria y desconfiada. En la única conversación que mantuvieron, Jenny le confesó, entre sollozos: “No quiero crecer, quiero ser niña, lo único que quiero es seguir siendo una niña”.

“Cuando me hablaba, sus ojos estaban perdidos, no enfocaba”, dice Carmen. Suspira y después de una pausa, continúa: “Poco tiempo después, comenzaron los gritos desaforados. Fue tanto que una de mis hermanas, espantada, la grabó hablando sola: ‘Un hombre me persigue’”, repetía.

Cuando la convivencia se tornó insostenible, decidieron internar a Jenny en el Instituto Psiquiátrico en Sucre, Bolivia. Ahí recibió su primer diagnóstico: esquizofrenia. “El siquiatra que la trató nos preguntó si Jenny había sufrido algún tipo de abuso sexual, nosotras no supimos qué responder”, confiesa Carmen.

Dónde está mi hijo

El 11 de junio de 2012, Jenny obtuvo su certificado de permanencia definitiva en Calama. Tenía 18, pero ya llevaba cinco años viviendo en la ciudad minera. Su madre, Petrona, cuenta que a su llegada, Jenny la abrazó con fuerza y le dijo: “Mamita, nunca más me dejes”. Con 13 años, Jenny ingresó al Liceo Eleuterio

Ramírez Molina de Calama, pero no logró adaptarse. No existen registros de su paso por la escuela, ningún compañero de curso recuerda haber compartido con ella. Un año después, entró al Liceo Radomiro Tomic. Su madre repasa esa época con angustia. "Una tarde explotó y me dijo que nadie la quería en ese colegio. Me gritó: 'Mamá, me dicen gorda, fea, chueca'".

Los profesores la describen como una alumna de carácter introvertido, difícil de llevar. Sus compañeros dicen que nunca hablaba con nadie. "Era rara, nadie la pescaba, tampoco era aplicada, siempre estaba sentada con su mochila en el patio mirando a la gente, sin decir nada", comenta una excompañera del liceo, Emily Nadir.

En un recreo, un grupo de estudiantes mandó a Jenny a comprar marihuana. "El trato que le pusieron fue que si compraba los pitos, aceptarían que fuera parte del grupo. Ella partió corriendo, se escapó del liceo para ir comprarlos", revela Emily.

"Jenny comenzó a perderse por semanas", dice su madre. A los 14, comenzó a consumir alcohol, marihuana y pronto se iniciaría en la pasta base. Repitió dos años consecutivos y dejó de ir a la escuela en segundo medio. No volvería a estudiar en ningún otro colegio. "Yo era papá y mamá, tenía dos trabajos, no tenía cómo estar con ella, aún me culpo por eso", se lamenta Petrona. El consumo de solventes y drogas fuertes transformaban a su hija en otra persona: "Me dio miedo, se ponía agresiva, yo le llevaba comida, ropa, pero ella me insultaba, me gritaba, pero en otros momentos me abrazaba y les decía a los hombres con los que andaba: 'Esta es mi mamita, nadie le pude hacer nada'".

Son las cuatro de la madrugada y suena el teléfono. Petrona responde y teme lo peor; su hija Jenny está perdida desde hace dos meses. "¿Ubico a la familia de Jenny Aguilar López?", pregunta un desconocido. "Sí, dígame qué pasó", responde Petrona. Entonces le revelan: "Lo siento mucho, acabamos de encontrar a su hija tirada en las vías del tren, está muy herida, pero el bebé que espera está bien".

Así se enteró que Jenny tenía pocos meses de embarazo. Policías que patrullaban el desierto en Uyuni, Bolivia, la habían encontrado a un costado de las vías del ferrocarril, ensangrentada. Aún no se explican cómo viajó hasta ese lugar. Cuando despertó, ella no dijo absolutamente nada, tampoco contó nunca quién es el padre del niño, guardó silencio todo el camino de vuelta a Chile.

Su hijo nació el 22 de diciembre de 2016, en el hospital Carlos Cisternas de Calama. Después del parto, Jenny, quien había estado en la casa de su madre los últimos días del embarazo, experimentó un episodio de abstinencia, marcado por una sensación de incapacidad para cuidar a su hijo. “No quiero verlo”, le dijo a una de sus hermanas mayores, Lurdes Aguilar.

El niño estuvo esperando casi un mes en el hospital. Después de ocho audiencias en el Juzgado de Familia de Calama, se dictaminó que su hijo debía ingresar a un proceso de adopción. Nadie de la familia Aguilar fue considerado apto para hacerse cargo de la criatura.

Voces en la calle

Es domingo, Jenny Aguilar espera a los feligreses a la salida de la catedral San Juan Bautista, en Calama. Tiene 23 años, vive en un colchón con un hombre 30 años mayor que ella. Luego resuelve entrar a la parroquia, todos la miran espantados. Grita: “Denme una moneda, no sean cagados”.

Con el apoyo del municipio de Calama, Jenny había sido internada tres veces en el Hospital de Antofagasta. Pero a las dos semanas de tratamiento, después de ser compensada, volvía a la calle, no tenían cómo retenerla. “Sus preocupaciones eran el temor de ser abandonada por su madre y el haber perdido a su hijo”, explica Verónica Sánchez (43), la sicóloga que trató a Jenny cuando estuvo internada en el Hospital de Salud Mental Carlos Cisternas en Calama. “Lo que Jenny de verdad requiere es una hospitalización prolongada de cuidados intensivos de salud mental, luego debería ingresar a una residencia protegida a fin de continuar su rehabilitación en un contexto comunitario”.

En marzo de 2020, la gobernadora de El Loa, María Bernarda Jopia, inició una mesa que incluyó al Hogar de Cristo y otras organizaciones, para ver cómo sacar a Jenny de las calles. “Ella requiere de un centro médico integral, pero en Antofagasta no contamos con ese dispositivo, esa es la verdad, por eso estamos viendo la posibilidad de cambiarla de región. Hace poco encontramos dos centros, uno en Valparaíso y otro en la región del Maule, pero los dos tienen los cupos llenos. Para colmo, la alerta sanitaria tampoco ayuda; tenemos los centros de salud mental completamente colapsados”.

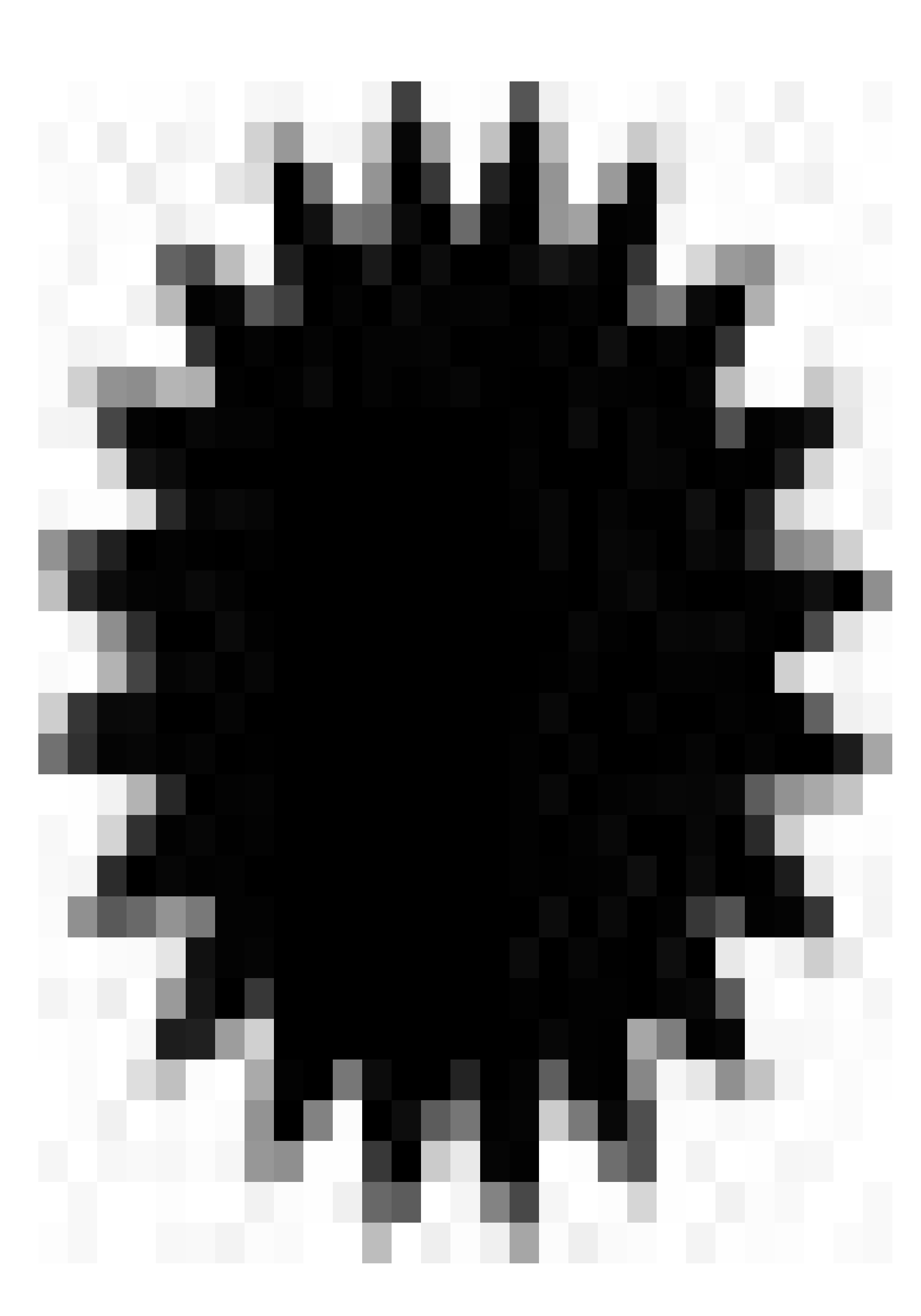
Mientras tanto las denuncias contra Jenny se siguen acumulando. En el municipio de Calama, han llegado reclamos por violación a la moral y a las buenas costumbres, además de quejas por agresiones físicas e insultos verbales. Los vecinos del sector afirman haberla visto entre las calles Vargas y Granaderos, en el centro, deambulando por el barrio desnuda o gritando: “¿Quién sabe dónde está mi hijo?”.

En una noche fría de diciembre, en medio de una ruta calle del Hogar de Cristo, que atiende con comida caliente, abrigo y sobre todo conversación a los más excluidos, Leonel Rodríguez, jefe de operación social de la organización del padre Hurtado, conoció a Jenny, una joven distante que no se acercó a los voluntarios que le ofrecían ayuda. “Existe una feminización de la pobreza, hace diez años, solo el cinco por ciento de las personas en situación de calle eran mujeres, ahora, esa cifra se ha cuadruplicado; el 20 por ciento del total de la gente en calle en Calama, son mujeres abandonadas”.

En Chile, más de 19 mil personas con discapacidad mental viven en contextos de pobreza, en su mayoría son mujeres, como Jenny. Sin embargo, el presupuesto que se destina para salud mental en el país no supera el 2,3 % del total destinado a salud.

Después de un día lleno de preguntas sobre su hija, Petrona se quiebra. “Estoy con antidepresivos, no puedo dormir, tengo pérdidas de memoria. No ver a la Jenny me terminó enfermando a mí también”.

DIARIO DE UN URGENCIÓLOGO DE LA EX POSTA CENTRAL



Antonia Domeyko

30 de mayo de 2020

Sábado

La pandemia nos ha dejado mil imágenes. Antonia Domeyko, en este reportaje de revista Sábado, nos regala un retrato íntimo y desconocido: el diario que escribió el urgenciólogo Augusto Araya a partir de que el Gobierno anunciara que convertiría a la ex Posta Central en el corazón de la batalla contra el coronavirus.

Sus “reportes”, desde la primera línea de atención a los pacientes más graves muestran la frustración, el temor a la última cama y el crecimiento exponencial de los contagios, llegando a decir que “no estamos formados para convertirnos en un juez ni en un verdugo”.

Hace unos días el Gobierno anunció que convertirá a la ex Posta Central en el corazón de la batalla contra el coronavirus. Augusto Araya, 39 años, trabaja allí. Es urgenciólogo, la última línea del hospital. Todos los días recibe a los pacientes más graves. Durante el último mes hizo reportes periódicos a Sábado. En ellos se mezclan el nerviosismo, el aumento de los contagios, la frustración y el temor de que llegue el día en que no tengan más ventiladores y se vean obligados a optar a quién salvar. No estamos formados para convertirnos en un juez ni en un verdugo.

Viernes 24 de abril

12.306 contagios. 174 fallecidos

La primera persona que recibí con Covid positivo fue a principios de abril. Era un hombre de 34 años, sin enfermedades asociadas. Llegó con síntomas respiratorios, mucho uso de musculatura accesoria, cuando se le marcan las costillas al respirar, y con polipnea. Le tomamos una tomografía y estaban muy afectados los pulmones. Lo recibimos en el recuperador y tuvimos que intubarlo.

Al recuperador llegan los pacientes más complicados. Ahí está el monitor y el reanimador para los electroshocks. Allí están todos los casos de riesgo vital y es donde tienes que actuar contra el tiempo. Esos pacientes los recibo yo, como urgenciólogo.

En la urgencia hay tantos pacientes al día que a veces es difícil retener los nombres, las caras, porque después de intervenirlos la mayoría se deriva. Pero sé que ese hombre de 34 años se fue a la UCI y que todavía está ahí, pronado, de guata.

En el turno yo tomo la figura del primer ayudante, te tienes que hacer cargo de los recuperadores, distribuir a los médicos, presentar los pacientes a la UCI y hacer el flujo de atenciones para que no se atoche.

Cuando recibí a ese primer paciente estaba con toda la protección dentro del

recuperador. Tenía puesta una máscara n95, escudo facial, gafas, cofia, doble guante, cubrezapatos y pechera plástica. Pero ese día, cuando salí del turno, estaba con un poco de ansiedad. Pensaba en cómo me saqué los guantes, cómo me saqué esto otro, cuánto rato estuvimos expuestos. Te preocupas y te empiezas a cuestionar si te protegiste bien, si te faltó algo, porque adentro del recuperador, donde haces la intubación, está la mayor exposición: por la saliva, la tos y las vías aéreas de los pacientes.

Desde esas primeras semanas sabía que en la urgencia había alta probabilidad de contagiarse el virus. Por eso en un inicio decidí no ver más a mi hijo. Tiene 13 años y compartimos su custodia con mi expareja. Ella también es médico, así que decidimos mandarlo a La Florida, donde sus abuelos maternos.

Después nos dimos cuenta de que esto iba a durar mucho tiempo y era una locura estar lejos de él durante cuatro meses o más. Estuve casi tres semanas sin verlo y hace dos decidí hacerme el test y salió negativo. Cuando llegó de vuelta a mi departamento, en Ñuñoa, me dieron ganas de llorar. Pensaba si lo abrazaba o no, si le daba un beso o no. Al final, lo abracé. Ahora él está acá conmigo.

Para acotar el virus lo más posible, la torre antigua de la Posta (hoy Hospital de Urgencia Asistencia Pública, HUAP) dejó de ser un espacio deshabilitado y se transformó en un sector dirigido solo a pacientes con sospecha y positivo de coronavirus. Hasta ahora hemos logrado aislarlo así. Pero sabemos que es por etapas. En algún momento pensamos que vamos a tener no solo ese sector, sino que toda la urgencia llena de pacientes hospitalizados con coronavirus. Espero que no. Cruzo todos los dedos para que no sea así.

Domingo 3 de mayo

19.663 contagiados. 260 fallecidos

El turno estuvo pesado, fueron 24 horas y terminamos intubando a siete personas. Hasta la semana pasada había estado más tranquilo, no ingresaban tantos pacientes complejos. La diferencia en una semana ha sido mucha.

Al principio no hubo tanto movimiento. Incluso tuvimos una ventana de tiempo

y aprovechamos de reunirnos para hacer algo de docencia. Hace unos días estamos preparando a los médicos generales para el peor escenario: cuando estemos todos o la mayoría enfermos. Ahí van a estar solos, a lo mejor no va a haber especialistas y van a tener que asumir ellos.

El radiólogo se refirió a las imágenes que confirman el coronavirus, por si más adelante él no está. Después yo hice una presentación de intubación y el anestesista hizo una parte práctica en el recuperador para enseñar las drogas que hay que pasar para la ventilación. Hemos estado enseñándoles a todos, también a enfermeras y kinesiólogos a cómo armar un ventilador y cómo iniciarlo, para que estén preparados.

En la noche se empezó a complicar. Como a las 23:00 entró un paciente de 81 años en paro cardiorrespiratorio, a quien lo venían reanimado en un taxi. Lo recibí yo en el recuperador. Venía fallecido. En el tercer intento de reanimación recobró el pulso. Lo intubamos. Pero se fue apagando y cayó en paro de nuevo.

El hijo que lo había traído me dijo que su papá estaba con síntomas respiratorios desde hace una semana, con tos, flema, dolor de garganta. Hoy había tenido dolor abdominal y lo había encontrado inconsciente en el baño. Tuve que explicarle que se había hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Y además que, por los síntomas, había que aplicar el protocolo Covid, que iba a quedar en una bolsa sellada y que no lo iba a poder ver más, que no iba a poder despedirse.

A veces uno queda más afectado, pero nada, hay que tragar un poco de saliva y seguir adelante nomás. Si no, ¿quién te va a reemplazar? Si estás muy afectado, te da pena, ganas de llorar, pero esos sentimientos te los comes. Te muerdes la lengua. Tengo que seguir viendo a pacientes que están graves.

Llegó después un señor sin síntomas respiratorios, pero que necesitaba un marcapasos. Se lo pusimos y salió. Luego otro con antecedentes de insuficiencia cardíaca, con tos, fiebre y con los pulmones llenos de líquido. Otro intubado. Llegaron dos insuficiencias cardíacas más, un cuadro respiratorio y dos neumonías. Casi todos sobre 70 años.

Cuando salí del turno, el lunes en la mañana, me subí a la bicicleta y con unos compañeros nos fuimos a dar una vuelta hasta el Costanera Center. Vamos conversando de los pacientes para sacarte un poco la mala onda del turno. Hablamos también con compañeros del Hospital de Maipú, del Sótero y del J. J.

Aguirre, donde hice mi especialidad. Todos tienen la misma sensación: se dispararon los pacientes positivos.

Cuando llegué a mi departamento, tomé desayuno, me pegué otra ducha y me puse a hacer aseo. Después, a leer en la cama. Ahí ya no supe más.

Al día siguiente, ya más descansado, supe que una colega de la urgencia se había contagiado. Me dio un poco de miedo. Hasta ahora van más de 30 funcionarios contagiados en el HUAP. Si me lo pego, es parte del riesgo. El tema es que se contagie algún familiar, algún cercano, mi hijo. Que se compliquen ellos por tu culpa: ese es el miedo.

Sábado 9 de mayo

27.219 contagiados. 304 fallecidos

El sábado se echó a perder absolutamente todo. Estábamos esperando que se pusiera bien feo y está llegando ese día. Le dije al jefe de urgencia que estaba quedando la embarrada y que había que poner un tercer urgenciólogo, porque de otra manera no se podía manejar la situación. Al recibir el turno sin camas de UCI, ni en medicina interna, ni en ningún lado, ya es malo. Significa que te vas a quedar con todos los pacientes en la urgencia.

Estuve casi todo el turno adentro del recuperador, interviniendo pacientes y colocando ventilador. Intubamos en total a nueve personas. La torre vieja estaba llena de hospitalizados que habían llegado hace unos días y que se empezaron a agravar. Los médicos generales de allá me llamaban pidiendo auxilio.

Había tres pacientes que necesitaban ser intubados. Entonces, ¿cuál primero? Se nos fue juntando una lista de espera de pacientes para conectar al ventilador. Elegíamos por gasometría: el que tenía peor intercambio gaseoso y peor mecánica. A los que estaban esperando los pronábamos despiertos, de guata. Mejoraban un poco más la saturación y aguantaban más tiempo.

Nosotros recibimos a los pacientes en el recuperador protegidos, con la máscara y todo. Yo creo que vernos así les debe generar un poco de impacto. Ahí les

explicamos lo que está pasando, quién soy yo y qué les vamos a hacer. Después les decimos que llamen a algún familiar para avisar que van a ser intubados. Trato de usar lenguaje bien coloquial y ser empático, pero igual quedan muy choquedos. Me dicen “OK”, pero quedo con la duda de si entienden lo que les vamos a hacer.

La situación es cada vez más común. Llaman por video o por teléfono a sus familias. Los ponen en altavoz, porque con el ruido de las máquinas no se puede escuchar bien. Se empiezan a despedir, te preguntan si van a estar bien o cuántos días necesitarán estar intubados. Uno tiene que ser sincero y decirles que no sabemos. Les explico que les vamos a pasar los medicamentos, que se pueden marear un poco. En ese momento yo estoy de pie junto a la cabecera de ellos. A muchos los he visto llorar. Les tomo la cabeza y les digo que estén tranquilos, que van a salir adelante.

Algo que me llamó la atención es que casi todos los pacientes que recibimos complicados y que intubamos eran venezolanos, haitianos o peruanos. Algunos venían incluso sin RUT y eran jóvenes. Me acuerdo de uno de 38 años, venezolano, que trabajaba en delivery de comida. Estaba solo en Chile, me dijo que estaba viviendo en la calle y no tenía a quién avisarle que lo íbamos a intubar. Yo le hacía preguntas para que se sintiera escuchado.

Cuando pude salir del recuperador, me entero de que un técnico de enfermería salió positivo en Covid. Con él salieron nueve técnicos a hacer cuarentena. Me quedé con nueve personas menos. Más tarde llegaron algunos reemplazos.

En la tarde estábamos vueltos locos. No teníamos dónde meter pacientes. Llegó una persona mayor desaturando. Requería oxígeno y no teníamos dónde meterlo. ¿Qué le digo a la familia? ¿Dónde lo veo? Después llegó otro tipo con herida de arma de fuego. Había recibido una bala por el estómago y por la espalda le salían las vísceras. La gente que se agarra a balazos sigue llegando igual. Pensaba: ¿Qué hago? Y nada, había que solucionar el problema. El herido se atendió en el pasillo, tenía indicación de cirugía y pabellón. Logramos sacar a un paciente que estaba mejor y meter a la persona mayor.

Cuando salí del turno supimos que en el San José estaba la embarrada con la ambulancia afuera, en el Barros Luco tampoco tenían cama. Fue como, ah… ya, sonamos. Listo.

Llegué a mi casa y dormí todo el día. En la noche hablé con mis papás. A ellos no los veo desde marzo. También hablé con mi hijo, que ya no lo he podido ver. Cuando empezamos a ver que se estaba agravando la situación, lo fuimos a dejar de nuevo donde sus abuelos.

Martes 12 de mayo

31.727 contagiados. 335 fallecidos

Esta vez me tocó turno de 36 horas. Estuve las 24 horas del lunes y el martes todo el día. Me pidieron que me quedara porque había muchos ventilados. Incluso el martes, al mediodía, nos quedó solo un ventilador disponible de los diez que tenemos en la urgencia. Ahí empezamos a gritar a todo el mundo que teníamos solo un ventilador y apareció otro, no sé de dónde. Después, menos mal, empezaron a sacar pacientes a otros hospitales y ahí se desocuparon algunos.

Todos los pacientes tienen en cuenta que van para allá, a la ventilación, porque se sienten ahogados y muy cansados. Pero me pasó con uno que le dijimos que teníamos que conectarlo y lo tomó mal. Uno de los pasos previos a la intubación es medir a los pacientes para calcular los valores de la ventilación. Esto al parecer lo preocupó. Cuando le dijimos que lo íbamos a intubar, dijo: “No quiero que me conecten. Me estaban midiendo para el cajón, yo no me quiero morir”. Estaba choqueado. Le expliqué varias veces la situación, pero no entendió mucho. Le pasamos las drogas para intubar y se quedó tranquilo, pero creo que se durmió con la idea de que lo medíamos para el ataúd. Después ese paciente fue derivado y no sé qué habrá pasado.

Con 12 horas ya quedamos cansados. Con 36 uno anda porque tiene que andar, con la adrenalina de estar atendiendo pacientes graves. Pero te das cuenta del cansancio porque mientras trabajas te empieza a doler la cabeza. Con las mascarillas n95 respiras todo el rato el mismo aire, te empiezan a doler las piernas por caminar de un lado a otro, la espalda, el cuerpo.

Viernes 15 de mayo

39.524 contagiados. 394 fallecidos

El ambiente no está muy grato. Yo llegué en la noche, pero la gente estaba de la mañana trabajando. Empecé a mirar y estaban todos cansados, chatos de todo, con ganas de irse para la casa. Así están terminando todos los turnos. Lo ves en las caras, las actitudes; ellos mismo lo verbalizan.

Hace harto tiempo que no tenía gente que se estresara en la urgencia, porque estamos acostumbrados a trabajar de esa forma. Me tocó ver dos técnicos llorando. Se sentían sobrepasados con todo lo que tenían que hacer, y veían que seguían entrando pacientes. Conversé con ellos y traté de que se desahogaran. Todos somos necesarios para que esto funcione, y si alguno está con problemas, la idea es ayudar.

Igual hay un sentimiento de miedo con respecto a lo que está pasando, de verlo in situ. Ayer mismo me avisaban que quedaron pacientes pendientes, porque a un doctor le daba miedo intubar a los pacientes positivos. Son cosas que van pasando. A algunos técnicos también les da mucho miedo entrar a un box con pacientes positivos. Me dicen que viven con sus hijos y su papá que es adulto mayor. Les da un miedo llevar el bicho a la casa. Cada uno tiene su historia y su carga emocional al momento de trabajar.

No nos podemos estresar ni dejar de funcionar, porque somos necesarios en la urgencia, tenemos que tratar de manejar de alguna forma el estrés y cuidarnos para mantener nuestra cabeza lo más sana posible, dentro de lo que se puede. A veces yo también me sobrepaso. Entonces salgo al patio de ambulancia a respirar, me saco la mascarilla, me siento un rato. El viernes en la noche me pasó. Salí con una compañera unos 15 minutos, como a la una de la mañana; ella sacó un cigarro y yo me quedé tranquilo, mirando, organizando mi cabeza.

Adentro había una fila de espera de cinco pacientes para ser intubados que habían empeorado en la noche. La UCI ya está colapsada, sin camas, hace rato. Con la otra urgencióloga nos fuimos turnando para intubar. Salía con uno y entraba otro.

A las tres de la mañana no quedaban más ventiladores. Entre los pacientes más

complejos había una señora de 92 años y un señor de 86 que tenían muchas patologías de base. Se conversó con la familia y se decidió que los íbamos a ayudar con otro tipo de terapia con oxígeno, pero que no los íbamos a intubar. Una persona de edad avanzada, con muchas patologías, postrada, con un cáncer terminal… no vas a sacar nada con intubar si su situación basal no se va a modificar. No va a tener una recuperación; entonces, por eso empiezas a decidir.

Esas horas sin ventiladores llegamos a tener cinco personas con indicación de intubar, pero sin poder hacerlo. Hasta que empezaron a sacar pacientes a otros hospitales y clínicas, pero cada vez está siendo más difícil, porque no están quedando camas afuera tampoco.

Durante la noche me encontré con el técnico encargado de bajar a los pacientes a anatomía patológica y me dijo que no podía fallecer nadie más, porque ya no había más espacio en la morgue. Ese turno, al menos, no me tocó ninguna muerte.

Jueves 21 de mayo

57.581 contagiados. 589 fallecidos

Cuando me entregaron el turno a las ocho de la mañana, los chicos me dijeron que habían estado bien complicados. En la madrugada había llegado un joven de 24 años en paro, con insuficiencia respiratoria aguda. Al poco rato llegó un señor de 51 y con las mismas complicaciones del otro joven. En ambos confirmaron el virus con la imagen de tórax. A las 5:00 a.m. esos dos pacientes habían fallecido.

El hombre de 51 años había llegado el día anterior y los familiares aparecieron a la mañana siguiente a preguntar por él. Aunque yo no había estado, me pidieron a mí informarles de lo que había pasado. Me desayuné. Imagina comenzar el turno entregando esa noticia a una familia que no esperaba eso. Fue muy fuerte. Hablé con la hija, le expliqué de a poco, pero ella estaba muy apresurada en saber cómo estaba. ¿Cómo está? ¿Está vivo? Ahí le tuve que decir que había fallecido. Quedó en shock y se puso a llorar. Después le tuve que explicar lo mismo a la esposa.

Salí de ahí con los ojos llorosos. Le dije a una compañera que iba a ir a dar una vuelta, que quedé muy mal con la noticia. Salí al patio de las ambulancias, tomé un poco de aire y me puse a llorar. Entre la pena, la rabia, la frustración, son muchos sentimientos que pasan por tu cabeza. Tenía hasta el sentimiento de no poder haber hecho algo, sabiendo incluso que yo no había estado. Son sensaciones que en realidad uno vive de forma cotidiana, pero que ahora se han exacerbado con todo lo que está pasando. Han sido demasiadas malas noticias, demasiadas veces de informar el fallecimiento de un familiar, demasiadas explicaciones a los pacientes que tenemos que intubarlos, que te pregunten si van a salir vivos o no.

Lo que está pasando ahora en los últimos días es que los pacientes están falleciendo en la urgencia. Como no hay camas en ningún lado, se quedan con nosotros y están falleciendo ahí. Aunque están con ventilador, hacen fallas multiorgánicas y no tenemos nada que hacer. Estando en la UCI o donde sea, con esas fallas van a fallecer.

Nosotros estamos viendo eso. Es fuerte, no solo para nosotros los médicos, sino que para todo el equipo. Hay mucha enfermera nueva, mucho técnico nuevo que está reemplazando y está viendo todo esto. Y uno ve que después no quieren ir más a trabajar, porque terminan con crisis de pánico y cosas por el estilo.

Lo otro que ha aumentado estos días son los pacientes obesos mórbidos que llegan muy complicados. En general son jóvenes, treintañeros, sobre los 140 kilos. Tenemos que conseguir camas especiales para ellos. Hubo un par que no pudimos hacerle tomografía, porque los escáneres tampoco aguantan el peso. El tema es que intubarlos es mucho más complejo.

Además, la espera ha crecido. Ese día tuvimos varias ambulancias esperando afuera, porque no teníamos camas para hacer pasar a los pacientes. Había unas cuatro ambulancias que tienen que haber estado esperando un par de horas. Entre esas, la del SAMU, la única medicalizada de la Región Metropolitana, que teníamos que darle prioridad.

Cuando salí del turno, llegué al departamento a dormir. En la tarde fui a ver a mi hijo. La vez pasada que fui, solo lo vi desde la reja un ratito. Ese día entré a la casa de sus abuelos, con mascarilla y de lejos. Aunque no lo pude abrazar, necesitaba verlo.

Domingo 24 de mayo

69.102 contagiados. 718 fallecidos

Hace unos días todo el HUAP se está convirtiendo en un hospital de UCI completo. Transformaron los pabellones, la sala de medicina interna, de intermedio, todo en camas UCI. Era una realidad lo que esperábamos y que se ha ido cumpliendo. Ahora estamos viviendo esa etapa.

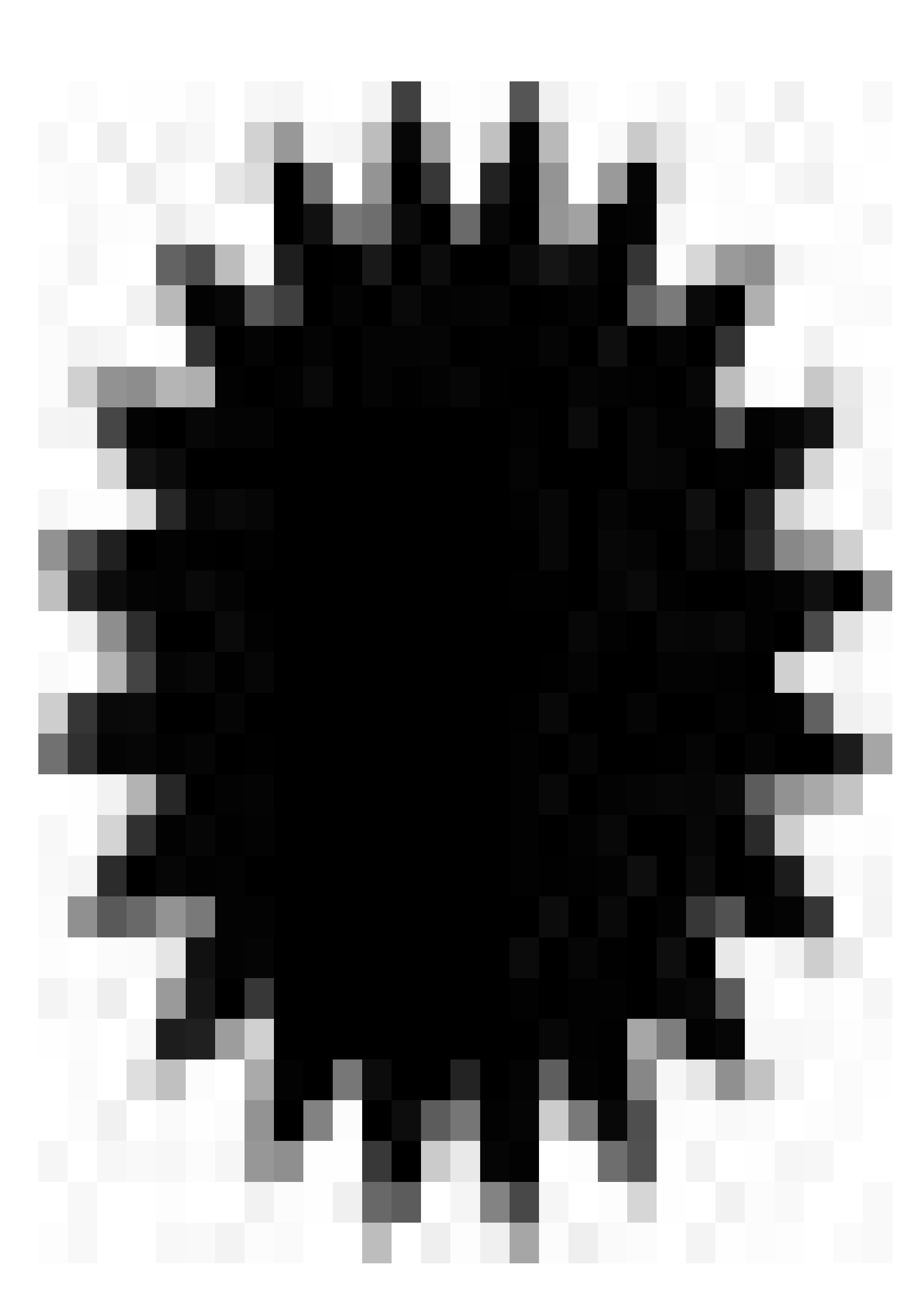
Los pacientes cada vez están preguntando menos a la hora de intubarlos. Se están sintiendo tan mal, que cuando les decimos que los vamos a conectar a un ventilador, ellos mismo te dicen: “Que bueno, doctor, que me va a intubar”.

Sé que estamos haciendo todo lo que podemos hacer nomás. Esa es la sensación. Lo que sí tenemos es miedo de lo que va a venir ahora. Esa es la conversación que tenemos a veces en el pasillo. Ayer hablaba con un enfermero sobre lo compleja que es la situación cuando hay que desconectar a un paciente de un ventilador. Sabemos que más adelante eso puede pasar. En algún momento vamos a tener que elegir entre dos personas jóvenes a quién vamos a ventilar y a quién no. Y, pucha, no estamos formados para convertirnos en un juez ni en un verdugo. Son decisiones muy complejas.

Sé que sería mucho más fácil quedarme en mi casa con mi hijo, pero se necesita ayuda. Me motiva poder ayudar a que la gente salga adelante, disminuir la mortalidad de las personas, porque no solo es el paciente, es toda una familia que hay detrás. Esa es la motivación que me sigue moviendo y levantándome todos los días con hartas ganas de seguir yendo al trabajo. Esas ganas no se han terminado, al contrario. Estoy cansado, me duelen las piernas, la cabeza, la espalda, todo, pero sé que sirvo más allá que estando en la casa. Y eso se ve. Por eso elegí la especialidad de urgencia, porque ese aporte lo palpo más, lo siento más.

ENTREVISTA

EL DUELO DE PATRICIO MANNS



Carola Solari

10 de octubre de 2020

Sábado

“Fue horroroso. Ella estaba con oxígeno. Agonizó cuatro horas. Estábamos tomados de la mano. Fue un dolor que me llegó hasta acá (se toca el estómago)” cuenta Patricio Manns a la periodista Carola Solari sobre el padecimiento que sufrieron él y su esposa producto del Covid.

Se trata de la primera entrevista que concedió el cantautor, donde se abrió a hablar de su vida, sus padecimientos, frustraciones y éxitos. También sobre la deuda contraída con la clínica donde fue atendido y que sus amigos Silvio Rodríguez y Víctor Heredia se comprometieron a pagar mitad y mitad.

De vuelta en su departamento con vista al mar, después de casi un mes hospitalizado, donde enfrentó una operación al pie y la muerte de su mujer, el escritor y músico junta fuerzas para volver a subirse a un escenario y pagar la deuda que le dejó la clínica: más de $ 400 millones, dice. Confidencia que está escribiendo sus memorias y que le gustaría hacer un cambio de vida: dejar su casa y comprarse un yate para dedicarse a navegar. Sobre la última nominación al Premio Nacional de Música, afirma: “A mí me deben el premio”.

Al centro del living, en un sillón individual, junto a una mesa llena de diarios y una guitarra, está sentado Patricio Manns. No puede levantarse, por su reciente operación al pie izquierdo, y hace señas con la mano. Tiene 83 años, el pelo canoso revuelto y viste buzo y polera negra. Por la ventana de su departamento en Concón, ubicado frente al Club de Yates de Higuerillas, la vista es grandiosa: es un día soleado y el océano brilla con un azul intenso.

—Es rico estar de vuelta acá. Este es mi hábitat: tengo mi terraza, mis cosas. Es muy distinto a estar en la clínica —dice con voz rasposa. Luego agrega: “Allá no podía escuchar música. Recorrí como 20 veces la televisión buscando un concierto o un canto popular, pero no había nada. Aquí me siento en este sillón y escucho música selecta: Borodin y Musorgski, unos rusos del siglo XIX que son fantásticos. Escuchar música me hace bien”.

Hace dos días regresó a su casa, después de 23 que pasó hospitalizado en la Clínica Reñaca, donde se sometió a una operación que duró seis horas para salvar su pie diabético, afectado por una herida interna. La intervención resultó exitosa, pero en esos días hospitalizado falleció su mujer, Alejandra Lastra, psicóloga argentina a quien conoció en París: se casaron en Gibraltar, en el mismo lugar donde, cuenta, se habían casado John Lennon y Yoko Ono. A su regreso a Chile, a fines de los 90, se instalaron en este departamento frente a la playa y ella se convirtió en su mánager. Llevaban 45 años juntos.

—Alejandra estaba con un cáncer al pulmón que se agravó justo cuando me vino esta cosa en el pie. Tuvimos que internarnos los dos. Nos pusieron en la misma pieza, cama con cama. Ella pidió que yo me quedara a su lado —dice.

—¿Cómo fue para usted?

—Fue horroroso. Ella estaba con oxígeno. Agonizó cuatro horas. Estábamos tomados de la mano. Fue un dolor que me llegó hasta acá (se toca el estómago).

—Usted la acompañó a morir.

—Fue la última cosa lúcida que pidió. Después cayó en una especie de sopor raro. Le pregunté al médico: “Dime la firme: ¿Qué sintió ella cuando estaba muriendo?”. Me respondió que creía que no había sentido nada. Estaba en otra parte, como si estuviera mirando las cosas desde cierta distancia. Yo creo que se fue tranquila finalmente, dentro de su intranquilidad. Porque yo vi cómo se fue desgastando. Cada vez peleaba menos. Al principio se sacaba la cosa del oxígeno y decía: “Basta, déjenme irme, no quiero estar más acá”; esto a las cinco de la mañana (…). Bueno, cumplí con mi deber. No estuvo sola ni un segundo y eso me llenó de orgullo.

—¿Cómo ha llevado el duelo?

—Imagínate. Estiro la mano en la cama y ella ya no está a mi lado. Encuentro la cama vacía. Es lo que se llama una tragedia: verdaderamente trágico. La vi morir y esa es una imagen indeleble, que no se borra. Se agarraba a mi mano: no sé si quería llevarme o que yo la retuviera.

En su regreso a casa, Patricio Manns ha estado acompañado de Liselotte, una de sus hijas que se fue a vivir con él y se hizo cargo de la casa. Tiene cinco hijos, de distintas madres, pero cuenta que con los demás no ha tenido mayor contacto: “No se han aparecido”, dice.

—Ella es una locomotora. Pasó como un rayo, cambió todos los muebles de lugar. Y cocina fantástico. Anoche vinieron mis músicos a comer y ella nos cocinó salsa de jaiba con locos.

—Los poetas hicieron un recital en beneficio suyo para reunir fondos y ayudarlo con los gastos de la clínica.

—Hay varios encargados de eso. A mí me han dado cuentas, pero yo estaba en otra onda. Pero era una cosa monstruosa, mundial. Llegaban llamados de Londres, de Tumbuctú (se ríe).

—Todos preocupados por su estado.

—Acaban de hacer un concierto en Buenos Aires con 20 cantantes famosos y enviaron el dinero para acá. Y así. Porque yo estoy sin trabajo desde que comenzó la pandemia. Dejé de cantar y dejó de entrar plata. Teníamos unos ahorros y se fueron todos.

—¿Se fueron por los gastos de la hospitalización?

—Estoy debiendo $ 453 millones. En diciembre me los empiezan a cobrar, así que antes de esa fecha espero estar parándome arriba del escenario.

—¿Pero cómo se encuentra de su pie?

—Todavía no puedo caminar normalmente. Ando con un burro que está por ahí. De repente levanto el burro y camino 20 pasos solo. Pero estoy haciendo tentativas: probando. Porque tengo pérdidas de equilibrio de repente. Pero ya estoy al otro lado. No va a ser difícil. Lo que viene ahora es más suave: hay días

lindos de sol. En la mañana me siento en la terraza, miro y leo.

—¿Ya volvió a tocar música?

—Estoy escuchando mucha música, pero tocar todavía no. Ahí está la guitarra. Cantar me gustaría, pero dentro de una semana o dos. Mis músicos me decían que hay como diez ofertas de conciertos fuera de Chile. Hay que ver cuándo se pueden hacer, porque yo todavía no puedo caminar hasta el avión. Entonces tengo que esperar un poco. Pero cuando vuelva a cantar, voy a salir adelante, porque es dinero fresco que entra.

—Sus amigos han sido bien solidarios. ¿Tiene buenos amigos?

—Sí, en el mundo entero. Me llamó Silvio Rodríguez. El llamado de Silvio fue especial, me dijo: “Coño, ¿cómo estás?”. Le respondí: “Bueno, ya tú sabes…”. Me dijo: “Mira, la amistad no es solo tomarse un trago. Yo me hago cargo de todos tus gastos”. Y habló con Víctor Heredia, el cantante argentino, que me llamó también y me dijo: “No, Silvio se hace cargo de la mitad y yo de la otra”. En eso están. Es que son sumas enormes. Y la gente ha hecho aportes. Yo también en su momento he hecho lo mismo por otra gente. Así es la cosa: nos ayudamos los unos a los otros.

Patricio Manns creció en la cordillera de Nahuelbuta, en el pueblo Los Laureles. Su casa estaba en la punta de un cerro y no tenía luz ni agua potable. Pero había dos pianos y una guitarra: su madre, de ascendencia francesa, era concertista de piano y tocaba los clásicos. Su padre, de ascendencia suiza alemana, era profesor, fundador de escuelas y tocaba jazz.

—Los dos pianos estaban de espalda y nos sentaban a los cinco hijos al medio. Mi madre empezaba con Chopin y mi padre la seguía en jazz. Esa es la primera

música que escuché. Con el tiempo llegó el agua a la casa y pusieron luz y empezamos a descubrir la radio. ¡Uy, fue increíble! Llegaba la onda corta. Me quedaba hasta las cinco de la mañana escuchando radios de México o de El Salvador.

Esa infancia en la cordillera la describe con una palabra: fantástica.

—No teníamos bicicleta ni patines, ninguna de esas cosas. Entonces nos dieron un caballo a cada uno para que hiciéramos lo que quisiéramos. Vivíamos galopando, sin montura, sin nada. Íbamos a robar melones, saltando los cercos a caballo. Y teníamos una biblioteca en la casa enorme. Entonces, andábamos a caballo o estábamos leyendo.

Su primer soneto, cuenta, lo escribió a los ocho años y su padre se encargó de enviarlo a la revista Peneca. A los 14 el diario El Colono de Traiguén publicó uno de sus poemas. Su primera novela, Parias en el vedado, que reescribió años después con el título La noche sobre el rastro, ganó el premio Alerce, de la Sociedad de Escritores de Chile. Y su novela Cavelier seul (Corazón a contraluz) fue seleccionada como una de las tres mejores publicadas en Francia y recibió el premio Prix Rhône Alpes. Hoy cuenta con más de 30 libros publicados, entre poesía, novela y ensayo.

Patricio Manns dejó la casa familiar a los 15 años y empezó a buscarse la vida solo. Ejerció múltiples oficios: fue minero en Lota, trabajó en un barco mercante como marinero y ejerció como periodista; incluso entrevistó al Chacal de Nahueltoro para la radio Balmaceda y cubrió su fusilamiento.

—Yo creo en una frase de Sartre que dice: “No se escribe sobre lo que no se conoce”. Eso lo leí a los 12 o 13 años y se me quedó aquí —dice, apuntando a su cabeza.

Como llevaba la música en la sangre, se inició como compositor en 1959 con la canción “Bandido”, que fue grabada en Argentina por los Trovadores del Norte y en Chile por los Cuatro Cuartos. Cantó con los hermanos Parra en la emblemática Peña de los Parra y, junto a otros músicos, fundó el movimiento de la Nueva Canción Chilena. Sus canciones, entre ellas “Arriba de la cordillera” y “El cautivo de Til Til”, han sido emblema del repertorio popular. Y “Cuando me acuerdo de mi país” fue un himno del exilio, que él pasó inicialmente en Cuba, donde colaboró en el guion de la película La cantata de Chile e hizo canciones

junto a Silvio Rodríguez para documentales. Luego, se fue a Europa, donde trabajó junto al grupo Inti Illimani: con ellos grabó temas como “Vuelvo” y “Samba landó”.

—Este año lo postularon al Premio Nacional de Música, pero ya había sido nominado antes. ¿Le hace ilusión ganárselo?

—Yo lo veo de otra manera: a mí me deben el premio. He hecho 500 canciones, que están todas grabadas, lo que no es poca cosa. He escrito además libros de poemas, novelas y cuentos. Entonces, creo ese es un buen trabajo, un buen aporte a la cultura de América Latina. Pero creo que ya no me lo gané. Soy muy viejo. Voy a tener 85 años cuando se entregue el próximo.

—¿Cómo ha sido para usted envejecer?

—Me siento bien. Jugamos con los músicos a la pelota acá en la terraza. Nunca he visto a un viejo de 83 jugando al fútbol, cantando. Porque no he perdido la voz. Tampoco he perdido la capacidad de escribir. Un día en la clínica me desperté a las ocho de la mañana, agarré cuaderno y lápiz y me puse a escribir. Hice 18 poemas en un día. Los voy a pasar al computador y examinar cómo quedaron, para ver qué se puede sacar de ahí. Porque son poemas escritos al calor de lo que estaba pasando.

—¿Siempre se mantiene escribiendo?

—Me voy a morir escribiendo. De hecho, estoy escribiendo mis memorias: llevo 445 páginas y se titulan Doy por soñado todo lo vivido. Las estoy escribiendo sin censura; entonces, hay viejas que deben estar arrancando para el extranjero

ahora que voy a contarlo todo (se ríe).

—¿Cómo es la relación con sus fans? Porque antes de casarse con Alejandra, las mujeres se le colgaban al cuello.

—Eso era antes, ya no. Se han puesto más decentes. Se sientan ahí, bien tranquilas. Es fantástico cuando empiezan a cantar conmigo. Yo leo las canciones, ellas se las saben mejor que yo.

—¿Alejandra era celosa?

—No. Ella fue la que me dijo cuando empecé a escribir las memorias: “Cuenta todo, sin censura”.

—Ella era su primera lectora.

—Sí. Y discutíamos hasta por una A. Ella sabía mucho de literatura. Creo que sabía tanto como yo: hablábamos de igual a igual. En la noche, cuando nos íbamos a acostar, cada uno estaba con su libro. Y a veces, cuando nos llegaba un libro nuevo, lo rifábamos para ver quién lo leía primero.

—Si lleva más de 400 páginas escritas, ¿quiere decir que ya está terminando sus memorias o le falta por escribir?

—Creo que, al ojo, voy a llegar a las mil páginas. Quizá sean dos libros de 500

páginas; eso lo veremos con el editor. Pero lo que llevo me gusta mucho y eso que soy bastante crítico. Pero aquí encontré una veta nueva que es contarme a mí mismo y lo que me rodea. Es lindo, lleno de hallazgos.

—¿Tiene buena memoria?

—Uf, los detalles de mi infancia los recuerdo muy bien. Tengo recuerdos, además, de otras experiencias. Porque aquí nos hicimos regresiones con Alejandra, con una psicóloga argentina que es famosa en eso. Y nos salieron unas cosas extrañísimas. Recuerdo que me paré frente a una calle de nombre alemán. Yo comunicaba lo que veía: “Estoy frente a un letrero que dice esto: anoten”. Y yo hablaba el lenguaje local, que era como alemán o polaco.

—¿Escribiendo se le han venido a la mente esos recuerdos?

—Claro. Además, te da tanta tranquilidad frente a la muerte, que sé que vamos para otro lado. A lo mejor, en el futuro, me hago una regresión y me veo acá, que me están haciendo una entrevista. Sería fantástico (se ríe).

—¿En qué tiene puesta la cabeza hoy, además de sus memorias?

—Estoy tratando de mandarle mensajes al pie. Una mujer me dijo: “Piense en el pie, dígale que le obedezca”. En eso estoy. Le digo que se mejore, para que a fin de año pueda estar cantando. Porque yo, donde voy a cantar, se llena. Y también quiero comprarme un yate.

—¿Pero sabe navegar?

—Sí sé, porque trabajé de marinero. Sé conducir un barco: el timón, que no es así nomás. Sé hacer los cambios de la máquina de abajo. Averigüé y puedo comprarme uno por cuatro millones, con cuatro literas, donde cabemos mi hija Liselotte, su marido y su hijo. Es que quiero cambiar completamente: pasar de una casa a andar allá adentro.

—¿Es una idea que le surgió ahora?

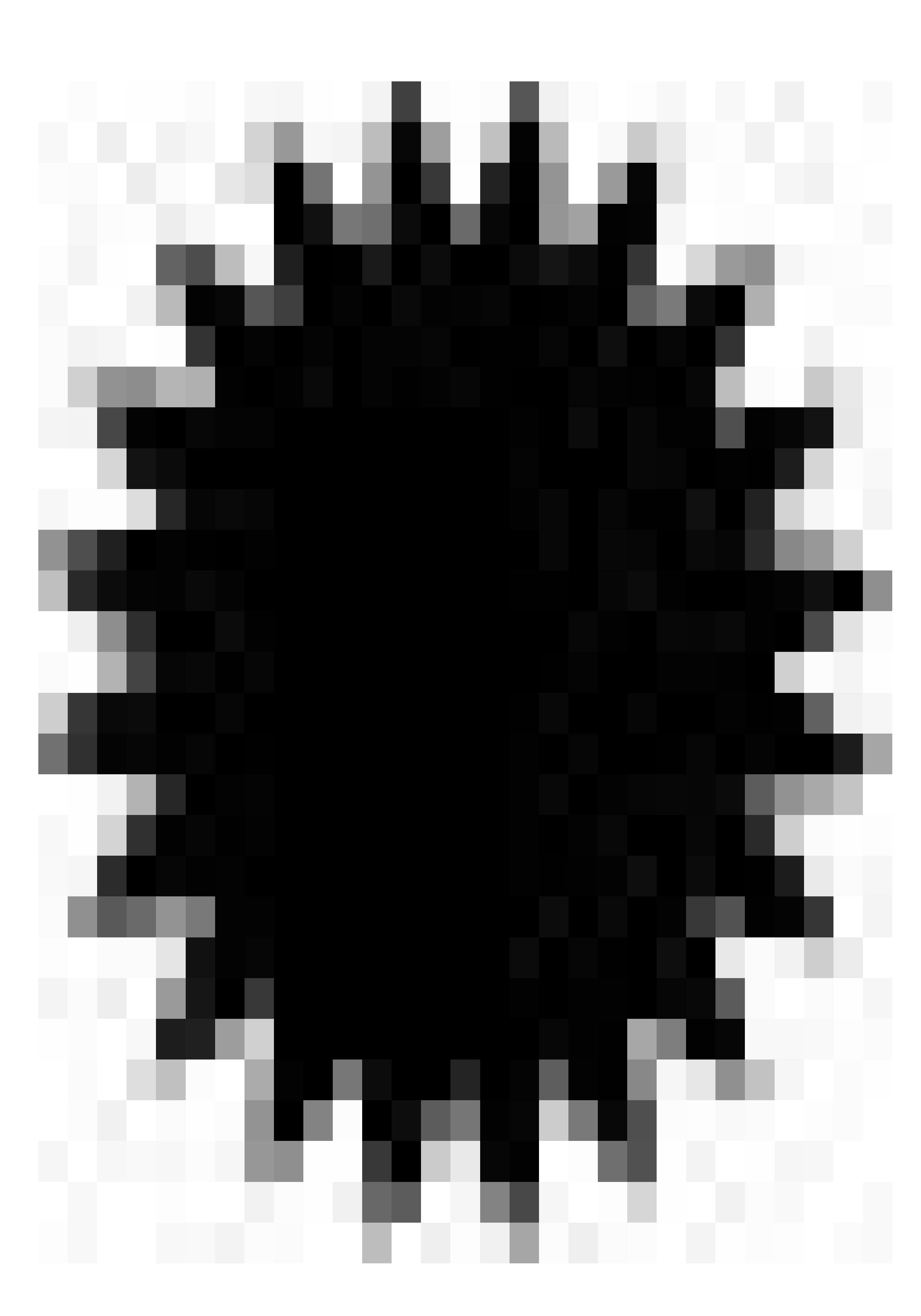
—La tengo hace años. Tengo amigos acá que viven en yates y me cuentan. Imagínate pescar tu propio alimento y tirarte al agua a sacar unos loquitos. En Chiloé yo sacaba locos con cuchillo. Además, lo único que puedo hacer ahora es nadar. No puedo correr ni saltar. Me gusta meterme al mar. Me pongo un traje de látex y me meto, porque el agua acá es muy fría.

—¿Dónde le gustaría ir?

—Estudié un mapa: sales de Concón rumbo a Japón, y a la pasada tienes Australia, Nueva Zelandia, un montón de islas chicas. Eso es cambiar de vida. Eso es ponerle color a la vida.

ENTREVISTA INÉDITA A ÁNGELA JERIA:

“NUNCA HE LLORADO A GRITOS”



Patricio De la Paz

9 de julio de 2020

The Clinic

Tras su muerte la figura de Ángela Jeria, madre de la expresidenta Michelle Bachelet, siguió concitando el interés de los lectores y Patricio de la Paz nos regaló un gran resumen de su vida y su pensamiento con una entrevista inédita, realizada cinco meses antes de morir, para un proyecto de libro.

La publicación, según el autor, fue el resultado de cuatro largas conversaciones sostenidas en febrero de 2020, en su departamento de Las Condes. “Fue generosa con sus recuerdos y fue honesta en sus emociones. Lúcida siempre. Aguda, con humor”, señala.

En febrero pasado, cinco meses antes de su muerte, se sentó por varios días a repasar sus 93 años y ver cómo en ese tiempo el país ha ido cambiando. De esa conversación larga de verano, que será incluida en un libro de testimonios y memoria, presentamos aquí los recuerdos que Ángela Jeria hizo de su primera vida, esa cuando era hija y hermana menor en una familia de provincia. Cuando enfrentó el temprano fallecimiento de su madre y luego la presencia de una madrastra que no la quería. Cuando la lectura y las enseñanzas paternas moldearon sus valores y pensamientos. "Mi padre decía que le molestaba cuando la gente lloraba o reía exageradamente. Ninguno de nosotros lo hacía", confesó una de esas tardes.

Puso una sola condición. Primero escuchó con atención la propuesta: conversar con ella en varias sesiones y sin apuros sobre el país que fuimos y ya no somos, y sobre todo cómo ella lo ha vivido a lo largo de sus 93 años de vida. Preguntó luego quiénes más iban a ser parte del libro al cual estaba siendo invitada. Conocía a casi todos los otros convocados: hombres y mujeres destacados en áreas desde la Historia a la Arquitectura; todos con al menos ocho décadas sobre el cuerpo; todos dispuestos a recordar. Fue entonces que Ángela Jeria, siempre en su modo prudente y discreto, puso una sola condición:

"Yo hablo con usted. Pero si al final de las entrevistas usted considera que el material no le sirve o yo no doy con lo que está buscando, debe decírmelo. No lo usa y de verdad no pasa nada", dijo.

Sus aprensiones estaban de más.

Todo lo que Ángela Jeria contaría en cuatro largas conversaciones sostenidas en febrero pasado, en su departamento de Las Condes, sirvió. Y mucho. Fue generosa con sus recuerdos y fue honesta en sus emociones. Lúcida siempre. Aguda, con humor.

Hoy, cinco meses después, cuando ella lleva una semana muerta, sus palabras de esos días de verano se escuchan y se leen como inédito testimonio póstumo.

"Íbamos a los cerros y al mar"

Ángela Jeria, en esas conversaciones, revisitó todo lo que se puede acumular en tantos años vividos. Recordó con profundidad, y sin lágrimas, episodios dramáticos como la muerte en 1974 de su marido Alberto Bachelet en la Cárcel Pública; o su detención junto a su hija Michelle en enero de 1975; o su salida al exilio; o el infarto sorpresivo que mató en Estados Unidos a su hijo mayor en 2001. También su experiencia como universitaria tardía a los 43 años, su activismo en la lucha por los derechos humanos, su responsabilidad para que funcionara el "frente interno familiar" mientras su hija fue presidenta de Chile. Se animó incluso a tomar posición frente a temas actuales como el feminismo y LasTesis; o la situación de las personas transgénero.

De todas esas reflexiones, que serán incluidas completas en el libro de testimonios y memoria que está en proceso, extrajimos para The Clinic sus pasajes menos conocidos. Aquellos que tienen que ver con su primera vida: esos años lejanos en que fue niña y adolescente, cuando Ángela Jeria era hija y hermana en una familia de provincia en la que aún no entraba ni el general Bachelet ni la expuesta vida pública que le tocó por ser la madre de una presidenta. Un periodo que se inicia a mediados de los años 20 del siglo pasado y que ella reconoce clave en la formación de la mujer que sería después.

Así dio inicio a sus recuerdos: "Yo nací en Talca, aunque no tengo recuerdos de la ciudad. Solo que la gente iba a un lugar de la cordillera, que estaba cerca y era muy bonito. Eso yo escuchaba. Mi familia iba a ir, pero a mí no me llevarían porque era muy chica, la menor de los hermanos. Así que un día me fui caminando hasta donde estaban las micros que partían a ese lugar y pregunté si me podían llevar. Obviamente llegaron a buscarme".

—Después se trasladan a Concepción, ¿no?

—Sí. Ya era una ciudad grande. El cerro Caracol estaba a dos cuadras de mi casa. A mi padre le gustaba subir cerros, siempre fue aventurero. Yo iba al kindergarten, me llevaban mis hermanos mayores. Tenía un gran gimnasio donde jugábamos y un jardín donde plantábamos. Éramos pocos alumnos, algo muy experimental. Allí aprendí a leer. Bueno, en mi casa se leía muchísimo además.

—Cuénteme más de su familia.

—Éramos cuatro hermanos, entre cada uno de nosotros no había más de dos años y medio de diferencia. Éramos hombre, mujer, hombre, mujer. Alberto, Alicia, Arturo y yo. Todos mis hermanos hoy están muertos… Recuerdo que los fines de semana íbamos a los cerros y al mar, con mi padre. En los almuerzos y las comidas se leía un libro, siempre. Mi padre y mis hermanos leían; y todos opinábamos.

—¿Cómo era su padre?

—Mi padre, Máximo Jeria Johnson, era un aventurero, un viajero. Trabajaba en la Singer, la empresa de las máquinas de coser. Era vendedor. Por eso se movía por todos lados. Pienso que por eso aceptó ese trabajo. Le gustaba conocer, moverse. A los 17 años se fue a Punta Arenas en bus. En un barco ballenero, como cargador, llegó a Brasil. En otro barco a Argentina, y estuvo años allá. Otra vez desde Chile atravesó la cordillera y llegó a Mendoza, donde conoció a mi madre Ángela Gómez Zamora, que era mendocina. O sea, su familia era de Los Ángeles y se había ido a Argentina; ella nació allá. Mis padres se casaron y se fueron a Buenos Aires, donde nacen mis dos hermanos mayores. Por trabajo parten después a San Juan; allí nace mi tercer hermano. Luego se vienen a Chile. Yo nací en Talca.

—Su padre era muy amigo del escritor Manuel Rojas.

—Íntimos amigos. Creo que esa amistad nació en Argentina. Manuel Rojas escribía muy bien y para mi padre lo más importante era la lectura. Era un gran lector, en mi casa jamás faltó un libro. Bueno, el asunto es que la vida patiperra

de mi padre era muy interesante; y Manuel Rojas dijo en una revista que uno de sus más fieles colaboradores era Máximo Jeria, que a él le debía muchísimo. La mayoría de los libros de Manuel Rojas se refieren a cosas que le contaba mi padre. En Hijo de ladrón, el personaje es mi padre; en Hombres del sur también. Lo escuchaba y después lo transformaba en libro. Se querían como hermanos, aunque se trataban muy formalmente. De esa manera que hoy no existe.

“Mi madre manejó discretamente su enfermedad”

—¿Qué recuerdos tiene de su madre?

—Venirse de Argentina para acá habla de una mujer decidida; no era común en esa época que las mujeres partieran a otro país con una persona que no conocían mucho. En esa época, las familias estaban encima de las parejas todo el tiempo. Mi madre rompe eso. Era mujer muy fuerte, trabajadora, y con mi padre aventurero tuvo que enfrentar que él se fuera por trabajo a Centroamérica y a Perú, y ella quedarse sola a cargo de los cuatro hijos. No era común en esa época. Era una mujer tan especial, tan buena, todos la adoraban, hasta los perros. Cuando se enfermó y se fue al hospital, tenía un perro que no se movió más de la puerta, esperándola. Ella estaba siempre en la casa.

—Bastante trabajo tendría allí, con una familia grande.

—Tenía dos empleadas. En ese tiempo no había refrigerador ni lavadora, todo se hacía en la casa. Era mucho trabajo. La mamá dirigía a las empleadas, había que lavar mucha ropa y plancharla. En esa época la presencia de la mujer en la esfera pública era muy discreta. Había mujeres que trabajaban en almacenes, entregando la mercadería, generalmente jóvenes antes de casarse. Las mujeres casadas estaban en sus casas. No había ni siquiera voto femenino, que fue muy tarde en este país. Siendo Chile un país con muchos intelectuales, no sé por qué

estaba tan atrasado en eso. El rol de la mujer era infinitamente marginal. Eran excelentes madres, esposas, dueñas de casa, pero no hacían otras cosas. Incluso en mi casa, con un hombre avanzado como mi padre, era muy difícil salir de esa norma.

—Su madre se enfermó cuando usted era niña. Murió cuando usted tenía nueve años.

—Ella manejó discretamente su enfermedad. No le contó a mi padre, que estaba de viaje por trabajo en Centroamérica. Tampoco les contó a los hijos. Solo a mi hermana mayor le dijo que estaba muy mal, que tenía cáncer. A mí no me dijeron nada. En ese tiempo vivíamos en Santiago. Yo la fui a ver al hospital, tenía nueve años. Ella me ayudó a subirme a su cama y me abrazó. Me puso sobre su pecho, y me decía: “Qué terrible, Máximo tan lejos y venir a suceder esto”. Mis hermanos ya sabían que mi mamá se iba a morir, así que al día siguiente me llevaron de nuevo al hospital. Recuerdo que era un sábado temprano. Me llevaron a una pieza abajo, como un subterráneo, y ahí estaba mi mamá muerta.

—¿Fue una muerte tan rápida?

—Sí. Ella era tan fuerte, nunca se quejó. Es una de las mujeres más fuertes que he conocido, con una actitud de entrega y ayuda a los demás y no pensar en ella. Incluso en su enfermedad. Una generosidad enorme. Sabía que mi papá no se podía venir, porque estaba a cargo de la mantención de toda la familia, así que le evitó la angustia. ¿Pero sabe? Ella al mismo tiempo era muy alegre. Cantaba muy bien y se reía con ganas de las cosas. Mi hija Michelle sacó mucho de eso. Tan alegre como su abuela.

—Qué duro para usted perder la madre a los nueve años.

—Muy duro. Sobre todo porque era tan cariñosa y estaba siempre conmigo. Fue una ausencia fuerte; y además sin padre.

—De alguna manera, temporalmente quedaron huérfanos.

—Claro. Por eso Manuel Rojas nos llevó a vivir con su familia a su casa. Mi padre no pudo venir, no estuvo en el funeral. Fue muy triste para él y para nosotros. Cuando le contaron que mi madre estaba muy mal, él venía de Centroamérica en barco. Él se bajó en Perú y nos esperó allá, donde por trabajo debía establecerse. Manuel Rojas le dijo a mi padre que no se preocupara, que se organizara en Perú y que él nos mandaría por barco.

“La gente me decía: ‘qué terrible, tu madrastra te odia’”

Los hermanos Jeria Gómez partieron al poco tiempo a Perú. Vivieron allá con su padre por cuatro años. Primero en Arequipa, luego en Lima. Ángela asistió a un liceo público, “porque mi padre no aceptaba un colegio particular. Le interesaban los colegios fiscales porque era la única manera de conocer bien el país y a la gente. Siempre nos metió en liceos así”. Cuando regresaron a Chile, estuvieron un tiempo instalados en Santiago y luego el padre, nuevamente por trabajo, fue trasladado a Temuco.

—¿Cómo se las arreglaba la familia con la ausencia de la madre?

—Ese papel lo asumió mi hermana. Cuando murió mi madre, mi hermana Alicia tenía 15 años y asumió esa responsabilidad, sobre todo conmigo. Eso siempre lo

lamenté; siempre le dije: “Alicia yo te quiero mucho, pero no te puedo considerar como hermana porque tú eras la que me mandabas; y aunque lo hacías con cariño, no te siento como una hermana, sino como una figura de autoridad materna”. Era mucha responsabilidad. Me da pena.

—Luego su padre volvió a casarse y usted tuvo una madrastra.

—Sí, y siempre digo que mi madrastra fue madrastra de las peores formas. Trató de hacerme la vida imposible. Yo estaba en el liceo en Temuco. Mi madrastra era tan mala, que le planteé a la directora que tenía un problema serio, que mi madrastra lo único que quería es que yo me fuera porque, según ella, le quitábamos el cariño de mi padre. Donde yo iba, me contaban cómo me pelaba. Decía las cosas peores de mí. Sí, Fresia fue muy mala. Delante de otra gente hablaba muy mal de mí; la gente me decía: “Qué terrible, tu madrastra te odia”. Por eso me casé recién salida del liceo, a los 19 años. Yo sabía que no podía estar con ella. Ella decía que los hijos apenas salen del colegio deben ponerse a trabajar y salir de la casa.

—¿Su padre no intercedía?

—Mi padre me dijo muchas veces que él no podía estar en contra de ella. Era una mujer muy embromada, pero le agradezco a ella que tuvo un hijo, mi hermano menor, que es fantástico y con quien tengo una excelente relación. Es como un hijo para mí y mis hijos lo quieren como a un hermano.

—Dice que se casó para poder salir de casa. ¿Nunca pensó en estudiar después de terminar el liceo?

—Mire, yo desde cabra quería estudiar medicina. Me da vergüenza decirlo, pero es verdad: encontraba que en el mundo había gente muy mala, y entonces quería especializarme en genética a ver si podía cambiar a la gente.

—Arreglar la raza humana, digamos.

—Eso. Pero mi madrastra me quitó todas las posibilidades.

—¿No la dejó estudiar?

—No. Lo único que quería es que nos fuéramos apenas saliéramos del colegio. Apenas salí empecé a trabajar: en la Farmoquímica del Pacífico ayudaba a vender las cosas que se fabricaban de farmacia. Lo hice por poco tiempo. A los 19 años me casé con mi marido, Alberto Bachelet, a quien conocí en una kermesse en Temuco. A pesar de ser la menor, fui la que me casé primero de todos mis hermanos.

—No estudió medicina, pero las vueltas de la vida hicieron que una hija suya estudiara esa carrera…

—Curiosos los círculos de la vida…

“En mi casa siempre se habló de política”

—Ha dicho que su padre fue importante para usted, marcó sus ideas, su

forma de ser.

—Mi padre fue una persona muy errante, que se movía mucho, pero para él lo más importante era el estudio y la lectura. No entró a la universidad que yo recuerde, pero era un hombre culto, porque leía muchísimo. Compraba libros, tenía una biblioteca en una pieza, sus amigos casi todos eran escritores.

—¿Heredó también de él esa manera discreta, casi contenida, con que usted enfrenta la vida y las emociones?

—Sí. Mi padre nos decía que le molestaba cuando la gente lloraba exageradamente o se reía exageradamente. Entonces ninguno de nosotros lo hacía. El llanto fuerte altera a las otras personas, decía, y eso debe evitarse. Y lo mismo con la risa, porque son desagradables las carcajadas. Yo nunca he llorado en público. Pensaba en mi padre, que me decía: al ver llorar a alguien que está sufriendo, uno sufre también. Entonces hay que tener cuidado de no dañar; y eso lo hacía a uno controlarse.

—¿Pero a veces no le daban ganas de llorar con ganas?

—Nunca he llorado a gritos.

—¿Ni frente a los hechos más trágicos?

—Nunca. Cuando vimos el cuerpo de mi marido en el Servicio Médico Legal, Michelle lloró, pero contenida. A mí me daba mucha pena, pero sabía que no

podía explotar. Eso hubiera sido chocante.

—¿En su adolescencia ya tenía usted inquietudes políticas, sociales?

—En mi casa siempre se habló de política, a pesar de que no eran militantes. Mi padre era un hombre de izquierda; creo que en su juventud fue anarquista, igual que Manuel Rojas, eso los unió seguramente. En la mesa de mi casa se hablaba sobre lo que pasaba en el país, con todos incluidos en la conversación. Hasta yo de nueve años. Conversar así entre nosotros era normal.

—¿Eso era común en las familias de entonces?

—No. Yo me asombraba que mis compañeras del liceo no tenían idea… como que no correspondía en las mujeres al menos. En mi casa era distinto, para mi padre todos éramos iguales. Por eso cuando hablo de cómo era la vida hablo de mi vida. Hay una marca muy fuerte en eso. Recuerdo que yo era amiga de quienes curiosamente sus padres eran masones, como lo era el mío. Eso hacía tener una posición ante la vida, más amplia, más liberal.

—Estaban lejos de la religión.

—En mi familia no eran católicos. Creo que mi madre sí, pero respetó mucho y no quiso interferir en lo que nos enseñaba mi padre. Para mí cualquier religión era respetable, pero yo no creo en Dios, en los santos. Mi padre nos explicaba cómo se crearon las religiones, decía que el mundo era tan terrible que uno entiende que hay gente que necesita creer en algo o si no la vida no tendría sentido.

—Ni entonces ni después usted militó en un partido político.

—Nunca. En primer lugar, porque mi padre nunca militó en su vida. Luego mi marido era uniformado, y yo no podía. Sin embargo, en la Fuerza Aérea me decían la roja. Yo unas veces dije que si hubiese pensado en militar, a lo mejor habría sido comunista.

“La palabra vejez es muy amplia”

—Todos le dicen Gelo. ¿De dónde viene ese nombre?

—De niña. En mi familia me decían Angelita, pero yo era muy traviesa. Entonces un día algo había hecho yo y mi mamá dice: “¿Pero por qué tratan así a la Angelita?”. Y mi hermano mayor, Alberto, le respondió: “Qué Angelita… Angelorum será”. Desde ahí no me decían Angelorum, pero sí Gelo. Todos en la familia sabían que Gelo era Angelorum.

Ángela Jeria se rio al recordar la anécdota. Una risa muy medida, claro. Era mediados de febrero y, pese a que ya se acababa la tarde, aún hacía un calor que obligaba a mantener encendido un ventilador en el living de su departamento. Ella recién se había tomado un café pequeño, pero no probó las galletas que sirvió en un platillo. No se ha quitado en ningún momento sus característicos lentes ahumados. No es un asunto de glamour. “Desde niña tengo fotofobia. Me molesta mucho la luz, estoy pestañeando todo el tiempo. Empecé a usar lentes oscuros a los 15 o 16 años, aunque a medida que pasan los años los uso más”, explicó.

Luego contó que ha estado con la salud resentida. Estaba con un resfrío arrastrado hace varios días. Y no era lo único. Antes de Navidad se intoxicó —no sabía con qué— y tuvo una gastroenteritis infecciosa que la hizo bajar cuatro

kilos en un mes. Una pérdida de peso que se unía a los varios kilos que ha bajado en estos últimos dos años, tampoco sabía por qué. Como si eso no bastara, se recuperaba de un esguince en un tobillo que le dejó un dolor persistente en toda la pierna y en la cadera. Esperaba poder retomar pronto la kinesioterapia. Pero jamás se quejó. Se refería a sus males de salud como quien enumera un conjunto de datos, y punto. Sin dramas, incluso hasta con humor: “Imagínese que hasta me he achicado. Siempre medí 1,65; y ahora estoy en 1,60”.

—¿Cómo se lleva con la vejez?

—La palabra vejez es muy amplia. Para mí, es un estado en el que uno no se puede mover. Y yo no estoy en esa categoría aún. Me siento una persona con hartos años, una señora vieja, pero no en la vejez.

—¿Le tiene miedo a la muerte?

—Miedo no le tengo, pero no me gusta. No me gustaría morirme.

—¿Por qué?

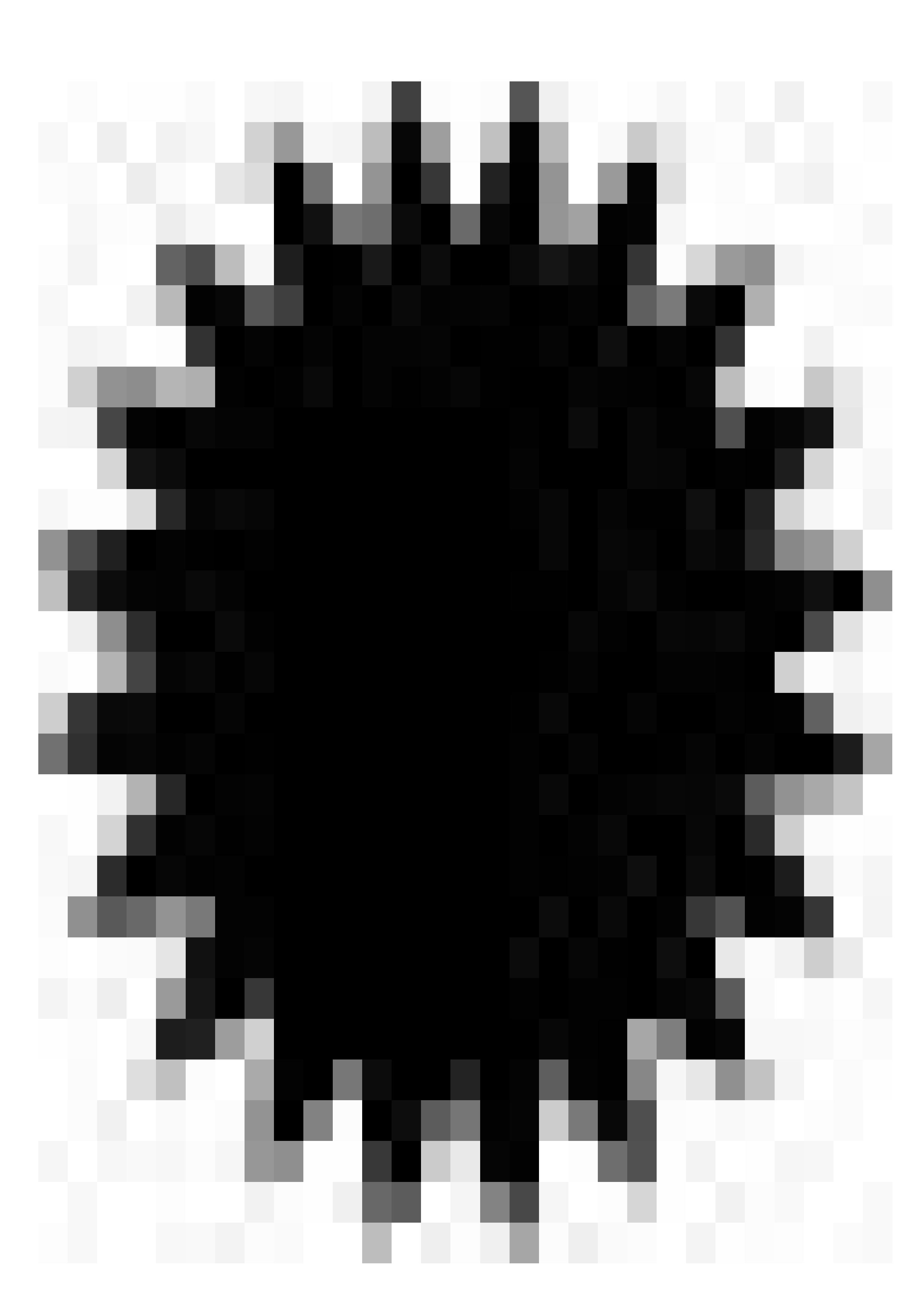
—Porque lo único que tengo es la vida. No creo en Dios, ni en el paraíso, nada de eso.

Y en esta última parte de su vida, además, ha debido acostumbrarse a estar lejos de su hija Michelle, con quien ha compartido tantas vivencias.

—Es la carrera de ella afuera del país; de eso me di cuenta recién el otro día. A

lo mejor me voy a morir un día y ella no va a alcanzar a estar conmigo.

SOL SERRANO: “SI VAMOS A JUZGAR TODO EL PASADO CON LOS CRITERIOS MORALES DEL PRESENTE, HABRÁ QUE BORRAR LA HISTORIA COMPLETA”



Daniel Hopenhayn

27 de junio de 2020

La Tercera

La actualidad suele requerir la opinión de expertos, personas que desde sus conocimientos ilustren, brinden contexto o antecedentes, para que los lectores completen la información que tienen o, a veces, la entiendan.

Es lo que hace Daniel Hopenhayn, quien recurre a la Premio Nacional de Historia, Sol Serrano, cuando se necesitan respuestas por los sucesos ocurridos en EE.UU. tras la muerte de George Floyd, la que desató una ola revisionista que puso en vilo a las estatuas de Occidente y obligó a reconsiderar la manera en que la sociedad había homenajeado a diversos personajes.

Mientras el homicidio de George Floyd desató una ola revisionista que tiene en vilo a las estatuas de Occidente, en el país la pandemia y la crisis social han planteado serias preguntas sobre la idea de Chile como comunidad. Temas que la historiadora y Premio Nacional intenta poner en perspectiva a partir de un pasado errático, que nunca afianzó la cohesión social, y de cara a un futuro revuelto, con la cultura democrática en retroceso.

—Se supone que los chilenos nos unimos ante la adversidad, pero la palabra Chile no ha sido en esta crisis ningún motivo de tregua. ¿Será porque nos pilló peleados o porque lo nacional dejó de funcionar como comunidad imaginada?

—Bueno, se juntaron las dos cosas. La nación ha dejado de ser un elemento cohesionador en muchos países, porque las sociedades son cada vez más un conjunto de individuos con sus propias demandas, ya sabemos eso. Pero nuestros actuales conflictos son sociales, y las debilidades de la sociedad chilena para generar cohesión siempre han estado en la estructura social. La unidad nacional y territorial fue precisamente lo que el Estado del XIX resolvió con éxito, y con terribles costos para los pueblos indígenas del sur. Pero en lo social siempre hemos fallado. Quizás por eso el concepto de nación, de manera un poco simplista, se asocia a un nacionalismo autoritario o al interés de esconder los conflictos a través de una unidad mentirosa.

—Al menos puede decirse que fue una construcción de las élites, ¿no?

—Si nos vamos al origen, desde luego, porque a nadie más le interesaba construir una nación. Casi toda la población era rural y vivía en haciendas, ni siquiera en villas o pueblos, entonces el sentimiento de pertenencia era muy local. Y como el Estado colonial solo se aparecía para cobrar tributos y ejercer funciones de justicia y defensa, su presencia no era muy amable. Muy avanzado

el siglo XIX, la gente todavía arrancaba de las vacunas y de los censos porque temía que fueran mecanismos para enrolarla en el ejército. Por eso los historiadores suelen decir que la idea o el sentimiento de “ser chileno” fue una imposición estatal desde arriba. Pero no es tan simple. Decir que solo se hizo por coacción es suponer que había unas élites pensantes y el resto eran todos unos borregos. Además, muchos Estados no han logrado crear ese sentido de pertenencia. Lo que ocurrió, más bien, es que lo local se fue entrelazando con lo nacional a través de peticiones —ya no solo imposiciones— que comprendían una escuela, un templo, un camino, y ni qué decir después el ferrocarril y sus ramales. Esos no eran bienes solo funcionales, sino también simbólicos.

—Y el Estado social del siglo XX funcionó muy bien con esos simbolismos, pese a lo pobre que era el país. ¿Por qué crees que ahora pasa todo lo contrario?

—No hay que hacer una mitología del Estado de bienestar anterior a la Dictadura. Era muy corporativo y muy injusto. Los trabajadores de clase media tenían unas jubilaciones salvajes y los campesinos nada. Y el país, como dices, era muy pobre. Pero con todo, ese Estado ayudó a democratizar una sociedad muy jerárquica y se fueron construyendo lazos societarios de carácter nacional, donde los partidos políticos, la educación pública y las organizaciones sociales fueron fundamentales. Todos esos lazos, por débiles que hayan sido, la dictadura los fue cortando con tijera. Primero en lo político, de manera brutal, y luego en la sociedad misma. Se apostó a que el libre mercado iba a generar una nueva estructura social con los sectores emergentes, y de hecho así fue. ¿Pero qué lazos societarios iba a construir esa estructura, qué cohesión cultural? Daba lo mismo, lo importante era limitar al Estado. Y el régimen creyó, como los más viejos nacionalismos del XIX, que la unidad nacional podía construirse con el juramento a la bandera, la nueva estrofa de la canción nacional y la intervención totalitaria y vulgar de los currículums de historia. Esa unidad no solo fue de cartón, sino que a la larga sería el cuervo que le comería —y nos comería— los ojos. Recuerdo que en el famoso acto en el Caupolicán contra el plebiscito del 80, cuando se nombró a O’Higgins hubo una pifia generalizada.

—Pero eran dos patriotismos en pugna, no la decepción por el país que hay ahora.

—Absolutamente. Porque la oposición y el exilio desarrollaron su propio amor por los símbolos patrios: la bandera, la canción nacional —“el asilo contra la opresión” se cantaba con furor—, el 18 y las empanadas. Pero al volver la democracia, nos encontramos con que la relación entre Estado e individuo había cambiado enteramente. El mundo había cambiado, también. Y ese sentimiento de “la patria” fue quedando a la deriva. “Ay patria, cuándo bailarás conmigo”, decía el verso de Neruda. O la primera frase de la Mistral al recibir el Nobel: “Soy hija de la democracia chilena”. O esa gran afirmación de Enrique Molina, cuando decía que el Estado se construye, pero solo a la patria se la ama. O los versos de Zurita sobre la patria herida. Todo eso fue desapareciendo. El concepto de república ha recobrado una cierta majestad, porque evoca lo público como virtud y la sujeción de la autoridad a la ley. Pero es un término más altruista que movilizador.

—¿Como la retórica de la Concertación?

—La Concertación fortaleció tremendamente las políticas sociales, que estaban casi en el suelo, pero tuvo poca sensibilidad hacia el mundo de las ideas y hacia la construcción de una cohesión cultural. Para ser justos, tampoco estaba muy claro cómo podía construirla. La sociedad había cambiado demasiado, la cultura estaba a años luz de la capacidad estatal. Y el mundo empresarial, que ganó mucho protagonismo, estuvo lejos de comprender a tiempo el valor de la cohesión social y cultural. Yo espero que este sea el momento de repensarla seriamente.

—Según la crítica de la izquierda a los consensos de la transición, la política dejó de ser fuente de cohesión porque dejó de dar espacio a los conflictos.

—Yo creo que tenía conciencia de los conflictos, pero poca capacidad de resolverlos. Tampoco fuimos tan originales: la decadencia de la política ha sido general en el mundo, porque no parece capaz de solucionar problemas por sí misma, dada la preeminencia de la economía en la vida de las personas y la individuación de los proyectos de vida. Pero yo creo que vamos hacia otra etapa, donde el éxito de una sociedad ya no se puede medir solo por la magnitud de sus excedentes. La idea "a más, mejor" no cuadró, no cumplió su promesa. Y si queremos conservar la paz social, la democracia tendrá que ser capaz de ir modificando esta suerte de capitalismo más salvaje.

—¿Aspiras a que pueda reeditarse la alianza entre socialdemocracia y liberalismo que se dio en el siglo XX?

—Soy mala pitonisa, pero sí. Creo que desde el liberalismo clásico a la izquierda democrática —porque ahora no les gusta que les llamen socialdemócratas— se tendrá que ir construyendo una gran alianza para darle dirección a los cambios. Pero no pensemos tanto en repetir lo del siglo XX, porque muchas ideas que eran esenciales para esa modernidad ya no tienen pasaje de vuelta.

—¿Como cuáles?

—La concepción del tiempo como una historia lineal de progreso, por ejemplo. Una vez más, la ciencia y la tecnología están transformando la época y obligando a la humanidad a discernir el signo de los tiempos para construir sentido. De hecho, la lógica científica es la única que puede llamarse progresista, porque vive de su error. Yo no le tengo susto a la inteligencia artificial ni a ninguna de esas cosas, porque cada vez que apareció un gran descubrimiento científico el mundo se aterró o se creó falsas esperanzas. Todos partimos creyendo que internet era lo más democratizador que había sucedido en la historia, y en cierta medida lo fue, pero ahora estamos inundados de control y de ira. Es la ciencia la que mejora con el tiempo, nosotros tenemos que encontrarle otro sentido.

—Desde la muerte de Dios, al menos en Occidente, no conocemos otro que el progreso hacia adelante.

—Dios no ha muerto, tiene muchos nombres. Para mí, donde hay búsqueda de sentido, está Dios. Todo lo que tenga que ver con nuestro propio descubrimiento de lo bello y de lo bueno, tiene que ver con Dios. Y esa búsqueda está volviendo, con la pandemia se acentuó: nos estamos preguntando qué es el bienestar —el espiritual, el físico, la relación con la naturaleza, etc.— y si esta enorme cantidad de estímulos y necesidades le da sentido a nuestra vida. Obviamente no estoy hablando de los más pobres, pero esto va mucho más allá de los ricos. Los jóvenes no están por darle al trabajo el tiempo que le daba mi generación, los hombres tampoco quieren estas jornadas completas horrorosas, porque también quieren ser padres. Son cambios que pueden llegar a ser profundos.

—Tampoco es que los jóvenes sean menos consumistas que sus padres.

—Son consumistas, sí, pero no sé si les importa tanto tener tanta plata o una casa grande con dos autos. Creo que menos. Y si hablamos de interpretar los cambios sociales, me gustaría agregar algo: otro gran hilo de este tejido, por el que nunca preguntan las encuestas, es lo que cada uno, sencillamente, quiere preservar. Por básico que sea. Por lo pronto, la propia vida. Pero todos queremos preservar algo más, y esa pregunta es tan importante que yo la haría en su forma más elemental: dime las cinco cosas de tu vida que quieres preservar. ¡Ese diagnóstico nos hablaría tanto de la sociedad que tenemos! Y, sin duda, contribuiría a que el diseño de las políticas sociales considere su profunda incidencia en la cultura.

Inundados de certezas

—¿Crees que del proceso constituyente vaya a emerger una sociedad menos fragmentada?

—Es un ejercicio fundamental para recuperar la palabra razonada. Los perfiles de los constituyentes van a ser muy diversos y cada uno tendrá que fundamentar sus dichos. Y quizás no se llegue a crear un gran relato comunitario, pero al menos ya nadie podrá sostener que la Constitución es ilegítima. Ya no existirá esa disculpa y es indispensable que no exista, porque no hay democracia que resista si cada quien pretende establecer sus propias fronteras entre lo legítimo y lo ilegítimo. ¿Por qué es tan fácil caer en el autoritarismo? Porque siempre nos parece justo cuando viene de nuestro lado. "La violencia precede al derecho", decía Freud. Y hablé de "disculpa" porque me parece que no es solo la Constitución, sino el sistema democrático mismo, como fuente de legitimidad de la autoridad política, lo que ha perdido su sentido en muchos espacios. Ojalá me equivoque, pero veo que en la política chilena no hay una convicción democrática demasiado profunda. Se privilegia radicalmente el conflicto, como si dialogar para encontrar puntos de acuerdo fuera poco menos que rebajarse, o caer en algún tipo de traición.

—Muchos creen que los llamados al diálogo sirvieron demasiadas veces para eludir el conflicto en vez de encauzarlo.

—Yo no hablo de tapar los conflictos, por supuesto. Cuando digo que no veo convicción democrática, es porque los sectores que solo incitan los conflictos no les otorgan a los otros la legitimidad que se otorgan a sí mismos.

—Quizás te contestarían que no cuestionan la legitimidad de los otros, sino la de una política que se dejó estar ante las nuevas urgencias sociales.

—Y yo les contestaría que veo más énfasis en cuestionar la legitimidad del

sistema completo que en proponer un proyecto social alternativo. Proyecto que tampoco se ve muy claro, porque todo lo que se propone apunta a la idea de que el Estado es el que construye “lo público”. Lo cual, de partida, se contradice con que ellos mismos creen más en los movimientos sociales, o incluso en la democracia directa, que en la institucionalidad estatal. Es bien curioso: se ensalza la radicalidad de la soberanía del individuo sobre sí mismo, pero al Estado se le reclama que construya “lo público”, y al mismo tiempo se denuesta a la política… ¡Es muy inorgánico! Al final, el Estado se convierte en una abstracción que nos tiene que responder por todo. ¡Si el Estado somos nosotros, vive de los contribuyentes!

—No te gusta la reivindicación “lo público”.

—No de esa manera. De hecho, me carga decir “sector privado” y “sector público”, lo encuentro muy economicista. Creo mucho en el rol del Estado, pero también en las riquezas de todo tipo —económicas, culturales, comunitarias— que produce la sociedad por sí sola, y que el Estado puede estimular, por qué no. La verdad, creo que la discusión de lo público versus lo privado nos tiene entrampados frente a muchos de los desafíos que tenemos por delante. Y espero que la pandemia nos obligue a salir un poco de ese debate, que al final siempre se estanca entre el miedo al estatismo radical y la consigna de desmontar el “modelo neoliberal”, que es otra manera de resolver todo con una sola palabra. Estamos inundados de certezas que no van a servir de nada ante la pobreza y el desempleo que va a sufrir la sociedad, y quizás eso nos mueva para entrar en otra fase. ¡El miedo tiene que movernos!

—Aunque toda la épica del estallido social se basó en haber perdido el miedo.

—Bueno, eso es comprensible, porque la generación que protagonizó el estallido no tiene ningún miedo. Esta ha sido, pero lejos, la etapa más libre de toda la historia de Chile. Y a pesar de todas las desigualdades y contradicciones, sin

duda la menos pobre. Pero yo creo que un poco de miedo hay que tener en la vida, como también creo que hay que tener un poco de culpa. El miedo nos hace inciertos, y necesitamos incertidumbre para volver a dialogar, a escuchar, a estar dispuestos a cambiar. El reciente acuerdo económico social creo que dio un tono. Va a ser la única manera, porque vamos a atravesar un período de incertidumbres muy fuertes, no solo en Chile. Y la globalización nos está enfrentando a una realidad que a veces se nos olvida: la tradición democrática es muy débil en el mundo. Occidente, que construyó la globalización desde el siglo XVI, logró expandir con mucho éxito el capitalismo, la ciencia y la tecnología, pero no así la democracia ni la religión. No digo que el mundo deba ser occidental, ¡Dios me ampare! Digo que en países que no tuvieron una tradición primero cristiana y luego ilustrada, la democracia ha encontrado poco arraigo en la cultura, en cambio el capitalismo puede funcionar muy bien. Incluso en Occidente, la universalidad de los derechos humanos y la igualdad ante la ley están volviendo a ser valores relativos.

—¿También en Chile?

—Creo que sí. Con lo tremenda que fue la dictadura, yo me habría esperado una cultura democrática más fuerte en las generaciones que vinieron. A veces veo que los estudiantes no saben cuán autoritarios pueden llegar a ser. Tienen una cabeza muy formada en que tu propia moralidad es lo que determina la legitimidad de un ejercicio de autoridad, y eso es lo más antidemocrático que hay. Cuando te piden que eches a un alumno que fue acusado de abuso antes siquiera de que empiece la investigación, yo digo “oye, ¿quién soy yo para negarle a una persona el derecho a un debido proceso y a la libertad de cátedra?”. Y esa no es una posición moral, es política: no me reconozco autoridad para desconocerle esos derechos a una persona. La judicialización de la política me parece otro síntoma de esa falta de convicción democrática.

—¿Por qué?

—Porque a los jueces nadie los eligió para que decidan las políticas sociales, esas discusiones hay que zanjarlas en las instituciones donde se expresa la soberanía popular. Es como la idea de incluir todo en la Constitución: nuevamente, el objetivo es limitar el rol de la política, quitarle atribuciones a lo que puedan resolver las mayorías en el juego democrático. Y no me puedo privar de decirlo: también creo que faltó una mayor valoración de la cultura democrática de parte de los intelectuales.

—¿De alguna corriente en especial?

—Principalmente del posmodernismo y sus corrientes asociadas, que son muy poderosas en las universidades e instalaron con mucho éxito esta identificación de todo lenguaje como forma de opresión. Con lo cual la investigación empírica quedó muy postergada, porque si el conocimiento es un discurso de poder, lo que importa es deconstruirlo con otros discursos, que vendrían a ser los de denuncia y liberación. ¿Y dónde queda el lenguaje como capacidad de diálogo? Si la palabra es solo una forma de poder, ¿qué le queda a la democracia, que no vive sino de sus palabras? Cuando historiadores serios plantean que la democracia actual es una continuación de la dictadura, cuando eso campea en las universidades y al final se enaltece la democracia directa porque todo el sistema es una estructura opresora… Ahí creo que la Concertación, como mundo ideológico, perdió la batalla de las ideas. No sé si la quiso dar, tampoco. Me incluyo, ¿ah?

—También fue muy influyente, ya en tu propio campo, el auge de una historiografía de la desmitificación, que no deja héroes en pie. ¿Era un giro necesario o tienes algo que objetarle?

—Abandonar la hagiografía me parece bien, hoy investigamos para conocer todos los lados de un personaje, oscuros o no. Y en paralelo, volvió a ser muy popular el género de la divulgación histórica, en parte por la especialización de los académicos. Lo que yo lamento es que esa divulgación no juegue con los

matices —como toda buena escritura— y sobre todo que no se fascine ni se sorprenda con esos otros tiempos. Más que interpretar una época, un hecho, un personaje, a muchos les interesa sentarlo en una silla eléctrica para hacerle un juicio completamente ahistórico. Y donde el verdadero personaje, por lo demás, no es el enjuiciado, sino el juez.

—¿Y qué hacemos con las estatuas? El homicidio de George Floyd desató la ola revisionista, pero el fenómeno venía de antes, también acá.

—Cada época y cultura ha levantado su propio panteón y destrozado parte importante del panteón anterior. Lo hizo el cristianismo con el Imperio romano, ¿no? Y la conquista de América, efectivamente, fue terrible, tanto que suscitó grandes debates teológicos que se consideran la primera reflexión sobre los derechos humanos. Yo no le temo a esta discusión, soy partidaria de abrirla, ningún grupo es dueño del espacio público. Pero ojo: si vamos a juzgar todo el pasado con los criterios morales del presente, el único camino va a ser borrar la historia completa. Para mí, se trata de abrir el panteón y renovarlo, no de botar a todo aquel que nos merezca algún reproche. Que la historia conviva. El pasado no es a foreign country, un país lejano, es nuestro. ¿Por qué no botar la escultura de Marco Aurelio en el Campidoglio? ¿O la catedral del Zócalo? Porque las consideramos un patrimonio, aunque no compartamos su contenido. Ahora, cuando la historia es reciente y el dolor está vivo, obviamente los líderes de un régimen criminal no pueden estar en el espacio público como héroes. Pero al mismo tiempo encarnan su época y es muy relevante que las siguientes generaciones los vean.

—¿Entonces?

—Me parece que la solución de Lituania es muy interesante: hizo un museo abierto en las afueras de la ciudad con todas las estatuas del período soviético. Y la semana pasada, en Inglaterra, decidieron que en vez de reinstalar la estatua de Edward Colston, que fue derribada, la van a llevar a un museo, porque

efectivamente era un símbolo de injusticia. Pero eso es muy distinto a atacar la estatua de Churchill. Eso ya es pura iconoclastia.

—Para los activistas en cuestión, que Churchill haya frenado a los nazis no hace menos condenables las opiniones racistas que se le atribuyen. ¿Qué se les responde?

—Que aprendan a convivir con esas contradicciones. Jefferson y Washington tenían esclavos, dicen que Marx maltrataba a la mujer, que el Che Guevara era homofóbico… Por eso no creo en ser críticos del pasado de manera iconoclasta. Esta idea de que tratar de comprender es sinónimo de justificar, aparte de ser un tremendo mal de época, no te permite pensar históricamente. De hecho, es reincidir en el absurdo de los viejos Estados nacionales, que quisieron hacer panteones inmaculados. Después de la Guerra del Pacífico, el panteón chileno fue principalmente militar, más algunos políticos e historiadores que están medio escondidos —salvo Andrés Bello— en esa insoportable avenida que es la Alameda.

—¿Qué problema tienes con la Alameda?

—La odio.

—¿Por qué?

—Por fea, por ruidosa, porque no tuvo ningún encanto en la forma de mantener sus fachadas. No, me carga. A la Biblioteca Nacional entro por Miraflores.

—¿Te gustaría que se rebautice la Plaza Italia como Plaza de la Dignidad?

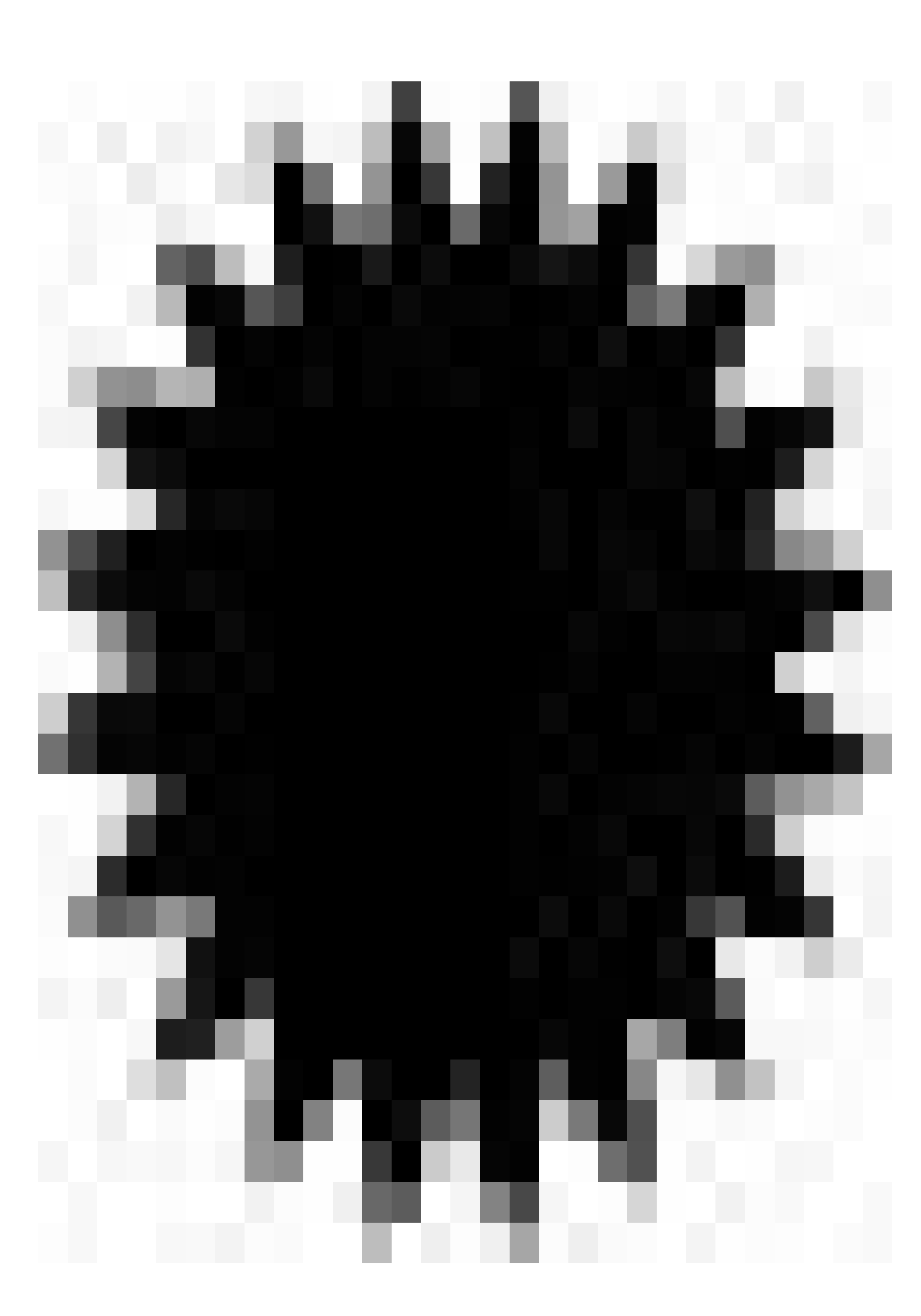
—No. Porque es claramente el hito icónico de un grupo, no de toda la ciudad. Y el hecho de que hayan usado la violencia —me refiero al grupo que estuvo en la plaza de manera más permanente— creo que marca una frontera. Me van a decir “ah, ¿y la violencia de Carabineros?”. Si otra vez nos ponemos a justificar una violencia por otra…

—Plazas muy republicanas le deben su nombre a la Revolución francesa.

—Sí, pero eso pasó en el siglo XVIII. En nuestro tiempo consideramos que la violencia, al menos en un sistema democrático, no es el camino para imponerle a todo el resto el nombre de la plaza más icónica.

MARTA CRUZ-COKE:

LA MUJER DEL COLLAR DE DIEZ PESOS



Gabriela Hormaechea

16 de septiembre

The Clinic

Marta Cruz-Coke, una mujer de 97 años, que tiene mucho por decir, es la que nos presenta Gabriela Hormaechea, para que conozcamos lo que hizo, pero también sobre aquello en lo que cree, piensa o anhela. Así, quien lideró la batalla por instaurar el Día del Patrimonio, por declarar Valparaíso como Patrimonio de la Humanidad y aceptó ser —durante siete años— la primera mujer a cargo de la Dibam (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos) y de la Biblioteca Nacional, se manifiesta por el Apruebo en una nueva Constitución porque “hay que callar a todos los que rechazan”.

“Desde el último peón hasta la más encumbrada figura que se quiera imaginar van a votar por lo que creemos que debe cambiarse. Para eso hay que prepararse. Debemos elegir la mejor gente para que trabajen por los cambios”, señala.

Ha sido una adelantada para sus tiempos. Dice que se casó tarde, a los 24 años, cuando su mamá ya la creía solterona. Entró por primera vez a la universidad a los 42. Lideró la batalla por instaurar el Día del Patrimonio, por declarar Valparaíso como Patrimonio de la Humanidad y aceptó ser —durante siete años — la primera mujer a cargo de la Dibam (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos) y de la Biblioteca Nacional. Afirma con voz fuerte que aprueba una nueva Constitución porque "hay que callar a todos los que rechazan". A un mes de cumplir 97, Marta Cruz-Coke sigue siendo una rupturista, con collar de perlas que confiesa es completamente falso.

Marta durmió mal. "A mí me da lo mismo lo que hablemos, solo que anoche no dormí muy bien y me estoy vistiendo recién", contesta cortés al teléfono. Está dejando los remedios para dormir. Está haciendo lo que nadie está pensando hacer en plena pandemia. Desintoxicarse.

No era una mujer de pastillas hasta que se fracturó la cadera, en enero del año pasado. Se cayó de brazos abiertos sobre una torre de papeles y comenzaron los dolores y los problemas para dormir. Antes del accidente, dice convencida, tenía otra personalidad. Marta quiere volver a ser la de antes, por eso hay noches que no toma la pastilla diminuta para el sueño que le recetaron, esa que muchas noches se le cae y no encuentra. "A mí me podrían envenenar cuando quisieran y sería muy fácil".

Edilma Zuluega es colombiana y esa confesión de Marta la hace reír fuerte. Son cómplices, disfrutan el mismo humor. Se pasea detrás de ella. Le repite, delicada, lo que le pregunto y alerta cuando la conexión a internet es inestable. Se acerca, le hace cariño en los hombros. Edilma es los ojos y oídos de Marta. También su equilibrio. Desde el accidente, Marta camina inestable y la necesita para moverse. Trabaja con ella hace un año y medio y desde que empezó la cuarentena no se mueve de su lado. La cuida como a una madre que se quiere. Le lee los mensajes por WhatsApp de sus nietos y la conecta por videollamada para esta entrevista. Pero Marta detesta la tecnología. "Fíjese", dice, "usted me parece encantadora a primera vista, pero no tenemos ningún tipo de relación real. No sé cómo son sus gestos, que revelan tanto de una persona. No sé si es usted una persona cálida, no alcanzo a darme cuenta porque estamos separadas por la tecnología. Todo lo que significa una amistad real y profunda es muy difícil a través de esto".

Pero la usa.

Marta puede escuchar música sin moverse de su cama. Le dice a un aparato en su velador “Mozart” y de vuelta le contestan “¿quieres oír a Mozart”. Ella solo necesita lanzar un sí al aire. “Puedo decir Beethoven también, lo que yo quiera, y lo escucho”.

—Marta, ¿me ve bien?

—La verdad es que no la veo. Tengo un glaucoma en un ojo, entonces veo solo sombras. El otro bueno que me quedaba recibió una especie de misil y me dejó ciega. Por suerte el misil que se paseó por mi cuerpo me llegó al ojo y no al cerebro porque me hubiera dejado en calidad de bulto. Como ve soy muy privilegiada. Me dan lata mis enfermedades. Piense en esas señoras que les pregunta cómo están y empiezan a contarle del hígado (ríe). Las enfermedades pertenecen a un pasado y yo estoy tratando de meterme en el futuro.

—Se ve bien de salud.

—Estoy muy agradecida de mi salud. Hay días que estoy muy mal, pero hoy estoy muy bien. Como a todo el mundo, a veces me baja la depresión. Pienso que estoy demás, que no sirvo para nada.

Marta luce sana, fuerte y lúcida. Dice que su carácter está intacto, pero ya no tiene la libertad de hacer lo que quiere. Tiene que pedir permiso si quiere salir. “Estoy transformada en una niña chica”, patalea redimida. Al principio se reveló, no le gustó para nada el cambio de roles y transformarse en la hija de sus hijos. Lo conversó con sus amigas y se dio cuenta de que era una realidad que todas estaban viviendo. “Eso me dejó más tranquila”.

—¿Ha salido?

—Hace unos días me dieron permiso para ir a ver una amiga. Igual que una niñita chica tuve permiso de mi hijo Gustavo. Fui con la Edilma, pero nadie más. Una sola amiga me dejaron ver, ¿qué le parece?

—¿A quién querría ver ahora?

—A mucha gente. A mis padres. A mis hermanos, que fueron extraordinarios, un apoyo increíble cuando murió mi marido.

Se queda fija en la pantalla. Esta vez no es la conexión a internet, es su mirada que se pierde como si estuviera frente a una feliz y cariñosa foto familiar.

Entonces retoma.

—Cuando se murió el resto de la familia me quedaron mis hermanos, que eran mis amigos, Eduardo y Ricardo. Fuimos muy unidos.

Isabel está enojada

La primera hija de Marta, María Isabel, estaba completamente sana hasta que cumplió un año. Entonces la atacó un brote de difteria. En Chile no existían vacunas ni tratamientos para curarla. “El Ministerio de Salud encargó los remedios en avión, refrigerados, y una partida no llegó buena. Esa le tocó a mi hija que perdió la mitad de su cerebro”, recuerda Marta.

Isabel, hoy de 72 años, no ve a su madre desde marzo y no entiende las razones de la distancia. De un minuto para otro, Marta despareció de su mapa. Pero ella

la llama todos los días después de almuerzo. “Le digo que la quiero mucho y ella oye, de eso estoy segura”. Entonces su voz dulce se endurece y protesta. “Íbamos a todos lados juntas y hace siete meses que no me ve, tiene toda la razón de estar enojada conmigo”.

Marta y Ricardo, su marido, cuidaron a Isabel hasta que Ricardo murió. Siguió sola cinco años más, pero ambas necesitaban atención. Así fue como su hija mayor llegó al Hogar de María, donde está hace dos años.

—Isabel fue su primera hija y tuvo esta enfermedad, ¿se sintió usted muy sola?

—Sabía que lo que había por delante no era fácil, porque en ese tiempo nadie cotizaba a la gente con retardo mental. Las escondían en el último lugar de la casa y no había instituciones, salvo una, que fueran a hacerse cargo de esos niños. Era un porvenir muy negro. Desde entonces hasta ahora, he juzgado un poco a la gente por la forma en que son atentas o dijes con María Isabel.

—¿En quién se apoyó?

—En mi marido, mis padres y mis hermanos. Mis cinco personas más cercanas fueron maravillosas. También mis hijos que, aunque eran chicos, se hicieron cargo de su hermana. Mi hijo la defendía en todas partes. A mi hermana no la toca nadie, era la frase de este niño de cinco años.

—Usted dio gracias a Dios cuando supo la noticia de su hija.

—Así es. Había tenido una vida excesivamente buena. Yo soy católica,

apostólica y romana y creo en la ayuda de Dios. El hecho de que la niña tuviera esta enfermedad me pareció un equilibrio porque había tenido una vida demasiado buena y fácil.

—¿Siente que ha sido una mujer que ha roto con las estructuras?

—Fíjese que no lo sé. Nunca resolví romper moldes por mí misma, lo he hecho sin querer, aceptando la realidad que venía. Cuando me nombraron como la primera mujer directora de la Dibam, recuerdo que el presidente Aylwin me dijo "le estoy ofreciendo un cacho" y yo dije al tiro "acepto", porque ese cacho era un desafío.

—¿Un cacho le parecía más desafiante aún?

—Me pareció estupendo porque no era una cosa fácil. Siempre le he tenido miedo a lo fácil. Creo que en la vida hay que ir rompiendo cosas difíciles.

—¿Qué ha sido lo más difícil de romper?

—Es una muy buena pregunta. No sé (ríe). Han sido varias cosas y cada una la he tomado como una oportunidad.

—¿En qué momento de la historia se siente viviendo ahora?

—Estamos en un cambio de civilización. Hay una a la que yo pertenezco que

está muriendo y otra que está naciendo, que es donde pertenecen mis nietos. No tengo nada que ver con la civilización que nace, no sé lo que va a pasar con ella, pero sí sé que estoy metida intentando comprenderla.

—¿Qué tiene esta nueva civilización?

—Es una civilización tecnológica, que ha simplificado una serie de procesos humanos y a la vez ha deshumanizado a la persona. Ha hecho las dos cosas al mismo tiempo y muy bien hechas.

—Y nos permite comunicarnos en este momento…

—Claro. Usted está viendo de mí una parte delantera y yo de usted lo mismo, pero no sabemos nada la una de la otra. Nunca nos hemos tocado. Nunca hemos guiñado un ojo o tenido algún tipo de complicidad física. Esto es una manera totalmente nueva de mirar las relaciones humanas. Son más fáciles, más rápidas, más extensas y al mismo tiempo, más pobres.

—¿Qué le pasa con eso?

—He sentido dos cosas al mismo tiempo. Siento que somos una insignificancia, pero junto con eso se destaca la importancia dignificadora de mi persona porque soy única como usted es única. No va a haber nunca más una persona como usted y como yo. Eso hace nuestra grandeza. Mi tarea, como la suya, es hacer cada día lo mejor posible lo que tenemos que hacer. Con eso cumplo la parte que me corresponde en el mundo, en esta civilización que conozco tan poco.

El collar de diez pesos

Conoció a Ricardo cuando sus padres la creían lista para vestir santos. “En esos años las chiquillas se casaban a los 18, a mí eso me parecía casi un infanticidio”, dice aún espantada. Marta quería salir, conocer gente, experimentar. El tiempo pasaba y no se decidía por ningún pretendiente.

Ricardo era presidente de la juventud masculina de la Acción Católica. Marta era presidenta del mismo grupo, pero de las mujeres. Hombres y mujeres trabajaban separados físicamente, por lo que Ricardo y Marta tuvieron que conformarse con las miradas a lo lejos.

En 1946 el Partido Conservador proclamó a Eduardo Cruz-Coke, el padre de Marta, como candidato a la Presidencia. Ricardo se sumó a la campaña y eso le valió un almuerzo familiar en la playa donde pudieron, finalmente, sentarse juntos, mirarse de cerca y conversar.

—Usted militó en la Democracia Cristiana, ¿siente afinidad todavía por el partido?

—Soy miembro de la Democracia Cristiana porque ellos profesan el socialcristianismo. Soy de todas maneras la militante más vieja, no conozco a nadie que tenga 96 años y esté como yo.

—¿Y participa?

—Para nada. Fuera de ir a votar, nada. En este momento estoy ajena a la política, simplemente me permito tener opiniones en la mesa a la hora de comer. Estoy dedicada 100 % al tema del patrimonio y para eso hay que estar ausente de lo político. Son temas que no pueden ser mezclados.

—¿Por qué?

—Porque el patrimonio es de todos los chilenos y es algo precioso que crea comunidad. Es el hilo conductor de la historia de Chile.

—¿Se siente parte del patrimonio?

—Sí. Hago cada día mejor lo que me toca hacer cada día, con eso cumplo con mi pequeña obligación cultural. La cultura no tiene que ver con conocer las guerras napoleónicas, tiene que ver con comportarse con valores y ética. Por ejemplo, el respeto. Hoy por hoy, las formas del respeto no se respetan. La gente que usted convida a comer puede llegar o no llegar y no avisarle.

—¿Y perdona las faltas de respeto?

—Uno vive perdonando porque, en el conjunto de la vida entera, no tiene mucha importancia.

—¿Cuánto influye su manera de ver la cultura en lo rápido o lento que podamos salir de esta pandemia?

—Cuando hay disciplina la gente se cuida; y al cuidarse no contagia. Pero si en vez de eso se dan unas fiestas tremendas, se ríen de los peces de colores y parten en helicópteros a cualquier parte están desafiando a la naturaleza y echando a perder la convivencia social. Sería terrible que esta pandemia, que dicen que va

mejor, volviera en gloria y majestad por toda la gente imprudente que existe.

—¿Cómo proyecta el futuro de nuestro país?

—En este momento lo veo confuso, no me atrevería a decir nada porque no tengo la menor idea de lo que va a pasar mañana. Acá en Las Condes nos quitaron la cuarentena, pero no sabemos si las imprudencias que comete mucha gente pueden traer un recrudecimiento de la pandemia y el encierro. No sé ni siquiera lo que va a pasar mañana.

—Sí sabemos que en pocas semanas tenemos plebiscito.

—Claro, y me parece muy necesario porque es la primera vez que el pueblo chileno va a elegir su Constitución. Desde el último peón hasta la más encumbrada figura que se quiera imaginar van a votar por lo que creemos que debe cambiarse. Para eso hay que prepararse. Debemos elegir la mejor gente para que trabajen por los cambios.

—Entonces aprobaría con Convención Constituyente.

—De todas maneras, no lo dudo.

—¿Qué reforma le parece prioritaria?

—No lo he pensado y para dar una respuesta hay que haberse sentado a pensarlo.

Espero pensarlo cuando se acerque la fecha y tenga que ayudar a tomar una decisión. Por el momento, responderle sería una opinión liviana. Ese es el gran problema que tenemos en Chile: pensar livianamente temas que no lo son.

—¿La van a dejar ir a votar?

—No es cuestión que me dejen, voy a ir. Hay que votar un sí rotundo, un sí que deje callado a todos los no, a los que rechazan y se oponen al avance de la historia…

Marta se interrumpe.

—Perdón que yo le pregunte. Usted sabe bastante de mí. Explíqueme, ¿qué va a hacer con todo esto?

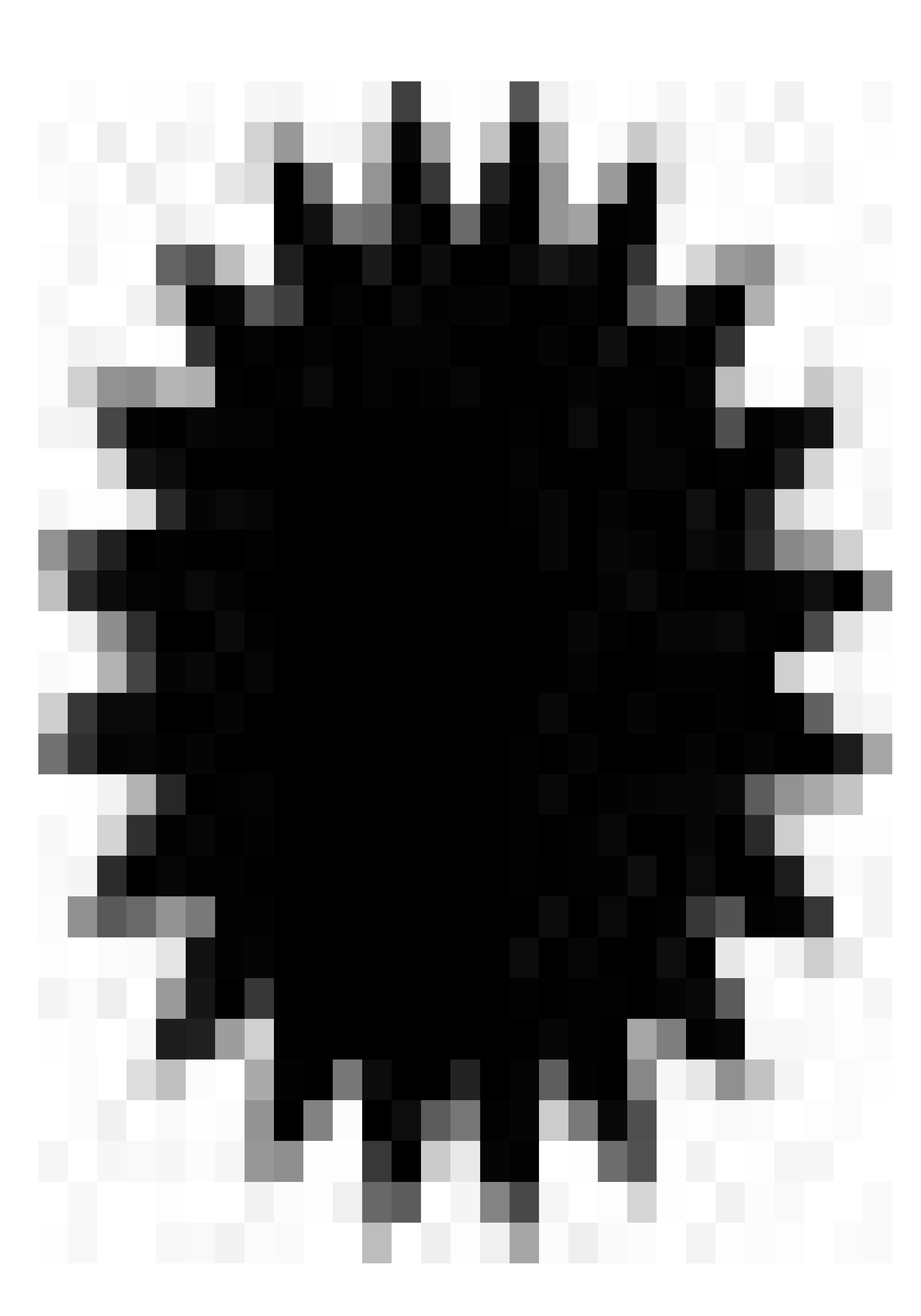
Llevamos más de una hora conversando. Le explico que buscamos iluminar, a través de su experiencia de vida, el estado de las cosas, de Chile, de sus batallas.

—Ahora me doy cuenta hacia dónde va. Por eso sabe del collar de perlas que uso siempre (ríe). Para que usted sepa es de esos de diez pesos que se venden en los bazares y que son perlas de río de distintos colores. Una vez que usted se los pone en filas de tres o cuatro y los mira de lejos parecen perlas, pero no lo son (ríe).

PREMIO PERIODISMO

DE EXCELENCIA UNIVERSITARIO

SIGMA: EL CÓDIGO SECRETO DE LOS SUICIDIOS EN EL METRO



Camila Bohle Silva y Valentina Medina Delgado

Universidad Diego Portales

Profesor guía: Alberto Arellano

Con suma delicadeza, pero con gran profundidad y reporteo, Camila Bohle Silva y Valentina Medina Delgado, dos alumnas de la UDP, incursionan en el difícil tema de los suicidios en el Metro de Santiago.

Cuentan detalles inéditos, entrevistan a personas que nunca hablaron y nos muestran toda una trama de movimientos que genera una acción que se repite y que, sin duda, afecta a toda una sociedad.

"Lo visible sucede en la estación, pero hay una larga cadena de empleados y subcontratados de Metro que intervienen en un evento" señalan las autoras y ellas logran ver más de lo que sabíamos.

Para el jurado, que destacó que el reportaje emplea un lenguaje profesional, respetuoso y que contextualiza cada uno de sus aspectos de manera coherente, el texto se centra en una problemática feroz y urgente, que adquiere más dramatismo y actualidad en tiempos de pandemia.

"Este trabajo universitario acierta en la elección del tema y los personajes. Es novedoso, presenta una mirada propia y perspectiva certera. Su pauta, añaden, es más original que la que se suele leer en muchos medios de comunicación".

* Antes de comenzar a leer esta investigación es importante que tengas en consideración que si sufres de ideaciones o comportamientos suicidas, o conoces a alguien que esté pasando por lo mismo, puedes llamar a Salud Responde 600 360 7777, línea telefónica que dispone el Ministerio de Salud.

** Los nombres de algunas fuentes fueron cambiados para proteger su identidad, así como también se omitió información sobre sus actuales trabajos y los detalles de estos.

—Yo tengo que sacar fotos a los trenes y después mostrárselas a mi jefe para que vea cómo se limpió, qué se hizo, cómo quedó y cómo está, cosa que no haya ningún reclamo cuando el tren pase a mantenimiento. No deben quedar residuos de grasa humana, ni sangre, ni de cabello.

Alejandro, cuyo nombre real fue cambiado para resguardar su identidad y evitar represalias, cuenta los detalles de su trabajo y del bolsillo de su pantalón saca el celular para mostrar las fotos de su galería. Las imágenes de los restos humanos se mezclan con fotos de su esposa, hijos y nietos. Alejandro habla calmado, no es de hilar muchas palabras ni mucho menos de alzar la voz. Se considera una persona simple y enemigo de los conflictos. De su pelo color castaño se asoman unas pocas canas. Tiene 64 años.

Cada vez que ocurre un suicidio en el Metro, Alejandro debe seguir el desconocido protocolo que la empresa busca mantener en silencio. Él es supervisor de limpieza de una de las líneas del Metro de Santiago y el único encargado de limpiar los trenes de ese recorrido cada vez que una persona se precipita a las vías.

Alejandro es el último eslabón de una larga cadena en la que participan distintos profesionales y trabajadores cuando ocurre un suicidio en la red, tanto en la estación de Metro como en el taller de mantenimiento técnico del tren.

Para referirse a suicidios, Metro ocupa la palabra Sigma, concepto que indica que una persona se ha precipitado al paso de un tren en alguna estación. Para la limpieza de los vagones, posterior al hecho, la empresa tiene contrato con tres sociedades subcontratistas de aseo e higiene, las que se encargan de prestar servicios de saneamiento permanente en vagones y proveerles de trabajadores. Estas empresas son Valoriza —ligada al grupo español Sacyr— ISS y Maclean.

A Alejandro por limpiar un caso Sigma le abonan $ 30.000 a su sueldo final de $ 500.000 líquidos al mes, pero es un pago adicional fuera de contrato. Ese desembolso extra lo comenzó a recibir de la empresa CVC Comao, luego de 13 años removiendo suicidios, asegura. Las siguientes empresas continuaron con esta práctica.

En sus primeros años aseando casos Sigma, la empresa contratista Somacol, con la que inicialmente trabajó Alejandro, le hizo una orientación preventiva para

realizar la labor, pero no fue hasta ocho años después que recibiría una capacitación completa de parte de la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS) para remover residuos biológicos.

Alejandro dice que trabajaba, principalmente, según su instinto y sin las medidas de seguridad necesarias para remover un Sigma, como, por ejemplo, un overol, casco y guantes, entre otras cosas. En todos sus años de trabajo, ninguna de las empresas ha garantizado, ni a él ni a Mauricio, el otro trabajador consultado para esta investigación, y que realiza exactamente la misma labor, un seguimiento psicológico luego de limpiar los trenes tras un suicidio.

—Oye, ¿cómo lo haces? ¿Cómo es que estás almorzando? —le pregunta un compañero de trabajo.

Hace menos de una hora Alejandro había limpiado un tren que llegó por un caso Sigma, y ahora estaba sentado junto a sus colegas preparándose para la colación.

—Es que tengo que almorzar. Debo comer a la hora porque soy diabético —responde Alejandro.

“Nunca me he sentido mal, con el tiempo ya no es raro. Lo veo, lo limpio y listo. Mis compañeros no son así. Nadie quiere limpiar un Sigma porque son reacios a eso. Me lesean, me dicen ´El carnicero´”, cuenta Alejandro, en medio de uno de sus descansos del trabajo.

Capítulo 1

Las cifras detrás de los suicidios

Para Metro los suicidios son un tabú. A la empresa no le gusta hablar del tema fuera de sus oficinas ni mucho menos exponer públicamente las cifras de los casos Sigma. La información queda en completo secreto para la ciudadanía en general. La razón es, según mencionaron mediante correo electrónico, “debido al efecto imitativo que provoca su constante difusión”.

Los datos sobre suicidios han sido registrados por distintas instituciones. Según

el Servicio Médico Legal, entre 2017 y 2019 el total de muertes llegó a 21. Hubo cuatro en 2017; dos en 2018 y 15 en 2019. De acuerdo con esa información, dos de ellos ocurrieron en la Línea 2, cuatro en la Línea 4, dos en la Línea 5 y 13 en la Línea 1.

Cada vez que ocurre un evento como ese, Metro lo informa a través de su cuenta de Twitter. Allí, entre 2017 y 2019, según se calculó para esta investigación, se registraron un total de 44 situaciones relacionadas a aventamientos de personas a las vías del tren, pero no se esclarece si la persona se lanzó a las líneas o se trató de un accidente. En 2017 se registraron 15 episodios, al año siguiente 12 y en 2019 fueron 17. Durante esos años el tramo de la red que tuvo el número más alto de eventos fue la Línea 1 con 23 casos publicados.

Mientras, la 60ª Comisaría de Carabineros informó que en 2019 se registraron 21 casos. La unidad policial comenzó a desarrollar su propia base de datos con el registro de suicidios solo hace dos años.

Los únicos datos oficiales que se tienen de Metro fueron entregados por la 60ª Comisaría y publicados en un medio de comunicación chileno el 2019. En este se informó que entre 2017 y 2019, hubo 54 eventos asociados a personas que se lanzaron a las vías, de los cuales 20 fueron suicidios concretados. A marzo de 2019 las muertes consumadas fueron superiores a las que ocurrieron en todo 2018.

También se especificaron las líneas con mayores casos de Sigma. Dentro de la Línea 1 ocurrieron 18, en la Línea 2 se reportaron 14, en la Línea 4 hubo nueve, en la Línea 5 se concretaron 12 y en la Línea 6 ocurrió uno.

Para esta investigación se intentó conseguir los resultados actualizados, sin embargo, fuentes de Carabineros negaron esta información señalando que ya no tenían relación directa con Metro desde octubre del 2019.

Teniendo en consideración todo lo anterior se demuestra que las autoridades no poseen datos consolidados ni homologados entre sí. Seguir el rastro de la verdadera cantidad de suicidios que ocurren en las vías de Metro es una tarea compleja, ya que además ni la propia empresa comparte sus registros.

Al igual que con los datos sobre suicidios, no se tiene claro el origen del término Sigma. Si bien no se sabe cuándo se comenzó a hablar de este concepto, algunos trabajadores de Metro estiman que existe hace mínimo 25 años. En cambio, otros

creen que se usa desde hace 13 años, cuando los trenes comenzaron a detenerse entre uno y dos minutos por estación.

No obstante a lo anterior, el término ya es conocido entre guardias, choferes, cajeras y el personal de aseo de Metro. Están acostumbrados a encender las alarmas cuando ocurre un caso Sigma y tienen internalizado que deben comenzar con el protocolo. Pero, fuera de las puertas de esta empresa, no es común escuchar la palabra. Metro prohíbe estrictamente a sus funcionarios hablar sobre este procedimiento.

“Nosotros no nos metemos en esa cuestión por 30 lucas”

Antes de llegar a trabajar a la empresa, Alejandro no sabía de este término. Su vida poco y nada tenía que ver con Metro. En 1976, cuando tenía 17 años, realizó el servicio militar en la Escuela de Paracaidistas en Peldehue, en la comuna de Colina, y dos años después fue chofer de camión en una carnicería.

Similar es el caso de Mauricio, de 65 años. Él está a cargo del turno de noche de una de las líneas del Metro, donde se encarga de asear los trenes y atender los casos Sigma. Hace 11 años trabaja para las empresas de limpieza contratistas que han pasado por ahí. Pero no fue hasta su segundo año que empezó a limpiar casos Sigma.

A los 32 años trabajó en el Hospital José Joaquín Aguirre, en el departamento de urgencias. Estuvo durante siete meses haciendo un reemplazo. Luego de ello, quiso cambiar de rumbo. Fue comerciante durante 18 años. Tenía un puesto en ferias libres de la comuna Pedro Aguirre Cerda. De martes a domingo vendía muebles, sábanas, alfombras, entre otras cosas. Sin embargo, con el tiempo, quebró. El siguiente paso sería Metro.

Para ambos ahora la palabra Sigma es un procedimiento más de Metro y no tienen problemas en contar sus responsabilidades en esos casos. Dicen estar acostumbrados y que no les afecta quitar los restos de sangre y grasa humana que quedan adheridos en la parte inferior de los trenes. Hoy, son los únicos encargados de limpiar los vagones tras un suicidio.

Sin embargo, según fuentes de ISS, el equipo de limpieza de trenes luego de un Sigma cuenta con al menos seis personas capacitadas.

—Nosotros no nos metemos en esa cuestión por 30 lucas —le dicen los compañeros a Alejandro cuando él les pregunta si limpiarían un Sigma.

—¿Qué pasaría si les pagaran más? —contesta él.

—Tampoco, preferimos almorzar tranquilos.

—Al final igual uno de ustedes tendrá que hacerlo. Yo me puedo enfermar o irme de vacaciones —les responde el trabajador.

Por otra parte, en los 11 años que Mauricio ha trabajado limpiando casos Sigma es el único capacitado para hacer esta tarea. Le dieron esa labor por ser el trabajador más antiguo, sumándole

$ 35.000 a su remuneración final de cada mes. Este es un acuerdo fuera de contrato. Su sueldo líquido varía entre $ 450.000 y

$ 550.000, dependiendo de si le asignan otras tareas externas como limpiar un grafiti o un Sigma. “Me dicen que no van a mandar a un cabro nuevo porque capacito que se desmaye”, relata el trabajador.

Mauricio tiene un tono de voz enérgico y es de risa fácil. No le gusta pensar a largo plazo ya que crecer con diez hermanos lo llevó a vivir el día a día, pues el dinero no les sobraba. Ser el cuarto hermano le dio una responsabilidad frente a los más pequeños que lo hizo madurar rápido. Creció en la población San Joaquín de la comuna Pedro Aguirre Cerda, la misma en la que vive actualmente.

—Hay un Sigma, tienes que venir al taller —le dice su jefe, en horas de la tarde.

—¿Quién se tiró? ¿Fue una niña o niño? —pregunta Mauricio.

Los últimos restos que Mauricio limpió fueron los de una persona de 42 años. “Los datos del sexo y la edad se saben al tiro. Los trabajadores lo comentan, y como yo estoy ahí, escucho la conversación”, relata.

Al primer año de trabajo, a pesar de ser un aseador parte del equipo, le

designaron, como un trabajo extra, ser la persona encargada de limpiar los trenes luego de un suicidio. Nunca recibió una capacitación especializada para hacer esto. La empresa solo le dio una charla para explicar cómo hacer la labor, además de una prueba para verificar que había aprendido todo.

Cuando le informan un caso de suicidio debe ir directo al taller. Ahí se encuentra con técnicos de mantención y empleados de Metro de la línea. “Yo reviso el tren entero por si hay alguna partícula, siempre hay, pero son cosas pequeñas, puede quedar sangre, un poco de sesos o grasas que se pegan en los fierros”, cuenta Mauricio para dar ejemplos de qué se encuentra debajo de los trenes que limpia.

Capítulo 2

El camino del cuerpo en las vías

Luego de un caso Sigma, el tren debe ingresar inmediatamente al taller correspondiente a la línea donde ocurrió. Cuando ingresa a la línea donde trabaja Mauricio, él entra con todos los elementos de seguridad para estos casos: un buzo desechable que lo cubre desde la cabeza a los pies, zapatos de seguridad, gafas de plástico, casco y guantes. Se mete al foso que lo lleva debajo del tren y allí revisa cada parte para verificar si es que quedó alguna partícula, como él se refiere a los restos humanos. “La gente se pasa rollos con eso. Nunca va a quedar un dedo, una mano, nada de eso. Quedan restos de sangre o grasa humana”, detalla.

El mismo procedimiento debe llevar a cabo Alejandro. “Me meto al foso con todos los implementos y con una linterna”, afirma. Ahí es cuando saca las fotografías que guarda en su celular. En sus primeros años removiendo Sigma la empresa no le proveía de los elementos de seguridad.

Con meticulosidad se asegura de que no quede nada en los fierros del tren. “Después de limpiar con paños y el desinfectante, me baño para evitar cualquier enfermedad”, dice. Después vuelve a sacar fotos para demostrar que no quedó ningún resto.

Alejandro recuerda con nitidez un episodio que ocurrió en noviembre de 2019.

Ese día se lanzó una persona a las vías y no falleció. Los trabajadores de Metro tuvieron que subirla al carro para salvarla. El tren llegó al taller de Alejandro y realizó la limpieza habitual, pero en esta ocasión no fue debajo del vagón. Quitó la sangre del piso que dejó el cuerpo. Todavía tiene las fotos de ese caso.

Cada paso debe ser minucioso. Ningún resto puede quedar a los ojos de los trabajadores de mantenimiento y menos de los pasajeros. Al terminar con el proceso de aseo, todos los implementos que fueron utilizados para limpiar se van a una "bolsa especial", como le dice Mauricio. "Se dejan todos los residuos biológicos, se amarra con huincha y se tiran los guantes, buzo, todo completo", cuenta el trabajador. Lo mismo hace Alejandro, quien abandona los implementos en un área determinada. "Lo dejo ahí para que nadie lo toque porque eso va contaminado", comenta.

Los encargados de verificar que el tren quedó limpio son empleados de Metro del taller. Hasta ahí llega la tarea de Alejandro y Mauricio. Los dos trabajadores cuentan que reciben los trenes listos para limpiar, puesto que el cadáver ya fue removido en la estación por el SML.

La política de Metro es clara: no entregar información a externos sobre el procedimiento en caso de ocurrir un suicidio. O más bien, como lo llama la empresa, "el protocolo para un caso Sigma", información que buscan mantener bajo reserva y oculta. La empresa no se refiere ni entrega detalles al respecto, según lo consultado a Metro se debe por "respeto a las familias, de acuerdo con las recomendaciones que entrega la Organización Mundial de la Salud respecto de estos temas".

Teniendo en consideración lo anterior, y para conocer qué sucede tras un caso Sigma, cómo vuelven los trenes a la estación y el procedimiento que lleva a cabo esta empresa, se consultaron a las otras instituciones involucradas en el proceso y a trabajadores de Metro. Entre los documentos obtenidos para esta investigación, figura el informe "Procedimiento para la Intervención de Contención Emocional de Origen Laboral (ICEL)" de Metro, con la actualización de 2016. El documento fue facilitado por un trabajador de Metro que solicitó reserva de identidad. Allí se define el proceso y metodología de contención emocional de parte de la compañía cuando ocurre un Sigma en las vías.

Cuando ocurre un suicidio se activa el protocolo ICEL y a la par de todo este

proceso, se involucran otras instituciones como el SML, el Ministerio Público y Carabineros de Chile para determinar qué se hará con el cadáver. En tanto, solo cuando es solicitado por un fiscal, interviene la PDI.

Los primeros en llegar son los Carabineros de la 60ª Comisaría, anteriormente ubicada en la estación Baquedano de la Línea 1, o la comisaria más cercana de la estación en la cual ocurrió el suicidio. "Nosotros estamos a cargo de la red Metro, entonces ellos, como personal de Metro no pueden levantar el cuerpo y hacer peritajes. Eso es netamente una jurisdicción y protocolo de Carabineros", asegura una alta fuente de la institución que pidió reserva de identidad.

Ellos son los encargados de activar el procedimiento que existe entre Carabineros y la Fiscalía Nacional, el que está consignado en el Oficio Nº 206/2009 y que fue realizado por el Ministerio Público.

En ese documento se señala que Carabineros puede, sin autorización previa, mover el cadáver de las vías para agilizar el proceso de circulación de los trenes dentro de la línea. Al llegar al lugar, los trabajadores policiales deben fotografiar el sitio, tomar declaración del conductor y posibles testigos, y examinar las grabaciones de las cámaras puestas por Metro en los andenes de la estación pertinente. "Son más de 5.000 los equipos de vigilancia que están al interior del Metro, por lo tanto, es un medio probatorio ante la Fiscalía para poder determinar que esa persona se suicidó", cuenta el carabinero de la 60ª Comisaría.

Una vez que se deja constancia en qué posición quedó el cuerpo y cuál fue la gravedad, Carabineros debe llamar al Ministerio Público para seguir con el protocolo. Luego el fiscal instruye que el cuerpo debe ser retirado y trasladado al SML. "La ley dice que, en toda muerte de tipo violenta, debe realizarse una autopsia en este lugar", explica Patricio Cooper, de la Fiscalía Metropolitana Centro Norte, y agrega, "lo más fácil es que la Fiscalía siempre mande los cadáveres al SML, siempre. No hay otra opción". Con el informe de autopsia emitido por el servicio, acreditando que fue un suicidio como causa de muerte, se puede inscribir en el Registro Civil y tener el certificado de defunción de la persona.

Si bien las autoridades cuentan con un protocolo específico para tratar un Sigma, no todos los trabajadores de Metro tienen alguno que seguir.

Uno de estos casos es el de los asistentes de andén. Benjamín Ferreira fue uno de

ellos. Presenció un suicidio en la estación Los Héroes de la Línea 1. Por cuatro años le prestó servicio a la empresa subcontratista Esert. Ese ha sido el único Sigma que ha visto.

Ese día todos los asistentes del andén fueron inmediatamente evacuados del lugar por orden de la gerencia de Metro. “Nosotros no nos podemos meter en el Sigma, la verdad es que el protocolo de la empresa es bien pobre”, dice Benjamín.

Cuenta que después de ver cómo el tren impactó a la persona que se lanzó a las vías, él y todos sus compañeros quedaron choqueados. “Nos tuvieron en la sala de colación mientras levantaban el cuerpo y llegaba Carabineros”, dice. Tras ese proceso los asistentes siguieron trabajando como si nada hubiese ocurrido, añade Ferreira, y tampoco recibieron ayuda psicológica, ni por parte de Metro ni por la empresa con la cual se encontraban contratados.

Lo mismo sucede con los guardias subcontratados que trabajan en las estaciones de la red. Antes de entrar a trabajar ellos reciben una inducción teórica sobre los implementos básicos que mantiene la empresa, además de una breve descripción de los procedimientos que realizan. A veces le toca hablar del protocolo Sigma.

Otro caso es el de los guardias de estación subcontratados.

Lo primero que escuchó Leonardo Lizama (47 años), a comienzos de 1998, fue el frenazo que provocó las ruedas del tren al parar en las vías. A eso se le sumaron los gritos de los pasajeros en la estación. Alguien se había lanzado contra el tren en pleno funcionamiento.

Entre 1995 y 2000, Leonardo trabajó de guardia en la Línea 5 para la empresa contratista Selgel Limitada. Cuando partió sus labores, recuerda que en una de las charlas diarias, donde discuten algunos de los procedimientos de la firma, el jefe de estación le trató de explicar el protocolo en caso de un suicidio. Lizama dice que fue algo más bien superficial y que no le entregaron muchos detalles sobre el código Sigma. “Para ellos hablar de ese tema es un tabú”, cuenta.

En pleno verano de 1998 debió poner en práctica lo poco que sabía del procedimiento. Ese día Leonardo tenía turno en la estación Bellavista de La Florida. Se encontraba solo, sus superiores estaban en horario de colación.

Tras los gritos que escuchó de algunos pasajeros, y del mismo chofer que le

decía que alguien se había lanzado a las vías, corrió hacia el andén —donde los guardias no tienen permitido bajar— y ahí se percató que el tren estaba estacionado a la mitad. Lo primero que vio fue a un joven en las vías.

—¡¿Qué estás haciendo ahí?! Te puedes matar —le grita Leonardo exaltado.

—No tío, acá hay una niña y está viva —le contesta el adolescente.

Una joven se había lanzado a las vías de la estación y, Leonardo, como guardia, debía activar el protocolo.

Él fue el encargado de apretar el ruptor de la estación con el que se frena la circulación de los trenes. Luego se comunicó por un teléfono rojo especial para esos casos y dijo lo más rápido que pudo: "Guardia, Leonardo Lizama, caso Sigma, estación Bellavista La Florida, Sigma Bellavista La Florida", y comenzaron a comunicarlo mediante los parlantes de la estación. Eso hizo que evacuaran a todos los pasajeros, que acudieran al andén los jefes de servicio, supervisores de tráfico, los vigilantes y se llamó a Carabineros.

Leonardo tiene buena memoria. A pesar de que han pasado 22 años desde ese día, recuerda casi todo. Cuenta que la joven sobrevivió al hecho y fue derivada al Hospital Doctor Sótero del Río. Ahí falleció un día después. También se acuerda que luego del incidente el papá de la joven llegó a la estación sin saber mucho y preguntando por su hija. Estaba vestido con short y hawaianas. Leonardo solo le pudo decir que se calmara, no podía darle más detalles. Según él, un guardia no tiene la autorización para informarle a un familiar qué pasó. El encargado es el jefe de la estación.

—Yo reaccioné y me adapté al procedimiento. Es un poco frío decirlo, pero había que hacerlo rápido. Después que pasa toda la situación uno se queda pensando… estas cosas te marcan —dice Leonardo.

Capítulo 3

Acostumbrados al dolor

“Me hicieron la prueba para saber si entendía el trabajo y salió bien. Siempre hay gente escrupulosa que no le gusta ver sangre… yo no. A mí no me afecta nada”. Con esas palabras se refiere Mauricio a su labor cuando se le consulta sobre cómo enfrenta el limpiar un caso Sigma. Así, sin más. Tranquilo, sereno, indiferente a una labor que sabe no muchos pueden realizar. Como si fuera un trabajo común.

Mauricio, al igual que Alejandro, cada vez que recuerda cómo quita grasa humana, sangre y cabellos de los vagones del Metro, no se inmuta. “A mí me propusieron la labor y como estuve trabajando en un hospital, donde vi muchas cosas, no me afecta”, dice el trabajador. Es más, ambos, en entrevistas separadas, dijeron que están acostumbrados a limpiar un Sigma. Se ríen a ratos contando sus historias.

No lo admiten al principio, pero aducen su falta de sensibilidad al limpiar un caso Sigma debido a sus trabajos anteriores. Alejandro como militar en 1976 y Mauricio como auxiliar de aseo en el hospital José Joaquín Aguirre, en la sala de urgencias.

Todas estas vivencias los condicionaron a ser personas que se muestran imperturbables. “Hay ciertos trabajadores que no pueden comer después de quitar sangre y grasa humana. Por eso en las otras empresas envían psicólogos. Pero del tiempo que llevo removiendo restos, nunca he sentido nada”, cuenta Mauricio.

El psicólogo clínico experto en trastornos por estrés postraumático, René Sepúlveda, indica que no es posible que una persona sea inmune o que no le afecten situaciones violentas. “Lo que ocurre cuando se vive un hecho potencialmente traumático, es que la mente humana se protege y trata de olvidar lo que está sucediendo”, afirma.

En los casos de Alejandro y Mauricio, según el psicólogo, ellos viven de una manera “especial”, ya que aprendieron a adaptarse al medio en el cual habitan. “Encontraron la manera de poder seguir sobreviviendo. Ellos ya están acostumbrados al dolor”, concluye.

Algo similar afirma Daniela Campos, jefa de riesgos psicosociales de la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS), entidad que actúa como mutual y

administradora del seguro social contra riesgos de accidentes del trabajo, y en este caso, de la contención emocional de los trabajadores de Metro. Campos asegura que luego de cualquier evento laboral violento es necesario que exista un seguimiento psicológico a la persona, lo que actualmente no se realiza a los trabajadores subcontratados de Metro posteriormente a un caso Sigma.

Tanto Alejandro como Mauricio no han sido tratados psicológicamente, al menos no en un periodo largo de tiempo, según señalaron para esta investigación.

Al ocurrir un Sigma, tal como se mencionó anteriormente, se activa el protocolo ICEL, el que resguarda la integridad emocional de los trabajadores de Metro, pero este no aborda qué es lo que pasa con los trabajadores subcontratados que presencian o actúan en los suicidios.

Lo único que se menciona es que ellos contactan con los administradores de contrato de las empresas tercerizadas con las que trabaja.

Luego de la primera contención en terreno, y si el trabajador subcontratado no pasa a urgencia, pero se determina que sí requiere de atención psicológica, el experto en prevención de riesgos de Metro les informa a los administradores de contrato de Metro, y este verifica si es que hubo una derivación correcta a la mutualidad correspondiente. La empresa contratista tiene la responsabilidad de entregar un informe con el resultado del tratamiento del trabajador, el que finalmente llega a las manos del prevencionista de riesgo de Metro.

Nada de lo anterior se ha hecho efectivo para los casos de suicidios en los que han trabajado Mauricio y Alejandro.

Sigma: "Una labor de alto riesgo de salud mental"

Según comenta un trabajador de ISS, el que prefirió guardar su identidad, no cualquier persona puede ser encargado de atender un Sigma. Afirma que debe tener una capacitación y estar monitoreado constantemente por la ACHS, "porque no es un trabajo fácil, psicológicamente no es algo muy grato, entonces todo el procedimiento tiene requisitos. Tienen que contar con el examen pre-ocupacional que realiza la ACHS, y que es una exigencia de Metro, un curso de

orientación a prevención de riesgos, deben estar en un rango de edad, en hombres menores de 65 años y en mujeres menores a 59 años”.

“La gente que retira Sigma lleva años en esto, entonces si la ACHS dice que el trabajador está bien es lo mismo que un médico diga que alguien está apto para volver a trabajar, entonces más seguimiento que eso no se realiza”, recalca el consultado.

La jefa de riesgos psicosociales de la ACHS, Daniela Campos, dice que si un empleado asegura que no le afecta el trabajo se debe confiar en eso, pero también se debe tener bajo la mira sus reacciones en los siguientes años, ya que les puede afectar en el futuro. “Hay que tener en cuenta que limpiar un caso Sigma es una labor de alto riesgo de salud mental. Hay que estar permanentemente monitoreando este tipo de casos” cuenta.

Paula Rivas, presidenta de la Federación de Sindicatos de Metro, dice que “todos los trabajadores, internos y externos que se ven afectados en un caso Sigma tienen intervención. Lo que no tenemos cómo controlar es que, si efectivamente ese trabajador o trabajadora tercerizado se ve más afectado. No tenemos forma de saber si se realizó un seguimiento”, señala.

Y agrega que: “Hay muchos procesos en Metro que, para las empresas tercerizadas, no están fielmente controlados, por lo tanto, las mismas medidas no se aplican para unos y para otros, es discriminatorio”.

El único momento donde Alejandro se olvida de sus labores es el domingo. Se reúne todos los fines de semanas con sus cuatro hijos y sus nueve nietos. Le gusta cocinar para toda la familia. Aprendió a hacerlo porque su mamá trabajaba en el mercado Vega Chica dentro de una cocinería. Todo lo que sabe es por ella.

—Toda mi familia sabe en lo que trabajo en Metro, saben que soy supervisor de lavados… pero hasta ahí nomás, no les cuento qué hago en detalle. Casi nunca toco el tema, no me gusta, y no sé cómo van a reaccionar ellos. Me pueden decir “pucha papá, ¿por qué no te sales mejor” o algo así. Puede ser chocante, aunque para mí no lo es”, dice Alejandro.

Tal como él, la familia de Mauricio también sabe algunas cosas de su trabajo. Cuando se reúnen para celebrar cumpleaños, navidades y años nuevos se convierte en el centro de atención de sus familiares, más aún cuando saben que ocurrió un suicidio.

—¿Cómo son los Sigma? ¿Cómo lo sacas? ¿Sacas pelo y dedos? —le preguntan todos.

Capítulo 4

La realidad del subcontrato dentro de Metro

Al término de esta investigación, Metro tenía contratos tercerizados con 77 empresas. Tres de ellas son las responsables de la limpieza de los trenes y estaciones: ISS encargada de las líneas 4 y 5; la empresa Valoriza, en la Línea 2; y Maclean, en la Línea 1.

En 2019, según Metro, la empresa de transporte subterráneo contaba con más de 13 mil trabajadores, de los cuales 4.700 se encontraban contratados directamente por la firma y casi ocho mil vinculados mediante subcontratos. Paula Rivas, trabajadora de Metro, asegura que a mayo de este año la cantidad de trabajadores subcontratados era de 7.746 personas, de las cuales el 72 % trabajaban en las estaciones de la red.

El sistema de subcontrato de Metro es la forma en que esta empresa cubre los servicios primarios, como mantención técnica de trenes, limpieza de estaciones y vagones, boleterías, seguridad, entre otros. Estos contratos se gestionan mediante licitaciones que ocurren cada tres años.

Debido a la constante rotación de compañías contratistas, muchas veces estas prefieren mantener a los trabajadores de las antiguas empresas para no tener que capacitar a nuevos empleados. Por ejemplo, en los 20 años que ha trabajado Alejandro ha pasado por cinco empresas: “Me van contratando porque yo tengo conocimiento y estoy a cargo de los suicidios y grafitis”, asegura. Ese también es el caso de Mauricio. En sus casi diez años de trabajo, lo han contratado en tres empresas.

Rivas cuenta que una práctica común que se da entre firmas tercerizadas es que cuando una nueva empresa entra a Metro, tras ganarse una licitación, la compañía contrata a los mismos trabajadores que hacen las labores, pero “les ofertan el trabajo y les aseguran una estación, lugar fijo o un horario que a ellos

les acomode. El requisito es que deben renunciar a la otra empresa y pierdan su indemnización".

El guardia que prefirió omitir su identidad, contratado por la empresa Support Service, en 2017 presenció un caso Sigma en la estación San Pablo de la Línea 1. Mientras conversaba con una compañera comenzó a escuchar gritos de los pasajeros y accionaron el ruptor a pesar de no estar en su horario de trabajo. Su compañera cortó la luz y la energía en las vías, y él evacuó a la gente del andén.

Cuenta que todos los trabajadores contratados directamente por Metro que estuvieron involucrados en el protocolo Sigma reciben un bono. "A pesar de que nosotros hagamos toda la pega bien, no tenemos ningún beneficio", dice el guardia, y añade "somos los perros falderos de Metro. Por lo que sé, Metro le da beneficios a la empresa, pero no nos los entrega".

Lo mismo afirma Leonardo Lizama, "a nosotros no nos dan nada, ni saludo a la bandera. Al final ellos se llevan los aplausos y uno toda la pega. Siempre ha sido así. La empresa contratista tampoco hace nada".

Capítulo 5

Vulneraciones laborales: una verdad dentro de las líneas

—¿Alejandro, ¿cómo te sientes luego de limpiar un Sigma? ¿Has tenido pesadillas? —pregunta un psicólogo de la ACHS al trabajador luego de remover restos humanos.

—Nada, no siento nada —responde.

Esas son algunas de las preguntas que le han realizado a Alejandro en las cinco sesiones que ha recibido en sus años limpiando casos Sigma en Metro. Según contó para esta investigación, los tratamientos que le han entregado han durado máximo dos horas y se centran en cómo se siente, si ha dormido bien y cómo le afecta su labor.

Sin embargo, después de estas sesiones, según dice Alejandro, los psicólogos se

cansaron de seguir tratándolo. “Se aburrieron después de un par de veces. Me explicaron que yo no tenía nada. Después de la quinta vez me dijeron que para qué iban a venir a verme de nuevo”, recuerda.

Comparando la cantidad de veces que Alejandro ha limpiado un Sigma, versus la cantidad de veces que un psicólogo lo ha ido a ver, él dice que la situación es “grave”. Pero agrega que está feliz de que nunca le han diagnosticado “algo malo” psicológicamente, ya que “si me hubiesen encontrado algo, me cambiarían al tiro”. La empresa busca rápidamente a otra persona capacitada”.

ISS al cierre de esta investigación trabajaba en las líneas 5, 4 y 4A. Presta servicios de limpieza y mantenimiento de aseo a Metro, dentro de los cuales está la labor para remover Sigma. Lo anterior, junto a otras empresas contratistas que tienen el mismo contrato con Metro: Valoriza y Maclean.

“La persona que está capacitada para hacer el trabajo lo hace y el que no, no más”, dice Mauricio sobre los encargados que limpian Sigma. Cuando ingresó a trabajar le propusieron recibir una orientación psicológica para realizar el trabajo, pero él la rechazó.

Cuando comenzó a trabajar en una segunda empresa limpiando Sigma, fue la primera vez que Mauricio recibió una sesión psicológica con un especialista de la ACHS.

—Dígame su nombre y ocupación —le dijo el psicólogo.

—Mauricio, capataz de limpieza del turno de noche.

—¿Eres el encargado de remover los restos después de un suicidio en el Metro?

—Sí, desde que llegué a trabajar.

—¿Cómo te has sentido? ¿Has podido comer y dormir normalmente?

—Nunca he tenido problemas, como trabajé en un hospital no pasa nada —afirmó Mauricio.

Después de 15 minutos conversando, la sesión se termina. El especialista concluye que Mauricio no tiene problemas en seguir realizando la labor.

Valoriza fue consultada sobre los protocolos que siguen tras un suicidio y las condiciones de trabajo que tienen con sus empleados. Sin embargo, respondió que, tras realizar una solicitud a Metro para poder hablar sobre el tema, la empresa aún no les concede el permiso. Al cierre de esta investigación, finalmente la firma no accedió a dar una entrevista sin la autorización de Metro.

La empresa de transporte tras ser contactada en varias oportunidades para hablar sobre el protocolo y casos Sigma, contestó por correo que prefieren no dar entrevistas sobre el asunto.

Al finalizar esta investigación, tanto Alejandro como Mauricio aspiran a terminar sus últimos años de trabajo limpiando casos Sigma. Ninguno de ellos se ve en otra labor.

Las fotos que guarda en su celular

A Mauricio no le gusta pensar mucho en el futuro y no está seguro de qué hará cuando jubile, pero sí le gustaría vivir en una zona costera del país.

El mismo sueño tiene Alejandro cuando deje de trabajar. Dice que le encanta la playa y los paisajes del litoral central. Cuando puede va a Cartagena con su esposa. “Nos quedamos en un hotel amarillo, no recuerdo el nombre, pero somos clientes habituales. A veces vamos con mi nieto, el Tsunami”, ahí también aprovecha de tomarles algunas fotos a los dos.

Uno de los últimos suicidios que limpió en 2019 fue el 10 de agosto, unos días antes del cierre de esta investigación. Dice que la persona fue impactada por dos carros del tren en vez de uno, situación que es poco usual.

—Me llegaron dos vagones, con más residuos humanos de lo normal. Creo que le mostré una foto, ¿se acuerda?

* Nota de redacción: esta investigación fue escrita siguiendo las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud que aconsejó en su

informe “Prevención del suicidio: un instrumento para profesionales de los medios de comunicación”.

** Este texto es parte del proyecto de título de sus autoras que fue guiado por el profesor Alberto Arellano.